

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

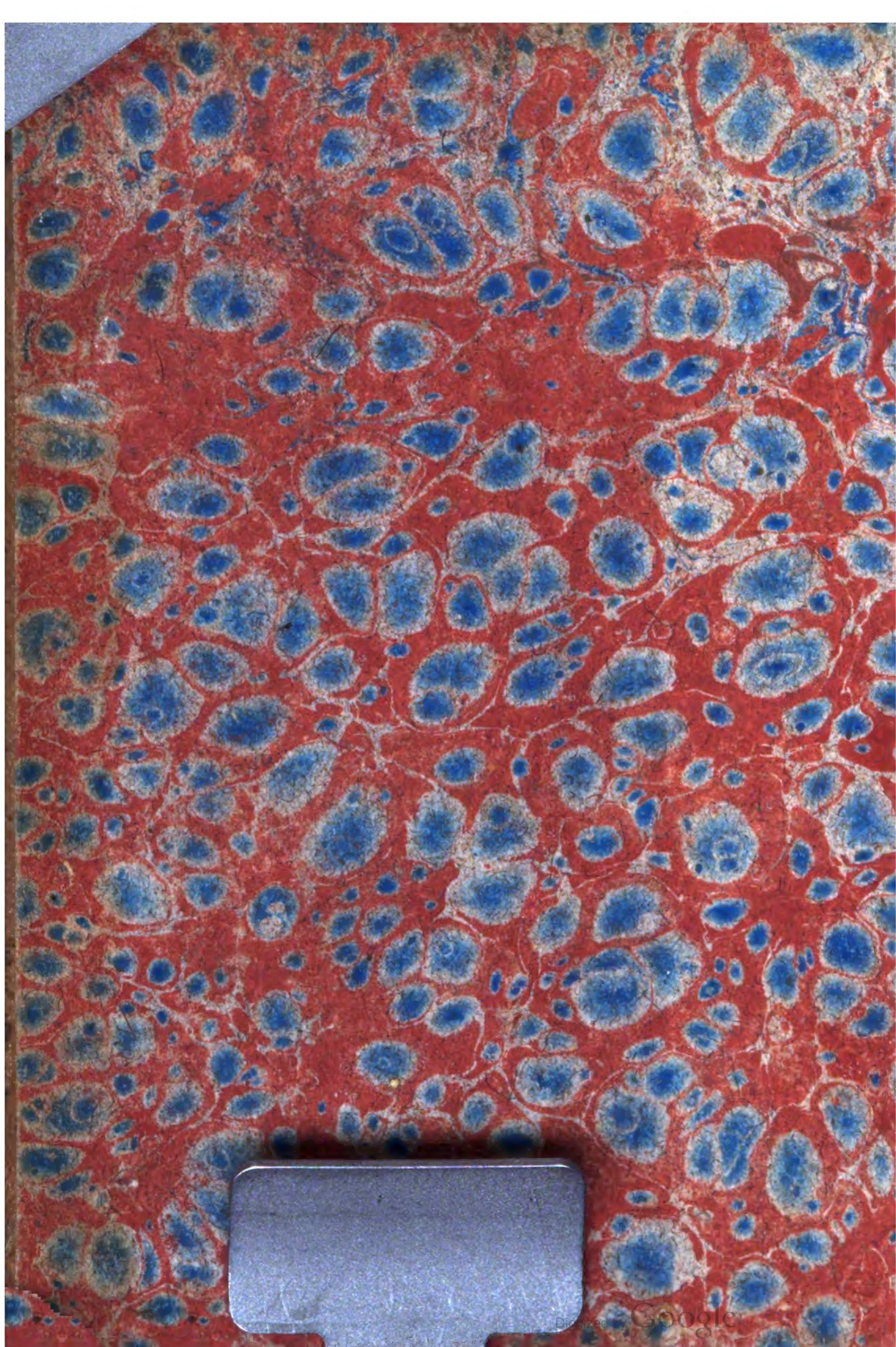
Asimismo, le pedimos que:

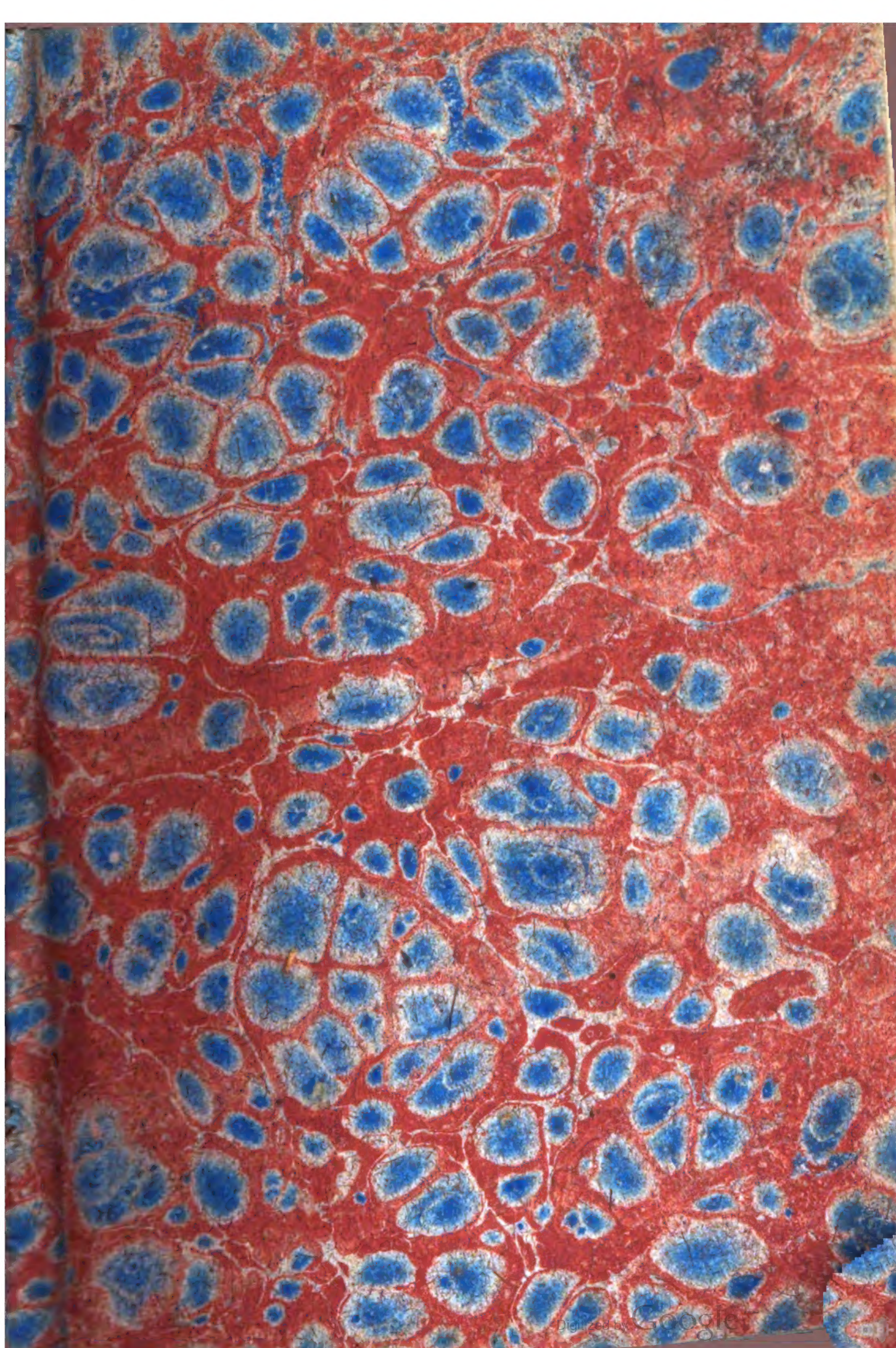
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>







HISTORIA DE LAS HEREGIAS.

HISTORIA DE LAS HEREGIAS,

POR

SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO,

TRADUCIDA DEL ITALIANO Y ANOTADA

por

D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBITERO.



MADRID:

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, GRAVINA, 21,
á cargo de D. F. Gamayo.**

1863.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1900

1900

1900

PROLOGO.

Esta obra se escribió con el fin de presentar á todos los lectores que con buena fe investigasen la verdad, una demostracion evidente en favor de la Religion verdadera.

Héla aquí:

La Iglesia verdadera de Jesucristo debe ser UNA, por la unidad de su fe y la unidad de su moral; SANTA, por la divina perfeccion de su Fundador, por la heróica virtud de sus Mártires y Confesores, y la intrínseca bondad de su doctrina; CATOLICA, porque, como luz del cielo, está destinada á esclarecer con sus resplandores toda la tierra; APOSTOLICA, en fin, porque, establecida por Jesucristo, y predicada en el mundo por los Apóstoles, jamás ha experimentado la mas leve alteracion en su esencia; siempre se conserva *una, santa y católica*, tal cual los Apóstoles la predicaron.

Es así, que **NINGUNA** entre todas las heregías reúne en sus *notas* estos signos de la divinidad.

Luego ninguna heregía es la verdadera Iglesia, porque en todas hay confusión en la doctrina, falta la *unidad*; se encuentran manchas horribles en su enseñanza, en sus fundadores, en sus principales propaladores no se halla la *santidad*; se ven limitaciones de lugar y tiempo, que excluyen la catolicidad; se conoce, por último, el nombre de sus autores, el tiempo en que por algún hombre, sin divina misión, fueron inventadas: circunstancias que son de todo punto incompatibles con la *apostolicidad*.

El estudio de la historia nunca puede ser objeto de una simple curiosidad. Tiene y debe tener siempre un interés moral, social ó religioso. Siempre debe presentar en un animado cuadro las virtudes de los hombres, con el fin de facilitar su imitación, y los vicios que degradan las malas doctrinas, para que conociendo lo que es la causa por lo que es el efecto, lo que es la doctrina por lo que son sus consecuencias, rechazemos como un mal el efecto, y nunca admitamos por ser un mal la causa, la teoría que tan perniciosos efectos produce.

HISTORIA DE LAS HEREGIAS.

CAPITULO I.

Heregias del primer siglo.

Simon Mago, I.—Menandro, II.—Cerinto, III.—Ebion, IV.—Saturnino, V.—Basílides, VI.—Los nicolaitas, VII.

I. Fue Simon Mago (1) el primer herege que intentó dividir la Santa Iglesia de Jesucristo. Nació en Gittis, lugar poco importante de Samaria en la Siria. Sus contemporáneos le llamaban *mago* por la *magia*, arte de encantamiento á que se había dedicado, con el fin de seducir á las gentes sencillas, afectando haber sido dotado por el cielo de virtudes extraordinarias.—*Virtus dei magna*.—(Actor, 8, 10.)

Habiendo observado Simon que los Apóstoles San Pedro y San Pablo, mediante la potestad que para ello habían recibido de Dios, daban á los fieles el Espíritu Santo, quiso *con dinero comprar* á los Discípulos de Jesucristo esta divina virtud.

(1) Baronio. *Anales*, xxxv, n. 23.—Natal Alex. *Hist.*, tom. v, c. x, n. 1.—Van Rast. *Hist. Hær*, n. 1.

Desde entonces fue conocido con el nombre de *simonia* el gran pecado, el horrible sacrilegio, que consiste en la mala voluntad de comprar ó vender cosas espirituales, ó anejas á las espirituales, cediéndolas por cosas temporales.

Simon se trasladó á Roma. Con sus malas artes, aparentando ser poseedor de una potestad sobrenatural, adquirió crédito inmenso entre los romanos. En la capital del mundo fue considerado como Dios, y en su honra se erigió una estatua en la *Ista Tiberina*, entre los dos puentes, con esta inscripción: *Simoni, Deo Sancto*. ¡A SIMON, DIOS SANTO!

Tillemont, Gracio, Fleury y el Cardenal Orsi hablan de la nombrada estatua apoyándose en los testimonios de Tertuliano, San Ireneo, San Cirilo de Jerusalen, San Agustín, Eusebio y Teodoreto, quien además añade que no era de nármol, sino de bronce.

Esparcía Simon, fingiéndose inspirado, muchos y perniciosos errores que enumera y refuta Natal Alejandro, tomo v, disertacion 24.

Los principales son estos:

- 1.º Que los ángeles crearon el mundo.
- 2.º Que las almas, despues de apartarse por la muerte de un cuerpo, pasaban á dar la vida á otros. Verdad es, dice San Ireneo (*De Hær.*, libro II, cap. LVIII), que el heresiarca no procuró explicar nunca cómo las almas al entrar en un nuevo cuerpo no recuerdan las ideas que

poseían cuando daban vida á los cuerpos anteriores.—Observacion que será siempre insoluble para todos los partidarios de la *metempsícosis* ó trasmigracion de las almas.

3.º Que el hombre no tiene libre albedrío; que obra en todo por intrínseca necesidad de su naturaleza; que no es, por lo tanto, responsable de su conducta; que, en fin, las buenas obras no son necesarias para la salvacion.

—Estos errores han sido renovados en el siglo xvi por los fundadores del protestantismo.—

4.º Afirmaba que él, Simon Mago, era el Dios legislador de los judíos, el reparador del mundo, y á la vez, el propio Espíritu Santo.

No nos sorprenden estos vergonzosos errores. Cuando el hombre abandona la luz de la fé, se precipita en abismos de estravagancia.

Cuentan Baronio (*Anales*, xxxv, n. 14) y Fleury (*Hist.*, lib. ii, n. 25), que Simon, habiéndose elevado un dia por el aire, con el fin de mostrar á los romanos que poseía virtud divina, en el instante mismo que mas necesario le era su extraordinario poder, le faltó, y cayó con las piernas rotas y el cuerpo destrozado sobre la tierra. Para repetir el *prodigio*, no queriendo aun confesar su derrota, fue trasladado á otro lugar *mas favorable*; pero no pudiendo resistir el dolor de las heridas y la confusion que producian en su espíritu los

sarcasmos de las gentes, se suicidó, precipitándose desde una elevada roca. (Orsi, *Historia*, lib. i, n. 20, y lib. ii, n. 19.)

El protestante Basnage, empeñado en demostrar que San Pedro no estuvo en Roma, rechaza como una fábula esta caída de Simon: poco, sin embargo, vale la arbitraria negación de este fanático adversario de la Santa Sede. Lo que él niega, lo afirman San Ambrósio, San Isidoro de Peluzi, San Agustín, San Cirilo de Jerusalén, Severo Sulpicio y Teodoreto. El mismo Suetonio, con ser historiador gentil, lo comprueba diciendo (lib. vi, cap. xii), que hallándose Neron en los juegos públicos, un hombre intentó volar, y cayó desde la altura á que se elevara, hiriéndose de tal modo, que su sangre salpicó el asiento del Emperador.

II. Apareció Menandro el año 73 de la Era cristiana. Fue también samaritano, y discípulo de Simon Mago. Sostenía que *la virtud desconocida* lo había enviado á la tierra para salvación de los hombres; que nadie podía entrar en el cielo sin ser por él mismo bautizado; que su bautismo, en fin, era la resurrección verdadera, y sus discípulos aun en este mundo serían inmortales. (Fleury, loc. cit., n. 42.)

Añade el Cardenal Orsi, que Menandro fue inventor de los *Eonos*, y del torpe error, que consiste en afirmar que Jesucristo, solo en apariencia, ejecutó las acciones humanas.

III. A Menandro sucedió el impío Cerinto,

quien en el mismo año 73 comenzó á esparcir su perniciosa doctrina. Sostenia:

1.º Que el mundo no habia sido creado por Dios.

2.º Que todas las leyes de Moisés, inclusa la Circuncision, y todos los preceptos ceremoniales, aun despues de la redencion de Jesucristo, eran necesarios para la salvacion.

3.º Que despues de la resurreccion general, habrá un reino mundano de Jesucristo, en el cual los hombres gezarán por mil años de todas las delicias de la carne.

4.º Que Jesucristo no era Dios.

La muerte de Cerinto fue horrible y desastrosa.

Hallábase San Juan, el Apóstol, con sus discípulos en un baño, se acercó á él Cerinto, y al verlo el Santo Apóstol, lleno de espanto, se retiró, diciendo á los que le acompañaban: huyamos de aquí, no sea que se desplome este edificio, en el cual ha entrado Cerinto, enemigo de la verdad. Pocos instantes despues, la casa se hunde, y entre sus escombros, antes que la muerte, halló sepultura el desgraciado heresiarca.—Así lo cuentan San Ireneo, lib. III, cap. IV, y Bernin, *Hist. Hær*, tomo I, c. I.

IV. Ebion se gloriaba de ser discípulo de San Pedro, y no queria ni aun oír el nombre de San Pablo. Consagraba la Eucaristia todos los domingos de una manera estrambótica. No era reprobado por los católicos, segun dice

San Gerónimo, el bautismo que administraban los ebionitas. Prueba evidente de que en este punto no habían alterado en nada esencial las tradiciones de la Iglesia. Quería Ebion unir las leyes de Moisés con las leyes de los Apóstoles; esto es, la figura con la realidad, la sombra con el cuerpo que la produce. No comprendía que cuando la realidad llega á un punto cualquiera, la sombra que ella misma proyectaba, que enviaba como mensajero delante de sí, desaparece por completo.

Entre los libros del Nuevo Testamento, solo admitía Ebion como canónicos el Evangelio de San Mateo, después de arrancarle dos capítulos y corregirlo en muchos pasajes de los más trascendentales. Afirmaba que Jesús no había sido Dios desde su nacimiento, sino después. San Juan escribió su Evangelio para combatir estas máximas absurdas de Ebion y los que le seguían. (Fleury l. c. v., n. 42.)

V. Saturnino y Basilides fueron discípulos del heresiarca Menandro. Como era natural, escuchando el consejo de su inspiración particular, á los errores del maestro añadieron los discípulos algunos otros, por cierto, si cabe, aun más extravagantes.

Era Saturnino de Antioquía. Según dice Fleury, lugar citado, núm. 19, enseñaba que había un solo Padre, desconocido á todos; que este Padre había creado á los ángeles, y que siete ángeles habían, no sabemos si por

consejo de Dios, creado el mundo y el hombre; que el Dios de los hebreos era uno de estos ángeles, rebelados contra Dios, y que para destruirlo, para acabar con este espíritu, con este ángel rebelde, vino Jesus al mundo, tomando en apariencia, que no en realidad, la naturaleza humana; condenaba el matrimonio y la generacion, como invenciones del diablo; atribuia, por último, las profecías á los ángeles buenos, á los malos, al espíritu de rebelion, al Dios de los judíos, distribuyéndolas entre todos ellos del modo que al heresiarca, sin otra razon que su capricho, parecia mas conveniente.

Refiere Saturnino la creacion del mundo de una manera, que, por su ridícula estravagan-
cia, merece ser aquí espuesta.

La oculta virtud, el Padre S. berano, había creado los ángeles. Siete espíritus celestiales se rebelaron contra Dios. Vieron una estrella, quisieron detenerla con sus manos; no les fue posible: la luz que perseguían habíase desvanecido delante de sus ojos: entonces los malos espíritus, que no eran mas ni menos que siete, crearon al hombre con cuerpo y sin alma, á imágen y semejanza de la luz que había desaparecido. Pero Dios, compadecido del género humano, no quiso que el hombre quedase convertido en un poco de barro. Le inspiró su imágen, el alma, y le dió la vida. Este alma, esta centella de sí mismo que Dios nos inspiró en la creacion, es la que despues de la

múerte vuela al cielo, dejando en la tierra el cuerpo inerte que antes animara. Por supuesto que esta luz de Dios la tienen *únicamente* los discípulos de Saturnino. Todos los demás hombres vivimos, para nuestro mal, como nos forman los espíritus rebeldes. Y como no hay un solo *saturninista* en el mundo, resulta que los destellos de Dios todos han vuelto al cielo; que la imagen de Dios ha abandonado á todos los hombres que moran en la tierra; que todos los hombres, en fin, somos hechos y conservados por Satanás.

VI. Basílides, natural de Alejandría, inventó otros errores aun mas absurdos. Decía que el Padre, á quien llamaba *Abrasax*, había producido el *Nous*, la inteligencia; que el *Nous* había producido el *Logos*, la palabra; que el *Logos* había producido el *Phronesis*, la prudencia; que el *Phronesis*, por último, había producido el *Sofia* y el *Dinamis*, ó lo que es igual, la sabiduría y el poder. Todas estas cosas juntas produjeron luego los ángeles que formaron el primer cielo; otros ángeles que formaron el segundo; y así sucesivamente, hasta completar el número de 365 creaciones de ángeles y otras tantas formaciones de cielos, con el fin de que cada día del año tuviese sus ángeles y su cielo particulares.

El dios de los judíos era el jefe de los ángeles del segundo orden, contra el cual, porque pretendía dominar á todos los pueblos, se

conjuraron todos los jefes de todos los demas órdenes de ángeles.

Dios, compadecido del mundo, envió al *Nous*, á su hijo, para que librase á los hombres del poder de los ángeles, autores del universo.

El *Nous*, Jesucristo, era una virtud incorpórea, que tomó la forma que mas era de su grado, pudiendo variarla cuando lo tuviese por conveniente. Por esto, cuando los judíos quisieron sacrificarle, en el camino del Calvario, en la misma calle de la Amargura, Jesus dió su forma á Simon Ciríneo, y poniendo la túnica sobre su cuerpo, la Cruz sobre sus hombros, le hizo morir por El en la cima del Gólgota. Jesus en tanto se tornó invisible, y, riéndose de los judíos, voló á lo mas alto del cielo. De aquí inferia Basílides que Jesus no debia ser adorado como muerto en la Cruz, en forma de Crucifijo, porque Simon, y no El, fue quien deramó su sangre en el Calvario.

Estos dos heresiarcas, Saturnino y Basílides, temian el martirio, ocultaban su fé ante los gentiles, y profesaban la doctrina que revela esta máxima: *Conoce á los demas; que los demas no te conozcan á tí.*

Se entregaban estos heresiarcas á la magia, y no obstante su aversion al matrimonio, su ódio á la generacion, se degradaban con todo linage de incontinencias.

VII. Los *nicolaitas* admitian como máxima fundamental de su escuela la promiscua-

oion de los sexos, sin límites ni regla de ningún género, que pu vieran evitar, ya que no el crimen, al menos la confusión y los males públicos, y las turbulencias, que son inseparables de estos desórdenes. Decían que el Padre de Jesucristo no era el Creador del Universo; que las tinieblas se habían unido con el Espíritu Santo, y habían producido una cierta *Madre*, que mas tarde produjo los cuatro *Ennos*, y que de estos cuatro *Ennos* nació el *Eono* torpe, que hizo los dioses, los ángeles, los hombres, y los siete espíritus del demonio.

Duró poco esta absurda heregia. Se reprodujo mas tarde en Milan, y fue condenada por el Papa Nicolás II. (Siglo xi.)

Los *nicolaitas* tomaron nombre del diácono Nicolás, quien es considerado como jefe y fundador de esta secta abominable, quizás sin haber profesado jamás sus monstruosos errores. (Fleury, lib. ii, n. 21.)

CAPITULO II.

Herogias del siglo II.

Carpócrates, I.—Valentino, II.—Epifanes, III.—Prodicus, IV.—Taciano, V.—Severo, IV.—Cerdon, VII.—Marcion, VIII.—Apeles, IX.—Montano, X.—Catafrigios, Artoritos, Pepucianos, Ascodrógitos y Patalorínchites, XI.—Bardasano, XII.—Teodoto, Artemon y Teodeto el platero, XIII.—Heranógenes, XIV.

I. No es conocido con certidumbre el lugar en que nació Carpócrates. Dicen unos historiadores que es de Alejandría, mientras opinan otros que es de Samosata. Sus secuaces se apellidaban *gnósticos*, voz griega, que significa, lo mismo que las castellanas, *doctos ó iluminados*.

Carpócrates negaba la divinidad de Jesucristo, afirmando que únicamente en la virtud se distinguía de los demás hombres. Pensando como los ya nombrados heresiarcas del primer siglo, sostenía que el mundo había sido hecho por los ángeles. Hombre carnal y materialista, santificaba todas las inmundicias de la carne, enseñando que la perfección del hombre consistía en escuchar y observar fielmente el consejo de la concupiscencia. Fue, por su moral, un digno precursor del inmundo Mahoma. Según Carpócrates, el alma humana está condenada á rodar por diferentes cuerpos, pasando

de unos en otros, hasta haberse hecho partícipe, una por una, de todas las acciones torpes ó sensuales. Atribuía dos almas al hombre, imaginando que sin la segunda quedábamos enteramente sujetos al espíritu rebelde. Los partidarios de esta ignominiosa escuela se apellidaban también *cristianos*, y para distinguirse de los demas, con hierro y fuego se imprimían una indeleble señal en la parte inferior de las orejas. Del propio modo que la de Jesús, adoraban estos estravagantes herisíarcas las imágenes de Pitágoras, Platón y otros filósofos del paganismo. Por el año 160 de la Era cristiana *floreció* este error tan monstruoso (1).

II. Valentino, barón egipcio, según se cree, por no haber podido obtener un Obispado, creyéndose herido en su vanidad, se apartó de la Iglesia católica. En el año 141 fue á Roma, abjuró su error, hizo solemnes protestas de humildad y fé; pero conociendo que no inspiraba confianza á los cristianos, que su ambición no sería nunca satisfecha, abjuró nuevamente, se declaró apóstata, y murió en la apostasía.

Creía en la fábula de los Eonos, ó dioses; Negó que Jesucristo tomase carne en las entrañas de la Virgen Santísima; y decía, que su cuerpo, como su alma, había descendido del

(1) Fleury, *Hist. Eccl.*, lib. III.—Bart., tom. I, cap. III.—Bernin, tom. I, cap. II.

cielo, y era sustancia de todo punto celestial. Admitió en el hombre un choque, una coaliccion constante de espíritus, los cuales, por los afectos que inspiraban, hacían santa toda accion inmundada. Dividia los hombres en carnales, animales y espirituales. Sus discípulos todos eran, por supuesto, espirituales; pertenecían á la clase mas perfecta; y por lo tanto, se hallaban dispensados de obrar bien, porque todos habian llegado, por el solo hecho de ser valentinianos, al colmo de la perfeccion y plena certidumbre de su salvacion. Por esta razon, solo por *vanidad*, eran humildes y observaban la ley. La virtud era para estos *santos* un artículo de puro lujo. Añadía, que los hombres *carnales*, los no *valentinianos*, por mas que se empeñaran en ser honrados y virtuosos, nunca alcanzarian la perfeccion necesaria para ser admitidos en el cielo.

¡Parece imposible que á tal extremo de inconcebible delirio llegue, cuando se aparta de la fé, la razon humana!...

¡Los discípulos de Valentino, solo por apellidarse así, tenían asegurada la salvacion, y podian impunemente perpetrar todo linage de crímenes y maldades!...

Los que no seguían á Valentino, al apóstata, al hombre que abandonó la fé católica porque los cristianos no le dieron el obispado que ambicionaba, solo porque no seguían á este hombre de perdicion, tenían cerradas las puer-

tas del cielo, y por mas que fuesen virtuosos, ¡nunca podian evitar su condenacion!...

Y no extrañamos que esto se diga; lo que nos espanta es que esto se crea; que muchas personas sigan á este heresiarca; que sus torpes y anti-sociales errores dieran muchos dias de amargura á la Iglesia (1).

Los valentinianos se dividieron en tres sectas: los *setianos*, que adoraban á Set, suponiendo que este hijo de Adán era el padre de Jesús ó el mismo Jesús: los *cainistas*, que veneraban como santos á todos los hombres que, como Cain, Coré, los sodomitas, y el mismo Judas, son condenados en la Sagrada Escritura por sus espantosas maldades; los *ofitas*, por último, segun los cuales la sabiduría se habia convertido en serpiente, y en esta forma debia ser adorada.—Estos fanáticos creían que una serpiente, pasando por encima del pan, rociándolo con su asquerosa baba, lo santificaba con su contacto y lo tornaba hábil para los usos religiosos.

Este pan, con esta repugnante consagración, era distribuido entre los *ofitas* como una especie de Eucaristia.—¡Siempre igual la razon humana! ¡Cuando rechaza la omnipotente bendición de Dios, admite, se postra para recibir

(1) Fleury, *Hist. Ecl.*, lib. III., núm. 26. Berninó, tomo 1, cap. v. Graveson, tomo 1, cap. II.

con degradante humillacion la bendicion de los mas inmundos reptiles!... (1).

Fueron discípulos de Valentino los célebres heresiarcas Tolomeo y Segundo; pero no satisfechos con los treinta Eonos del maestro, inventaron y añadieron, por su propia voluntad, otros ocho. Con la misma facilidad pudieran haber inventado muchos mas.

No servian para nada; ningun motivo justificaba su existencia; no habia ninguna razon humana ni divina para que se admitiesen estos Eonos; pero todo esto importa poco. Una vez admitido el funesto principio del tibre exámen; una vez erigido el mas caprichoso fanatismo en fundamento de la religion, los delirios, por mas que sean absurdos y repugnantes, nunca pueden evitarse.

A la escuela de Valentino pertenecieron muchos otros hereges. Nombraremos aqui algunos entre los mas notables.

Eracleones, cuyos secuaces ungian con agua y aceite los cadáveres, despues de invocar sobre ellos el nombre de algunos *principados* ó Eonos.

Márcos y Colarbaso creian que toda la verdad se encierra en el alfabeto griego, por lo cual Jesucristo es llamado *Alfa* y *Omega* en el Nuevo Testamento (2).

(1) Fleury, lib. iii, n. 30.

(2) Fleury, lib. iv, n. 29 y 10.

Los *Arcónticos* rechazaban los Santos Sacramentos de la Iglesia.

Florino decía que Dios era autor del pecado. —Proudhon ha copiado este error; ha resucitado esta blasfemia en pleno siglo xix.—Blasto se obstinaba en que debía celebrarse la Pascua conforme á los ritos y costumbres de los hebreos.

Los discípulos de Valentino compusieron además un Evangelio enteramente nuevo, y en lugar de los libros canónicos, insertaron en su rara compilacion unos libros extravagantes, escritos por ellos mismos, con el fin de dar ante el público sancion divina á sus errores. Los nombres de estos libros son: *Parábolas del Señor*, *Dichos proféticos*, y *Sermones de los Apóstoles*, obras todas que solo tenían, por supuesto, del Señor, de los Profetas y los Apóstoles los títulos con los cuales se designaban sus nombres.

III. Epífanos fue hijo de Carpócrates. Además de sostener los errores de su padre, combatió abiertamente la Ley de Moisés, con especialidad los dos últimos preceptos del *Decálogo*, y negó el Evangelio, aunque aparentaba con sus palabras ser rígido observador de sus máximas (1).

IV. Prodicus decía, que era lícito abandonar la fé, vida del alma, para conservar el mi-

(1) Fleury, lib. iii, n. 20.

serable puñado de trabajosos días, que llamamos vida del cuerpo.—¡Que debemos negar lo que nos parece cierto; que debemos ser hipócritas por miedo! ¡Que el temor á la muerte debe arrancar á nuestro corazón encomios para la mentira y blasfemias contra la verdad! ¡Qué absurdo! Esto es santificar la degradación del hombre. Esto es dar un fundamento filosófico á la infamante hipocresía. Con horror debe ser siempre apartado de nuestro espíritu esta monstruosa doctrina.—

Prodicus, no satisfecho aun con este repugnante principio, enseñaba que no debíamos enviar á Dios nuestras plegarias, sino en completa desnudez, levantar nuestros ojos y pedir mercedes á los elementos y los planetas, *séres benéficos* que aguardan nuestras súplicas para dispensarnos sus favores. De esta secta nacieron los *adamitas*, herejes inmundos, que en sus templos, llamados lupanares por San Epifanio, oraban enteramente desnudos, como Adam en el Paraíso, gloriándose de imitar en todo la inocencia de los primeros justos, y siendo en realidad los mas degradados, corrompidos y corruptores con sus licenciosas costumbres (1).

V. Taciano nació en la Asiria, y fue discípulo mal aprovechado de San Justino, mártir.

(1) Gotti, *veritas Religionis*, t. II, cap. XXVII, pár. 1.

Fue fundador de la heregia de los *encratitas* ó continentes. Como Valentino, sostenia que la materia era increada y eterna.—Esto vale tanto como negar la existencia de Dios. Si el mundo es eterno, Dios no existe. Si el mundo es eterno, lo muerto obra, lo inerte se mueve, lo que no tiene inteligencia ordena y se conserva con admirable bondad y sabiduria. Este error es inconcebible. El mundo no puede ser eterno, es de ayer: las ciencias naturales atestiguan su origen: la historia, escrita por el tránsito de la humanidad, por las huellas que el hombre deja grabadas en su peregrinacion por la tierra, está llena de fechas que confunden al filósofo ensoberbecido que desprecia las luces de la revelacion.

El mundo tiene fecha en su movimiento, en sus obras, en su historia, en todo: luego no es eterno.

El mundo carece de poder. Por mas que se le examine, en su fondo, como en su superficie, en todas partes se descubren infalibles signos de su contingencia, caracteres indelebles de su dependencia, como efecto de una causa omnipotente, de un ser necesario, infinito en su ciencia, en su bondad y su poder, que, libremente, con un *libérrimo fiat*, le ha dado la existencia.

Luego el mundo es posterior á su causa.—Luego no es eterno.—

Admitia una creacion secundaria, efecto, no

del poder de Dios, sino de la bondad de los *Eon*-nos. Negaba también la resurrección de los muertos.

Mostraba un grande aborrecimiento á la carne, considerándola como obra de Belcebú, y no la creía digna de entrar como parte en la persona de Jesucristo.

Desconocía el libre albedrío, suponiendo que el hombre era necesariamente bueno ó espiritual, malo ó carnal, según que desde el principio de su ser, en su misma animación, había recibido ó no del cielo la buena, ó del mal espíritu la mala semilla.—Este es el propio error de los luteranos, calvinistas y discípulos de Jansenio.—

Taciano prohibía el uso de las carnes, reputándolas inmundas, aborrecía el vino, y no quería que la consagración del cáliz se hiciera con este licor, sino con el agua pura. Por esto sus discípulos se denominaron *droparístatos*, ó amigos del agua.

Condenaba, por último, Taciano el matrimonio legítimo, abriendo con esta horrible doctrina ancha puerta á los mas escandalosos excesos (1).

VI. Severo, discípulo de Taciano, abrazó estos mismos errores, con solo algunas importantes diferencias. Admitió, contra su maes-

(1) Orsi, tom. II, lib. IV, núm. 11.—Baronio, *Anales*, 174, n. 3 y 4.

tro, la ley de Moisés, los Profetas y los Evangelios.

Julio Casiano, discípulo de Valentino, unido á Taciano proclamó el error de los *docetas*, hereges que solo admitían un cuerpo aparente en Jesucristo. En un libro sobre la continencia, escrito por Severo, de acuerdo con estos heresiarcas, se sostenía que el matrimonio legítimo era el fruto vedado por Dios á nuestros primeros padres.—No hay necesidad de impugnar esta heregía. Admitiéndola, la humanidad concluye (1).

VII. Cerdon abrazó las doctrinas de Simon, Menandro y Saturnino. Inclínándose á los maniqueos, enseñó además que existían dos principios, dos dioses, malo el uno, bueno el otro. Creía en la resurrección del alma, que no muere, y negaba la del cuerpo, que, puesto que la materia no se aniquila jamás, solo consiste en una nueva organización, tan difícil, tan imposible para el hombre, inteligencia y poder limitadísimos, como posible, como fácil para Dios, inteligencia y poder ante los cuales se borran todos los límites. Creía únicamente en el Evangelio de San Lucas, aunque mutilándolo en todo lo que, porque no le era conveniente, decía que no era verdadero.—Esta es la eterna cantinela de los heresiarcas. Forjan una doctrina, dicen que es toda la verdad,

(1) Fleury, lib. iv, núm. 8.

hacen á Dios responsable de sus caprichos, y cuando tropiezan con algo que les impide su marcha, que contradice sus falsos dogmas, que desacredita su perniciosa moral, que pulveriza sus absurdos principios, al punto sienten hervir la cólera en su cerebro, se dejan aconsejar por la indignación del amor propio herido, y cuando otra cosa no pueden, parodiando la célebre frase de Alejandro, en vez de desatar, cortan el nudo *Gordiano*. Pero esta conducta que hasta la evidencia demuestra lo que es el hombre cuando se deja arrastrar por su exaltada fantasía, jamás probará nada, absolutamente nada, en favor del error que apoya ó la verdad que niega.—(Fleury, lib. III, n. 30.)

VIII. Marción nació en Sínopé, ciudad del Ponto. Fue su padre un Obispo católico, un Prelado de la Iglesia griega, en la cual, como es sabido, el celibato del clero ha tenido y aun conserva no escasas limitaciones. —Aquí necesitamos hacer una advertencia. Somos deudores á sabios é ignorantes, y necesitamos hablar para todos. El celibato del clero en la Iglesia occidental, no es un punto de dogma, no es un artículo del Credo; es pura y simplemente una medida disciplinar, adoptada con justísima razón por la Iglesia. Los sacerdotes necesitan no tener familia propia, para ser individuos de todas las familias; para ser hermanos de todos los pobres, amigos de todos los desvalidos y servidores de todos los enfer-

mos. El sacerdote necesita hallarse completamente desligado de los lazos inmediatos de un hogar, para hallarse siempre oprimido por los grandes lazos de la humanidad entera.

Por esta y cien otras razones, la Iglesia ha mandado que los sacerdotes sean célibes; pero téngase esto muy en cuenta: en la primitiva Iglesia esta disciplina, aunque jamás rechazada, nunca fue tampoco generalmente admitida. El mismo San Pablo, en una epístola que leemos todos los días, esponiendo las virtudes de los Prelados, enumera la de la unidad conyugal, la continencia de la ley en las cosas en que por la ley no es condenada. Esta advertencia nos ha parecido conveniente para prevenir la objeción que contra el padre de Marcion pudlora hacer, no teniendo presente el lector estas consideraciones.—

Fue virtuoso Marcion en los primeros años de su vida; pero mas tarde se entregó á todos los desórdenes de la mas escandalosa corrupción. Por haber atentado contra la virtud de una virgen cristiana, por haber ocasionado un gravísimo escándalo entre los fieles con su desenfrenada conducta, su padre mismo se vió obligado á despedirle de la Iglesia. Marcion entonces, apelando contra su propio padre, se presentó en Roma, reconociendo la superioridad positiva, jurisdiccional, del Papa sobre todos los Obispos del orbe católico.—Aconteció esto en el siglo II. Lo cual debe tenerse muy en cuen-

ta por los católicos para confundir á los here-
 -siarcas que niegan el primado de honor y ju-
 -risdicción ejercido por los Papas en toda la cris-
 -tianidad, desde los mas remotos siglos del cris-
 -tianismo. Los que hacen brotar la soberanía
 -universal de los Papas de las falsas decretales,
 -bien pueden salir de su error, con solo recor-
 -dar que ya en el siglo II, Marcion, desde el Pon-
 -to Euxino fue á Roma para quejarse ante el
 -Papa, como ante una autoridad superior, de lo
 -que llamaba injusta arbitrariedad de un Obispo
 asiático. —

Marcion, sin embargo, no tenia razon, y
 sus quejas no fueron por lo tanto atendidas en
 -Roma. — Esto prueba que los Papas no tenían
 -necesidad de mostrar agradecimiento por la
 -apelacion; que seguros de la estension de su
 -potestad, jamás pensaron en premiar á los fie-
 -les que con sus apelaciones daban testimonio
 -de ella. Una de dos. O las apelaciones eran
 -tan frecuentes en aquel tiempo, en el siglo se-
 -gundo, que los Papas no habian menester ni
 -aun fijar su consideracion en ellas, ó tan cier-
 -to, tan evidente era su derecho á examinar to-
 -das las causas eclesiásticas en toda la Iglesia,
 -que ni aun solicitaban como prueba del derecho
 -el testimonio, la auténtica interpretacion de
 -los hechos. En el primer caso, la abundancia
 -de apelaciones es prueba de la plenitud de la
 -potestad que los Soberanos Pontífices recibie-
 -ron del cielo. En el segundo, la certidumbre

de la autoridad, la pacífica é indisputada posesión del derecho, cuando el origen de la revelación se hallaba tan inmediato, cuando aun la sangre del Salvador humeaba en el Gólgota, cuando aun resonaba en el mundo el eco de la predicación apostólica, demuestran de una manera evidente que San Pedro recibió de Jesus, que todos los Papas han recibido de igual modo potestad omnímoda para llamar á su tribunal, para examinar y resolver como Juez Supremo todas las causas eclesiásticas de todas las diócesis que constituyen la Iglesia universal, la Iglesia católica, la verdadera y única Iglesia de Jesucristo.—

Convencido Marcion de que en Roma no se absolvían, ni mucho menos, se premiaban sus injusticias, no borradas por la penitencia; convencido de que, por sus crímenes, no podía ser admitido en el gremio de la Iglesia, seguro de que su pertinacia en el pecado, le mantendría perpetuamente cerradas, por culpa, exclusivamente suya, las puertas de la reconciliación, lleno de satánico orgullo, inspirado por la venganza, dijo:—*Yo destrozaré la Iglesia, sembrando en ella eterna división.*—

—El herejarca hizo cuanto pudo para llenar de luto y consternación la santa sociedad de los cristianos; pero murió él, concluyó su herejía, y solo en la historia se conservan pálidos recuerdos de sus errores, cual monumento eterno de su impotencia, de lo que es el

hombre, cuando ciego por su orgullo, declara la guerra al cielo.—

Se unió á Cerden; admitió sus dos principios: afirmaba que Jesus era producto del buen Dios, mientras la ley, la carne, todo lo material era efecto de la omnipotencia del malo. Fundándose en este estrambótico principio, no queria convenir en que Jesus recibió carne humana en el vientre de la Virgen Santísima, suponiendo que la carne humana era incompatible con la santidad de su divina persona. ¿Qué monstruoso error? Estendiendo este principio hay que separar á Dios del mundo, hay que dejar la tierra y al hombre que en ella habita en perpétua orfandad. Ni aun es necesario refutar esta perniciosa doctrina. El hombre racional necesita á Dios y no puede ni aun por un solo instante suponerse despojado de los beneficios de su bondad.

Segun Marcion, hay un Dios bueno que es el nuestro, y otro malo, que es el de los judíos. Ambos dioses habían prometido sus respectivos Mesias. El nuestro, el Dios bueno, envió al mundo el suyo *en el reinado de Tiberio*; el malo, el de los judíos, aun no ha aparecido, aunque no se niega que aparezca en la tierra.

Sostenia que Jesus, cuando despues de su muerte bajó al seno de Abraam, no salvó á Abel, Enoc, Noé, ni los demás justos del Antiguo Testamento, por que aunque eran justos, pertenecían al dios malo, al dios de los judíos;

que, por el contrario, salvó á Cain, á los sodomitas, etc., por que pertenecian al Dios bueno, ó sea al Dios de los gentiles. (Orsi, t. II, l. III.)

Parece imposible y no obstante es una triste realidad, que se hayan creido estos groseros errores en el mundo.

IX. El mas famoso entre todos los discipulos de Marcion fue Apeles. Espulsado, sin embargo, de la secta por el mismo maestro, porque se habia degradado cometiendo un repugnante crimen, buyendo de sus amigos y compañeros, se refugió en Alejandría de Egipto.

Los errores de Apeles son estravagantes y absurdos. Suponia que Dios creó á los *ángeles*, *las potestades* y una *virtud* ademas, á la cual llamó *Señor*. A este *Señor* atribuia la creacion del mundo; pero de una manera muy, extraña. Se habia propuesto imitar á Dios en la creacion del cielo, y viendo que su creacion, la de la tierra, no era tan perfecta como la del cielo, se arrepintió y quiso destruirla y aniquilarla. (Fleury, lib. III, n. 34.)

Apeles reprobaba ademas las profecías, y creia que el Hijo de Dios cuando vino al mundo no tomó carne humana, sino que se revistió de una sustancia aérea, que devolvió, cuando subió al cielo, á cada uno de los elementos que al bajar á la tierra se la prestaran.

X. Nació Montano en Ardeba, oscura aldea de la Misia. Tan rígido observador de la ley se mostraba en público, que llegó á granjearse

fama y auctoridad de Santo entre las gentes vulgares, y aun entre no pocas personas que con razon eran respetadas por su virtud y su sabiduria. Dejándose arrebatarse por la exaltacion de su fantasia, creyéndose inspirado, comenzó a *profetizar*, diciendo y propalando cosas que no podian ser admitidas, ni veneradas como santas en la Iglesia. Las personas que escuchaban sus estrambóticas predicaciones, se dividieron en dos distintas fracciones. Creían unos que Montano se hallaba seducido por el espiritu del error, mientras suponian otros que el espiritu de la verdad movia su lengua. Le seguian constantemente estos últimos y con sus adulaciones aumentaron los extravios de Montano. Se le unieron dos mujeres de sospechosa virtud, Priscila y Maximilla, y fingiéndose como él inspiradas, tambien como él predicaban las mas absurdas teorías morales y religiosas.

Montano decia que él y sus profetizas habian recibido toda la plenitud del Espíritu-Santo, tal cual Jesucristo lo habia prometido antes de su gloriosa ascension á los cielos.

Se colocaba y colocaba á sus amigos, suponiéndose todos aun mas santos, delante de los Apóstoles.

Entre sus muchos delirios, sostenia Montano que no habiendo Dios *podido* salvar al mundo, ni por medio de Moisés y los Profetas, ni aun con el auxilio del mismo Jesucristo, se habia

encarnado nuevamente en él, en Montano, y en sus profetizas, quienes a no dudarlo, poseían con exceso todas las virtudes necesarias para que esta vez la voluntad de Dios no dejara de tener cumplimiento. ¡Cuánta temeridad!

Montano predicaba una moral en extremo severa, tan severa que en su misma rigidez llevaba la imposibilidad de su observancia.

Aumentó los ayunos particulares, y no contento con una cuaresma, impuso á todos sus adictos la obligación estrechísima de guardar *tres*.

Condenaba como un crimen el huir de la persecucion, y no concedía jamás el perdón á los desgraciados y frágiles mortales que ni aun por una sola vez hubieran sido vencidos por el espíritu tentador. Montano negaba el arrepentimiento. La rigidez de su moral conducía al escándalo por la pendiente de la desesperacion. Todos los extremos son igualmente viciosos.

Tampoco hallaba este heresiarca misericordia para los que siguiendo el consejo de San Pablo, contraían segundas nupcias.

Montano tuvo una muerte que puede considerarse como necesaria consecuencia de su doctrina. Sus máximas arrastraban á la desesperacion, y él murió desesperado. Negó á Jesús en la vida y siguió el ejemplo de Judas en la muerte. Se ahorcó la vida estrechando su cuello con un lazo. (Baronio, *Anales*, año 173, n. 20.)

XI. De la heregia de Montano brotaron

otras sectas, si bien parecidas todas en el fondo, algo desemejantes en la forma.

Fueron estos heresiarcas los *Catafrigios*, *Artoritos*, *Pepucianos*, *Ascodrógitos* y *Patalortachitos*.

Los *Catafrigios* tomaron esta denominación de la patria de Montano. Preparaban su *Eucaristía*, amasando el pan con la sangre que extraían á fuerza de numerosas y poco profundas heridas, hechas en el cuerpo de un niño.— ¡Qué abominable crueldad! Estos son los frutos de la razón humana, cuando el hombre, aconsejado por su orgullo, se entrega á sí mismo y se aparta de Dios.—

Pero continuemos.—Si este niño, después de tantas heridas, sucumbía, era venerado como un mártir; si conservaba la vida, era considerado como un gran sacerdote.

Los *Artoritos* se apellidaban así por los elementos de que componían su Eucaristía. Consagraban el pan con un poco de queso.

Los *Pepucianos* tomaron el nombre de *Pepuci*, insignificante población de la Frigia, en la cual se reunían para practicar las ceremonias de su culto.

Estos heresiarcas no conocían diferencia alguna entre los sexos, y conferían el sacerdocio y aun el episcopado, lo mismo al hombre que á la mujer.

Los *Ascodrógitos* vivían en la embriaguez, y en todo se portaban cual inmundas bacantes.

Practicaban su culto, llevando sobre sus hombros unas odres de piel, que en el mismo altar de sus templos, llenaban de vino para ofrecer sacrificios, enteramente dominados por este espirituoso licor.

Los *patalorinchitos* se llaman así de dos palabras griegas que significan *palo y nariz*, porque, en efecto, se ponían un palillo en la nariz y boca para observar con absoluta rigidez la ley del silencio que profesaban.

Véanse cuáles fueron las consecuencias de la orgullosa doctrina de Montano. Este heresiarca prometió hacer lo que el mismo Salvador no hizo en el mundo. Intentaba por medio de un espantoso rigor regenerar la tierra, y solo pudo obtener, como premio de sus trabajos, la desesperación y el suicidio para él, y los escándalos, los crímenes, las crueldades y absurdos que acabamos de observar en sus discípulos. Siempre que el hombre se propone reformar la sociedad, apartándose de la revelación de Dios, por el mismo camino llega á los propios funestísimos resultados.

XII. Era de Edesa Bardesano. Su caída debe ser siempre lamentada por los fieles. En tiempos del Emperador Marco Aurelio, ni aun el miedo de la muerte fue parte á obligarle á vacilar en su fé. Refutó á Valentino y combatió á casi todos los hereges de su tiempo. Sin embargo, cayó en deplorables errores que produjeron gravísimos males en la Iglesia.

—No se glorie el sábio en su sabiduría, ni el justo en su virtud. Nada es el que planta ni el que riega, sino Dios que dá el incremento.—

XIII. Teodoto y Artemon decían, que Cristo era puro hombre; esto era repetir el error de Ebion y Cerinto. Teodoto el Platero corrigió y aumentó el error de todos los anteriores heresiarcas, añadiendo que Melquisedec era superior en dignidad al Salvador del mundo.

XIV. Hermógenes decía, que la materia es eterna é increada. Este error fue impugnado por Eusebio, Tertuliano y Lactancio. Añadió este herege que algun día debían los demonios unirse á la materia y que el cuerpo de Jesucristo se hallaba en el sol.—(Fleury, lib. iv, n. 21.)

—Estos, se dirá, son delirios. ¿Quién lo niega? ¿Pero son los extravagantes delirios que brotan de la razón humana, cuando loca de orgullo, creyéndose bastante fuerte para guiarse por sí misma, pretende emanciparse de Dios?—

CAPITULO III.

Heregias del siglo tercero.

Praxeas, I.—Sabelio, II.—Pablo de Samósata, III.—Manet, IV y V.—Tertuliano, VI.—Orígenes, VII á XI.—Novato y Novaciono, XII, XIII y XIV.—Nepote, los Angélicos y Apostólicos, XV.

I. Praxeas, de la Frigia, fue primero montanista; pero convertido mas tarde en adversario de Montano, lo hizo condenar (ocultando su propia heregia, para acusarlo con mayor libertad), por el Papa Ceferino. Fue, sin embargo, conocido; confesó su crimen; retrató su error; pero como su arrepentimiento era solo aparente virtud, bien pronto volvió á diseminar públicamente su herética doctrina, sin ningún linage de consideracion.

Negaba el misterio de la Santísima Trinidad. No comprendiendo lo que es persona ni lo que es naturaleza, negaba con su osadía lo que no veia claro por su torpeza. Juzgaba que persona y naturaleza son dos cosas idénticas. Este error le hizo negar la trinidad de las personas. para sostener la unidad de la naturaleza. Afirmaba que esta sola persona, toda la naturaleza de Dios, tomó carne en las entrañas de María, y esta encarnacion, mejor dicho, el fruto de esta encarnacion es lo que se llama

Jesucristo. Admitiendo todas las consecuencias de su error, Praxeas decía, que el Padre Eterno había sido crucificado y muerto en el Calvario. Por esto sus discípulos se denominaron *Patripacianos*. Tertuliano escribió un libro en defensa de la Santísima Trinidad, contra Praxeas.

Entre sus discípulos, los mas notables fueron Berilus, Nactus y Sabelio.

Fue el primer Obispo de Bostri, en la Arabia. Decía este herejearca, que Cristo antes de la encarnacion no podia llamarse Dios; que despues lo fue, tomando la divinidad del Padre. Cuenta Natal Alejandro (Sæc. III, capítulo III, art. I.) que Berilus, refutado por Orígenes, se convenció con las razones de su adversario, y volvió al seno de la verdad católica.

—Cuando los hombres caen en el error por debilidad, se levantan pronto; cuando por el contrario, los hunde la perversidad de su corazón, la malicia de su espíritu, cuando su pecado es resistencia al Espíritu Santo, entonces la conversion es mas difícil. ¡Dios ablande el corazón de los hombres que cual Faraon lo tienen endurecido!—

Nactus se empeñó en demostrar, con espantosa vehemencia, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo *no eran tres naturalezas*, tres distintas sustancias, lo cual ningún católico negaba; sino que eran los tres una sola naturaleza, lo cual decimos tambien todos los ca-

tólicos. Pero añadía: Si no son tres sustancias, *no son tres personas*.

Nace este error de creer que persona y esencia y naturaleza son una misma cosa, lo cual es falso. Mas adelante trataremos con detenimiento esta importantísima cuestión. Nactus murió sin renunciar á su impiedad. (Natal Alejandro, siglo III, cap. III, art. VII.)

El último y mas célebre discípulo de Praxeas fue Sabelio, de quien hablaremos en el párrafo siguiente.

II. Era Sabelio de Tolemaida, en la Libia, y vivió en la segunda mitad del siglo III. Tuvo mas crédito y mas autoridad que Praxeas, su maestro. Por esta causa, los que abrazaban el error de estos, olvidando su propio nombre, tomaron la denominacion de *Sabelianos*.

Negaba la distincion en las tres divinas personas, admitiendo, sin embargo, tres distintos nombres, para espresar tres efectos distintos en la divinidad. Para explicar el misterio de la Santísima Trinidad se valió del sol, distinguiendo en él el rayo, el calor y la figura que lo uno y lo otro contiene. El rayo significaba el Hijo; el calor representaba el Espiritu Santo, y la figura ó el cuerpo del sol demostraba el Padre, que en una sola figura contenia á las tres personas divinas. (Orsi, tom. II, lib. V, núm. 14.)

Repetimos lo dicho antes. Despues trataremos con mas estension este punto.

III. Pablo de Samosata fue Obispo de Antioquía. Fue pobre antes de su elevación á la última dignidad del sacerdocio; pero después con reprobados y hasta escandalosos manejos logró hacerse rico.

Tanta era su vanidad, que nunca se presentaba en público sin hallarse rodeado de una multitud de cortesanos y aduladores. Tenía una especie de guardia de honor formada por cerca de doscientas personas, todas á sus órdenes. En sus discursos no buscaba mas que alabanzas. Con insultos y hasta con golpes castigaba á los oyentes que no elogiaban con admiración y entusiasmo su elocuencia. Permitted, ciego por su vanidad, que unas cuantas mujeres, en la misma iglesia, cantaran himnos dedicados á él. Era corrompido en sus costumbres. Siempre tenía á su lado personas de dudosa virtud, que eran consideradas como cómplices de sus liviandades. A estos crímenes, el impío *Samosateno* añadió la herejía. No contento con la corrupción del corazón, se entregó á la perversión del espíritu.

Sus errores principales son los siguientes:

Decía que en Jesucristo había dos personas y *dos hijos* de Dios. Uno por naturaleza y otro adoptivo.

No entendía la vida de Jesús, ni aun como Verbo, mas allá del día de su animación en las entrañas de la Virgen Santísima. ¡Nada veía en él que lo distinguiese de los demás hombres!

Negaba la Trinidad; porque si bien admitia y empleaba los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo, negando la divinidad de la segunda y tercera persona, hacia desaparecer todo el adorable Misterio. A una sola persona, el Padre, atribuia la encarnacion y la pasion. (Gotti., *de vera Relig.*, tom. II, cap. XI, pág. 2.)

Sus discípulos manifestaban el error que habian abrazado, en la profesion de la fé, y en la forma del Bautismo.

—Ya nadie piensa en esta heregia. Solo en la historia se conserva un pálido reflejo de su nombre. Pasó como pasan las nubes que por un momento cubren una parte del sol. Ni aun dejan en el espacio la mas leve huella de su existencia. ¡Así son las obras de los hombres!...—

IV. Maneto fue el inventor de la heregia de los *maniqueos*, tan tristemente célebre en los anales de la Iglesia.

Imitó á Montano atribuyéndose el título de Paracleto, para ocultar su humilde condicion. Habia sido esclavo en la Persia. Una mujer anciana con su oro lo libró de la esclavitud. lo adoptó como hijo y le quiso dar, aunque en valde, por falta de aplicacion en el liberto, una brillante educacion. Era mas atrevido que docto. Quiso formar una nueva secta, y por desgracia logró su objeto.

Se dedicó á la magia. Con sus malas artes intentó dar la salud al hijo del Rey persa, aban-

donado ya por todos los facultativos. Murió el niño, y en venganza, aquel Rey bárbaro hizo encerrar en la cárcel al médico, al mago, que no había logrado vencer á la muerte. Quizá en esto castigaba su *charlatanismo*. Maneto se libró de la muerte corrompiendo con su dinero la fidelidad de los soldados que lo custodiaban y apelando á la fuga. El desgraciado despues de andar errante por muchos paises, cayó en manos del Rey persa, quién no calmada su irritacion con el tiempo, lleno de indignacion contra él, lo hizo despedazar de una manera horrible. Su cuerpo fue arrojado á las fieras, y su piel se clavó *para escarmiento* en las puertas de la ciudad. ¡Así concluyó el infeliz Manetol...

Sin embargo, no acabó su error con su muerte. Quedaron muchos discípulos suyos en el mundo, entre otros el célebre Agustin, mas tarde convertido á la verdadera fé, y grande apologista por último de la Iglesia católica. (Baronio, *Anales*, an. 277, n. 1.)

V. Hé aquí los errores de los maniqueos.— Admitian dos dioses, dos principios, bueno uno, malo otro. Suponian que en el hombre hay dos almas, la una mala, producida, como el cuerpo, por el mal principio, y la otra buena, producida por el buen principio, por el buen Dios, en el espíritu. El alma buena es eterna *como Dios*, y de la misma naturaleza de Dios.— Panteísmo puro. Falso á todas luces. ¿En qué

razon se apoya esta absurda afirmacion? En ninguna. Verdad es que asombra la fé que tienen en los hombres, los *filósofos*, los incrédulos que no creen en Dios.—

Todo el mal que hace el hombre lo atribuye esta escuela al principio malo. Por el contrario, lo bueno solo es fruto del principio bueno.—¿Pero en qué se funda esta peregrina division? Los maniqueos no lo dicen. Piden que se crea; proponen mil absurdos, y... callan. Los *racionalistas* son siempre así. Sus obras, por mas que ponderan su amor á lo racional, no son mas que absurdas novelas.—

Segun los maniqueos, el hombre no es libre; su voluntad cede á una fuerza irresistible que la lleva al bien ó al mal, segun que es bueno ó malo el principio que la inclina.—

Esto es el fatalismo con todas sus monstruosas consecuencias. Esto es simplemente convertir al hombre en una planta, en una piedra, en un ser que obra, sin merecer por el bien que hace ni ser reprehensible por el mal que practica.—

Se mostraban estos sectarios religiosos, y negaban la necesidad del Bautismo.

Rechazaban el matrimonio, condenándolo como obra de la carne, del principio malo, y malo por lo tanto.

Verdad es que si condenaban al matrimonio, que es lo lícito, con horrible desenfreno se entregaban á las mas abominables inmundicias,

á todo lo prohibido.—Estos heresiarcas, como todos los que admiten el funesto principio de la *razon soberana*, santifican todos los crímenes, escusan todos los delirios, y por lo general solo admiten y proclaman como santo lo que Dios, lo que la misma razon rechazan y condenan como malo, campo pernicioso y digno de execracion.—

Los maniqueos se estendieron y duraron mucho. Fueron condenados por muchos Papas y perseguidos por casi todos los Emperadores de los siglos medios. Como sus errores eran contrarios al matrimonio, al fundamento de la sociedad doméstica, tuvieron que publicar contra ellos durísimos decretos los Emperadores Constantino, Diocleciano, Teodorico, Justiniano y otros.

En 1052 todavía se encontraban algunos maniqueos en Francia, y Enrique II, segun refiere Baronio, los castigó de una manera ejemplar.

VI. Nació Tertuliano, segun dice Fleury (lib. iv, n. 47), en Cartago. Su padre fue un centurion de las tropas pretorianas del Emperador. En sus primeros años vivió este denodado apologista de la fé en las tinieblas del error gentilico. Mas tarde, hácia el año 196 ó 197 de la Era Cristiana, abrazó con celo el cristianismo, se hizo sacerdote, y aun vivió mas de cuarenta años despues de haber recibido esta dignidad. Escribió muchas obras de utilidad para la Iglesia. Sus títulos son: del *Bautismo*,

de la *Penitencia*, de la *Oraçion*, la *Idolatria*, el *Alma*, la *Prescripcion* y otras entre las que brilla su admirable *Apologético*, en el qual contra todas las acusaciones de los paganos es defendida con lógica irresistible la causa santa del cristianismo. Escribió ademas libros especiales contra Marcion, Praxeas y otros heresiarcas.

Aunque en el libro de *Prescripcion* llamó herege á Montano, poco despues, no obstante, extraviado por su celo, no sometiendo á la autoridad su ingenio, confiando demasiado en sus propias fuerzas, se dejó arrastrar miserablemente por la heregia que profesaban los montanistas. (Baronio, *Anales*, 201, n. 3.—Orsí, lib. viii, n. 28)

Tertulliano fue escamulgado y lanzado de la Iglesia por el Papa Zeferino.

Era este célebre apologista hombre austero en sus costumbres, exaltaba con sobrado rigor aun para las cosas lícitas la continencia, hacia extraordinarias vigillas, y por odio al clero romano, por una venganza (¡quién lo creyera!), por una miserable venganza, este hombre tan grande se revolcó en el fango del error, preparado al parecer únicamente para los hombres de pasiones mezquinas.—Y esto no puede parecernos extraño. Cuando el hombre se aparta de Dios, pierde la luz que impide prevaricar a su género. El sábio sin la fuerza, sin el apoyo de la humildad cristiana, pudiera ponerse en

paragon con el hombre anciano, débil, oprimido por el peso de los años, que pierde el báculo que le sirve de apoyo en su vejez. Le flaquean las piernas, se le turba la vista, y cae y se destroza en la tierra. *Sine me nihil potestis facere*. Como el sarmiento se seca, no puede producir frutos, sin permanecer unido á la vid, del propio modo, el hombre de genio, se seca, se pervierte, cae en espantosos delirios si pierde la sávia vivificadora de la fé y la humildad que solo en la fé se encuentra. La humildad es mucho mas necesaria para el sábio que para el ignorante, aunque nadie puede creerse dispensado de buscarla hasta encontrarla con los auxilios de la gracia divina. —

Los errores de Tertuliano pueden encerrarse en estos puntos:

1.º La Iglesia no tiene facultad para absolver á los adúlteros que piden la absolucion con verdadero dolor y propósito de la enmienda, despues de haber confesado en la forma debida sus culpas.—¡Qué deplorable extravío! Si este pecado no se absuelve, los que lo perpetren necesariamente han de entregarse á la desesperacion. Por fortuna esto no es mas que un error de Tertuliano. La misericordia de Dios es infinita. Cuando el pecador se torna en humilde y verdadero penitente, todas sus culpas, por grandes y numerosas que sean, se perdonan, mediante la potestad de la absolucion concedida por Jesus á su Santa Iglesia.—

2.º Las segundas nupcias son ilícitas.—Error condenado por el mismo San Pablo. El matrimonio, mientras viven los dos cónyuges es indisoluble; pero faltando el uno por la muerte, el otro queda completamente libre para contraer segundas nupcias en la vida.—

3.º No se debe evitar el martirio con la fuga.—En los tiempos de la persecucion, habia cristianos que no se encontraban con las fuerzas necesarias para arrostrar la muerte. Estos fieles por no abandonar la fé, ni aceptar los tormentos de la muerte, se ocultaban en las catacumbas, se alejaban de las ciudades, se refugiaban en despoblados montes, ó pasaban la vida en áridos desiertos. Pues bien, Tertuliano, estraviado por su celo, condenaba á estos hombres como prevaricadores, por que sin faltar á la fé, huian del martirio. Esta severidad no es cristiana. Dios no condena lo que no es pecado.—

4.º Los fieles *deben* observar con todo rigor dos cuaresmas.—Esto es mas que un error; es un gran pecado de usurpacion de las facultades de la Iglesia. Lo que es ó no obligatorio en la Iglesia, lo dicen los legisladores eclesiásticos; los Papas y los Concilios aprobados por los Papas.—

Fleury (libro vi, n. 3.) añade que Tertuliano atribuía al alma una especie de sustancia corporal, aunque trasparente, *segun lo habia enseñado una de las dos profetisas*, de las dos

mujeres inmundas que, como ya hemos visto, seguían a Montano.

Afirman Fleury y Natal Alejandro, que antes de morir, se apartó de los montanistas Tertuliano y fundó la secta de los *tertulianistas*, que se conservaron en Cartago unos 200 años, hasta que en los tiempos de San Agustín se convirtieron a la fe católica.

VII. Orígenes era egipcio. Pasó sus primeros años en Alejandría. Su padre el mártir San Leonidas le dio una educación brillante. Las letras humanas y la Sagrada Escritura eran para Orígenes ciencias familiares. Cuéntase que su propio padre le besaba el pecho cuando se hallaba dormido, considerándolo como templo del Espíritu Santo. A los 18 años fue nombrado catequista de Alejandría. Tanto crédito adquirió en el ejercicio de su honroso cargo, que hasta los mismos gentiles, atraídos por la fama de su saber y su elocuencia, acudían a oírlo. Fue su discípulo Plutarco, el mártir. A nadie ocultaba Orígenes su fe. Cuando mayor era el furor de los perseguidores, con más denuesto, con más cristiana valentía se presentaba ante los mismos tiranos, dirigiendo patéticas exhortaciones a los confesores, con desprecio de los tormentos y sin arredrarse ni aun con la amenaza de la muerte. Fue admirador de la pureza. Tanto era su horror a los placeres sensuales que, interpretando mal unas palabras de San Mateo (Cap. xix, v. xii), se hizo eunuco.

Si fue puro en sus costumbres, si fue ardiente en sus creencias, su celo por la salvación de las almas no desdecía de la santidad de su vida ni del ardor de sus creencias. Refutó á los *árabes* que negaban la inmortalidad del alma. Convirtió con su predicación á Berillus que, como ya se ha dicho, no creía en la divinidad de Jesucristo, y por último, con su admirable dialéctica, mediante la gracia divina, llevó la verdad católica al corazón de San Ambrosio, entonces extraviado con la heregia de Valentiniano.

Tenia Orígenes vivísimos deseos de sellar con su sangre su doctrina. Quería alcanzar á todo trance la palma del martirio. Cuando murió su padre quiso exhortarlo á la perseverancia, confesándose como el ferviente cristiano en las gradas mismas del cadalso. No le fue esto posible, por impedírselo con violencia su propia madre, no pudiendo hacer otra cosa, con una carta llena de ternura filial por un lado, de santo heroísmo por otro, manifestó á su padre con cuánto júbilo le acompañaría en el suplicio, cuánta era su satisfacción al considerar que el autor de sus días vería muy pronto orladas sus sienes con la palma inmortal que ponen los ángeles del cielo en la frente de los hombres, que por amor á Jesucristo, reciben el martirio en la tierra.

Sin mas edad que diez y ocho años, fue prefecto de estudios, rector como si digáramos,

de la tan nombrada escuela de Alejandría. Cuando escribió los comentarios de la Sagrada Escritura, tenía constantemente ocupados siete amanuenses, y aun mayor número en algunas ocasiones. Hizo diversas ediciones de los libros santos, componiendo *El Tetrapla*, *El Exapla* y *El Octapla*.

Tenia *El Tetrapla* cuatro columnas, y en cada una de ellas se hallaba un testo especial. En la primera y la segunda se insertaban la traslacion de los *setenta intérpretes* y la de Aquila; en la tercera y la cuarta se veían con el orden mismo que se nombran las de Simaco y Teodosion.

El Exapla tenía seis columnas. Además de los testos citados, en las otras dos columnas colocó los testos hebreo y griego.

El Octapla se componía de dos columnas mas, en las cuales se insertaban los testos de dos sabios y piadosos hebreos.

Era en su tiempo tan célebre Orígenes, que todos los sacerdotes y doctores se le acercaban para pedirle consejo. Pero (¡lamentable desgracia!) este hombre, tan grande, tan sabio, tan benemérito de la Iglesia, engreído algun tanto con su celebridad, empeñándose en interpretar, segun su propio juicio, algunos pasajes de la Sagrada Escritura, en el sentido místico, despreciando el literal, cayó en gravísimos errores. La vanidad es la nube del genio.

Sostenía Orígenes, que los adictos á la letra, al sentido literal de la Sagrada Escritura, no conseguían el reino de los cielos; que para salvarse era necesario huir de la letra que mata, y abrazar el espíritu, el sentido místico que vivifica.—Este error es digno de profunda compasión. La Sagrada Escritura no dice lo que quiere atribuirle el hombre, sino lo que Dios ha querido revelar. El sentido místico no puede nunca hallarse en contradicción con el literal, ni viceversa.—

Algunos escritores han defendido á Orígenes; muchos, sin embargo, han combatido su doctrina.

Orígenes consignó que esponía sus ideas como opiniones, no como dogmas; que las sometía al juicio del lector. (Orsi., lib. vi, número 61.)

VIII. Orígenes fue al Asia turbada en aquel tiempo por dos tenaces heregias. Dos Obispos de Palestina que visitó en su viaje, persuadidos de que Orígenes sería muy útil á la Iglesia, le confirieron las Sagradas Ordenes, elevándolo al sacerdocio. Tanto desagradó esto á Demetrio, Obispo de Alejandría, que lo depuso, lo excomulgó, y lanzó públicamente de la Iglesia. En esta desgracia otros Prelados asistieron á Orígenes y lo colmaron de honores. Estos tenían razón para favorecerlo, porque era un brillante defensor del catolicismo. Su propio Obispo Demetrio, no era censurable por

su rigor, porque conocia la vanidad de su diocesano.

Orsi (tomo III, lib. VII, núm. 33) dice que Orígenes durante la persecucion de Decio, experimentó una dura prision, con tormentos los mas terribles que entonces se conocian. Tuvo cadenas gruesas en el cuello, le estrecharon los verdugos las piernas con anillos de hierro, y sufrió con santa resignacion los dolores del ecúleo. Nada, ningun dolor, sin embargo, era bastante para hacerla titubear en la fé. San Dionisio, Obispo de Alejandria, le escribió una carta, un libro para consolarlo y exhortarlo a la perseverancia. Orígenes vivió poco despues de estos tormentos. Murió en Tiro en el año 253 de la era cristiana, á los 69 años de edad.

IX. Bernin (*Historia*, tomo I, cap. I.), citando á San Agustin (*Hæres.*, 64), dice que Orígenes faltó á la fé, ofreciendo incienso á los ídolos por librarse de los obscenos ataques de un corrompido y corruptor etiope. Despues de su apostasia, fue puesto en libertad. Se alejó entonces de Alejandria. Estando en Jerusalem, á peticion del clero y del pueblo, subió á la cátedra sagrada con el fin de hacer una breve exposicion de algun punto de la Escritura. Al leer las palabras del salmo 49: *Peccatori autem dixit Deus quare tu enarras justitias meas et aperis testamentum meum peros tuum?* se quedó confundido; pensó que Dios, para reprehenderlo, habia puesto delante de sus ojos

aquellas palabras, y con el rostro lleno de gruesas lágrimas, lanzando profundos suspiros, abandonó la cátedra sagrada, y se retiró lleno de terror á un lugar de soledad y silencio.

Acerca de la exactitud de este hecho, dudan algunos historiadores. Otros niegan que hizo penitencia. Sobre uno y otro punto pueden ser consultados Natal Alejandro, tom. vii, capítulo iv, art. 1.º, pár. iv, y Baronio, *Annals*, años de 532 y 548.

Respecto á sus obras, nadie duda que están plagadas de errores, y que fueron condenadas por los Papas Anastasio y Gelasio, y además por el Concilio quinto general. (Baronio, *Annals*, año 400, núm. 33.)

—La caída de Orígenes, como la de Salomón y San Pedro, son una terrible lección para los hombres de virtud y ciencia. La vanagloria es el gran escollo de los justos. ¡Desgraciados los varones virtuosos que no se abismán en la humildad! No es bastante la humana ciencia para evitar el crimen. *Cum meta et tremore vestram salutem operamini.*

Los principales errores de Orígenes son los siguientes, y se encuentran en el *Periarchon* ó tratado de los principios, traducido y corregido por Rufino.

Orígenes se propuso impugnar la falsa doctrina de Ebion, Marcion y Valentín; pero huyendo de un error, cayó en otro, y se alejó por completo de la verdad.

Decían los nombrados heresiarcas que los hombres eran esencialmente buenos ó esencialmente malos, según que era bueno ó malo el dios de quien procedían. Contra ellos Orígenes estableció que solo Dios es esencialmente bueno; que no hay mas que un Dios, y que éste, como conjunto de todas las perfecciones, no era ni podía ser malo; que los hombres, en fin, no eran por su esencia buenos ni malos, pero que podían serlo, según el uso ó abuso que hacían de su libre voluntad.

Si con esto pretendía demostrar Orígenes que el hombre puede rechazar todas las tentaciones, practicar todas las virtudes, cumplir con toda la ley sin el auxilio de la divina gracia, indudablemente cayó en el mismo error que dos siglos después era tan triste celebridad de los pelagianos.

Sostenía también que los espíritus celestiales tienen alma y cuerpo como nosotros; que todas nuestras almas, como los ángeles, fueron creadas antes que el mundo; que por algún crimen que en el cielo perpetraron, en castigo fueron relegadas al sol, la luna, las estrellas y aun á nuestro cuerpo, para que se purificasen, viviendo en cierto modo como en una prisión.

Acerca de los premios y las penas, Orígenes propalaba doctrinas muy extrañas. Según él, ni los Santos están seguros en el cielo, ni los malvados pueden perder la esperanza de salir

algun día del infierno. ¡Qué dellriol! ¡Para negar la eternidad se niega la justicia! ¡Para que el criminal no esté siempre apartado de Dios, se usurpa el cielo al alma del hombre virtuoso!...

Creía Orígenes que antes de este mundo hubo otro, y que cuando este perezca otros nuevos ocuparán su puesto, porque Dios no puede estar ocioso. Esta filosofía es ridículamente materialista. Este error no puede ser mas grosero. Supone que la infinita actividad de Dios solo puede ejercitarse creando y conservando seres materiales que se ven con nuestros ojos y se palpan con nuestras manos. ¿Quién es el hombre para fijar límites al infinito poder de Dios?...

De Orígenes se ha dicho que era el hombre de la contradicción; que *ubi bene nemo melius; ubi male nemo pejus*.

La verdad es que tanto admira cuando acierta, como espanta cuando se deja estraviar por el consejo de la mentira.

XI. Muerto Orígenes, sus secuaces no dejaron de turbar la Iglesia, diseminando sus errores por todas partes. El Papa Anastasio trabajó mucho para calmar la tempestad suscitada en Roma por los *origenistas*, capitaneados por el sacerdote Rufino y la infeliz Melania.

Todavía los *origenistas* perturbaban la Iglesia en tiempos del Emperador Justiniano. No desaparecieron de una manera completa, has-

ta que en el Concilio Constantinopolitano segundo, Cánón 11, fueron condenados todos los errores y todos los partidarios de Orígenes. (Orsi, tomo xviii, lib. xli, núm. 70).

XII. Era Novato presbítero de la Iglesia de Cartago. Hablando de él San Cipriano (Epist. 52) dice que era hombre avaro, inquieto y sedicioso. Muy desde el principio pareció sospechoso en la fé á sus Prelados, se le acusó de haberse apoderado de los bienes de los huérfanos y las viudas, despojando además á los templos de las limosnas que en ellos depositaban los fieles. Negó á su padre la sepultura, después de haberlo dejado perecer de hambre. Estando su mujer en cinta, la hizo abortar, dándole con el pie un golpe terrible en el vientre. No contento con estos crímenes, exhortó á Novaciano á la apostasía, invitándolo con satánicas reflexiones para que no escuchara, para que se opusiera á los preceptos del Papa San Cornelio.

XIII. Espondremos ahora las costumbres de Novaciano, para reseñar luego los errores de estos dos heresiarcas, tan unidos en la historia. Siendo catecúmeno y hallándose en peligro de muerte, fue bautizado Novaciano, sin sujetarse á las observaciones y prácticas que en aquellos tiempos se exigían en la Iglesia. No recibió el Santo Sacramento de la Confirmación, que en la primitiva Iglesia se administraba después del Bautismo. Como él no lo

recibió entonces, lo negó mas tarde, intentando lograr que nadie lo recibiese en lo sucesivo. Su vanidad era su consejero:—¡Que nadie poseyese una gracia de la cual él carecía! El desprecio ó la corrupción son siempre el origen de las heregias. Sobre este punto véase nuestra obra *El Papa y los gobiernos populares*. (Tomo I, cap. xxvi.)—

Esto, no obstante, Novaciano fue elevado al sacerdocio, á pesar de los Cánones, que prohibían recibir el presbiterado á los fieles bautizados como él, en el lecho de muerte, sin recibir la confirmación, ni someterse á las pruebas que por precaución, tan necesaria en aquel tiempo, exigía la Iglesia. El clero y el pueblo por esta circunstancia, por no ver además justificada con su virtud la dispensa, no acogieron bien su ordenación. Como mal cristiano, carecía del valor necesario para cumplir con sus deberes en aquellas difíciles circunstancias. Rogado por los diáconos para que se presentara á consolar y exhortar á la perseverancia á los fieles que esperaban en la cárcel el instante de recibir el martirio, contestó que le faltaban las fuerzas necesarias, que no abandonaba el lugar en que se había escondido, que, en fin, ya no quería ser sacerdote, sino que aspiraba á desempeñar otros cargos menos comprometidos y peligrosos. Los cristianos se escandalizaban, aunque no extrañaban su vergonzosa cobardía. Pues aun hay en su historia

una cosa harto singular. Carecía del valor indispensable para cumplir con los deberes de un simple sacerdote, y no le faltó la ambición necesaria para desear, para solicitar, y tan para hacer grandes esfuerzos por ocupar, como Soberano Pontífice, la Silla de San Pedro.— Siempre los más indignos son los más ambiciosos. La humildad no es virtud para los hombres viciosos. Las personas corrompidas quieren conseguir las más grandes dignidades, no para sacrificarse en beneficio de sus inferiores, sino para sacrificar y explotar en su beneficio á todos los hombres que les están subordinados. Los hombres que con empeño buscan los honores, se muestran por este solo hecho indignos de recibirlos.—

Novatiano tenía fecondia, hablaba bien, era elocuente. Por esta razón sus discursos, aunque malos, malísimos por su fondo, eran escuchados con gusto por la belleza de sus formas. Con esta sola virtud, se creyó digno de la más alta dignidad. Apenas supo que había subido por canónica elección á la cátedra pontificia el Papa San Cornelio, no por convicción, sino por despecho, por venganza, por consejo de Balcebu, negó la legitimidad de la elección, se hizo nombrar Pontífice por tres Obispos ignorantes, se declaró abiertamente cismático, y fue el primer anti-Papa que dividió la Iglesia de Jesucristo.

Cuando administraba la Eucaristía á sus se-

cuaces, les exigia el juramento de no abandonarlo jamás, de no volver nunca á la comunión del Papa legítimo. (Baronio, *Anales* 254, núm. 61.)

XIV. Hé aqui ahora los errores de Novato y Novaciano. Eran débiles en la fé, carecian de la fortaleza necesaria para confesar á Jesucristo delante de los tiranos, y enseñaban, no obstante, que no podia ser nunca perdonado el cristiano que por miedo á la muerte hubiese una sola vez quemado incienso en el altar de los ídolos.

Eran ambos escandalosamente corrompidos; cometian, se manchaban perpetrando todo linage de crímenes; eran soberbios, ambiciosos, impuros; estaban, en fin, llenos de pecados, y afirmaban que en la Iglesia no habia ni podia haber indulgencia para los fieles que despues del Bautismo hubiesen cometido algun pecado.

—Esta contradiccion es horrible. Generalmente el hombre, cuando se aparta de Dios, reprende con furia, con espantosa severidad en otros, las faltas que él con mas frecuencia que nadie comete. Esta es ley general. Todos los llamados *reformadores* de la Iglesia han imputado sus propios crímenes á la Santa Sociedad que fundara Jesucristo. Lutero el impuro, acusaba al catolicismo de falta de pureza. Enrique VIII, el tirano, combatia sin cesar lo que él llamaba la tiranía de los Papas. Así son todos los heresiarcas. No hay uno solo que no

necesite en todos sus hechos la reforma que tanto pondera con sus palabras.—

Siempre consecuentes con sus principios de rigor, los novacianos negaban el Sacramento de la Confirmacion; condenaban las segundas nupcias, y ni aun en la hora de la muerte daban la Comunion á los *bigamos*, á los casados legítimamente por segunda vez. (Fleury, libro vi, núm. 51.)

XV. Además de los nombrados, hubo otros heresiarcas en este siglo.

Nepote, Obispo de Egipto, entendiendo al pie de la letra un pasaje del Apocalipsis, y dándole una interpretacion grosera, proclamó y con empeño y obstinacion difundia el error de los *milenarios*.

Los *Angélicos* adoraban, como á Dios, á los ángeles, decian que á ellos era debida la creacion del mundo, y se gloriaban por añadidura de vivir con angelical pureza. Ya comprenderán nuestros lectores que no puede haber nunca virtud en el corazon, cuando la vanidosa jactancia de la virtud ocupa siempre los labios.

Los *Apostólicos* se mostraban tan escesivamente rigurosos, que cerraban las puertas del cielo á todo el que poseyese riqueza. Estos no admitian en su comunión á los hombres casados.—Estos heresiarcas se apellidaban *apostólicos* quizá por su obstinacion en apartarse de la doctrina de los Apóstoles. (Berti, *Hist.*, tomo i, sect. 5, cap. iii.)

CAPITULO V.

Heregias del siglo cuarto.

ARTICULO PRIMERO.

—El Cisma, I y II.—Heregia de los *donatistas*, III.—Confutacion de San Agustin, IV y V.—Los Circumceliones, V.—Conferencia ordenada por Honorio, VI.—Muerte de San Marcelino y Concilio de Cartago, VII.—

I. Para comprender con exactitud la historia de los *donatistas*, es necesario distinguir el cisma de la heregia, porque ellos antes de ser hereges, fueron únicamente cismáticos.

Durante el cisma fueron dirigidos por un tal Donato, llamado el Primero, para no confundirlo con Donato, apellidado el Grande, que los arrastró á la apostasia.

En los primeros años del siglo iv, Mensurio, Obispo de Cartago, fue acusado ante el tirano Majencio, por haber librado de la persecucion y aun de la muerte á Feliz diácono, autor de una carta que se habia publicado contra aquel despótico Emperador. Mensurio hizo para defenderse un viaje á Roma. Al volver á su diócesis, en la mitad del camino perdió la vida. Para ocupar la silla de Cartago, vacante por muerte de Mensurio, fue elegido por unánime consentimiento del clero y del pueblo, Cecilio.

no, á quien consagraron el Obispo de Aptongo y otros prelados africanos.

Los adversarios de Ceciliano decían que su ordenación era nula, porque los Obispos que le habían conferido eran traidores á la Santa Escritura y aun paganos. Además acusaban al nuevo de haber negado el alimento á los cristianos encerrados en la cárcel por no abandonar la fé de Jesucristo.

Se puso al frente de los conjurados contra Ceciliano, un tal Donato, Obispo de las Casas Negras en la Numidia. Esta secta se hizo poderosa merced á la protección que le dispensaba por vengarse de Ceciliano, Lucilla, señora española, influyente por su riqueza y su talento, que entonces se hallaba en Cartago.

En un conciliábulo celebrado en la Numidia fue depuesto Ceciliano, y nombrado en su lugar Mayorino, oriundo de Lucilla. Donato tuvo la debilidad de consagrar á este Obispo, tan irregular, tan ilegítimamente electo. Su elección era evidentemente nula. El origen de su elevación era horribilmente escandaloso. Pero así son todas las heregias. No hay una sola que sin pudor pueda alzar el velo de ignominia que oculta su culpa. (Fleury, lib. ix, n. 34.)

Esto, no obstante, Ceciliano firmó en su fé, rechazó los decretos anticanónicos del conciliábulo, y no consintió en abandonar su silla. Los donatistas, aficionados como todos los herejes á la potestad civil, con despre-

cio de la eclesiástica, apelaron á Constantino en demanda de fuerzas para deponer al Obispo legítimo de Cartago. Constantino, mas prudente, mas justo, menos sacrilego, puso la cuestión en manos del Papa San Melquiades, quien el año 315, en un Concilio al cual asistieron diez y nueve Obispos, declaró que era legítima la elección de Ceciliano, válida su ordenación, y que por lo tanto no debía ni podía ser inquietado en nombre de la justicia.

Los *donatistas*, no conformándose con la solución del Soberano Pontífice, nuevamente apelaron al Emperador Constantino. Este procuró calmarlos primero; pero advirtiéndole que atendida su tenacidad, no era esta fácil tarea, encargó á Eliano, procónsul de Africa, que investigara si en realidad era cierto que Félix, el Obispo que ordenó á Ceciliano, había sido traidor á la Iglesia, entregando á los idólatras las Sagradas Escrituras.

Conociendo esto los conjurados, sedujeron á un notario llamado Ingencio, quien se comprometió á jurar en falso, declarando que Félix y Ceciliano eran reos de los crímenes que se les imputaban. Por fortuna no tuvo el indispensable valor para ser perjuro, y en su declaración dijo todo lo contrario. Manifestó la verdad, y su testimonio probó la inocencia de los acusados y sirvió de ineluctable argumento contra la maldad de los acusadores.

Aun no contento con esto, deseando satis-

facen los deseos de los donatistas complaciéndoles hasta la exageracion, mandó que en Arlés se reuniese un Concilio, en el cual se examinara de una manera definitiva esta cuestion. San Silvestre, á la sazón Papa, año 314 de la Era cristiana, envió sus legados al Sínodo, *los cuales presidieron en su nombre*. La causa fue examinada de nuevo, y nuevamente la sentencia fue favorable á Ceciliano, el legítimo Obispo de Cartago.—Ya este Concilio, celebrado en Arlés, ciudad de Francia, en los tiempos de Constantino, *fue presidido* por los legados del Sumo Pontífice. Lo propio sucedió algunos años despues en el Concilio de Nicea, presidido igualmente por el grande Ossio, Obispo de Córdoba; representante del Soberano Pontífice. *Conviene* fijar nuestra antencion en estos hechos para convencernos de que en los primeros siglos del cristianismo, como en los posteriores, los Papas ejercieron el primado de jurisdiccion, ademas del de honor en toda la Iglesia. Los que afirman que los Papas no fueron reconocidos como jefes de la Iglesia universal hasta el siglo xiii, no pueden menos de quedar confundidos al ver cómo desde el siglo iv y aun antes los Sumos Pontífices, como Vicarios de Jesucristo, han ejercido siempre su plenísima potestad en toda la Católica Iglesia.

III. Esto no obstante los donatistas no se apartaron del camino de las turbulencias. Cre-

cieron en número; aumentaron en poder y sus errores llegaron hasta una parte del clero romano.

Púsose al frente de los rebeldes cismáticos otro Donato, llamado el Grande, quien, como ya hemos indicado, no contento con el cisma, proclamó abiertamente la heregia. Donato, como dice San Agustín, se hallaba imbuido en los errores de Arrio. Ocupó el puesto del intruso Mayorino, y por sí y ante sí, por autoridad propia, se declaró Obispo de Cartago, no obstante los repetidos decretos de tres concilios y la definitiva sentencia de los Papas San Melquiades y San Silvestre. Este acto de sacrilega rebeldía fue el origen de la heregia de los donatistas. Hasta aquí solo han sido cismáticos ó miembros rebeldes de la Iglesia; en lo sucesivo los veremos, avanzando siempre en la carrera del mal, hasta convertirse en perfectos heresiarcas, y aun en encarnizados enemigos del cristianismo. Cuando el hombre comienza á rodar por la pendiente del error, de un abismo pasa á otro abismo y el fin de los abismos no lo encuentra nunca. (Orsi, tomo iv, lib. xi, n. 51 y 52.)

El error de los donatistas se extendió, y produjo sus estragos en Africa mas que en ninguna otra parte. Sostenían estos hereges que la Iglesia solo se componía de los buenos cristianos, de los justos, es decir, de ellos, y que los malos fieles, todos los que no pertenecían á

su secta, no podían como pecadores ser miembros de la Iglesia de Jesucristo.

De este principio inferían dos ridículas consecuencias:

1.^a Puesto que los Papas, decían, no son donatistas, ó han defendido y amparado á los enemigos de Donato, los Papas no pertenecen á la verdadera Iglesia.

2.^a Puesto que solo es santo lo que se hace en nombre de Donato, el Bautismo que administran los católicos no puede ser santo, no es ni puede ser puerta para la verdadera Iglesia, y por ende los que lo reciben no son ni deberían llamarse cristianos.

—Este monstruoso error, este absurdo, engendro de la humana soberbia, solo tiene un inconveniente, y es que con negar el principio, caen por tierra las consecuencias que de él se derivan. Veamos como.

—Donato, dicen, es el único representante de Jesucristo en la tierra.—

Se niega el principio. Esto es falso. ¿Cómo podría demostrarse nunca? ¿No admitió la revelación? Entonces su doctrina es absurda. ¿Admitió la revelación? Entonces, ¿en qué texto del Evangelio, en qué testimonio de Concilios, en qué definición pontificia apoyais esta exclusiva santidad de Donato? La soberbia humana en todas partes y en todos tiempos es parecida, es completamente idéntica.—

IV. Los donatistas pretendían apoyar su

:

absurdo error en algunos pasages de la Sagrada Escritura.—La Iglesia, decían citando á San Pablo, no tiene mancha ni arruga.—Es cierto. Nadie dice ni puede decir lo contrario. La santidad es nota esencial de la Iglesia. La Iglesia católica es pura, es santa por la santidad infinita de su Autor y la divina santidad de su doctrina. Pero, ¿quién osará decir que fueron santos y puros los donatistas, que fue pura y santa su doctrina? Nadie. El testo de San Pablo es cabalmente una demostracion irrefragable de la verdad, de la santidad, de la divinidad del catolicismo.

Se apoyan tambien en otro pasage de la Sagrada Escritura, de la Apocalipsis, capítulo xxi, v. 27, en el cual se afirma que nada manchado, que ningun alma impura entrará en la Iglesia triunfante, en el reino de los cielos.

Pero ¿qué demuestra esto en favor de la heregía que impugnamos? ¿Qué tiene que ver, qué prueban en favor de los crímenes, impurezas y escandalosas rebeliones de los donatistas, las virtudes, la completa y perfecta santidad que necesitan las almas para volar al cielo?

Sería inútil emplear mas tiempo en la refutacion de estos errores. La Iglesia es santa, por que santa es su doctrina, Santísimo su Divino Fundador, y los Santos, los imitadores de Jesucristo jamás faltan en ella. Pero no daña,

no puede dañar á la pureza de la Religión católica las faltas, los crímenes mismos que puedan perpetrar los individuos que á ella pertenecen. La Iglesia no es una sociedad de ángeles, es un conjunto inmenso de hombres que pueden ser prevaricadores; pero que con la fé, los Sacramentos y las leyes de la Iglesia, pueden reformar sus costumbres, y de pecadores, mediante los auxilios de la divina gracia, convertirse en buenos y hasta en perfectísimos cristianos. La santidad de la Iglesia no consiste en que sean santos todos sus miembros; sino en que si quieren, cooperando á la gracia divina, todos tengan los medios y recursos indispensables para serlo. (Véase Natal Alejandro, tomo ix, dissert. 31.)

V. Los donatistas, los *únicos* santos, los hombres que tanto ponderaban su santidad, llenaron de escándalo el mundo con sus crímenes. Derribaban los altares de los católicos, rompían profanándolos, los sagrados cálices, arrojaban (¡oh sacrilegio abominable!) á los perros la Sagrada Eucaristía. Verdad es que segun refiere San Optato (lib. ii *de donatistis*), los mismos perros castigaban á sus dueños, revolviéndose horriblemente contra ellos, en justicia, como escarmiento de sus sacrílegas abominaciones.

Eran crueles con los católicos. No contentos con asesinar á los vivos, llevando su furor mas allá del sepulcro, desenterraban á los

muertes, y esparcían por el aire, despues de quemarlas en públicas hogueras, sus cenizas. (Baronio, *Anales* año 357, n. 152.)

¡Y estos hombres eran los *puros*, los *santos* por excelencia! Repetimos lo que hemos dicho. Los adversarios del catolicismo están siempre manchados con los vicios que imputan á la Iglesia. Y ¡cosa rara! los que llaman soberbia ó ambiciosa á la Iglesia, son los mas soberbios y ambiciosos. Los que la acusan de crueldad y tiranía, son cabalmente los mas crueles y tiranos. Los que, en fin, mas hablan de reforma, son sin duda los que mas necesidad tienen de una radical y completa reforma.—

Pero aun no hemos concluido con estos herejías. De los donatistas nacieron los *circunceliones*, los *santos y jefes de santos*, como los apellidaba Donato, quienes despues de haber formado una iglesia, segun su antojo, daban la muerte á todo el que sin réplica no admitia sus repugnantes caprichos.

El fanatismo de estos sectarios llegó á un extremo asombroso. Predicaban y practicaban el suicidio como un acto heróico. Se despeñaban arrojándose en precipicios, se lanzaban en grandes hogueras para ser devorados por las llamas, se arrojaban al mar para morir ahogados; ó con un hacha, del cuerpo apartaban su cabeza. ¡Y los que esto hacían se llamaban mártires! Las mujeres cometían los propios

atentados. Algunas, hallándose en cinta, se daban la muerte, por creer que así tenía doble mérito su *martirio*.

Esto, esto y nada mas que esto hace la razon humana cuando para alumbrarse con su pálida luz, llena de soberbia, quiere apagar la infinita luz del cielo.

VI. Los Emperadores Constantino, Constante y Valentíniano intentaron reprimir con leyes severas la pertinaz insolencia de los donatistas. Poco adelantaron, sin embargo.

Por el año 410 de la Era Cristiana, tanto abusaban los donatistas de la libertad que entonces se concedia á los hereges para profesar libremente sus erróneas creencias, que obligaron á los Obispos católicos á unirse, y todos unidos, dirigir en forma colectiva una solicitud al Emperador Honorio, rogándole que con la fuerza de la ley se opusiese á la sacrílega violencia de aquellos hereges que tanto afligian y turbaban á la Iglesia en aquel tiempo. (Orsi, tomo II, lib. xxv, n. 1.)

—Este fue el origen de la ley 51 del Código Teodosiano, tan censurada por los adversarios del catolicismo. Esta ley, en efecto, castigaba en algunos casos hasta con la muerte los excesos de los donatistas. Los que se espantan ó aparentan espantarse en vista de tanto rigor, observan el castigo y no atienden siquiera al tiempo en que se decretó ni á los motivos que lo hicieron necesario. Los dona-

titas no fueron castigados, porque eran hereges; esto les estaba permitido; sino por que su insolencia era tanta y su sacrílega osadía tan horrible, que insultaban á los católicos, derribaban los altares, pisoteaban las Sagradas Formas, y en no pocos casos, no contentos con profanar las cosas mas sagradas del culto, atentaban contra las personas hasta maltratarlas, herirlas y aun darles la muerte, cuando se les presentaba ocasion de hacerlo impunemente. ¿Y quieren los modernos filántropos que por que un hombre se llame herege, por el solo hecho de llamarse herege, quede exento de toda responsabilidad, y por ningun crimen se le considere digno de ejemplar castigo? ¿Quizá cuando un hombre perpetra un homicidio, por ser herege, deja de ser un homicida? Los *filósofos* que tanto declaman contra las leyes penales de la Iglesia, con una intencion que nunca puede escusarse, se fijan solo en el rigor de la pena y olvidan por completo los crímenes por los cuales la pena ha sido impuesta.—

Tambien mandó el Emperador Honorio que todos los Obispos católicos y donatistas celebrasen una conferencia en Africa con el fin de ponerse de acuerdo, abandonar el error, profesar la verdad, y vivir en paz, sometiéndose al Credo que todos debían venerar como santo, como verdadero y aun revelado por Dios.

Los donatistas rehusaron primero asistir á

la conferencia; pero obligados despues por las apremiantes órdenes del Emperador Honorio, se presentaron en Cartago, en número de 279. Los católicos, dispuestos á tomar parte en la cuestion, eran 268. Marcelino, el tribuno imperial, para evitar tumultos no consintió que todos asistiesen á la conferencia, exigió que por cada parte se designasen diez y ocho diputados, con plenos poderes para representar á todos los demas de su fraccion ó partido. Los donatistas por su parte se propusieron malgastar el tiempo en cuestiones secundarias, no entrando jamás en la verdadera cuestion, en la de averiguar cuál era la única Iglesia de Jesucristo.

San Agustin con su terrible dialéctica confundió á los donatistas. Les demostró que ellos no eran santos; que la Iglesia no se componia ni podia componerse de santos únicamente; que en ella había buenos y malos miembros; que, en fin, empeñarse en sostener que únicamente los justos pertenecen á la Iglesia de Jesucristo, era negar, era destruir la *visibilidad* de la Iglesia, era anonadarla como agregacion de fieles, que en la forma debida rinden á Dios el culto que le agrada.

Si solo los justos son miembros de la Iglesia, la existencia de la Iglesia, de la sociedad cristiana, es de todo punto imposible. Nadie puede penetrar en el corazon del hombre. Nadie puede saber si es pecador ó santo el hombre á quien se acerca. Luego no es posi-

ble tampoco que al acercarse veinte, ciento, un millon de hombres, puedan saber que son verdaderos cristianos, porque tampoco sabrán que están verdaderamente en gracia, que son verdaderamente santos. Pedir santidad á todos los fieles, es no poder reunir nunca dos fieles que puedan reputarse como verdaderos. En la Iglesia hay buenos y malos miembros. Los primeros edifican con su virtud á los segundos, y los segundos deben ser corregidos y santificados por los sacramentos de Jesucristo, y el ejemplo de los justos. Para todos hay santidad, aunque por su voluntad no todos la tengan.—(Orsi, tom. II, lib. xxv, n. 17.)

VII. Como era de esperar en la conferencia de que hemos hablado en el párrafo anterior, San Agustín obtuvo una señaladísima victoria. Muchos heresiarcas confesaron la verdad, abjuraron el error y abrazaron la Religión que les predicaba San Agustín. Los mas obstinados, no sabiendo defender sus doctrinas, no teniendo nada que contestar á los raciocinios y objeciones de San Agustín, apelaron al Emperador, deseando romper con la fuerza bruta, el lazo, los argumentos que no podian soltar con la fuerza de la razon. Por fortuna el Emperador Honorio, conociendo y cumpliendo con su deber, no quiso ni aun darles audiencia, antes por el contrario, sin recibirlos, les mandó que puesto que nada podian decir en favor de sus doctrinas, puesto que como se les

había demostrado eran falsas, las abandonasen y volvieran al seno de la Religión católica.

Irritados entonces los donatistas, no obstante su ponderada santidad, cometieron espantosas crueldades contra los católicos. Asesinaron al virtuoso Restituto, únicamente porque con su saber y su elocuencia defendía la verdad y santidad de la Iglesia de Jesucristo, de la Religión santa que profesamos por fortuna los católicos. (Baronio, *Anales* 412, p. 1)

Unidos al conde Marino, también los donatistas calumniaron primero, para asesinar, como lo hicieron después al mártir San Marcelino.—Este era el carácter de los hereges que ahora nos ocupan. Los filósofos *humanitarios*, que tantas lágrimas vierten sobre la tumba de los perseguidos heresiarcas, no tienen nunca un suspiro para la memoria de los mártires sacrificados por el furor de los perseguidores hereges.—

El conde Marino favoreció á los donatistas y fue destituido de todas sus dignidades, en castigo de su sacrílega maldad, por el Emperador Honorio.

En el Concilio primero de Cartago, celebrado en los años 348 y 349, los Obispos cismáticos, renunciando á su error, se unieron á los católicos, y todos juntos dieron gracias al Señor por haberles librado de tan funesto cisma.

En aquel Concilio se prohibió rebautizar á los fieles que ya habían recibido el santo Bau-

tismo en la forma debida, lo cual era contra el error de los donatistas, que rechazaban como nulo todo bautismo no administrado por su secta. Se prohibió tambien venerar como mártires á los donatistas que voluntariamente se suicidaban, acordando, no obstante, que por conmiiseracion no se les negase la sepultura.

Esta paz no fue, sin embargo, obstáculo para que los donatistas se conservasen en muchos puntos. Baronio (*Anales*, año 596, n. 16), dice que estos heresiarcas ocasionaron la ruina de la Iglesia en Africa. Véase, pues, cuán funesto influjo puede ejercer una errónea creencia. Africa es hoy bárbara. La barbarie se apodera siempre de los pueblos que abandonan la Religion de Jesucristo. ¡Quién sabe si la heregia de los donatistas seria la puerta por donde entró el islamismo, es decir, la muerte de la civilización en el suelo africano!...

ARTICULO II.

De la heregia de Arrio.

PARRAFO I.

Orígen de Arrio, VIII.—Sus errores y favorecedores, IX. —Sínodo de Bitinia, X.—Sínodo de Osio en Alejandría, XI.—Concilio ecuménico de Nicea, XII.—Condenacion de Arrio, XIII.—Fórmula de fé, XIV, XV y XVI —Destierro de Eusebio de Nicomedia y Carta maligna de Eusebio de Cesárea, XVII.—Destierro de Arrio, XVIII y XIX.—Decreto sobre los cuatordecimanos, XX.—Cánones, XXI —Fé del Concilio, XXII.

VIII. Arrio fue africano. Nació en la Libia Cirenaica. Empujado por su ambicion, hizo un penoso viaje al Egipto, y se fijó en la próspera Iglesia de Alejandría, con el fin de obtener pingües beneficios. Tenia profundos conocimientos en la literatura y ciencias profanas. Su aspecto era severo y hasta repulsivo, pero dulce en su trato y afable en su conversacion. Cegaba su espíritu la ambicion de la humana gloria y el deseo de acreditarse, de adquirir fama en el mundo, sosteniendo peligrosas y aun falsas novedades.

Al principio pareció adicto á Melecio, Obispo de Licópolis, en la Tebaida. Melecio no era herege; no tenia ningun motivo para abjurar la fé, y mucho menos aun para tornarse en

perseguidor de la Iglesia; pero habiendo sido castigado y depuesto por San Pedro, Obispo de Alejandría, á causa de sus grandes y repetidos y escandalosos crímenes, por venganza y nada mas que por venganza, aconsejado por el despecho, en los primeros años del siglo cuarto, promovió un espantoso cisma en Egipto contra el legítimo y Santo Obispo de Alejandría, usurpándole hasta la potestad de orden. (Baronio, *Anales* 310, n. 4.)

Conociendo Arrio que las cosas de Melecio iban mal, y que á su lado y en su partido no podía adelantar mucho en su carrera, lo abandonó, no por fé, sino por cálculo, y por cálculo, que no por fé verdadera, se reconcilió con el Santo Obispo de Alejandría. Fue promovido al diaconado; pero conocidas bien pronto su ambición é hipocresía, su vanidad y perfidia, su soberbia y falta de fé, como un malvado contaminaz fue arrojado por San Pedro de su Iglesia. Hallándose el Santo Obispo de Alejandría en la cárcel y próximo á recibir la palma del martirio, Arrio mostrándose lleno de contrición, con semblante y apariencias del mas humilde penitente, quiso nuevamente reconciliarse con la Iglesia. San Pedro, como justo, como varon lleno de acendrada piedad, se hallaba dispuesto á perdonar y devolver su antigua confianza al lobo que con piel de oveja intentaba penetrar en el rebaño, en la santa sociedad de los fieles, para explotarla y despe-

dazarla. El Santo pidió consejo al cielo y en el vió la imagen de Cristo, con la túnica destrozada, en la cual se leían estas palabras: *Hanc mihi scidit Arrius. Præcave omnino ne eum in communionem recipias.* (Baronio, *Anales* 310, n. 4 y 5.)

San Pedro murió el año 311. Le sucedió en la Silla de Alejandría el descuidado Aquila, quien, sin tener en cuenta el prudente ejemplo de su antecesor, confirió el presbiterado á Arrio, y aun le confió la parroquia de Bauceles en Alejandría. (San Epifanio, *Hereg.* 69.)

Muerto Aquila, Arrio, que ya era anciano, mostró vivísimos deseos de ocupar su puesto; pero fue preferido por el clero y el pueblo San Alejandro, hombre de mucho saber y purísimas costumbres.

Arrio, entonces, arrastrado por su indignación, comenzó á censurar en todo la conducta de San Alejandro. No solo impugnaba la persona, sino que empujado por la venganza, avanzando siempre en sus censuras, llegó hasta el punto de negar lo que enseñaba San Alejandro, de negar lo enseñado, lo revelado por el mismo Dios.—Lección terrible que nos demuestra en cuánto peligro se encuentra el hombre de abandonar la verdad, cuando ciego por el orgullo, inspirado por la venganza, se aparta de la caridad.—

Arrio impugnando á un santo Obispo, solo pensando en hacer la guerra á un hombre, ca-

yó en el insondable abismo de la soberbia, desde el cual, solo podían oírse las blasfemias que su impía lengua, movida por Satanás, enviaba sin cesar al cielo.

Sus principales errores son los siguientes:

1.º El Verbo Eterno, no es Eterno como el Padre, sino criado en el tiempo como el hombre.—

2.º El Verbo, Cristo, mutable por su naturaleza, abusando de su libre albedrío, hubiera podido pecar; pero manteniéndose siempre en los límites de la rectitud, jamás cometió pecado. Por esto el Padre, en premio de su virtud, lo hizo partícipe de su divinidad.

—Con muy poco trabajo se desvanecen estos errores.

¿Creeis en la revelacion? ¿Sí? Entonces solo podeis hablar de Dios, solo podeis explicar los adorables Misterios de la Trinidad Santísima, apelando á la revelacion de Dios; á lo que Dios por su infinita misericordia ha querido revelarnos.

¿No creéis en la revelacion? Entonces, comenzad por negar toda la heregía, que la supone, que sin ella es hasta inconcebible.

Ahora bien: admitiendo la revelacion, las Sagradas Escrituras, la tradicion, infalible cuando con una definicion dogmática se explica, se fija ó interpreta en los Concilios ecuménicos, ó por los Soberanos Pontífices, los errores de Arrio están rechazados y conde-

nados por toda la autoridad y toda la verdad de Dios.—

Arrio enseñó además que el Verbo en la Encarnacion habia tomado cuerpo sin alma, ó que la divinidad se habia convertido en parte del alma.

Esto parece una contradiccion. No puede extrañarse. *Stultus sicut luna mutatur.*

Los errores de Arrio se encuentran principalmente en la *Talia* y en la epístola que dirigió á San Alejandro, Obispo de Alejandria. (Baronio, *Anales* 315, núms. 19 y 20.)

IX. Comenzó Arrio esponiendo sus errores con temor, privadamente y no sin cautela. Pero despues, ya hecho menos tímido, mas arrogante, los diseminaba públicamente en su misma parroquia. San Alejandro lo reprendió con suavidad y prudencia; pero convencido de que con tan dulces medidas no conseguia nada, recurrió á disposiciones mas fuertes, mas severas, aunque siempre justas.

Ya no era Arrio el solo mantenedor de sus errores. Los predicaban tambien algunos miembros del clero, entre ellos un Obispo, el de Tolemaida, y varias otras personas importantes.

Para contener el mal en su origen, San Alejandro convocó un Concilio provincial, hácia el año 320, al cual concurrieron muchos sacerdotes, y unos cien Obispos del Egipto, la Libia y otros puntos. Celebróse este Concilio en Ale-

jandria. Arrio fue llamado, y no obstante su arrogancia, no tuvo valor personal, ó la necesaria confianza en sus doctrinas para sustentarlas en tan augusta asamblea. Sus errores, despues de un diligentísimo exámen, fueron condenados como heréticos.

San Alejandro, en una carta circular que dirigió á todos los Obispos de la Iglesia, dió cuenta exacta de la doctrina de Arrio, de su conducta y de los anatemas fulminados en el Concilio contra la heregla y contra el nuevo heresiarca. (Orsí, lib. xii, núms. 5 á 7.)

Esto, no obstante, Arrio, cada vez mas obstinado, cada vez mas ciego, se empeñó en luchar contra el Obispo, contra el Concilio, contra toda la Iglesia, y aun contra el mismo Dios. Su sacrilega lucha, como la de los ángeles rebeldes, solo podía tener un trágico fin. Arrio fue confundido en la tierra y maldecido en el cielo. ¡Ojalá su caída sirva de lección á los espíritus soberbios, que no conocen cuán cerca está la apostasía de la venganza!—

Sedujo Arrio á muchas personas. Entre sus discípulos se contaban individuos de ambos sexos. Su conducta con varias de las mujeres que le acompañaban, no estuvo exenta de culpas que á torrentes vertían la ignominia sobre aquella inmunda secta.

Arrio se puso bajo la proteccion de Eusebio de Nicomedia. Era este un hombre sábio, pero ambicioso y corrompido. Fue primero Obispo

de Beyrout; pero no contento con este pobrísimmo obispado, por sí y ante sí, sin razon ni autorizacion, porque así se lo aconsejaba su ambicion, se apoderó despues de la silla de Nicomedia, que le dió nombre.

Eusebio era amigo y obtuvo siempre la proteccion de Constanza, hermana del Emperador Constantino.

Engreido Eusebio con su talento y la alta proteccion de su amiga, para hacer alarde de su prestigio, favoreció al heresiarca. Escribió en su favor al Obispo de Alejandría San Alejandro.

Este santo Obispo no pudo escuchar, ni mucho menos atender las recomendaciones de Eusebio. Lejos de admitir á Arrio á la comunión católica, lo arrojó como contumaz de su Iglesia. (Sócrates, lib. 1, cap. vi.)

X. Arrio entonces se retiró á Palestina, donde con sus engaños y malas artes logró captarse la voluntad de muchos Obispos y personas de influencia entre los cristianos.

Sabedor de esto San Alejandro, enteró en una carta de todo lo ocurrido á los Prelados de Tierra Santa, y estos, conociendo la verdad, privaron al heresiarca de su amistad y proteccion. Arrio, viendo que tan considerablemente disminuía el número de sus secuaces en Palestina, se trasladó á Nicomedia, en donde al lado de Eusebio, el literato é intruso Obispo, de quien ya hemos hablado, compuso en malos

versos su malísima, su impía y nefanda obra, titulada *Talia*, llena de blasfemias y repugnantes sofismas y asquerosas *chanzonetas* contra la fé católica.

Eusebio, empleando toda su influencia en beneficio del heresiarca, reunió en la Bitinia un Concilio provincial, compuesto de Obispos, en su mayor parte amigos de Arrio, ó humildes servidores de su protector. Estos Obispos dirigieron cartas á otros muchos Prelados de la naciente cristiandad, con el fin de obligarlos, por medio de sofisticas argucias, á pedir y obtener de San Alejandro que Arrio, sin hacer penitencia, sin abjurar sus errores, sin dejar de ser herege, sin dejar de escandalizar con sus discursos y escritos á la Iglesia, fuera admitido á la comunión de los fieles en Alejandría. Esto no debía, no podía suceder, y no sucedió. (Fleury, lib. x, núm. 37.)

San Alejandro conocia profundamente el corazón de Arrio.

En este tiempo, despues de la victoria de Licinio, el Emperador Constantino, libre de competidores, vió en completa paz su imperio.

Constantino deseaba sinceramente la paz y prosperidad de la Iglesia. Cuando al llegar á Nicomedia tuvo noticia de la grande escisión que con motivo de la heregia arriana existia entre los Obispos de Oriente, experimentó un profundo pesar; lamentó con amarga pena el

mal, y con buena intención quiso ponerle remedio. Desgraciadamente, no bastan en los Príncipes las sanas intenciones para hacer el bien; es necesario además que se vean libres de malignos consejeros que le pinten el bien como el mal y el mal como el bien. En esta ocasión tuvo Constantino la infausta suerte de ser informado por Eusebio, el amigo de su hermana, el protector de Arrio, el Prelado, en fin, de algunas palabras cristianas en los labios y ninguna en el corazón. Este desgraciado Obispo manifestó á Constantino que la cuestión era de poco interés, que versaba en una mera confusión de palabras, que no afectaba á la fé en su esencia, que por último, debía ser resuelta con solo imponer silencio á las partes contendientes. Esta *solucion prudente*, muy propia de los consejeros perversos, seria parecida á la del médico que al ver subir la gangrena al corazón, inspirara absoluta confianza al enfermo, ordenándole que para recobrar al instante su salud, nada era mas fácil ni mas seguro que cubrir con oro y seda el cáncer, y dejar correr el tiempo.

Arrio negaba la divinidad de Jesucristo, y Eusebio, el *amigo de la paz*, el consejero *prudente*, como el médico citado, queria que la cuestión se resolviese dejando á los fieles en libertad de negar ó impugnar la divinidad de Jesucristo y por ende la divinidad de todo el cristianismo.—Forzoso es convenir en que Euse-

bio, el Obispo de Nicomedia, si no es el modelo, se parece mucho á Mons. Bienvenido, el Obispo que, *creyendo todo lo mas que podia*, creia en Dios Padre, el Obispo sin fé ni moral que pinta Víctor Hugo en *Los Miserables*.—

Constantino, engañado por Eusebio, escribió una carta á San Alejandro, rogándole ó *encargándole*, ó advirtiéndole no sabemos cómo, que por cuestiones de *tan escasa valía*, no era conveniente prolongar una cuestion tan agria como ruidosa.—Esto no es extraño. Siempre que los poderes civiles se entrometen en las cosas de la Iglesia, lo echan todo á perder. En manos legas nunca arde bien el incensario.—

Se ahondaba la division, y crecia el escándalo en el Oriente. Para remedio de tantos males fue enviado á Egipto por San Silvestre, Papa, como cree Baronio (*Anales* 318, n. 88), ó por Constantino, como opina Fleury (libro x, n. 43), el célebre Osio, Obispo, que por el largo espacio de 30 años habia gobernado en España la Iglesia de Córdoba; varon tan respetado en aquel tiempo por su gran virtud como por su eminente ciencia. Tenia este gran Obispo español en su apoyo el prestigio de la constancia, pues habia sufrido muchísimo durante la horrible persecucion de Maximiliano.

Osio, de acuerdo con San Alejandro, reunió un Concilio en Alejandría, en el cual, despues de estudiada con profundidad la cuestion, des-

pues de examinar y refutar con toda evidencia los errores de Arrio, fue nuevamente condenado este heresiarca y anatematizada su doctrina. (Orsi, lib. xii, n. 21.)

XII. Despues de esta nueva condenacion, Arrio dirigió una larga epístola al Emperador Constantino, en la cual intentaba justificarse y defenderse al propio tiempo.—Rehusaba la sentencia del Concilio, autoridad espiritual, y se sometia al fallo del Emperador, potestad temporal, autoridad que para el caso solo podia significar violencia. Cuando los hereges se muestran orgullosos ante los Papas, se degradan, se arrastran de una manera ignominiosa bajo los pies del representante de la fuerza material.—

Pero Constantino, bien informado en esta ocasion, contestó al heresiarca en una carta bastante estensa, en la cual, despues de refutar uno por uno todos sus errores, le apellida hombre maligno y pérfido, añadiéndole que habia escrito su carta para que, dándose al público, todo el mundo tuviese conocimiento de ella.

Irritados por esto los arrianos contra el Emperador, se vengaron de él insultando su nombre y mutilando á fuerza de pedradas su estatua. Constantino, al tener noticia de este atentado, con su gran prudencia mostró la magnanimidad que atesoraba en su alma. Lo escitaban sus consejeros para que impusiese un ejemplar castigo á los sediciosos, y él,

riéndose, llevándose la mano al rostro, exclamó: Pero ¿qué han hecho?—Yo no encuentro ninguna herida en mi rostro. (Orsi, libr. xii, n. 24.)

El desprecio es el mayor castigo que se puede imponer al insulto. No mencionamos el perdón, porque es una virtud exclusivamente cristiana, que nunca puede colocarse en el número de las penas ó castigos.

Convencido el Emperador de que un Concilio provincial no era suficiente para condenar y extirpar un error que tenía tan estensas ramas y hondas raíces, quiso que en Nicea, ciudad de Bitinia, se reuniera un Concilio ecuménico ó universal, al cual concurriesen Obispos de todo el orbe católico. Al instante ofreció á los Prelados con laudable generosidad todo lo necesario para tan largo y costoso viaje. (Orsi, lib. xii, núm. 25.)

Poco despues, el año 325, se encontraban reunidos en Nicea 318 Obispos, procedentes del Asia, Africa y Europa, de todo el mundo entonces conocido. (Fleury, lib. xi, número 2.)

Era por demas edificante el ver cómo la Iglesia entera se reunía en el Asia, tan unida, tan viva, tan floreciente, como renaciendo de las cenizas mismas de la revolucion. Entre los Prelados había muchos que aun llevaban en sus frentes la huella del martirio. San Panufio, Obispo de la Tebaida, en la persecucion de

Maximino había perdido un ojo, arrancado con garfios de hierro, y un dedo del pie izquierdo destruido, mejor dicho, consumido con el fuego de un trozo de hierro candente. A San Paule, Obispo de Neocesárea, por orden de Licinio se le quemaron ambas manos, también con un hierro encendido. También por la fé había perdido el ojo derecho San Potamon. Muchos otros Obispos del Concilio, atestiguaron la verdad de su fé, con el recuerdo de los dolores que les había ocasionado su constancia. (Orsi, lib. xi, núm. 26.)

XIII. San Silvestre, Papa, aprobó la idea del Emperador y le dió el necesario consentimiento para la celebracion del Concilio.—Bueno es tener esta circunstancia muy presente para contestar de una manera cumplida á los escritores superficiales, á los exagerados regalistas, que fundándose en el ejemplo de Constantino, sostienen que los reyes y no los Papas, son los que tienen el derecho de convocar el Concilio ecuménico. Esto es absurdo, por dos razones. Primera, porque, como ya hemos indicado, Constantino obtuvo para la convocacion el previo y necesario consentimiento de la Santa Sede, y segunda, porque no habiendo ningun Monarca que tenga dominio en todo el mundo es hasta inconcebible el derecho que por los regalistas se concede al sumo imperante, para la cita y convocacion de Obispos sobre las cuales no tienen jurisdiccion

ninguna, como acontece con todos los que pertenecen á naciones estrañas.

El Papa es el único poder que ejerce legítima y eficaz autoridad sobre todos los Prelados del mundo. Luego el Papa es el único que puede convocarlos para que asistan á un Concilio ecuménico.—

Ademas de esto, San Silvestre envió al Concilio, para que lo presidieran y dirigieran sus sesiones, á los legados Víctor y Vicente, sacerdotes romanos, y el grande Osio, Obispo de Córdoba. (Fleury, lib. xi, n. 5.)

El Concilio celebró su primera sesión en la gran iglesia de Nicea el día 19 de junio del año 325 de la Era cristiana. (Orsi, lib. xi, n. 22.)

Arrio fue á Nicea por orden de Constantino. El exámen de sus errores fue la primera cosa en que se ocuparon los Padres del primer Sínodo general.

El hereziarca, lleno de audacia, con absoluta libertad espuso sus erróneas doctrinas en el Concilio. Dijo todo lo que quiso, sin que nadie pusiera ningun obstáculo moral ni material al movimiento de su impia lengua.

Los Padres del Concilio eran católicos, fervorosos católicos en su inmensa mayoría. En un principio se contaron 20 Obispos arrianos; despues se redujeron á 17 por haber abjurado su error cinco; mas tarde abandonaron la heregia otros 12, y por último ya terminado el Concilio, solo quedaron dos impenitentes.

San Atanasio examinó y refutó uno por uno todos los argumentos en que apoyaba Arrio su falsa doctrina. Inútil es añadir que nadie pudo oscurecer la verdad con tanta brillantez y valentía espuesta por el Padre de la Iglesia que acabamos de nombrar.

Se leyó en el Concilio una carta de Eusebio, Obispo de Nicomedia, conforme en todo con la nueva heregia.

Con horror fue esta carta rechazada por los Padres de Nicea. Los eusebianos, no obstante, continuaban llamándose cristianos, y proclamando la heregia arriana, que negaba la divinidad del cristianismo. Es una contradicción inconcible.

XIV. Las preguntas que se hicieron á los heresiarcas fueron las siguientes:

1.^a ¿Creeis que el Hijo de Dios es en *todo* semejante al Padre?

2.^a ¿Creeis que es su verdadera imágen?

3.^a ¿Creeis que subsiste en el Padre?

4.^a ¿Creeis, en fin, que ha existido siempre, que es inmutable, que es engendrado en la eternidad, no hecho ni creado en el tiempo, que es la virtud de Dios, que es Dios mismo?

A todas estas preguntas contestaban los arrianos con evasivas ó violentas y estrambóticas interpretaciones de la Sagrada Escritura. No negaban; no afirmaban; eludían la cuestión. Pero su empeño, su obstinación en expresarse con vaguedad, demostraba su error, su falso

sistema teológico, la necesidad de ocultar su pensamiento, hasta el punto de no dejar lugar á dudas.

XV. Convencidos los Padres de que los partidarios de Arrio, lo que querían era embrollar las cuestiones y ganar tiempo, para obligar á los heresiarcas á confesar ó negar la verdad de una manera explícita, inventaron una palabra gráfica, que encierra completamente el dogma católico, que sirve y servirá siempre de norma segura para conocer quiénes son los que admiten y quiénes los que rechazan la divinidad de Jesucristo.

Este vocablo es el *omoousion*, griego, que equivale á *consustancial* en español.

Así pues, la cuestión podía plantearse en estos términos: ¿creéis, oh arrianos, que el Verbo eterno es *consustancial* al Padre, que es de la propia esencia del Padre, que, en fin, en cuanto á la esencia en nada se distingue del Padre?

Planteadas así la cuestión, las evasivas son imposibles. Forzoso es decir, SÍ ó NO. Confesar ó negar la divinidad de Jesucristo.

Esta voz *consustancial*, no se encuentra en cuanto al sonido material, en las Sagradas Escrituras; pero en cuanto á la idea, en cuanto á lo que la palabra significa, se encuentra en cien pasajes de los libros santos. Pongamos algunos del mismo Salvador del mundo.

—Felipe, quien ME ve, ve á MI PADRE.—

—MI Padre y YO somos *una misma cosa*.
(Joann. 10, v. 30.)

En estos textos del Evangelio se halla clara y espresamente consignada la *consustancialidad* proclamada contra los arrianos en Nicea.

XVI. La última sesión del Concilio, por complacer al Emperador, se celebró en el gran salon de su palacio.

Al penetrar Constantino en aquella augusta Asamblea, algunos Obispos arrianos le presentaron esposiciones, en las cuales apelaban á su fuerza material contra los decretos de la autoridad espiritual. Constantino, lleno de fé, reprendiendo á los heresiarcas, dijo: «Yo no tengo poder para juzgar á los Padres del Concilio. Ellos pueden juzgarme á mí. A ellos solo Dios los juzgará.»

El Emperador no quiso ocupar el asiento que se le habia preparado, sin obtener antes el consentimiento de los Padres del Concilio. Sentado él, tambien se sentaron todos los Obispos. Eustaquio, Obispo de Antioquia, pronunció un brillante discurso, dando á Dios gracias por las victorias del Emperador, tan útiles para la paz de la Iglesia. Despues habló Constantino, prometiendo absoluta libertad á los hereges para espresarse en los términos que juzgasen convenientes. Pero nada tenían que decir. Estaban ya confundidos por la elocuencia de San Atanasio, y mas aun que por San Atanasio, por los remordimientos de sus conciencias.

En seguida se leyó el decreto, redactado por el grande Oslo, en el cual se espuso el dogma católico con la misma claridad y precisión que hoy todavía se repite diariamente en todos los actos y protestaciones de la fé cristiana.

Entonces se fulminó el anatema contra todo el que negase la divinidad, la eternidad y *consustancialidad* del Hijo de Dios.

Entonces tambien, dice Baronio (*Anales* 325, n. 173), se mandó que los fieles al decir en sus oraciones—*gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*, añadiesen: *Como fue en el principio, ahora y siempre y en todos los siglos de los siglos.*—

Esto equivalla á ordenar que constante, perpetuamente, protestasen los fieles contra los heresiarcas, confesando la eternidad, la *consustancialidad* de las tres divinas personas.

XVII. Como ya hemos dicho antes, los Obispos arrianos que al principio fueron 22, al cerrarse el Concilio se redujeron únicamente á dos, puesto que todos los demas admitieron los decretos de Nicea.

Verdad es que algunos bien pronto volvieron á su error antiguo. Eusebio de Cesárea al dar cuenta á sus diocesanos en una carta Pastoral, de lo acordado en el Sínodo, se espresó en términos que revelan la poca ó ninguna sinceridad con que antes abjurara su falsa doctrina. Su carta fue solo una violenta diatriva; tan

falta de verdad como de justicia, contra los decretos de Nicea.

XVIII. Arrio aunque confundido por San Atanasio y abandonado por todo el Concilio, continuó diseminando su pestilencial doctrina. Los padres del Concilio lo escomulgaron y Constantino lo envió al destierro. Fueron también condenados en el Sinodo general todos los errores y todos los libros de Arrio, principalmente su inundo libelo, llamado *Talia*. El Emperador publicó un edicto apoyando los decretos de Nicea, en el cual mandaba destruir las obras del heresiarca y con penas muy severas, aun con la muerte, mandaba castigar á los que infringiesen esta disposicion civil. (Fleury, lib. xi, n. 24.)

Aunque este edicto parezca cruel, puede excusarse teniendo en cuenta el siglo en que se publicó, las razones políticas que lo hacian necesario, y sobre todo el ejemplo de los mas furibundos demagogos, que no saben nunca gobernar, dar ningun decreto, sin pronunciar la palabra *muerte*, ó indicar deseos de *exterminio y sangre*.

XIX. Los padres de Nicea despues de condenar la heregia arriana, suspendieron á Melecio, Obispo de Licópolis, privándolo de su silla episcopal, y prohibiéndole ademas que en lo venidero ordenara á ningun clérigo. Los partidarios de Melecio fueron no obstante admitidos á la comunión católica, con la

sola y única condición de abandonar el cisma meleciano.

XX. También se espidió un decreto para calmar los ánimos, entonces muy agitados en el Oriente con la cuestión del día en que había de celebrarse la pascua. El Concilio acordó que abandonando el rito hebreo, debía aceptarse el romano, y en vez de celebrar la pascua el día 14 de la luna de marzo, se celebrase el domingo siguiente al día 14 de la luna que cae después del equinoccio del invierno.

Los Padres declararon que esta era cuestión disciplinar y no de dogma.

Por mas que este asunto parezca de escasa importancia, en los tiempos á que nos referimos era origen de acalorada polémica y grandes disturbios.

Esta cuestión parece hoy microscópica. Sin embargo, muchas otras nos inquietan y perturban hoy mismo, que dentro de algunos siglos por su absoluta falta de interés, servirán de escarnio para nuestra edad.

XXI. Estableció, además, el Concilio veinte Cánones disciplinarios, relativos al celibato, la consagración de los Obispos y las prerogativas de las sillas patriarcales.

De esto no hablamos con mayor extensión porque no conviene á nuestro propósito.

XXII. Los Padres de Nicea, por último, dirigieron una carta sinódica á todas las Igle-

sas de la cristiandad, dándoles cuenta de todo lo acordado en el Concilio.

Hecho esto, se disolvió el Concilio; pero Constantino quiso que los Obispos no se alejaran de Nicea, sin haber antes comido todos con él. Tuvo especial complacencia de rodearse en la mesa por los santos Prelados que más hondas huellas conservaban en sus manos, en sus pies, o en sus rostros de la arriedad de la persecucion. Antes de despedirse Constantino, dió un magnífico presente, digno de la munificencia imperial, á cada uno de los Obispos congregados en Nicea.

(108 de la historia)

PÁRRAFO II.

—San Atanasio nombrado Obispo de Alejandría, XXIII. — Concilio de Tiro, XXIV. — Acusaciones contra San Atanasio y su destierro, XXV. — Arrius expulsado de Alejandría, XXVI. — Su perjurio y horrenda muerte, XXVII. — Bautismo de Constantino y su muerte, XXVIII. — Division del imperio, XXIX.

—XXX. Un año después del Concilio de Nicea, en 326, murió San Alejandro, Patriarca de Alejandría. Con unánime consentimiento del pueblo, los Obispos de Egipto nombraron para ocupar la vacante Silla a San Atanasio. Pero este varón justo, lleno de humildad, creyéndose el indigno de tan alta honra, apenas tuvo noticia de la elección, como confundido, huyó de

las gentes, cual un reo que corre ante la justicia, se escondió en un lugar oculto y solitario. Fue encontrado, y no obstante su tenaz resistencia, se vió forzado á ceder y ocupar la Silla patriarcal de Alejandria. (Fleury, lib. xi, n. 29.)

Esta eleccion fue de tanta alegría para los católicos, como de profunda congoja para los arrianos. San Atanasio, en efecto, por su ciencia y virtud eminentes era temido por todos los herejarcas.

No pudiendo hacer otra cosa, para vengarse, los arrianos inventaron muchas calumnias, algunas hasta ridículas contra San Atanasio. (Orsi, lib. xii, n. 80.)

Los Obispos disidentes desterrados por Constantino, merced á una fingida retractacion volvieron á sus Iglesias.

Arrio, siempre favorecido por Eusebio de Nicomedia y Constanza, hermana de Constantino, recobró su libertad y se trasladó á Constantinopla. Desde esta ciudad dirigió Arrio al Emperador una espaciosa fórmula de fé, en la cual aparentando con indigna hipocresía aceptar la doctrina del Concilio Niceno, se confirmaba en todos sus errores. Constantino, no conoció el mal y cayó en el lazo. Esto no obstante, confiando poco en su juicio, el Emperador no quiso considerarlo como católico antes que su fórmula fuese examinada y aprobada por los Obispos á la sazón reunidos en Tiro. En esta Asamblea, mejor dicho, en este Concilio

dominaban los partidarios de Eusebio, y como era de esperar, Arrio fue absuelto. No podían condenarlo jueces que en su gran mayoría eran tan delincuentes como él. (Fleury, lib. xi, número 55.)

XXIV. En el Conciliábulo de Tiro los Eusebianos condenaron a San Atanasio y lo arrojaron violenta y sacrilegamente de su Silla. Pero antes de describir esta fúlcra deposición y las circunstancias que la acompañaron, importantes es poner aquí los cargos que contra San Atanasio habían formulado ante el Emperador los secuaces de Arrio. Sobre esto puede ser consultado Orsi, lib. xii, n. 92.

Por nuestra parte solo nos fijaremos en las principales acusaciones. Estas fueron las siguientes:

- 1.ª Que había con violencia atentado contra la virtud de una doncella llena de pudor.
- 2.ª Que había dado muerte a un Obispo de Ipsos, en la Tebaida, llamado Arsenio.
- 3.ª Que había derribado un altar y roto un cáliz.

4.ª y última. Que había impedido la remisión de víveres a Constantinopla, lo cual ante Constantino era un cargo de espantosas consecuencias.

Antes de pulverizar estas acusaciones, diremos algo acerca del motivo y ocasión con que se hicieron.

— Celebrado el templo de la Resurrección, la

briado en Jerusalem por consejo y ruegos de Santa Helena, madre de Constantino, queriendo este solemnizar su inauguración, convocó á todos los Obispos de aquellas inmediaciones para dar mayor esplendor con su presencia á tan fausta festividad.

Eusebio que no olvidaba nunca el interés de su secta, creyendo y por sin razón que los Obispos dispuestos á hacer el viaje, por malicia unas, por debilidad otros, todos se someterían á su estraviado juicio, sugirió al Emperador la idea de reunir un Concilio en Tiro para calmar los ánimos tan agitados con motivo de la cuestión arriana.

Constantino, siempre amigo de la paz, accedió á ello, sin advertir la red que insidiosamente se tendía debajo de sus pies.

Eusebio además hizo llamar secretamente á todos los Obispos de su partido, para que no faltasen, y disuadir á los católicos, para que con tan leve pretexto no abandonaran sus diócesis. — Como se ve la malignidad es arma ya muy antigua en las elecciones. —

Se reunieron los Obispos. Los católicos debían ser y fueron en realidad muy contados. San Atanasio, conociendo la trama urdida, no quiso emprender el viaje; pero como existía el proyecto de condenarlo en un corrupto tribunal, se le hizo asistir por fuerza al Concilio mediante una orden espresa del Emperador.

Con el pretexto de mantener el orden, se

sebio, empleando para ello toda su influencia en la corte, consiguió que el conde Nitario, enemigo de San Atanasio, asistiese a la asamblea con un crecido número de soldados.—El pretexto para esta fuerza fue el indicado; la razón, el motivo verdadero fue el de intimidar a los pocos buenos, alentar a los muchos malos y con violencia imponer silencio al santo Obispo de Alejandria. Por estos ligeros apuntes puede comprenderse cuál era la índole del tribunal encargado en juzgar y pronunciar sentencia contra San Atanasio. Cuando la virtud es juzgada por el crimen, la condenación es infalible. La infirmitad no pronuncia nunca un fallo absolutorio en favor de la justicia. En un tribunal bueno, por caridad, puede ser absuelto un hombre malo; en un tribunal malo, jamás será ni puede ser absuelto un hombre bueno.—

XXV. Se abrió el Sínodo, o hablando con mas exactitud, el Conciliabulo satánico, reunido para condenar como pecador a un varón justo, a un verdadero santo.

San Atanasio que por la dignidad de su Silla patriarcal, debía ocupar el primer puesto, tratado desde luego como reo, condenado antes de la sentencia, fue relegado al último lugar, donde en pie, y con asombrosa humildad escuchó sin indignarse todas las acusaciones que se le dirigían. (Orsi, lib. xii, n. 97.)

San Petamon, viendo esto, lleno de santa

indignacion, dirigiéndose á Eusebio, que ocupaba un asiento entre los jueces, le dijo: «Eusebio, contéstame: tú y yo durante la persecucion, hemos estado en una misma cárcel. Yo por mi firmeza en la fé, perdí el ojo derecho; tú saliste sano y salvo. ¿Cómo pudo ser esto, sin que dominado por tu debilidad, cedieses á la voluntad del tirano?»

Eusebio, lleno de furor con tan terrible invectiva, se levantó, y por aquel día suspendió la sesion. (Orsi, lib. xii, n.º 97.)

Abiertas de nuevo las sesiones, San Atanasio protestó contra aquel tribunal, en el qual todos sus jueces eran implacables acusadores. Su protesta, tan racional, tan legitima, como era de esperar, no fue escuchada.

Aquí se renovaron los cargos que ya hemos apuntado. Veamos ahora la solucion que tuvieron todos.

Era el primer cargo que San Atanasio habia atentado contra la virtud de una honrada mujer. Los eusebianos, apelando á la calumnia y la corrupcion para perder al Santo Patriarca, se valieron de una mujer inmunda, la cual prometió decir públicamente ante los Obispos del Concilio que habia sido pervertida por San Atanasio.

Supo este Santo Prelado á debido tiempo el lazo que se le habia tendido, y para destruirlo, hizo que ocupara su puesto y hablara por él un sacerdote llamado Timoteo, amigo suyo.

Esto en el Concilio se dirige á la mujer, y la dice: «¿Con que tal crimen ha cometido contra tí el Patriarca de Alejandría?—Sí.—¿Y conoces tú al Patriarca?—Sí. ¿Cómo no lo he de conocer?—¿Y quién es el Patriarca?—La mujer infame no lo conocía ni aun de vista, y no pudo por consiguiente decir quién era. Se turbó, y su turbación demostró con toda evidencia la maldad de los acusadores y la torpeza de la calumnia. ¡Aquella mujer no conocía á San Atanasio y antes había dicho que por mucho tiempo había vivido en íntima, hasta en criminal familiaridad con él... *Mentita est iniquitas sibi.*

Era el segundo cargo que San Atanasio había asesinado al Obispo de Ipseles, ciudad de la Tebaida. Por fortuna, Arsenio, el Obispo muerto, gracias á Dios, estaba vivo y sano, y por fortuna presente en el Concilio. Cuando vió que se le reputaba como muerto, y que por su muerte cual homicida, era acusado el santo Obispo de Alejandría, levantó su voz y dijo: *Ecce me. Mortui non loquuntur.*

Respecto al altar derribado y el cáliz roto, no es necesario decir nada. No hay ni puede haber en todo el mundo una sola persona que crea en tan fútil y despreciable patraña.

Esto, no obstante, San Atanasio fue condenado y depuesto. Conocida como era la costumbre de los jueces, otra cosa no era posible. San Atanasio, que imitaba á Jesucristo en la vir-

tud, no podía menos de ser condenado por sus que imitaban á los fariseos en la ambición, soberbia, y dureza de corazón.

El mismo Constantino, no obstante los lazos de amistad que le ligaban á Eusebio, manifestó su desagrado por tan injusta sentencia. Entonces fue cuando los eusebianos, para excitar la cólera del Emperador, inventaron la calumnia de que San Atanasio había acordado impedir el envío de trigo de Alejandria á Constantinopla.

Esta acusacion irritó á Constantino, y dándole crédito, sin prueba de ningún género, quiso primero imponer la última pena, y se contentó después con decretar el destierro contra el Santo Patriarca. (Orsi, lib. xii, n.º 117.)

XVI. La herágia arriana, odmo toda secta revolucionaria, era sumamente activa. Luchaba sin tregua y con la obstinacion de un desesperado. El año 336 se celebró un Concilio en Constantinopla, en el cual, á fuerza de intrigas y trabajos los eusebianos lograron tambien adquirir preponderancia y condenaron á Marcelo de Ancho por el doble delito de haber sido defendido por San Atanasio en el conciliábulo de Tiro, y haber compuesto un libro contra Astorio el Sofista, partidario de la secta arriana.

Arrio logró hacerse admitir con violencia y malas artes á la comunión de los Obispos en Jerusalem. En este conciliábulo de Constantinopla, sin abjurar su error, intentaba ser re-

abilitado para poder justificarse ante los fieles mismos de Alejandría. No pudo conseguirlo. Los católicos le opusieron una obstinada resistencia. Dio esto ocasión á tumultuosos escándalos. Para evitarlos, el Emperador, cediendo á instancias de los mismos eusebianos, espidió un decreto en el cual se mandaba al herejarca que cuanto antes fuese á Constantinopla.

Propontábase sus partidarios hacer que fuera admitido como católico en la comunión del clero en la ciudad imperial. San Alejandro, Obispo entonces de Constantinopla; viendo que eran inútiles todas las fuerzas de la tierra, por consejo de San Jacobo Obispo de Nisibe, se entregó en un lugar solitario á la mas devota y humilde oración, pidiendo á Dios la protección del cielo. Sus preces fueron escuchadas.

XXVII. Los amigos de Eusebio trabajaban incesantemente por demostrar á Constantino que Arrio no era herege, que su doctrina, por el contrario, era la mas pura y sana de toda la Iglesia. Pretendian que recibiese, por un decreto del Emperador, la Comunión de una manera pública y solemne en la dominica mas próxima. El día antes, sin embargo, Constantino, que cometia sus sacrílegas imprudencias, quizá con buena fé, por mera vanidad, intentó examinar la conciencia de Arrio, exigiéndole por escrito una profesión esplicita de su fé, para ver si estaba ó no conforme con la fé de Nicea. El herejarca redactó una especie de

símbolo, lleno de palabras oscuras y frases capciosas, en el cual, después de afirmar lo que parecía negar con palabras vagas, concluía diciendo que creía *lo que había creído toda su vida*.

Constantino, seducido por la maligna astucia del herejiarca, mandó al Obispo San Alejandro que le diera la comunión. Este venerable Prelado quiso disuadir al Monarca con razones llenas de justo celo; pero todo era inútil. Constantino se había declarado juez, y cuando la potestad civil se entromete en las cosas de la Religión, tiene siempre la debilidad de dejarse engañar por los malos, y la obstinación necesaria para no ceder nunca, para irritarse cuando se le dirigen convenientes advertencias por los buenos.

Al separarse San Alejandro del Emperador, tropezó con el maligno Eusebio de Nicomedia, quien movido por su impiedad, se dirigió al Santo Obispo con estas palabras: «La cuestión está concluida. Si mañana no recibís á Arrio en vuestra Iglesia, me apodero yo de ella, y lo recibo yo.»

Esto equivalla á decir: «La cosa está convenida con la autoridad suprema. Si no accedéis á lo que se os propone, si no dais la santa comunión á Arrio, hoy mismo salís desterrado, y yo por decreto imperial me declararé dueño de la Iglesia constantinopolitana.»

Esto no era en Eusebio extraño. Lo propio

había ya hecho al abandonar por su propia voluntad la pobre iglesia de Beyrout, para trasladarse como intruso á la importantísima iglesia de Nicomedia.

San Alejandro, lleno de angustia, no por él sino por los males que veía venir sobre su grey, se encerró en el templo, y con el rostro inclinado, regando el suelo con sus lágrimas, con fervorosísima oración pedía al Señor el remedio que todo el mundo le negaba en aquellas aflictivas circunstancias.

Mientras San Alejandro agobiado por la angustia enviaba sus plegarias al cielo, los eusebios, en sábado, en la víspera misma de su sacrilega comunión, como á las tres de la tarde, llevaban con grande algazara, como en triunfo, al heresíarca Arrio, por las calles de Constantinopla. En estos mismos instantes, en todo el calor de las aclamaciones y el entusiasmo, al llegar á la plaza, al lugar mas público, donde mayor era y mas entusiasta la concurrencia, donde mas foribundas aclamaciones escuchaba, donde mas desaforados y mas frecuentes eran los insultos que se preferían contra el santo Obispo, Arrio, sin saber cómo, de repente experimentó una fuertísima contracción en sus entrañas. Se queja, lo advierten sus mas inmediatos amigos, se detienen los que como en un pedestal, como en un trono, lo llevaban sobre sus hombros, para que descansase, lo bajan al suelo y pide que le lleven á un lugar oculto,

intentando satisfacer una necesidad pasajera de la naturaleza. Sus deseos son satisfechos; bien pronto queda solo en el lugar que indicara.

Signe á todo esto un momento de confusión. Las turbas se alborotan, como encontradas olas se cruzan, todos murmuran, y con imponente furor todos preguntan:—¿Qué ha ocurrido?

Pasan pocos minutos, la verdad es conocida, y el tumulto acaba. La inquietud desaparece y los ánimos se calman. Las murmuraciones se tornan en frases de liviandad ó buen humor. En aquellas circunstancias, la repentina decomposición que en el vientre experimentara el hierosiasca, no podía menos de inspirar á los agudos ó ingenuos constantinopolitanos frases de esas que excitan la risa cuando se escuchan, ó indignan cuando se ven estampadas en un libro escrito con noble formalidad.

Pero pasa mas tiempo del que como necesario podía calcularse para la satisfacción de una necesidad común, y Arrio no parece. La inquietud se graba en todos los semblantes. Esperan en vano. Pasan algunos minutos. No viene. Vuelven á esperar. Tampoco viene. ¿Qué ocurre? Pasa tiempo y mas tiempo. Nada se sabe. La alarma cunde, el tumulto se renueva. ¿Qué hay? ¡Arrio ha muerto repentinamente! Su cadáver yace con las entrañas destrozadas por la fuerza del dolor, en un lugar inmundo. (Barents, *Anales* 386, n. 51 y 52.—Fleuri, *Historia*, n. 38.—Orsi, *lib. xn*, n. 123.)

Facilmente pueden calcularse las consecuencias de este pavonoso acontecimiento. En un castigo del cielo, dicen todos los circunstantes, el terror domina en la ciudad, y muchos extraviados fieles, con aquella terrible lección, sintieron su corazón herido, escucharon la voz de Dios, y se reconciliaron con la Iglesia.

XXVIII. Un año despues, en 337, murió el Emperador Constantino. Al hallarse enfermo y en edad algo respetable de 64 años, comenzó á temer por su vida. Salíó de Constantinopla con el fin de tomar los baños en Helinópolis. No halló alivio. Fue mas tarde, tambien con el propósito de tomar baños á Nicomedia. Pero todo era en vano. El mal crecia y la muerte se acercaba. Quiso entonces recibir el santo Bautismo, para presentarse como humilde cristiano ante Dios, despues de haber dominado un poderoso Emperador en el mundo. Despues de recibir el santo Bautismo, lleno de fé, dirigiéndose á los que rodeaban su lecho, dijo: *Ahora sé que me encuentro verdaderamente feliz. Ya he recibido la verdadera vida. Ahora solo me falta velar para ser eternamente dichoso en el cielo.*

Acerca del bautismo y la muerte de Constantino, pueden ser consultadas las dos discusiones especiales, la 23 y 24, escritas y publicadas por Natal Alejandro en su *Historia Eclesiástica*, tomo octavo de la edición que tenemos á la vista. Y, como no se han publicado en el

XXXIX. Maric Constantino el día 25 de mayo del año 337 de la Era cristiana, dejando el imperio dividido, como todo el mundo sabe, entre sus hijos y sus sobrinos.

Hay tres acontecimientos en la vida de Constantino que no pueden menos de fijar nuestra atención.

El dió la paz á la Iglesia, dejó la Ciudad Eterna á los Papas, trasladando la Silla imperial á Constantinopla, y contribuyó poderosamente á la celebración del Concilio de Nicea, primera asamblea católica en la cual, después de los horrores de la persecución, con serena paz, se vieron reunidos trescientos diez y ocho Obispos, de todas las partes del mundo entonces conocido.

Constantino es venerado como santo en el Oriente. En el *Menologio* de los griegos se celebra su fiesta el día 21 de mayo. Su nombre no se halla sin embargo en el catálogo de los Santos de la Iglesia romana. Prueba evidente de que Roma no decreta la santidad al que no la posee de una manera cierta, aunque el hombre sea Emperador, se apellide Constantino, ó con bienes temporales haya dispensado inmensos favores al catolicismo.

Roma que decreta la santidad aun en beneficio de los pobres esclavos, cuya única grandeza sea su virtud, no consueña ni aun á los Emperadores, por más que le den la libertad, le permitan congregarse en Nicea, y abundar

nando su antigua residencia, dejen la Ciudad Eterna en poder de la Santa Sede.

La simple no canonización de Constantino es la mas completa apología del gobierno Pontificio.

PARRAFO III.

—Eusebio de Nicomedia, Obispo de Constantinopla. Sinodos de Alejandría y Antioquia, XXX. — Concilio de Sardica, XXXI. — Concilio de Arles, XXXII. — Concilio de Milan y destierro del Papa Liberio, XXXIII. — Destierro de Osio, XXXIV. — Caída de Osio, XXXV. — Falsa caída de Liberio, XXXVI. — Primera fórmula de Nirmis, XXXVII. — Segunda, XXXVIII. — Tercera, XXXIX. — ¿Qué fórmula suscribió el Papa? XL. — Suscribió la primera, XLI y XLII. — Vuelta de Liberio a Roma. Muerte de San Félix, XLIII. — División de los arrianos, XLIV. — Concilio de Rimini, XLV hasta el XLVIII. — Muerte de Costanzo, XLIX. — El Emperador Juliano. Heregia de Lucifer, L.

El año 340, á los 98 años de edad murió San Alejandro, Patriarca de Constantinopla. Fue canónicamente nombrado para reemplazar a Silla Pablo de Tesalónica. Costanzo, el hijo de Constantino, que poco antes se había declarado arriano, uniéndose á los partidarios de Eusebio, hizo deponer en un Concilio (bulo canonizaba intento), al nuevo Patriarca. Eusebio de Nicomedia, contra la disciplina entonces vigente, merced al influjo de la corte, y

el espíritu de rebeldía que dominaba en los arrianos, fue trasladado por segunda vez, pasando de Nicemedia á Constantinopla. Eusebio es ya conocido por nuestros lectores. El talento, la ambición desmedida y la absoluta falta de fe, eran las dotes de este turbulento y sacrilego Prelado. (Fleuri, lib. xii, n. 7.)

Por este mismo tiempo se celebró un Concilio en Alejandría, al cual concurrieron cien Obispos. En él fue plenamente absuelto y justificado San Atanasio. Todo tribunal justo é imparcial se hubiera creído obligado á proceder de igual suerte.

Los eusebianos, apoyados por el Emperador herege, reunieron otro Conciliábulo en Antioquia, en el cual noventa Obispos, ó por seducción ó por miedo los mas, por depravacion algunos, reprobaron lo acordado en Alejandría, y renovando todas las antiguas calumnias, sin tener en cuenta la cumplida contestacion que habian todos recibido, volvieron á condenar á San Atanasio. Eusebio, el herege, necesitaba esto para conservar la Silla que tan sacrilegamente ocupaba.

San Atanasio fue depuesto nuevamente, y en su lugar nombrado el arriano Gregorio de Capadocia. (Fleuri, lib. xii, n. 10.)

El año 347 se reunió en Sardica, metrópoli de la Dacia, un Concilio ecuménico. Llegaron á reunirse en él doscientos setenta Obispos. Mas tarde se celebraron cincuenta años

rianos, porque los Padres se negaban á confirmar lo hecho y acordado por los heresiarcas en sus famosos Conciliábulos, celebrados en los años anteriores.

Asistieron á este Concilio, como legados del Papa Julio, los presbíteros Arquímedes y Filoseno, y el Obispo de Córdoba, Osio, que lo presidió, como ya antes había presidido el de Nicea.

San Atanasio fue en este Concilio declarado inocente. Sus acusadores fueron, por el contrario, condenados y depuestos de las Sillas pontificales que tan sacrílegamente ocupaban. (Orsi. lib. xiii, núms. 64 y 65.)

XXXII. El Emperador se mostró algún tanto favorable á los católicos por una de esas mudanzas inesperadas, tan comunes en los hombres de corazón liviano y cruel. Concedió libertad á los Obispos desterrados para que volvieran á sus diócesis. San Atanasio entró en Alejandría, y ocupó de nuevo su Silla, con grande alegría del pueblo, del clero y aun de casi todos los Obispos de Egipto. (Orsi. lib. xiii, núms. 86 y 88.)

Los arrianos no abandonaron jamás su sacrílega esperanza. Ante el Papa Liberio, como ante el Emperador Constanzo, no cesaban de presentar terribles y calumniosas acusaciones contra San Atanasio. El Papa, instruido á tiempo por los Padres de Sardica, no pudo ser sorprendido. Nunca consintió en apartarse, ni mu-

cho menos en condenar la fé católica que profesaba y sostenía San Atanasio. El Emperador menos cauto, de espíritu ligero y poco firme en la ley, se dejó seducir, cambió de epinion, volvió á sus antiguos propósitos y renovó sus antiguos decretos contra el Santo Obispo de Alejandría.

Constanzo se irritó contra el Papa, porque, sin someterse previamente á su potestad, había acordado, como jefe visible de la Iglesia, la convocacion de un Concilio.

Como para *castigar* al Padre Santo, el hijo de Constantino convocó á los Obispos con suma precipitacion, los reunió en Arlés y los forzó á suscribir la condenacion de San Atanasio, sin esperar tampoco á que llegaran y tomasen asiento los legados del Papa Liberio.

Constanzo se empeñó ademas en obligar á los legados á que firmasen las actas del Concilio contra lo que espresamente les estaba mandado por las leyes de Dios y los sagrados Cánones. Constanzo quiso imponer la pena de muerte á los Obispos católicos que no sancionaran la inícuca condenacion de Arlés. Despues se contentó con enviarlos al destierro.

XXXIII. Por orden de Constanzo, el año 355 se reunió un Concilio en Milan, al cual asistieron 300 Obispos.

El Papa Liberio por prudencia, por amor á la paz, envió tres legados para que lo representasen. San Eusebio de Vecelli asistió tam-

bien, no sin fuertísima repugnancia, porque conocía cuál era el espíritu que dominaba en aquella asamblea.

Los arrianos se negaron, con escándalo del pueblo, á suscribir el Concilio de Nicea, como pedía con santo celo San Eusebio. Constanzo, temiendo la indignación pública, trasladó el Concilio á su palacio, con el fin de poder ejercer violencia sobre los Padres con mas facilidad, menos ruido y ningun peligro.

Mandó á los Obispos que suscribiesen la condenación de San Atanasio.—No nos es lícito, no podemos, contestaron todos los católicos.

—Y ¿por qué no podeis? replicó el Emperador.

—Porque lo prohíben los sagrados Cánones.

—Aquí, contestó con sacrílega insolencia el Emperador Arriano, aquí no hay mas Cánón ni mas ley *que mi voluntad. El que no la cumpla será desterrado.*

Los Obispos católicos con el respeto debido al sumo imperante, pero con la valentía que inspira el amor á la justicia, hicieron comprender á Constanzo lo errado, lo sacrílego de su conducta y los castigos que por ella hallaría despues de su muerte.

Lleno de irritación el tirano, con la espada desnuda se arrojó sobre los inocentes Prelados. Estos no se inmutaron. Por amor á Jesucristo estaban prontos á recibir la muerte y nada les

importaba el perder en aquella ocasion la vida. Calmado un poco el Emperador, despues de insultarlos y amenazarlos los envió al destierro.

Hilario, uno de los legados, por la propia causa fue azotado en público.

No contento con esto, mandó llamar al Papa Liberio, y apenas llegó á Milan, le dió á escoger entre firmar la injusta condenacion de San Atanasio ó salir al instante desterrado para Berea, en la Tracia.

El Papa no tenía ni aun que pensar en la eleccion. Aceptó sin vacilar el destierro. (Orsi, lib. xiv, n. 41.)

—A estos gravísimos males, á estas horribles perturbaciones se espone la Iglesia, cuando los Papas, careciendo de poder temporal, tienen que considerarse como súbditos del gobierno que rige los destinos del pais en que se halla la Santa Sede. Los Papas no deben ser nunca súbditos de nadie, para que la Iglesia no sea jamás perturbada.—

XXXIV. El Emperador se había empeñado en lograr la completa ruina del catolicismo. Despues de desterrar á Liberio, quiso hacer otro tanto, y lo hizo, con el grande Osio. Habíase adquirido en la Iglesia este Prelado una grandisima autoridad. Era virtuoso y sabio.

Sus palabras eran respetadas y aun oídas con veneracion por los católicos. Era Obispo de Córdoba, cuya Iglesia había gobernado con prudencia y justicia por el largo espacio de mas

de cuarenta años. Había presidido los Concilios de Nicea y Sardica. En la persecución de Maximiliano, no obstante los tormentos, se mantuvo firme en la fé. Su nombre, en fin, por todas estas razones era una grande autoridad en todo el Occidente.

Constanzo le mandó firmar la condenación de San Atanasio. El Obispo le contestó con dignidad y firmeza, que cuidara del imperio y no pensara en la Iglesia.

Inútil es añadir que Osio fue enviado inmediatamente al destierro. (Fleury, lib. XIII, número 72.)

XXXV. Tenía ya Osio *cien años* de edad cuando fue enviado al destierro por el Emperador Constanzo. Mucho se habla acerca de la caída de este grande hombre. Los historiadores están muy divididos en este punto. Unos la niegan, la afirman otros, y los mas la presentan como dudosa, ó al menos procuran atenuar su culpa.

Lo cierto es que á los cien años su inteligencia no podía estar muy segura. Afligido por el destierro, atolondrado por las amenazas, debilitado por los años y los achaques, es probable que sin creer en la heregía arriana, por falta de fuerzas, firmase la segunda fórmula de Sirmis.

Osio fue perdonado y recobró su libertad.

No parece que Constanzo se hubiera mostrado así con él, si antes Osio no le hubiese

complacido, suscribiendo la condenacion de San Atanasio y todo lo acordado en los Conciliabulos de Arlés y Milan.

Segun cuenta San Hilario (*Fragm.* xi, n. 5), cuando Osio volvió á España, considerándolo como prevaricador, Gregorio, Obispo de Iliberis, no quiso recibirlo en su comunión. Fausto y Marcelino, escritores *luciferanios*, digeron que Osio habia muerto como un impío. Esto es falso. Si su caída no puede negarse, su penitencia es tan cierta como su pecado.

San Atanasio asegura, que al tiempo de morir confesó públicamente su falta, declarando que solo por violencia habia firmado la fórmula arriana. San Agustin asegura tambien, que Osio murió como católico. (Fleury, lib. xiii, n. 45.—Orsi, lib. xiv, n. 70.)

XXXVI. Se ha dicho que el Papa Liberio firmó tambien como Osio, la fórmula de Sirmis.—Ante todo, debemos advertir, que Liberio, como hombre, cediendo á la violencia, no hablando como doctor universal de la Iglesia, en definieion dogmática, *ex-cathedra*, no era ni podia considerarse como infalible. Un Papa puede errar como hombre. Jamás ha negado esto la Iglesia. Lo que aseguramos, y como dogma de fé creemos todos los católicos es, que el Papa, hablando como tal, *ex-cathedra*, á toda la Iglesia, ni ha errado, ni errará nunca, porque nunca le faltará la asistencia del Espíritu Santo.—Véase nuestra obra *El Papa*

y los gobiernos populares, tomo I, cap. xxxi, donde con no poca estension se examina este punto de tanta importancia, para fijar las cuestiones en nuestros dias.—

Por tanto los escritores que se apoyan en la *falsa* caida de Liberio para demostrar que los Papas no son infalibles, despues de fatigarse intentando probar la realidad de la caida, lo cual es algo mas que difícil, pueden estar seguros de que no consiguen su objeto.

En tal caso erraria el hombre, el doctor privado, lo cual nadie niega; pero nunca el error podria hallarse en el doctor universal de la Iglesia.

Pero ¿es cierto que Liberio suscribió la fórmula de Sirmis? Conviene advertir que estas *fórmulas* fueron tres, redactadas todas en el Conciliábulo que les da nombre por los arrianos, empeñados en destruir el *Credo* de Nicea. Los arrianos se jactaban de haber logrado que el Papa firmase sus tres fórmulas. Esto decian; pero no es cierto. Orsi, por el contrario asegura que Liberio no aprobó ninguna fórmula arriana, y que si volvió á Roma, su perdon, el alzamiento de su destierro fue debido á la piedad de las señoras romanas que con laudable perseverancia una y otra vez lo solicitaron del Emperador, hasta que por último en una buena hora lograron conseguirlo. (Osio, lib. xiv, n. 72.)

Otros historiadores confiesan sin embargo

que Liberio cometió por debilidad una falta como hombre, que nunca pudo manchar la tiara que llevaba en su frente como Papa. Esto aparecerá aun mas claro con lo que se diga en los párrafos siguientes.

XXXVII. Como ya hemos dicho, estas fórmulas tan tristemente célebres, fueron tres. La primera fue redactada en el Conciliábulo de Sirmis el año 354. Está redactada con palabras católicas y sentido sospechoso. Leyéndola sin prevencion, el mas hábil teólogo, sin faltar á la fé, pudiera considerarla como católica. San Hilario la tuvo por buena, dándole un sentido católico. San Atanasio por el contrario, la condenó entendiéndola en el propio sentido que le deban los arrianos.

XXXVIII. La segunda fue redactada tambien en Sirmis el año 357. Es evidentemente arriana. Con toda claridad se niega en ella la divinidad de Jesucristo, condenando y rechazando los vocablos *consustancial* y *semejante al Padre en la sustancia*, admitidos y sancionados por los Padres de Nicea. San Hilario condena esta fórmula como un tejido de blasfemias. Y en efecto, ningun católico puede juzgarla de otra manera.

XXXIX. Se escribió igualmente en Sirmis la tercera y última fórmula dos años despues, en 359. La tercera era peor que la primera, pero no tan abiertamente arriana como la segunda.

La primera negaba el *consustancial* y admitía el *sustancial*.

La segunda rechazaba estas dos palabras.

La tercera menos herética en la forma que la segunda, no admitía ni aun el *sustancial* de la primera, pero adoptaba el *semejante* que reprobaba la segunda.

XL. En cuanto á Liberio, lo cierto segun parece, es lo siguiente. Constanzo habia prometido á las señoras de Roma alzar su destierro y darle libertad; pero al propio tiempo habia tambien ofrecido á los eusebianos no permitirle salir nunca de Berea, sin que antes aprobara la condenacion de San Atanasio, y por consiguiente lo decretado en Nicea.

Para evitar este conflicto, cumpliendo á la vez estas dos palabras que con toda formalidad tenia empeñadas, Constanzo encargó á los Obispos arrianos Demófilo y Fortunaciano, que con todas sus fuerzas procurasen inclinar á Liberio á que firmase la fórmula de Sirmis, para que pudiese volver á Roma. Deseando salir del destierro, en el cual habia pasado ya tres años, Liberio, segun se cuenta, puso su firma al pie de una de las nombradas fórmulas, y comunicó en cosas sagradas con los hereges condenados en Nicea.

Pero, ¿cuál fue la fórmula admitida por Liberio? Lo averiguaremos en el párrafo inmediato.

XLI. Valerio afirma que suscribió la ter-

cerá; pero esto no puede ser, porque esta no se redactó hasta el año 359, y por este tiempo ya Liberio se hallaba en Roma, libre del destierro. (Tournely, Theol., tom. II, p. V, q. IV.)

Blondel y Petavio enseñan que firmó la segunda. Esto no es ni siquiera probable. Es completamente arriana y Liberio jamás se hubiera atrevido á darle su aprobación. Le faltó el valor en el corazón, pero nunca el error, la incredulidad se apoderó de su alma.

Comunmente los historiadores aseguran que suscribió la primera, tomándola en sentido católico, como ya hemos visto que se podía tomar, según el mismo San Hilario. (Baronio, *Anales* 357, n. 45.—Fleury, lib. XIII, n. 6.—Orsi, lib. XIV, n. 71.)

XLII. Contra Liberio suele presentarse un argumento que, en nuestro concepto, no tiene fuerza ninguna. Natural es que censuraran por su debilidad á este Papa los escritores que oyendo hablar constantemente á los arrianos, á fuerza de oír ponderar y repetir hasta el cansancio la caída de Liberio, llegasen á creer en ella y le condenaran.

Lo indudable es que Liberio estando ya en Italia, se negó obstinadamente á suscribir la fórmula que le quería imponer el Conciliábulo de Rímíni, y que por esto, por la firmeza de su fé, por su aversion constante al arrianismo, fue perseguido, tuvo que esconderse para no ser preso, y vivir escondido hasta la muerte

del Emperador Constanzo. Esta nueva persecucion es testimonio evidente de su pura ortodoxia. (Baronio, *Anales* 359, n. 37.)

XLIII. Liberio volvió á Roma el año 358. Fue recibido con grandes aclamaciones del clero y el pueblo. (Orsí, lib. xiv, n. 71.)

Baronio (*Anales* 357, n. 57), dice, no obstante, que halló el Papa á su vuelta algunos enemigos, por los rumores que habian circulado acerca de su caida. La calumnia siempre daña.

Félix II, durante el destierro del Papa legítimo, había ocupado la cátedra de San Pedro. Félix fué ascendido de una manera anticanónica. Pero mas tarde se condujo tan bien; mostró tanta rectitud y firmeza al sostener los derechos y doctrinas de la Iglesia; se mostró tan enérgico contra Constanzo, el perseguidor de Liberio, que habiendo comenzado por ser un anti-Papa, concluyó por morir y ser venerado como un santo mártir. Cuando Liberio entró en Roma, Félix abandonó la Silla pontificia y se retiró á una poblacion, distante 17 millas de Roma. En Ceri lo degollaron los soldados de Constanzo, queriendo castigarlo por haber fulminado la excomunion contra el Emperador. Benedicto XIV afirma que Félix II fue un verdadero mártir. Baronio dice que él mismo era de opinion contraria; pero que en tiempo del Papa Gregorio XIII, cuando se intentó borrar su nombre del catálogo de los Santos márti-

res, él, aunque de opinión contraria, halló fuertísimas razones que le obligaron á sostener la causa de su santidad.

XLIV. Por este tiempo los arrianos se dividieron en tres sectas distintas. La de los *amoneos*, partidarios de Acasio, Eunomio, Eudosio y Aezio, que se mantenían firmes en los errores de Arrio; la de los secuaces de Orsacio y Valente, que negaban la *consustancialidad y la semejanza*, y aunque en la doctrina eran poco escrupulosos, jamás variaron el nombre de *arrianos*, y por último, la de los *semi-arrianos*, adictos á Basilio de Ancira y Eustaquio de Sebaste, que condenaban las blasfemias de Arrio, pero que nunca tuvieron el valor necesario para confesar la fé de una manera explícita, admitiendo en su *credo* el dogma de la *consustancialidad* en las Divinas personas.

XLV. Hablemos ahora del Concilio de Rimini. Esta turbulenta asamblea espantó al mismo San Gerónimo; haciéndole temer que fuese condenada la fé de Nicea, y que todo el mundo se encontrara, con sorpresa, convertido en arriano.—Ya se comprenderá que esta es una frase hiperbólica, encaminada á demostrar los estragos que hacían los errores de Arrio en los cristianos del siglo iv. La fé verdadera no podía faltar nunca. Es luz que conserva Dios desde lo alto del cielo. Jamás podrá ser estinguida por la soberbia de los hombres que habitan en la tierra.

Tanta era la turbacion de los fieles que en un mismo tiempo se celebraron dos Concilios. El de Seleucia en Oriente, y el de Rimini en la Iliria. (Fleury, lib. xiv.)

Celebróse el de Rimini el año 359. Concurrieron á él de toda Europa unos 400 Obispos. Entre ellos solo habia 80 partidarios del arrianismo. Todos los demas eran católicos. Al comenzar las sesiones, Orsacio y Valente, obstinados jefes del arrianismo, leyeron la tercera fórmula de Sirmis, redactada el año 359 y se empeñaron en demostrar que debía ser adoptada en todas sus partes como ortodoxa por los Padres congregados en Rimini.

Los Obispos católicos rechazaron con tenacidad esta fórmula, conservaron la de Nipa, condenaron nuevamente como herética la doctrina arriana, y, despues de fulminar el anatema contra los errores de Sabelio y Ectino, tambien condenaron á los mismos Orsacio, Valente, y todos los obstinados secuaces de la condenada heregia de Arrio.

XLVI. Los católicos enviaron 10 legados al Emperador, como representantes de todos los Padres, encargados en manifestarle todo lo acordado y resuelto en Rimini. Los arrianos hicieron lo propio; pero habiendo procedido con mas ligereza, tuvieron ocasion de llegar antes á la residencia imperial é informar á Constanzo á su manera de lo acontecido en el Concilio. El Emperador con este relato quedó

tan prevenido contra los católicos, que ni aun quiso dar audiencia á sus legados. Les dió órdenes para que lo esperaran en Adrianópolis, donde serían recibidos.

Los legados católicos fueron enviados á Niza, ciudad en la cual, contra lo ordenado por el Concilio, comunicaron con los arrianos. Allí firmaron una especie de fórmula, en la cual, intentando á todo trance obtener la paz, sacrificaron y aun abandonaron la verdad. Estos legados fueron vencidos. Su vuelta á Rímini fue un verdadero triunfo para los herejarcas. Los Padres católicos, unos se retiran, otros se desalientan, se intimidan no pocos, y el resultado fue, que olvidando su primitiva constancia, poniéndose en contradicción consigo mismos, reprobaron lo aprobado en sus primeros acuerdos. El Concilio de Rímini comenzó como católico, y concluyó como turbulenta y sacrílega Asamblea arriana.

XLVII. El Emperador mandó que el Concilio no se disolviera. Dió órdenes para que la fórmula de Sirmis fuese aprobada, y *lo fue*. Quiso que los arrianos, aunque pocos, dominasen por la violencia sobre los católicos, que eran mucho mas numerosos, y sus deseos fueron satisfechos. Orsacio y Valente, llenos de satisfaccion, dirigieron una carta á Constanzo, manifestándole que por fin habian logrado enseñorearse del Concilio.—Esto es notable. Los herejes, que tan denodados se muestran cuan-

do resisten á la autoridad de la Iglesia, cuando se trata de la autoridad imperial, suelen ser hasta serviles aduladores, degradados á fuerza de complacencia y humillacion.

XLVIII. La caída real ó aparente de los Padres de Rímini, puede ser esplicada, ya que no enteramente disculpada de una manera satisfactoria.

Se disputaba sobre si debía ó no sancionarse la fórmula aprobada por los legados en Niza. Las opiniones estaban divididas. Valente, heresiarca, comprendiendo lo crítico de las circunstancias, se levantó, y con voz muy alta, protestó enérgicamente contra los que le suponían arriano. En una fórmula capciosa espuso su fé, con palabras que podian ser interpretadas en sentido católico. Los Papas así lo hicieron. Dieron fé á las protestas de Valente, entendieron sus palabras en sentido contrario al que les daba él mismo, y creyeron que en nada derogaban lo decretado en Nicea.

Los arrianos mismos explicaron la significacion verdadera de sus palabras.

El Concilio de Seleucia, dominado por los heresiarcas, se dividió de una manera espantosa, y no pudo convenir en nada ni expedir un solo decreto.

XLIX. Despues del Concilio de Rímini, los arrianos, no contentos con la nueva fórmula algo ambigua, redactaron otra en términos claramente opuestos á la verdad católica. Sin

embozo ninguno se manifestaron tales cuales eran, negando de una manera impía la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, admitiendo su creacion en el tiempo, y restableciendo, en fin, en todas sus partes, la antigua y genuina heregía de Arrio.

Fleury (lib. xiv, n. 43), dice que los arrianos redactaron hasta seis fórmulas. No puede extrañarse. Los heresiarcas nunca pueden mantenerse firmes en sus juicios. Lo que niegan hoy lo distinguen mañana, para negarlo al día siguiente, y mas tarde confundir y revolver la negacion, distincion y afirmacion, formando con con estas tres cosas un caos espantoso, una horrible Babel que nadie entiende, y menos que nadie sus propios autores. El libre exámen es la confusion en todo lo que toca.

El Papa Liberio rechazó con absoluta energia la fórmula de Rimini, y antes aceptó el destierro, que dar su aprobacion á lo acordado turbulentamente en aquel Conciliábulo. El año 360, por no aprobar la fórmula de Rimini, huyendo del Emperador, el Papa Liberio se encerró en las Catacumbas, donde perseveró hasta la muerte de Constanzo, acaecida el año 361.

San Gregorio Nacianceno dice que Constanzo se arrepintió en sus últimos momentos, y confesó públicamente sus faltas. (Orat. 21.)

Otros niegan, ó al menos ponen en duda esta penitencia. Lo indudable es que Constanzo

murió en los brazos de Eusoyo, Obispo arriano.

Inútil es advertir que con la muerte del Emperador acabaron los disturbios que con su apoyo producian los secuaces de Arrio. (Orsi, libro xiv, n. 116.)

L. Conviene aquí decir algo acerca de la heregia *luciferiana*.

Lucifer, Obispo de Cagliari en Cerdeña, fue primero un Prelado excelente en letras y santidad. Confesó la fé con admirable constancia, y mereció bien de la Iglesia. Mas tarde, sin embargo, el año 362, irritado porque San Eusebio no quiso aprobar la eleccion que él hiciera para la Silla de Antioquia, se apartó de la comunión de San Eusebio, despues de la de San Atanasio, concluyendo por desobedecer al mismo Papa Liberio.

Lleno de despecho, se retiró á su Iglesia de Cerdeña, en la cual murió ocho años despues, en 370. (Orsi, lib. xv, n. 60.)

Es casi seguro que Lucifer se reconcilió con la Iglesia antes de morir. Lo cierto es que, segun dice Calmet (*Hist. Sacr. et Proph.*, libro lxxv, n. 110), en Cagliari se le considera como Santo y se celebra su fiesta el día 20 de mayo.

Benedicto XIX en su célebre obra *De Beatificatione et canonizatione Sanctorum*, tomo 1, libro 1, cap. xl, dice que en 1641 la Sagrada congregacion de la Inquisicion Romana, con un

decreto impuso silencio á los que disputaban en pro ó en contra de la santidad de este Obispo, y mandó que en punto al culto que en Cagliari se le tributaba, se observarse en todo la antigua costumbre.

Los Bolandistas, *dia 20 de mayo*, página 207, defienden fuerte y tenazmente este decreto de la congregacion.

PARRAFO IV.

Juliano el apóstata, XLI.—Joviniano, LII.—Valentiniano y Valente, LIII.—Muerte de Liberio, LIV.—Matanza de Valente, LV y LVI.—Lucio. Persecucion de los solitarios, LVII.—Muere Valente, LVIII.—Persecucion de Genserico, LIX, LX y LXI.—Unerico, LXII hasta el LXIV.—Teodorico, LXV y LXVI.—Leovigildo, LXVII y LXVIII.

LI. Muerto Constanzo, ocupó el imperio Juliano. Era cristiano y se portó como tal en los primeros dias de su reinado. Permitió á los Obispos desterrados por su antecesor que volvieran á sus iglesias; pero mas tarde, dominado su corazon por un odio inconcebible al cielo, hizo la guerra mas cruel y espantosa que pudiera imaginarse, á todo el cristianismo. Se empeñó en abolir la Religion de Jesus y reemplazarla con los muertos dioses del Capitolio y el Olimpo. Juliano dispensó una proteccion efficacísima á todos los adversarios de Jesus. Restableció el culto pagano, abriendo ó levantando de nuevo sus cerrados ó destruidos

templos. Con el objeto de impugnar el Evangelio, dió fuertísimas cantidades de dinero á los judíos para que reedificasen el templo de Jerusalem. No obraba así Juliano por afecto á la sinagoga, no; se proponía en esto, como en todo, hacer guerra de esterminio á la Religión católica. Jesus había dicho que no quedaria piedra sobre piedra en el templo de Jerusalem. Creían, y creen los fieles que en castigo del deicidio, los judíos no pueden tener pueblo, Rey ni templo. Pues bien: para desmentir á Jesucristo, Juliano quiso reedificar el templo, para probar con un hecho que las profecías del Redentor podían no tener cumplimiento. Juliano sin embargo quedó confundido. Sin que nadie lo impidiera, el templo no pudo levantarse. De sus mismos cimientos brotó un fuego espantoso que consumió hasta los materiales reunidos á costa de tantos afanes y tan inmensos sacrificios. Este es un hecho que nadie niega. Los incrédulos lo atribuyen á la casualidad; los católicos no lo negamos, con tal que se conven-ga en que la casualidad fue tan oportuna, tan bien dirigida, tan sabiamente ordenada, como si Dios mismo con su infinita sabiduría se hubiera encargado en prepararla. La *casualidad* confundió á Juliano y demostró que el cielo y la tierra *pasarán*; pero que las palabras de Dios jamás dejarán de ser cumplidas. Estas casualidades no se distinguen en nada de los milagros.

Tambien Juliano hizo al Cristianismo una guerra hipócrita y traidora, impidiendo el estudio á los católicos y queriendo destrozarlos con la miseria, para *purificarlos*, como él decía, con la práctica de la pobreza.

Juliano, sin embargo murió y el catolicismo vive. La muerte de este perseguidor debe ser aquí referida.

En el año 363 peleaba este Emperador contra los persas. Una flecha le atravesó el costado. La herida era incurable. Pocas horas despues, el dia 26 de junio, á los treinta y un años de edad, Juliano era ya un cadáver. Antes de morir, siempre irritado contra Dios, siempre lleno de odio al cielo, con acento de horrible desesperacion, aludiendo á Jesucristo, pronunció estas palabras: ¡¡VENCISTE, GALILEO!!!...

Siempre es vencido y confundido el hombre, cuando ciego por su soberbia, se empeña en arrojar de su trono á Dios. (Sos., lib. vi, cap. ii.)

LII. Muerto este Emperador, en el mismo dia, los soldados nombraron para ocupar su puesto á Joviniano. Este Emperador fue católico y favoreció el catolicismo. Durante su reinado, cortísimo por desgracia, los arrianos y semiarrianos, no pudieron perturbar la Iglesia. Ocho meses despues de haber subido al imperio, á los treinta y tres años de edad, murió el Emperador Joviniano.

LIII. Muerto Joviniano fue nombrado Emperador por el ejército Valentiniano. Este dividió el mando supremo con su hermano Valente. El primero favoreció á los católicos en Occidente; el segundo persiguló de una manera horrorosa á los cristianos en Oriente.

LIV. El año 366 murió en Roma el Papa Liberio. Antes de abandonar la vida tuvo el inefable consuelo de recibir una legacion de muchos Obispos orientales, que querian reconciliarse con la Iglesia católica.

Catorce años duró el pontificado de Liberio. San Basilio, San Epifanio y San Ambrosio lo llaman *Papa de santa memoria*.

Despues de Liberio, ocupó la cátedra pontificia su constante amigo San Dámaso. Sufrió *muchísimo* este Santo Pontífice, con la heregia de Orsino ú Orsicino, que tuvo hasta la sacrilega osadia de apoderarse de la Silla de San Pedro, y pretender, como si fuera Pontífice soberano, gobernar la Iglesia. (Orsi, lib. xxxii, n. 34.)

LV. Valente fue enemigo constante de la Iglesia. Al ser bautizado por Eudocio, Obispo arriano, juró vivir en perpétua guerra con los católicos, y desgraciadamente cumplió su palabra. En una sola ocasion mandó asesinar, sepultándolos en el mar, despues de pegar luego á la débil barca que los conducia, á 80 eclesiásticos, que en comision de los fieles de Oriente, iban á Nicomedia, con el objeto de

manifestar al Emperador cuán horrible era la persecucion que sufrían, y rogarle al propio tiempo que los tratara con justicia y benignidad.

Este hecho revela todo el corazon de Valente.

LVI. La persecucion de Valente fue general.

En Edesa desterró á muchos sacerdotes. Afligió á San Basilio; Atormentó á los discipulos de San Melecio, y tanta fue su crueldad contra los cristianos, que al describirla, San Gregorio Niceno, sin hacer mas que referir los hechos, traza un cuadro de angustias, de lágrimas y sangre que desgarran el corazon.

Su persecucion se extendió á Palestina, la Arabia, la Libia, y muchas otras provincias, sujetas á su dominacion insoportable.

LVII. Habia en Egipto muchos cristianos; que por no abandonar su fé, se retiraban al desierto, ó vivian en los montes, cultivando los campos, disecando los pantanos, ó ejerciendo la mas útil industria, con el fruto de su sudor y el trabajo de sus manos.

Valente, instigado por los arrianos, declaró guerra á muerte á estos santos monjes. Les mandó que como soldados sirvieran en el ejército, y en alguna ocasion, no contento con esto, hizo asesinar á muchos centenares. (Oros., lib. iii, cap. xxxiii.)

LVIII. Valente murió el dia 9 de agosto

del año 378. Derrotado por Fritigernes, Rey de los godos, intentó salvarse confiando en la agilidad de su caballo. Fue alcanzado y herido por una flecha. Para curarle fue llevado por los soldados que le rodeaban á una casa cercana. Vienen los vencedores, quieren penetrar en ella, encuentran resistencia, y para superarla, incendian la casa, y en sus llamas pereció Valente con todos los soldados que le acompañaban.

Ocurrió en esta ocasión un hecho que no debemos omitir. Al caminar Valente para la guerra, se le acercó un santo monje y le dijo:

—¿A dónde vas, oh Emperador?

—A pelear contra los bárbaros.—

—Y, ¿cómo tienes valor para pelear contra los bárbaros despues de haber hecho tanto tiempo la guerra á Dios? Huye de la lucha, porque en ella perecerás.—

—No pereceré, mía será la victoria, y cuando vuelva castigaré de una manera ejemplar tu osadía.—

Esto dijo Valente. Ya saben nuestros lectores que le fue imposible cumplirlo. ¡Altos juicios de Dios!...

LIX. Genserico, Rey de los vándalos, persiguió horriblemente á los católicos en Africa. Muchos recibieron el martirio. Se les prohibió nombrar Obispos para ocupar las Sillas vacantes. Pasados treinta años, solo quedaron tres Obispos en Africa. De ellos dos fueron destier-

rados y uno se refugió en Edesa. Comenzó esta persecucion el año 437.

LX. Genserico quiso perseguir á los católicos con la muerte como Neron y con la astucia como Juliano. Les pidió todos los objetos del culto y todos los libros sagrados.

Con lo primero intentaba impedir sus reuniones; con lo segundo, evitar su instruccion, y con ambas cosas á la vez, hacerles abandonar la fé de Jesucristo. No pudo conseguir sus sacrilegos deseos. Los Obispos, como era natural, obedeciendo antes á Dios que á los hombres, entregaron su cuello al verdugo, antes que los libros santos al perseguidor.

LXI. Genserico, lleno de indignacion contra los católicos, mandó que todos sus cortesanos aceptasen el arrianismo, y castigó con la muerte, despues de darles los mas horribles tormentos, á todos los grandes señores que no se hallaban dispuestos á renegar de su fé.

El decreto se ejecutó con todo rigor y muchos personajes notables pagaron con la muerte su santo horror á la apostasia.

LXII. A Genserico que murió el año 477, sucedió su hijo mayor Unerico. Con el cetro heredó la impiedad de su padre. Degolló á su hermano Teodorico. Lo propio hubiera hecho con Geton, tambien hermano suyo, si antes una enfermedad repentina no le hubiera librado del cadalso, anticipándole la muerte.

Ordenó Unerico al Obispo San Eugenio que

no predicase y que además no permitiera á nadie la entrada en la Iglesia. No fue, porque no podía ser obedecido. Entonces envió unos cuantos verdugos á los templos, quienes colocados en sus puertas, atormentaban á todos los fieles que mostraban empeño en entrar en ellos.

Restableció el edicto de su padre que prohibía servir en la corte á los católicos. Los que no consentían en hacerse arrianos fueron arrojados del palacio real, despojados de sus bienes y enviados á Sicilia y Cerdeña, puntos en aquel tiempo horribles para el destierro.

LXIII. Los condenados á pena de destierro por Unerico, entre Obispos, sacerdotes, diáconos y simples fieles ascendieron á cerca de 5,000. Experimentaron todos espantosas vejaciones. Muchos eran enfermos y ancianos. Ni los achaques ni los años fueron respetados por aquel coronado heresiarca.

LXIV. Aun no satisfecho con esto, el año 483, hizo el impío Unerico que todos los Obispos católicos de Africa se reuniesen con el pretesto de un Concilio en Cartago.

Mientras los santos Prelados esperaban el día de la primera reunion, Unerico que ya había dado al instante y con el mayor secreto las órdenes oportunas á los gobernadores de las provincias, logró que en un solo día fuesen cerrados y saqueados todos los templos africanos. Además hizo que los Obispos saliesen de Car-

tago, sin llevarse nada consigo ni aun alimento, bajo la pena de muerte.

Unerico murió el año 384.

Teodorico, Rey de Italia, persiguió también de una manera cruel y hasta su muerte á los católicos. Cesó este Príncipe de vivir y reinar el año 526.

Entre sus mártires hay uno, cuya muerte no es posible pasar en silencio. Se trata del sabio Boecio, cristiano que por su ciencia era el asombro del mundo, y mártir que por sus tormentos aun hace derramar lágrimas á todos los que los contemplan.

Teodorico mandó que le pusieran una cuerda, rodeando con ella la cabeza por la frente y le apretaran hasta que se le saltasen los ojos.

Horroriza este suplicio.

LXVI. Aun no satisfecho todavía Teodorico, el día 26 de agosto del año 526 mandó que los arrianos se apoderasen de las iglesias de los católicos, siendo antes lanzados de ellas sus Obispos y sacerdotes.

Por fortuna faltó tiempo al tirano para ver cumplido su decreto. La muerte lo sorprendió en lo mas veloz de su impía carrera.

LXVII. En España persiguió á los católicos, Leovigildo, arriano, Rey de los visigodos. Tuvo dos hijos. Hermenegildo que por su adhesion firmísima á la fé católica, recibió el martirio, por orden de su propio padre, y Recaredo que le sucedió en el trono.

Fleury (lib. xxxiv, n. 54), dice que Leovigildo hizo penitencia en los últimos años de su vida, y que murió reconciliado con la Iglesia, el año 587 de nuestra redención.

LXVIII. Recaredo abrazó la fé católica, y en el Concilio tercero de Toledo, no solo abjuró, sino que logró ademas que todos los arrianos abjurasen sus errores y entrasen en el gremio de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo.

Desde entonces España ha sido católica y jamás ha consentido en despojarse de su fé ni de su independencia.

ARTICULO III.

—Heregía de Macedonio, LXIX hasta el LXXIV.

—Apolinar, LXXV hasta el LXXVII. Elvidio, LXXVIII. — Aecio, LXXIX. — Mesalinos, LXXX y LXXXI. Los Priscillianistas, LXXXII.

—Joviniano, XXXIII.—Otros hereges, LXXXIV.

—Audeo, LXXXV.

LXIX. Macedonio, arriano primero, arrastrado por su orgullo, quiso inventar una heregía que llevara su nombre. Arrio habia declarado la guerra á Jesus, y Macedonio, siguiendo diverso rumbo, impugnó la divinidad del Espíritu Santo.

Macedonio asistió, como representante del arrianismo al Conciliábulo de Tiro. Como herejarca, fue por los hereges elevado á la Silla

de Constantinopla, canónicamente ocupada por su Obispo Pablo.

Macedonio vivió como un Centurion en los tiempos de César. Su carácter violento, sus modales guerreros, su vida turbulenta, su excesiva vanidad, le hacían parecer mas digno de mandar como gentil una legion pagana, que de llevar, como Obispo la Cruz de Jesucristo en el pecho.

Persiguió con espantosa crueldad á los católicos. Desterró á muchos y les hizo confiscar sus bienes. Arrojó de su Silla al legítimo Obispo de Constantinopla.

LXX. Macedonio se empeñó en obligar á los fieles á que lo tuvieran por ortodoxo, lo respetaran como Obispo, y recibiesen de su mano, como de Pastor legítimo, los Santos Sacramentos. A los que se negaban y fueron muchos, les hizo abrir la boca por fuerza, y mantenérsela abierta con el auxilio de una escala de hierro, para poder de este modo administrarles la Sagrada Eucaristía.

Esto es horrible. Despues de contar esto, no es necesario añadir mas para comprender cuál era el carácter de este violentísimo heresiarca, y cuánto haría sufrir con su corazon cruel y vengativo á los verdaderos adoradores de Jesus.

LXXI. Macedonio, ciego por el furor á los católicos, tuvo valor basta para atentar contra las sagradas cenizas de Constantino. Quiso trasladar sus restos, en señal de menosprecio, del

sepulcro magnífico en que se hallaban á otras mas humilde y mucho menos estimable.

Constanzo al ver rodar por el suelo las cenizas de su padre, se indignó contra Macedonio y le mandó abandonar la Silla episcopal y salir inmediatamente de Constantinopla.

Mientras fue ó se fingió Obispo, Macedonio se portó como arriano; pero cuando se vió arrojado de la Iglesia, se empeñó en adquirir una impia celebridad. Al instante dijo: «Mis antecesores han impugnado ya al Padre y al Hijo; ahora yo, para adquirir celebridad, para decir algo nuevo, necesito impugnar al Espiritu Santo.» Este fué el único y verdadero origen de su error, de todo punto voluntario. ¡Efecto funestísimo de la soberbia!

LXXII. La muerte de Macedonio no fue el fin de su heregía. Su predicacion habia corrompido á muchas personas que siguieron por mucho tiempo tenazmente adheridas al error. Marantonio, Obispo de Nicomedia fue el principal de la nueva secta. Sus afiliados aparentaban ser austeros en sus costumbres y vivir casi con el mismo rigor que los cenobitas. Se estendieron mucho en Constantinopla, la Tracia, Bitinia, el Helesponto y otras regiones del Oriente. El nombre con el cual se conocían generalmente era el de *Pneumatomacos*, ó adversarios del Espiritu Santo.

LXXIII. La heregía de Macedonio fue condenada en muchos Concilios. Contra ella fal-

minaron el anatema los Concilios de Alejandría, el año 362; de Iliria, en 367; de Roma, año 373; y por último en el Constantinopolitano, año 381.

Aunque á este Concilio solo asistieron 150 Obispos, todos del Oriente, con todo se considera como ecuménico ó general, por haber sido aprobado por el Papa San Dámaso.

LXXIV. En el Concilio de Constantinopla, además de la heregia de Macedonio, fue condenado el error de Apelinar y Eunomio.

Fue depuesto Máximo Cínico, sacrilego usurpador de la Silla episcopal de Bizancio. En su lugar fue puesto San Gregorio Nacianceno. Este santo Obispo renunció por amor á la concordia y entonces fue elegido Nectario para ocupar la vacante Silla.

Después de algunos cánones disciplinarios, se confirmó por los Padres constantinopolitanos en todas sus partes lo acordado y definido en el primer Concilio de Nicea.

Como en Nicea se añadieron al símbolo de los Apóstoles las palabras necesarias para sostener la divinidad de Jesucristo, negada por Arrio, en Constantinopla se añadieron las frases indispensables para sostener la divinidad del Espíritu Santo, negada por Macedonio.

No inventaron estos Concilios una fé nueva; lo que hicieron fue explicar la antigua; determinar cuál era la verdadera fé de la Iglesia católica. Se añadieron al símbolo nuevas pala-

bras; no nuevos dogmas. La fé, esencialmente inmutable, quedó siempre la misma, tal cual había brotado de los labios de Jesucristo.

LXXV. La heregía de Apolinar es harto extraña. Consistía en negar el alma humana á Jesucristo. Es dogma de fé que en Jesucristo hay dos naturalezas y una sola persona. Jesus como Dios, como Verbo eterno, posee la divinidad; es Dios mismo. Jesus, como hombre, como criatura, tiene cuerpo y alma racional. La divinidad del Verbo no destruye, ni se mezcla, ni se confunde, ni aniquila el alma creada. Como no disipa el cuerpo, tampoco escluye el alma. Pues bien; el error de Apolinar consistió en ver en Jesucristo cuerpo humano y divinidad, y no haber visto también alma humana.

Mas tarde modificó Apolinar su error admitiendo en Jesus una especie de alma sensitiva y negando el alma racional. Era este error una reminiscencia de la filosofía platónica que dividía el hombre en cuerpo, alma y mente.—

LXXVI. A esto añadían los apolinaristas estos tres errores mas.

1.º Que el cuerpo de Jesus era de la misma sustancia que la divinidad del Verbo. Esto era dar eternidad á la materia, ó negar á Dios, convirtiendo en materia el espíritu.

2.º Que el Verbo divino no tomó carne en las entrañas de la Virgen Santísima, sino que la trajo al mundo del mismo cielo.

3.º y último. Que el Verbo eterno se había

convertido en carne mortal. Esto equivale á decir que el sol se ha encerrado en una microscópica bujía. Este absurdo no necesita refutación.

Natal Alejandro advierte que los mencionados errores no son de Apolinar, sino de sus discípulos.

Apolinar cayó en el error bochornoso de los milenarios y cometió la sacrílega torpeza de suponer grados gerárquicos en la Santísima Trinidad.

LXXVII. La heregía de Apolinar fue condenada por San Atanasio, en el Concilio de Alejandría, año de 362; por San Dámaso en Roma, año 373, y por el Concilio primero de Constantinopla, segundo general, en el año de 381.

LXXVIII. De la secta de Apolinar brotaron, por decirlo así, otras dos sectas bastante singulares.

Los que pertenecían á la primera se llamaban *antidicomarianitas*, y tenían este nombre por las blasfemias que proferían contra la perfecta y perpetua y absoluta pureza de la Virgen Santísima.

Pertenecían á la segunda los *coliridianos*, llamados así, porque siguiendo opuesto rumbo, consideraron como Dios, y como Dios le adoraban con el culto de *latria*, á la Santísima Madre del Salvador.

Los primeros pecaban por defecto. Los se-

gundos por eso; unos y otros, todos fueron refutados por San Epifanio

LXXIX. Aerio quiso ser Obispo de Antioquia. No pudo lograrlo y se declaró herege, intentando el desgraciado vengarse de la Iglesia.

Su doctrina fue arriana en su esencia. Se distinguió no obstante en estos tres errores que mas especialmente le pertenecen.

1.º Que no hay diferencia en cuanto á la potestad entre los Obispos y los sacerdotes. Este es el absurdo principio de los modernos presbiterianos.

2.º Que no aprovechan las oraciones por los difuntos. Este error lo han renovado los protestantes. Verdad es que ellos mismos, comprendiendo su repugnante absurdidad, lo van abandonando, si es que enteramente ya no lo han abandonado.

3.º Que son inútiles los ayunos y que no deben guardarse las fiestas. Basta con decir que hasta los médicos refutan estos perniciosos errores.

LXXX. Hubo en el siglo iv otros hereges que solo mencionaremos por la extravagante singularidad de sus errores. Se apellidaban *Mesalinos*, ó rezadores, porque hacian consistir toda la esencia de la religion, en apartarse del mundo, no trabajar, no ayunar y rezar mucho. No creían en Dios, negaban la Santísima Trinidad, eran hasta idólatras y esto no obstante jamás dejaban de *rezar*, sin pen-

sar en lo que decían, ni en el fin con que lo decían.

LXXXI. Los errores de estos heresiárcas no merecen una esposicion detenida. Es una larga série de insulsas necesidades que no pueden leerse sin indignacion ó desprecio. Algunos son tan repugnantes y asquerosos que ni aun pueden esponderse, sin faltar á la pública decencia.

Otros se refieren á un misticismo estúpido, á un fariseísmo execrable, de muchísimo rigor en la exageracion de las formas, y de absoluta laxitud en la práctica de lo esencial. Pondremos un solo ejemplo. Porque Dios ha dicho: conviene *siempre orar*, estos heresiárcas suponen, que siempre, aun mientras dormimos, tenemos la estrechísima obligacion de estar en perpétua oracion. En cambio Dios exige, que inclinemos nuestra cabeza en obsequio de la fé, y los *Mesalinos*, no creen en la Trinidad, ó creen en ella de una manera absurda. Sacrifican como fariseos lo esencial á la exageracion mas ridícula de lo accidental.

LXXXII. Por el año 380 comenzó á ser conocida la heregia de los *priscilianistas*. Nació en Egipto, y por medio de Prisciliano, varon rico y elocuente, que mas tarde les dió nombre, fue introducida en España.

Esta secta fue una confusa mescolanza de los errores de los gnósticos y los maniqueos. No fue original y ni tuvo por fortuna gran trascendencia,

LXXXIII. Por este mismo tiempo hubo otra heregia cuyos sectarios enseñaban que siempre se debía andar con los pies desnudos. Lo raro no es que ellos anduvieran, sino que se empeñaran en cerrar el cielo y abrir el infierno á todos los que usasen calzado.

LXXXIV. Audeo, jefe de los *audianos*, nació en la Mesopotamia. Fue virtuoso en sus primeros años. Despues quiso ser conocido como fundador y jefe de una secta.

Se propuso renovar las cuestiones sobre la celebracion de la Pascua y con sumo empeño trabajó para interpretar en sentido *antropomorfita* la esencia de Dios, considerándola en el hombre como su imagen. Creían estos que el hombre era imagen de Dios no por su alma, sino por su cuerpo.

Parece increíble que estas cosas dieran lugar á tantos escándalos en los tiempos antiguos. Verdad es que lo propio dirán de muchas cuestiones que hoy nos dividen, las generaciones que nos sucedan.

CAPITULO V.

Heregias del siglo quinto.

ARTICULO I.

—Elvidio, I.—Joviniano, II.—Basnage, III.—Vigilancio y sus errores, IV.—

I. Elvidio fue discípulo del arriano Ausencio. Su instruccion era escasa y su educacion malísima. No se sabe ni aun que fuera sacerdote. San Gerónimo lo llama hombre turbulento. Comenzó á esparcir sus errores el año 382.

Su heregia consistió casi esclusivamente en un tegido de execrables blasfemias contra la perpétua y perfectísima virginidad de la Purísima Madre del Salvador. San Gerónimo, San Ambrosio y San Epifanio pulverizaron la heregia grosera de este tosco heresiarca.

II. Joviniano fue monge y mientras estuvo en Milan observó una conducta penitente y de una austeridad sumamente rigurosa. Mas tarde trasladándose á la parte central de Italia, abandonó los rigores del desierto y se entregó á los placeres inmundos de Capua.

Sus errores fueron condenados por el Papa Siricio en un Concilio romano, celebrado el año 390. El Emperador Teodosio lo mandó al destierro.

Este no obstante tuvo discípulos y dió grande escándalo con su corrompida y corruptora doctrina. Su moral epicúrea tuvo no escasos partidarios. Apuntaremos aquí sus principales errores. Son los siguientes:

1.º Sostenía que la virginidad no es como estado de perfección, mas meritoria que el matrimonio.—

Los luteranos y los modernos *filósofos* piensan de igual manera. En efecto: la virginidad convierte al hombre en ángel, y los incrédulos quieren que solo viva revolcándose en el cieno de las miserias humanas.

2.º Que los bautizados no pueden pecar.— Esto no se refuta; es absurdo.

3.º Que tanto merece ante Dios el hombre que ayuna, como el que sigue el ejemplo de Heliogábalo, convirtiendo en Dios su vientre.—

Hasta ruboriza el pensar que hay hombres en el mundo con el cinismo necesario para proclamar tan ímpias como groseras doctrinas.

4.º Que en el cielo recibirán igual recompensa, lo mismo los justos que los malvados.—

Esto es repugnante. En el cielo no entra ni puede entrar nada manchado. La eterna gloria es una corona que solo cae sobre las sienes de los hombres que la merecen por sus virtudes.

5.º Que todos los pecados son de idéntica gravedad.—

Segun esta doctrina, robar un peso fuerte á

un rico, y robar veinte á un pobre que sin ellos muere de hambre, son dos pecados de una misma gravedad. ¡Qué delirio!...

6.º Que no fue perpétua la pureza de la Virgen Santísima.—

Estos heresiarcas, como están todos manchados por la corrupción, quieren con sus calumnias manchar el gran modelo de pureza que entre todas las puras criaturas existe en el mundo.

III. Samuel Basnage (año 5 *ante Dom.*, número 23), resucita este grosero error, y muestra grande empeño en oscurecer con falsísimas interpretaciones de la Sagrada Escritura, la absoluta pureza de María Santísima. Sus argumentos son tan débiles, que á nadie pueden sorprender. Presentemos uno solo, el *mas fuerte* de todos, únicamente para que sirva de muestra. Si el mas fuerte es tan débil, ¿qué serán los mas débiles? Espongamos, pues, su gran argumento, su *invencible* Aquiles. Por la índole del asunto, nos espresaremos en latín al esponer estas ideas.

«*Isaias dixit*, ait Basnage: ecce Virgo concipiet et pariet filium:

Sed Isaias tñtñmmodo loquitur *de virginate in conceptione*;

Ergo Virginitas non extitit *partus tempore.*»

Craslissimus error! Virginitas non læditur in partu; frangitur in conceptione. Virginitas

haud perit actu simpliciter quo externa vel interna vi adaperitur vulva. Consistit è contra in actu suo in genere expleto, modo et fine, scilicet in phisico, communi forma, ad generationem perveniendi. Hoc autem frustra in Dei Matre reperire conaberis. Puritas in mente; puritas in corde, in vita perfectissima virginitas. En quod facile, quod semper hac in alma Virgine invenies.

Adhuc tamen notandum est quod in Dei para tam conceptio quam Jesu nativitas miro, miraculoso omnino modo evenere. Quid ergo?

«Virgo concipiet! Ergo pariet non Virgo!»

Admittatur antecedens; ut illogicum, ut absurdum, ut sacrilegum refellatur, contemnatur autem consequens.

IV. Vigilancio nació en Cominges, en la raíz de los Pirineos. Primero estuvo vendiendo vinos en una taberna, y despues leyó unos cuantos libros, y sin entender lo que decían, quiso echar sobre sus hombros la pesadísima y sacrílega tarea de inventar una heregia. Se propuso refutar á San Gerónimo, y escribió un libro lleno de estúpidos errores. Su doctrina no fue condenada en ningún Concilio. Esto, por otra parte, hubiera sido inútil. Murió, puede decirse, antes de nacer. Los hombres la olvidaron antes de aprenderla, y nunca llegaron á profesarla.

Vigilancio condenaba la vida ascética de los monasterios, reprobaba el culto de la Religión,

y como un gran orímen anatematizaba la costumbre de pedir limosna en Jerusalem. (Fleury, lib. xxii, n. 5.)

ARTICULO II.

Pelagio, V.—Sus errores y sutrefugios, VI.—Celestio y su condenacion VII.—Perversidad de Pelagio, VIII.—Concilio de Dióspolis, IX.—El Papa San Inocencio, X y XI.—Nueva condenacion de Jósimo, XII.—Juliano, XIII.—Los semipelagianos, XIV. Los condena el Papa Celestino, XV.—Los predestinacionos, XVI.—Gotescaleo, XVII y XVIII.

V. Pelagio era ingles. Nació el mismo día que San Agustin. Es providencial que naciera el adversario del error contra la gracia en el propio día en que nació el enemigo de la verdad acerca de los divinos auxilios.

Pelagio fue monje. Su vida en los primeros años parecia ejemplar. Estudió mucho y adquirió reputacion de sabio entre los fieles. Estuvo mucho tiempo en Roma, y allí conoció y fue amigo de San Agustin. Compuso algunas obras que fueron estimadas por los fieles.

Tuvo mas tarde la desgracia de dejarse sorprender por un tal Rufino, sacerdote de Siria, que se hallaba infestado con los errores de Teodoro de Mosuepta, que siguiendo los vestigios de Orígenes, negaba la necesidad de la gracia.

Pelagio abrazó con toda la energía de su espíritu este error. Comenzó esponiéndolo con reservas, y solo entre sus discípulos, y concluyó por diseminarlo, sin consideración de ningún género, pública y privadamente, por escrito y de palabra, aunque siempre con artificioso lenguaje en todas partes.

VI. Enumeraremos aquí los errores de Pelagio. Enseñaba:

1.º Que la muerte no es un castigo; que nuestros primeros padres fueron creados con sujeción á la muerte.—

Pelagio no pudo probar nunca este error.

2.º Que los niños al nacer se encuentran hoy en el mismo estado que Adán y Eva cuando fueron creados.

3.º Que los niños, muriendo sin bautismo, no entran en el cielo, pero sin entrar en el cielo, tienen la vida eterna.

Estos dos errores son una contradicción evidente.

4.º Fue este el error, el grande error de Pelagio. Suponía que el hombre para creer, para practicar la virtud, para resistir las tentaciones, no ha menester de la gracia divina.

Viendo Pelagio que su doctrina era mal recibida, intentó disfrazarla, para hallar prosélitos. Decía con este fin, que no negaba la existencia de la gracia, pero que la gracia era el mismo albedrío, con el cual naturalmente,

sin auxilio sobrenatural, admitíamos lo bueno ó rechazábamos lo malo.

También decía este heresiarca que por gracia debe entenderse la ley misma dada por Dios, lo cual no se niega. La revelación es una gracia; pero gracia universal, gracia para todos; gracia enteramente distinta de los auxilios sobrenaturales que Dios da á los hombres, individualmente considerados para que si cooperan á la gracia, hagan el bien y se salven.

También dicen los pelagianos: los ejemplos de Jesucristo son también gracia divina.—No lo negamos; pero gracia general, no especial, no individual, y para cada uno de los actos humanos, en cuyo sentido se habla aquí de la gracia.

—El perdón que nos ha dado Cristo, decían, también es gracia sobrenatural y divina.—

El mismo error y la misma confusión que en los casos anteriores.

Ultimamente Pelagio aceptaba una gracia de ilustración, individual, útil *ut facilius*, para que más fácilmente practicásemos las obras buenas.

San Agustín, hablando de esto, dice: *Tolle facilius et non solum verus sed etiam sanus est sensus.*

La historia entera protesta contra la doctrina de Pelagio. La humanidad está enferma. Ha sido el despojado hombre de los dones so-

brenaturales y herido en los naturales. Todos llevamos una espesa nube en la frente que nos impide ver con claridad y una honda herida en el corazón que nos priva en muchos, en muchísimos casos del vigor necesario para hacer el bien que queremos y apartarnos del mal que aborrecemos.

VII. La heregia de Pelagio se extendió mucho en poco tiempo. No es extraño. Halaga la vanidad humana, y esta circunstancia es un poderoso incentivo para arrastrar á los soberbios.

El mas notable entre todos los discípulos de Pelagio, fue Celestio. Era un eunuco de noble estirpe. Antes de entrar en un monasterio habia ejercido con no escasa fortuna la abogacia. Cuando se unió con Pelagio, comenzó á negar el pecado original. Su maestro era algo reservado; pero él, sin ambages de ningún género, esponía en todas partes sus errores contra la gracia.

Los dos, Pelagio y Celestio, salieron de Roma por el año 409, poco antes que en ella penetrasen los bárbaros del Norte. Primero fijaron su residencia en Sicilia, y mas tarde se trasladaron al Africa. Celestio quiso ser ordenado en Cartago; pero no pudo conseguirlo. Sus errores fueron conocidos y condenados por el Obispo Aurelio y por un Concilio cartaginés. Celestio apeló á Roma contra el fallo del Concilio; pero en vez de dirigirse á la Ciudad

Eterna, temiendo ser nuevamente anatematizado, se refugió en Efeso, donde pudo sorprender al Obispo y ascender al sacerdocio. Poco tardó en ser conocida su venenosa doctrina, y en ser lanzado con todos sus secuaces de la Iglesia de Efeso. Pasados cinco años volvió á Roma, para seguir la causa de su apelacion. Como era de esperar, nuevamente cayeron sobre él las excomuniones de la Iglesia.

VIII. Irritado Pelagio con la condenacion de Celestio, empezó á esparcir sus errores con mas obstinacion y temeridad. En aquel tiempo habia en Africa una nobilísima señora romana, llamada Demetriades, que huyendo de los bárbaros que dominaban en Roma, se refugió en Cartago; y queriéndose apartar mas aun de las turbulencias del mundo, renunciando á todas las pompas y vanidades de la tierra, con voto perpétuo se consagró al Señor.

Pelagio tuvo ocasion de escribir á esta célebre señora, y bajo el pretesto de esponerle la doctrina de la vocacion cristiana, la insinua que todo el bien que hiciera solo podia ser *de ella y residir en ella*. Era esto negar toda la influencia y toda la necesidad de la gracia. Era esto sostener que aun la mas perfecta santidad puede adquirirse con las solas fuerzas naturales del hombre, sin los auxilios sobrenaturales que el Señor nos envia desde el cielo.

Enterados San Agustin y San Gerónimo del veneno que contenia la carta de Pelagio, la es-

indiaron y refutaron hasta pulverizar uno por uno todos los errores que contenia. Con este motivo empezaron los dos Santos Padres á escribir y publicar admirables libros contra la antievangélica teoría pelagiana.

IX. Convencido Pelagio de que sus errores, gracias á los esfuerzos de San Gerónimo y San Agustín, no podían ser bien recibidos en África, se alejó de aquella tierra para él tan llena entonces de espinas, y se fue á Palestina. Allí logró seducir con malignos artificios á Juan, Obispo de Jerusalem, quien en un Concilio celebrado con el solo objeto de examinar la heregia, favoreció grandemente á Pelagio, imponiendo silencio á las dos partes contrarias.

El año 415 se celebró otro Concilio en Dióspolis, donde tambien logró Pelagio con su capcioso lenguaje, hacer respetar como buena doctrina, lo que era en el fondo un mortal veneno para los fieles.

San Gerónimo al hablar de esta Asamblea religiosa dice: *In illa misserabili Synodo*, etc.

El Papa San Inocencio no quiso admitir á Pelagio en la comunión católica, no obstante la absolución que al parecer habia obtenido en el Concilio nombrado. Conviene advertir que los Padres de Dióspolis condenaron el error de Pelagio; su falta estuvo en no condenar, por ereerla buena, la capciosa esposición que hizo el mismo heresiarca de su doctrina en el Concilio.

También es oportuno advertir que se trata de un Concilio provincial que no tenía la sanción de la Santa Sede, que no es ley de la Iglesia, que por tanto ni es ni puede ser considerado como infalible.

X. En Africa fue Pelagio menos afortunado. San Agustín había levantado la voz de alarma y el error era bien conocido. Aurelio, Obispo de Cartago, reunió otro Concilio, en el cual, no solo fueron condenados Pelagio y Celestio, sino que los Padres acordaron enviar sus actas á Roma para que fueran aprobadas y sancionadas por el Jefe visible de toda la Iglesia. Fíjense bien en esta circunstancia los que creen, ó aparentan creer que en los primeros siglos no era reconocida la autoridad del Papa en toda la Iglesia.

Casi por el mismo tiempo se celebró otro Concilio en Milevi, al cual asistieron 61 Obispos de la Numidia. En él fue condenada la heregia pelagiana, y como en el anterior, las actas las enviaron á Roma para que también fuesen aprobadas.

El año 417, el Papa San Inocencio envió las respuestas á los dos Concilios, en dos epístolas sinodales, que eran la confirmación explícita de sus decretos. También en estas sinodales vuelve el Papa á condenar á Pelagio y Celestio, declarándolos, como hereges, separados de la Iglesia.

En el mismo tiempo, dirigió San Inocencio

otra epístola á cinco Obispos que le habían escrito contra el entonces famoso heresiarca, en la cual dice que en la obra de Pelagio halla poco que le agrada, y muy poco que no le disguste.

Entonces fue cuando San Agustín, después de leer la respuesta del Papa San Inocencio, exclamó: *Jam de hac causa duo concilia missa sunt ad Sedem Apostolicam: et inde etiam Rescripta venerunt; CAUSA FINITA EST.*

¡Cuán grato, cuán consolador es para un católico el ver á San Agustín, al hombre mas grande del siglo **v**, á uno de los mas asombrosos ingenios que han brillado en todo el mundo, inclinando con humildad su frente ante los decretos de la Santa Sede! Mediten profundamente esto los espíritus superficiales que se creen degradados, cuando se muestran católicos, sumisos á la autoridad del Papa. La profundísima humildad de San Agustín no ha sido parte á impedir que resplandezca como astro de primera magnitud en la historia de todos los siglos.

XI. San Próspero dice que el Papa Inocencio fue el primero que condenó la heregia pelagiana. Esto entendido así, puede parecer una contradicción, sin serlo no obstante. El error de Pelagio y Celestio fue condenado en el año **412** en el Concilio de Cartago y en el **416** en el de Milevi. Un año después, en **417**, fueron estas dos condenaciones sancionadas y

renovadas por el Soberano Pontífice. Se dice, pues, que este Papa fue el primero que lo condenó, porque, á no dudarlo, fue el primero que confirmando lo acordado en varios Concilios provinciales, condenó la heregia en un decreto dirigido á la Iglesia universal. Además, los errores de Pelagio fueron en distintas épocas condenados por veinte y cuatro Concilios. Recibió el último anatema en el Concilio general de Efeso, celebrado el año 431.

XII. Pelagio y Celestio, al tener noticia de la última condenación, apelaron al Papa Inocencio, considerándole como tribunal supremo. Murió este santo Pontífice, y ocupó por legítima elección la Silla de San Pedro el bienaventurado San Zósimo. Este examinó la causa de los pelagianos, y no obstante el afecto que personalmente profesaba al herejearca Celestio, convencido de su error, lo condenó de nuevo.

XIII. Después de estas sentencias canónicas, pronunciadas contra él, Pelagio se retiró á Palestina, punto en el cual, conocidos como eran ya sus errores, no fue bien recibido. Entonces se retiró á la Gran Bretaña, donde se esforzaba por sembrar su venenosa doctrina. Los Obispos de Francia comisionaron para que lo impugnase á San German de Auxerre. En este tiempo quedó como adormecida la heregia pelagiana. Unicamente quiso protegerla Juliano, Obispo de Cápua. Este Prelado, conocido

por su talento, es poco estimado por la poca seguridad en sus creencias. Tuvo una célebre disputa con San Agustín, en la cual, como era de esperar, fue completamente vencido. Arrojado de Italia, Juliano se retiró al Oriente. Se vió completamente abandonado por sus amigos, y para no morir de hambre, se vió precisado á pedir limosna y dar lecciones de instruccion primaria á los niños. Consumido por la pobreza, murió en Sicilia en tiempo del Emperador Valentiniano. La vida del error fue para este desgraciado Obispo vida de dolor, y de ignominiosa muerte.

XIV. Por el año 428, el monge Casiano, queriendo hallar un medio de conciliacion entre los católicos y los pelagianos, inventó un recurso erróneo y pernicioso que dió lugar á otra nueva heregia.

Los católicos sostienen que para que las obras sean buenas en el órden sobrenatural, es necesaria la gracia; que sin los auxilios del cielo el hombre no puede creer, esperar, arrepentirse de sus culpas, ni perseverar en el bien, como conviene para adquirir la justificacion.

Los pelagianos, por el contrario, sostenian que el hombre con sus solas fuerzas naturales, puede creer, esperar, arrepentirse y todo lo demas que es necesario para la salvacion.

Casiano, colocándose entre el extremo católico, que es la verdad, y el extremo pelagiano,

que es la mentira, quiso adoptar un medio que consiste en armonizar las dos escuelas, sacrificando la mitad de la verdad de una á la mitad del error de la otra, y viceversa. Estos equilibrios son absurdos. Con la verdad nunca se transige.

Casiano dijo: «La gracia no es necesaria para adquirir la fé ni para obtener la perseverancia. El principio y el fin de nuestra salud están en nosotros mismos.» Pero tratándose de hacer el bien en todos los demas actos de la vida, Casiano creia que los divinos auxilios eran enteramente necesarios.

Esto dió lugar á una secta que solo aceptaba una de las partes en que se dividió el pelagianismo. Por esto sus secuaces se apellidaron *semi-pelagianos*.

XV. Casiano, sin embargo, se apartó del error, y murió con fama de santidad. Sus discípulos, los semi-pelagianos, menos humildes que el maestro, perseveraron en la heregia y fueron condenados por San Celestino I, el año 432, y por Félix IV el año 529. Estas dos condenaciones fueron mas tarde confirmadas por el Papa Bonifacio II.

XVI. Por el año 417 apareció la absurda heregia de los «predestinacionos.» Creían estos heresiarcas que el hombre reprobado, aunque jamás cometa un pecado, se condena, y el hombre predestinado, aunque jamás practique un solo acto de virtud, se salva. Basta esponer

esta monstruosa heregia, para comprender su absurdidad.—Si quieres subir al cielo, observa lo mandado por Dios.—Esta es la única regla que deben tener siempre ante sus ojos los que deseen salvar sus almas.

Los «predestinacionos» fueron condenados el año 475 en el Concilio de Lyon.

XVII. Gotescalco, monje aleman, vivió en el siglo ix. Fue hombre inquieto, soberbio y turbulento. Sin licencia de sus Prelados abandonaba la clausura, y «por motivos de piedad» hasta emprendió largos viajes, sin contar para nada con la voluntad de sus propios superiores. Contra las órdenes espresas de los Obispos, predicaba lo que él llamaba la doctrina del cielo. Era, sin embargo, como fácilmente puede inferirse, un conjunto monstruoso de errores y exageraciones. Fue condenado tres veces, y murió sin dar señales de arrepentimiento. Hasta los últimos instantes de su vida estuvo rechazando los consuelos de la Religión que con piadosa insistencia se le ofrecían.

XVIII. Los errores de Gotescalco son tres, verdaderamente horribles. Hélos aquí.

1.º Dios destina á unos hombres para la vida eterna y á otros para el infierno eterno, «obligando» á estos últimos á que se hundan en la perdición.

2.º Dios no quiere que todos los hombres se salven.

3.º Jesucristo ha derramado su sangre úni-

amente para la salvacion de los predestinados.

Inútil es advertir que esta doctrina, reproducida en el siglo pasado por los jansenistas, ha sido siempre condenada por la Iglesia.

Contra esta doctrina se establecieron cuatro capítulos en el segundo Concilio de Quiercí, celebrado el año 853. Son los siguientes:

1.º No hay mas que una predestinacion de Dios; la de la vida eterna. Solo se condenan los malos por voluntaria malicia. No hay en Dios decreto de reprobacion positiva.

2.º El libre albedrío del hombre se robustece por medio de la gracia.

3.º Dios quiere que todos los hombres se salven.

4.º Jesucristo ha muerto para redimir á todos los hombres.

Esta es la verdadera doctrina de la Iglesia acerca de la predestinacion.

XIX. Acerca de este heresiarca se disputa mucho entre los historiadores que han narrado los hechos de la Iglesia. Creen unos que solo faltó en la disciplina, que solo fue un cismático cuentan algunos, mientras opinan otros que fue un verdadero herege. Esta cuestion es harto especulativa para que nos detengamos en examinarla. Que el error esté en la voluntad ó en la ignorancia del autor, es cosa que para el caso importa poco. Aquí examinamos el error, y el error existe. En cuanto á la mayor

ó menor culpabilidad de su autor, sus biógrafos que lo averigüen.

ARTÍCULO III.

Errores de Nestorio. Es nombrado Obispo, XX.—Su crueldad. Aprueba el error de Anastasio, XXI. Contradicciones. Mas crueldades, XXII.—Carta de San Cirilo. Respuesta, XXIII.—Los católicos se apartan de él, XXIV.—Carta á San Celestino y su respuesta, XXV.—Amonestaciones á Nestorio y anatematismos de San Cirilo, XXVI.—La sentencia del Papa, XXVII.—Nestorio es citado al Concilio, XXVIII.—Es condenado, XXIX.—Se le intima la sentencia del Concilio, XXX.—Conciliábulo de Juan Antioqueno, XXXI.—Se confirma el Concilio por los legados del Papa. XXXII.—Le condenan los pelagianos, XXXIII.—Turbulencias. El Emperador Teodosio, XXXIV.—Nestorio en el destierro, XXXV.—Leyes contra los nestorianos, XXXVI.—Esfuerzos de los nestorianos, XXXVII y XXXVIII.—Errores sobre Jesucristo, XXXIX.—Basnaga, defensor de Nestorio, XL hasta el XLIII.

XX. No bien había desaparecido la heregia de Pelagio, cuando se vió nuevamente afligida la Iglesia con los impíos errores de Nestorio. Este heresiarca temerario impugnó la divina maternidad de la Virgen Santísima, sosteniendo que debía ser venerado como Madre de Cristo, del hombre; pero no como Madre del Verbo, de Dios.

Creía Nestorio que el Verbo eterno no se

hallaba hipostativamente unido á Jesus, sino adherido de una manera estrínseca, como habiendo en un templo.

Nació Nestorio en la Germanicia, pequeña ciudad de Siria. Era sobrino del herege Pablo de Samosata. Entró en un monasterio de Antioquía. Fue ordenado sacerdote por el Obispo Teodoto, quien le confió la mision de esplicar la fé y defenderla contra los hereges. Mostrábase Nestorio admirador de San Gerónimo. Peleó con muy notable celo contra los partidarios de Arrio, Apolinar y Origenes, que eran entonces los hereges mas temidos en el Oriente. Nestorio tuvo al principio mucho crédito entre los fieles. El año 428 fue elevado á la Silla de Constantinopla. Su eleccion fue generalmente aplaudida. Se dice que al tomar posesion de su iglesia pronunció un discurso delante del Emperador Teodosio, el Joven, y dirigiéndose á él, pronunció estas palabras: «Dadme, señor, la tierra limpia de hereges, y yo os daré el cielo. Esterminad conmigo los hereges, y yo esterminaré con vos los persas.» (Fleury, lib. 24, n. 54.)

XXI. Esperábase que Nestorio siguiera en el patriarcado las huellas de San Crisóstomo, su predecesor. No se realizaron por desgracia estas esperanzas. Nestorio, arrastrado por su orgullo, cayó en el error de una manera deplorable. Un sacerdote antioqueno que le acompañaba, llamado Anastasio, predicando cierto

dia en Constantinopla, dijo con sacrilega audacia que la Virgen Santísima no debía ser venerada como Madre de Dios. El pueblo lleno de escándalo, protestó y se fue en queja al Patriarca; pero este, Nestorio, que era cómplice de Anastasio en este crimen, aprobó el error, en secreto primero, y en el púlpito después.

En su primer discurso herético, considerado por San Cirilo como el compendio de todas las blasfemias, dijo Nestorio que eran ciegos é ignorantes todos los católicos que habían estrañado ó protestado contra las impías palabras de Anastasio. « Alea jacta est. »

XXII. La heregia nestoriana dió lugar á grandes altercados y numerosos disturbios en Constantinopla. A no verse apoyado en la corte, Nestorio y sus escasos partidarios, en castigo de la sacrilega osadía con que insultaban á los católicos, hubieran sido maltratados en varias ocasiones por la inmensa mayoría del pueblo, que se mantenía firme en la antigua fé.

Predicando un día Nestorio, se levantó una voz en medio del templo, protestando contra sus errores, en estos términos: « Si, el mismo Verbo que en la eternidad fue enjendrado por el Padre, nació en el tiempo de una Virgen, según la carne. »

Irritado Nestorio, se dirigió contra su interpelante y materialmente, con escándalo de los

fielos, le colmó de injurias, apelando á los mas indecorosos dictérios.

Nestorio hubiera querido imponerle un terrible castigo; pero no le fue posible. Era abogado, empleado en la corte imperial, hombre de letras y no escaso crédito, con quien fácilmente se podían cometerse injusticias. Nestorio, sin embargo, buscó en otra parte la venganza. Se ensañó de una manera espantosa contra unos cuantos pobres desvalidos, monjes archimandritas que habían venido á preguntarle si era ó no cierto que segun se decía, estaba proclamando doctrinas opuestas al dogma católico. Estos infortunados monjes fueron «por este crimen» encerrados en una cárcel, y azotados cruelmente por el vientre y por la espalda.

XXIII. Los discursos heréticos de Nestorio fueron muy pronto conocidos en todo el Oriente. San Cirilo, Obispo de Alejandría, escribió con este motivo una carta á los monjes de Egipto, en la cual para que nadie pueda ser sorprendido, explica el error y lo impugna, y ruega á todos que no pierdan miserablemente el tiempo, ocupándose demasiado en esta cuestión. Proponíase el Santo evitar que el calor de las disputas sirviese de vehículo al error. Nestorio hizo al instante que se contestara en su nombre á San Cirilo, procurando al mismo tiempo vindicarse con extrañas sutilezas y maligno artificio.

XXIV. Hallábase por este tiempo en Constantinopla un Obispo llamado Doroteo, tan servil adulator de Nestorio, que en público, ante un gentío considerable, en presencia del mismo Nestorio, se atrevió á pronunciar estas palabras: «Si alguno dice que María es Madre de Dios, sea escomulgado.»

¡Desgraciado! Sobre él y sobre su error han caído los anatemas de la Iglesia y la reprobación de la historia.

El pueblo lleno de horror, al oír estas blasfemias, lanzó un grito de indignación, y se alejó del templo, no queriendo comunicarse con los autores de tan escandalosas blasfemias. Nestorio, no solo no desaprobó la conducta de Doroteo, sino que calló en aquel instante y mas tarde lo admitió á participar con él de los Sagrados Misterios.

Muchos de sus sacerdotes, convencidos de la heregia que propalaba, se apartaron de él y abandonaron su comunión, protestando así contra sus execrables errores. Nestorio al punto les prohibió ejercer el ministerio de la predicación. Esto dió margen á escándalos y graves y repetidos tumultos.

XXV. San Cirilo proponiéndose con santo celo impedir los estragos que el error hacía en las conciencias, escribió muchas cartas al mismo Nestorio, al Emperador, á las Princesas sus hermanas. al Soberano Pontífice San Celestino, mostrando á todos el veneno que en sus

entrañas ocultaba la heregia y la necesidad de estirparlo con toda la fuerza y celeridad posibles.

Nestorio escribió dos cartas al mismo Papa San Celestino, en las cuales procuraba hacer resaltar sus triunfos contra los hereges, su crédito en la Iglesia, y ocultando capciosamente sus errores, sin retractarse, intentaba hacer que cayera toda la responsabilidad de los escándalos ocurridos sobre los partidarios de San Cirilo.

San Celestino convocó un Concilio en Roma, en el cual despues de examinadas, fueron condenadas como heréticas las dos epístolas de Nestorio. Además se intimó al heresiarca que si pasados diez días, despues de tener noticia de esta condenacion, no retractaba sus errores, sería depuesto de su Silla patriarcal. San Cirilo fue el encargado por el Papa de comunicarle estos decretos conciliares y pontificios.

XXVI. San Cirilo para cumplir lo ordenado por el Soberano Pontífice, reunió en un Concilio á todos los Obispos de Egipto, quienes de comun acuerdo, dirigieron una carta á Nestorio, en la cual le decían que la considerara como la tercera y última monición; que si pasados diez días, no se retractaba, ellos dejarían de considerarlo como Obispo; no respetarían sus decretos, y admitirían en su comunión á todos los sacerdotes que él había depuesto.

Esta carta sinodal concluía con una protesta de la fé católica, en la cual se hallan los doce famosos «anatematismos» de San Cirilo, que son doce máximas católicas opuestas á los doce errores capitales del nuevo herejarca.

XXVII. San Cirilo nombró cuatro Obispos para que entregasen la carta sinodal á Nestorio. Llegaron á Constantinopla el día 7 de diciembre del año 430. Cumplieron su misión en los propios términos que se les había ordenado.

Pasan los diez días, y Nestorio no da señal ninguna de arrepentimiento. Por el contrario, influye cerca del Emperador, para obligarlo á convocar un Concilio universal, en el cual se examinase su causa. Por desgracia el Emperador escuchó á Nestorio. El Concilio fue convocado. San Cirilo, previendo lo que iba á suceder, preguntó al Papa si en el caso de que Nestorio se retractase, podría admitirlo como Obispo en su comunión, perdonándole sus faltas, ó si por el contrario, debería en todo caso ejecutar con rigor la sentencia.

El Papa contestó, que aunque había transcurrido el plazo fijado, se diera aun tiempo á Nestorio para que reflexionara antes de ser depuesto.

XXVIII. San Celestino no pudo asistir al Concilio de Efeso. Sus legados fueron San Cirilo, presidente, los Obispos Arcadio y Praetius,

y el presbítero Felipe. El Papa les dio órdenes para que no permitieran disputas acerca de su sentencia contra Nestorio, sino que la cumplieren en todas sus partes. Así sucedió en efecto. Celebrada la Pascua, los Obispos, sin tardanza, acudieron al llamamiento de la Santa Sede. Se reunieron 200 Prelados en Efeso. Por disposición de San Cirilo la primera sesión se fijó para el día 22 de junio.

Nestorio protestó contra esta fecha, mostrando deseos de que se prolongara la inauguración del Concilio, para dar tiempo á que llegaran todos los Obispos que eran esperados. En esto no podía ser complacido, sin grave daño de 200 Prelados que se hallaban juntos en Efeso. Cada día perdido era un gravísimo daño para ellos. Además nadie ignoraba que las intenciones del heresiarca eran encaminadas á diferir su condenación por todos los medios posibles. Los Padres no hicieron caso de sus protestas y comenzaron las sesiones el día 22, tal cual estaba ordenado.

XXIX. El conde Candidiano, enviado por Teodosio para la conservación del orden, tras pasando sus facultades, por complacer al heresiarca, quiso impedir la reunión de los Padres; pero estos, seguros de que á tanto no alcanzaban las instrucciones del conde, le contestaron con dignidad y sin tener en cuenta su prohibición, inauguraron sus tareas apostólicas.

Enviaron antes de comenzar la sesión dos

citaciones á Nestorio; pero los Obispos que en comision de todos los Padres se acercaron al heresiarca, solo obtuvieron injurias y denuestos.

Se comenzó la sesion leyendo la carta primera de San Cirilo á Nestorio. Al oirla, todos los Padres exclamaron:—Esta es la verdadera fe. Sea escomulgado todo el que no escomulgue á Nestorio.—

Se leyó en seguida la sentencia del Papa San Celestino, y fue escuchada con unánimes aclamaciones. La disposicion de Nestorio fue igualmente aceptada. La suscribieron 188 Obispos. «Doce» únicamente dejaron de firmar la caída de Nestorio.

La sesion duró todo el día, desde la mañana hasta la noche.

El pueblo que estaba agrupado en derredor del templo, esperando la decision del Concilio, al tener noticia de que en él habia sido sancionada la fe católica acerca de la divina maternidad de María, saludó á los Padres con transportes de júbilo y grandes y entusiastas aclamaciones. Las casas de la ciudad se iluminaron repentinamente en señal de regocijo. Los fieles de Efeso no perdonaron medio para mostrar su ardiente devocion á la Virgen Santísima, y su gratitud á los Padres por haber condenado la heregia nestoriana.

XXX. Al día siguiente, 23 de junio, se comunicó á Nestorio la sentencia, y poco des-

pues se publicó en toda la ciudad. El conde Candidiano, militar poco instruido, y adicto al heresiarca, mandó romper los edictos del Concilio y declaró nula por sí y ante sí, la primera sesión. Al propio tiempo escribió al Emperador diciéndole que la condenación de Nestorio se había obtenido por medio de una sedición. Nestorio pidió la protección del Emperador, escribiéndole en el mismo sentido, y añadiendo que se acordase la celebración de otro Concilio «del cual fuesen excluidos todos sus enemigos,» es decir, todos los católicos.

La simple enunciación de su deseo demuestra la perversidad de su doctrina.

XXXI. Después de esto muchos Obispos adictos antes á Nestorio, convencidos de su impiedad, firmaron los decretos del Concilio. Entonces Juan, Obispo de Antioquía, unido á otros 40 Obispos disidentes, por complacer á Crisafio, primer ministro del Emperador, formaron un conciliábulo en la misma ciudad, en el cual dando por pretesto que San Cirilo había infringido las órdenes de Teodosio, condenó á San Cirilo, á San Menon, Obispo de Efeso, y absolvió á Nestorio de la pena que se le había impuesto con tanta razón y justicia.

Los padres de Efeso, después de grandes trabajos y no pocos disgustos, lograron que estos 40 Prelados se unieran al Concilio y firmaran sus decretos y aceptaran la depo-

sición del heresiarca. Con esto se restableció la paz.

XXXII. Pero después de la primera sesión llegaron los legados del Papa que ya hemos nombrado. Se leyó la carta de San Celestino; se aceptó en todas sus partes, y todos los Padres proclamaron de nuevo la fe verdadera de la Iglesia católica, condenando al autor de la escandalosa herejía que los tenía congregados. (Orsi, lib. xxix, n. 42.)

XXXIII. Los Padres escribieron dos cartas sinodales, una al Papa y otra al Emperador, en las cuales daban cuenta minuciosa y exacta de todo lo ocurrido.

Manifestaron que los pelagianos inquietaban de nuevo al Oriente proclamando la necesidad de un nuevo Concilio ecuménico en el cual se examinase otra vez su causa. Reprobaron los Padres de Efeso el símbolo redactado por Teodoro de Masnepta, y prohibieron cualquier otro símbolo que no se conformase con el de Nicea. En el propio Concilio efesino fue condenado el error de los mesalianos y un libro también de ellos, titulado el «Ascético.»

XXXIV. Terminadas sus tareas, los Padres escribieron una carta á Teodosio, rogándole que les concediera el permiso civil para retirarse á sus respectivas Iglesias. Esta carta, como la anterior, no llegó á su destino. Ambas fueron interceptadas por el conde Candidiano, decidido faustor de Nestorio,

En cambio llegaron á Teodosio todas las cartas de los heresiarcas y los enemigos de San Cirilo, por mas que estuviesen llenas de horribles imposturas contra los padres mas respetados en aquella religiosa asamblea.

Irritado entonces Teodosio contra los padres de Efeso, porque nada le decían (lo cual él creía, porque no habían llegado á sus manos las dos cartas que se habían dirigido), dando por otra parte crédito á las falsas noticias que se le habían comunicado, espidió un decreto en el cual declaraba que por haber los padres faltado á sus órdenes, todo lo acordado por ellos se reputaba como nulo y de ningun valor.

Los padres, conociendo entonces lo ocurrido, valiéndose de un católico fiel, vistiéndolo con hábitos de pobre peregrino, hicieron llegar al Emperador dentro de una caña que en forma de baston llevaba el peregrino, copias de las dos cartas que antes le habían dirigido. También enviaron cartas á otras personas respetabilísimas de Constantinopla. Merced á este recurso, Teodosio anuló su primer decreto, y permitió á los padres que volvieran á sus iglesias. Respecto á la cuestion entre San Cirilo y Juan, Obispo de Antioquia, mandó el Emperador que los Obispos de una y otra parte, comparesiesen ante él para escuchar sus razones y pronunciar sentencia despues de oírlos. Horrible instruccion que jamás será bastante deplorada.

XXXV. Levantóse por este tiempo otra inesperada tempestad. El conde Ireneo, también enemigo de los católicos, dijo á Teodosio que tan poco ortodoxo era Nestorio como San Cirilo y San Menon. El Emperador, creyendo en la palabra de su general, hizo encerrar en una cárcel al heresiarca y á los dos santos Prelados. Por fortuna mas tarde, convencido de la falsedad de los informes que le habían dado, puso en libertad á los Obispos católicos, y envió á Nestorio á un destierro, en el cual murió con la lengua corroida por un cáncer. *Per quæ quis peccat, per hæc et torquetur.* (Baron., *Anales*, año 520, n. 67.)

XXXVII. Los partidarios de Nestorio, viendo que su jefe era odiado como herege en todo el mundo, apelaron al recurso, para defenderle, de decir en todas partes que Nestorio no se había separado en nada de la doctrina antigua; que él enseñaba lo que antes habían sostenido escritores muy respetados en la Iglesia.

San Cirilo y otros Obispos católicos demostraron en libros escritos al intento, con cuánta falsedad y cuán insigne mala fé se esparcian estos absurdos rumores.

XXXVIII. Iba y Teodoro, despues de retractar sus errores y suscribir la condenacion de Nestorio, fueron absueltos y repuestos en sus Sillas. De aquí tomaron pretesto los nestorianos para decir, ocultando la retractación, y solo fijándose en la absolucion, que su doctri-

na había sido aprobada en el Concilio de Calcedonia. Teodoro, Obispo de Cesárea, conociendo bien el artificio maligno de estos herejarcas, los refutó, y logró que ambos, y además Teodoro de Mosuepta, fuesen condenados en lo civil por el Emperador Justiniano, y en lo religioso, en lo eclesiástico, por el Papa Virgilio. Esto es lo que tan triste celebridad adquirió en la historia con el nombre de *Heregía de los TRES CAPÍTULOS*.

XXXIX. En España hubo dos hereges que adquirieron muy funesta celebridad. Era uno Félix, Obispo de Urgel, y otro Elipando, Arzobispo de Toledo. Sostenían que Jesus solo era hijo nuncupativo de Dios. Sus errores fueron refutados por Paulino, Patriarca de Aquileya, Beato, sacerdote y monge asturiano, Eterio, Obispo de Osma, y el célebre Alcuino, quien escribió ocho libros, cuatro contra Elipando y cuatro contra Félix.

Esta heregía fue condenada en los Concilios de Narbona, año 788; Ratisbona, en 792; Francfort, en 794, y dos veces mas en Roma en los Pontificados de Adriano y Leon III.

Félix abjuró en el Concilio de Ratisbona; pero despues volvió á su impia doctrina. En el año 799, en el Concilio de Aquisgram, convencido por Alcuino, abjuró nuevamente su error, y se reconcilió con la Iglesia. Esto no obstante, algunos escritos suyos que se hallaron despues de su muerte, llenan de dudas bas-

tante fundadas por desgracia, la sinceridad de su segunda retractacion.

Elipando no fue, por fortuna, tan obstinado. Despues de haber estado mucho tiempo apartado de la verdad, se reconcilió con la Iglesia, y lleno de humildad y fé, murió como un verdadero católico, proclamando la divinidad de nuestro adorable Redentor Jesucristo.

XL. En la heregia de Nestorio hay una cosa bastante estraña. Calvino y Basnage, uno fundador de una secta protestante, enemigo encarnizado del catolicismo el otro, tomaron bajo su proteccion á Nestorio, y se empeñaron en demostrar que no era herege, que fue injustamente anatematizado, que, por el contrario, ~~deberian~~ ^{deberian} haber experimentado, como eutiquianos, los rigores de la autoridad eclesiástica todos los Padres del Concilio de Efeso, San Cirilo, San Gregorio el Taumaturgo, San Dionisio de Alejandria, San Atanasio, San Juan Crisóstomo, San Hilario, etc., etc. Esto es bastante singular. ¡Nestorio no fue herege! En cambio lo fueron todos los santos de su siglo. ¡Así hablan los protestantes!...

XLI. Deben aquí examinarse los argumentos que presenta Basnage contra el Concilio de Efeso. Este Concilio, dice, no fue ecuménico, porque no tuvo la aprobacion del Papa, ni esperó la venida de todos los Obispos del Oriente.—

Esta objecion abraza dos puntos, por fortuna falsísimos ambos. No es cierto que el

Concilio de Efeso no tuviese en su favor la aprobacion del Papa. San Cirilo lo inauguró como primer legado de la Santa Sede, y pasadas pocas sesiones, llegaron los otros legados, quienes despues de ocupar el lugar correspondiente, aprobaron todo lo acordado.

Es falso que no esperaran los Padres la llegada de los Obispos orientales. La primera sesion se fijó para el dia 22 de junio, y en dicho dia se celebró, no obstante las infundadas protestas de Nestorio, con mas que suficiente número de Obispos. Aunque al principio se separaron 89 Obispos, inclinados á Nestorio, mas tarde, poco á poco, fueron conociendo y confesando su error, hasta que por último, todos suscribieron la condenacion de Nestorio.

XLII. Basnage, como protestante interpreta la historia, segun su juicio privado, es decir, segun su capricho. Porque le conviene dice que Nestorio no erró acerca de la persona de Jesucristo, y dice que su doctrina no fue comprendida por San Cirilo, ni por ninguno de sus impugnadores contemporáneos. Esta objecion es ridícula. Si interpretaban tan mal su doctrina, ¿por qué no protestaba Nestorio? ¿Por qué no confesaba la divina maternidad de Maria? ¿Por qué hasta los fieles se escandalizaban cuando lo oían predicar?

XLIII. Suponia Nestorio que ninguna naturaleza puede existir sin su propia subsistencia. Por esto cata en el error de admitir dos

personas en Jesucristo.—El dogma y la verdad es que hay en Jesus dos naturalezas y una sola persona.—

Afirmaba que la union entre la divina y humana naturaleza, lejos de ser personal, hipostática, debía considerarse como union de proximidad ó de habitacion.

Nestorio no podia comprender cómo María Santísima madre de lo carnal, podía apellidarse y serlo en realidad, madre de Dios. Para refutar esta observacion, basta considerar una cosa tan general como sencilla.

En todo hombre hay el cuerpo que por la generacion emana de los padres, y alma, espíritu, que Dios crea, que Dios infunde, en cuya creacion no tienen parte ninguna los padres naturales. Ahora bien: ¿Ha dicho alguien jamás que un padre solo es padre del cuerpo de su hijo? Y si los padres son y se llaman padres de todo el hijo, del cuerpo que han formado y del espíritu en cuya creacion no han tenido parte, ¿por qué la Virgen Santísima no ha de ser Madre de todo Jesus, de lo humano, de lo carnal que milagrosamente se ha formado en su vientre, y de lo divino, de lo eterno que por la infinita misericordia de Dios, para bien del linage humano, se había unido hipostáticamente á Jesus en las entrañas purísimas de María?

Esto es evidente.

ARTICULO IV.

- Eutiques, XLIV. — San Flaviano, XLV. — Su Sínodo, XLVI. — Confesion de Eutiques en el Sínodo, XLVII. — Sentencia del Sínodo contra Eutiques, XLVIII. — Quejas de Eutiques, XLIX. — Sus cartas á San Pedro Crisólogo y San Leon, Papa, L. — Cualidad de Dióscoro, LI. — Conciliábulo de Efeso, LII y LIII. — Deposition de San Flaviano y Eusebio de Dorilea. — Teodoro de Mosnepta, LIV y LV. — Muerte de San Flaviano, LVI. — Carácter de Teodoreto, LVII. — Escritos de Teodoreto contra San Cirilo, LVIII y LIX. — Dióscoro escomulga á San Leon, LX. — Teodosio aprueba el Conciliábulo. Su muerte. Entran á reinar Santa Pulqueria y Marciano, LXI.

XLIV. La heregia de Eutiques nació en el año 448. Fue este herege monge, sacerdote y abad de un monasterio en el cual ejercia jurisdiccion sobre trescientos monges. Habia combatido fuertemente contra Nestorio, su Arzobispo, y lo habia acusado en el Concilio de Efeso, al cual concurrió para dar testimonio de la heregia y confundir al heresiarca. Los partidarios de San Cirilo contaban á Eutiques entre los mas celosos defensores de la fé.

San Leon recibió una carta de Eutiques contra el nestorianismo, y contestándole á esta carta el Santo Pontífice, creyéndolo católico, lo alaba por su celo y lo exhorta á que continúe luchando contra los errores de Nestorio.

Eusebio, Obispo de Dorilea en la Frigia,

fue otro de los mas notables impugnadores del nestorianismo. Siendo todavía seglar, el año 429, tuvo el valor necesario para reprender á Nestorio en público por sus blasfemias, como ya hemos indicado en el núm. XX del artículo anterior.

La lucha en favor de la fé unió á estos dos valientes polemistas; pero pasando Eutiques mas allá de los justos límites, Eusebio se apartó de él, y con pena, se vió en la necesidad de dirigirle fuertísimos ataques.

Antes que por nadie, Eutiques fue acusado ante el Emperador por los Obispos del Oriente; pero el diestro heresiarca supo frustrar la acusacion diciendo al monarca que los que no inspiraban confianza en la fé, eran sus acusadores.

Las cosas no fueron tan prósperas para Eutiques, cuando se presentó en la lid su antiguo amigo Eusebio de Dorílea. Este, despues de haberlo amonestado muchas veces y con suma caridad en secreto, viendo que no le era posible convencerlo con privadas advertencias, se creyó obligado á manifestar su error á San Flaviano, Patriarca de Constantinopla. (Orsi, libro xxxii, n. 16.)

XLV. Peligrosa era la acusacion de Eutiques. Era este un anciano abad, tan respetable por su ciencia, como por la fama de su virtud. Habia impugnado á Nestorio, habia estado unido á San Dalmacio para defender el Concilio de Efeso; era amigo y padrino de Crisafio,

ministro del Emperador; vivia, en fin, en grande intimidad con Dióscoro, Obispo de Alejandria, quien poco antes se uniera con él para rechazar á los Obispos del Oriente. Pero aunque Eutiques era tan sábio, tan anciano y tan respetable, cuando el hombre cae en el error, aunque se ame su persona, sus errores no pueden aceptarse. Por esto Eusebio de Dorilea no se detuvo ante ningun linage de consideraciones, é hizo bien, y por ello ha sido y será su nombre siempre elogiado en la Iglesia. Lo primero es defender ante todo la doctrina de la Iglesia.

San Flaviano aunque con pesar profundo, se vió obligado á escuchar las fundadas quejas de Dorilea contra Eutiques.

XLVI. San Flaviano celebró por aquel tiempo un Concilio, con el objeto de resolver una cuestion grave que existia entre Florencio de Sardi, metropolitano de la Lidia, y dos Obispos de la misma provincia. Terminado el juicio sobre aquella causa, se levantó Eusebio de Dorilea y pidió que Eutiques fuese citado como herege al Concilio. San Flaviano, lleno de prudencia, queria recurrir nuevamente á la influencia privada; pero Eusebio insistió con laudable tenacidad, sosteniendo que los medios secretos eran inútiles; que el mal existia; que Eutiques no se enmendaba; que con su error iba infestando muchos espíritus; que, en fin, era indispensable pensar en su condenación.

Convino en todo el Concilio. Eutiques fue citado para la segunda sesion. No compareció. Se le volvió á citar para la tercera. Tampoco acudió esta vez al llamamiento del Concilio, escusándose con decir que era anciano, que jamás había salido de su monasterio, que por añadidura, á la sazón se hallaba enfermo. Está visto. El árbol ladeado, cuando es viejo no puede enderezarse sin gran violencia. La debilidad de los años aumentaba la tenacidad y obstinacion de Eutiques. Muy denodado para esparcir el error, creyéndose robusto para hacer el mal, cuando se trataba de practicar el bien, de mostrarse obediente y humilde, presenta ridículas excusas, encaminadas á lograr la impunidad de sus crímenes, eludiendo la condenacion de la Iglesia.

XLVII. Al fin de la sétima sesion Eutiques, forzado por tantas intimaciones, se presentó en el Concilio. ¿Pero cómo? Se presentó acompañado de una tumultuosa turba de soldados, oficiales del prefecto del pretorio, y monges estraviados, quienes con forma irreverente, declararon que no dejarían entrar á Eutiques en el Concilio, si antes los Padres no les prometían dejarlo en libertad. ¡Véase á lo que se reducía la virtud del anciano abad! (Fleury, lib. xxvii, n. 28.)

Entró por fin Eutiques en el Concilio; Eusebio le acusó pública y solemnemente; el herege no pudo defenderse; dijo que no había ido.

para disputar, sino para dar cuenta de su fé, y que en cuanto á esto no podía hacerlo de ninguna manera mejor que poniendo en manos de los Padres un libro en el cual había consignado sus creencias.

Quedó probado hasta la evidensia que Eutiques era un verdadero herege; que admitia en Jesucristo dos naturalezas antes de la Encarnacion, y solo una despues de haber tomado la carne humana.

XLVIII. Eutiques fue condenado como herege. Los Padres del Concilio firmaron todos su condenacion. Pero el heregiarca al oirla leer dijo en voz baja á algunos Padres que le rodeaban: apelo al Papa, y los Obispos de Alejandria, Jerusalem y Tesalónica. Esto, que no es ni puede ser como una apelacion considerada, sirvió despues á Eutiques, como pretesto, para decir que habia presentado su apelacion ante el Papa, á quien escribió una carta dándole cuenta de lo ocurrido con este motivo.

XLIX. San Flaviano publicó la condenacion de Eutiques, con el fin de que los fieles conocieran su error y se librasen de sus malas artes. Eutiques se irritó por esto terriblemente contra el Santo Patriarca de Constantinopla. Los ancianos cuando prevarican, no admiten la contradiccion.

Puso Eutiques una protesta en las calles de Constantinopla, como una proclama incendiaria, contra lo decretado en el Concilio. Sus

monges, depravados por la heregia de su maestro, llenos de soberbia, resistieron y rechazaron la sentencia del Sínodo provincial. El mismo Eutiques se quejaba contra San Flaviano, porque había hecho circular por los monasterios su condenación, reprobando esto como una novedad, no teniendo en cuenta, que también era novedad y grande y espantosa, el ver á un anciano abad propalando con tenacidad diabólica una doctrina perniciosa para las almas.

L. Eutiques queriendo hallar cómplices, dirigió una carta artificiosa y malignamente escrita, á San Pedro Chrisólogo, Obispo de Rávena, en la cual se quejaba de la conducta observada contra él por San Flaviano. Grande era por cierto la actividad que tenía para todo lo malo este anciano corrompido; pero San Pedro Chrisólogo era justo, poseía la verdadera prudencia, y le contestó en una carta, que servirá siempre de modelo para rechazar esta y todas las insidiosas quejas. San Pedro le dijo: «No puedo juzgar en esta causa, porque solo conozco lo que me dice una parte, y aun no sé lo que me dirá San Flaviano. Entre tanto para no errar, hay una regla infalible, que consiste en someterse humildemente á las decisiones de la Santa Sede.»

Magnífica contestacion. Ella sola revela cuán sólida era la virtud de este santo Obispo italiano.

Eutiques escribió otra carta á San Leon en

la cual intentaba tambien sorprender al Papa. El Vicario de Jesucristo escribió á San Flaviano pidiéndole informes estensos y exactos de todo lo ocurrido. Los recibió y con ellos la conviccion mas profunda de que Eutiques era un hombre tan temible por sus malas ideas como justo queria pintarse con sus artificiosas palabras.

En abril del año 449 por complacer al Emperador, se celebró otro Concilio provincial en Constantinopla. En él espuso San Flaviano con toda claridad su fé contraria á Eutiques y á Nestorio, y conformes en todo con la doctrina de la Iglesia. En este Sínodo nada por otra parte se acordó acerca de la cuestion que entonces agitaba al Oriente. (Fleury, lib. 27, n. 31.)

LI. A ruegos de Eutiques y del ministro Crisafio, Dióscoro, Patriarca de Alejandria, escribió al Emperador, persuadiéndole á que convocara un Concilio general, en el cual se examinase de nuevo la causa de Eutiques. Logró por desgracia su intento; pero antes de pasar á otro punto, necesitamos decir aquí alguna cosa acerca del carácter de Dióscoro.

Ocultaba en un principio su iniquidad bajo la apariéncia de algunas virtudes puramente exteriores. Apoyado por su ambicion y su hipocresía, solo por fines mundanos, subió á la Silla patriarcal de Alejandria. Su ambicion insaciable, su satánica codicia le arrastraron á

crímenes que no pueden ni aun recordarse. Trató al Egipto, como un procónsul despiadado.

Su impureza, llevada hasta el cinismo mas repugnante, lo convirtió en escándalo de los fieles.

Su falta de fé y caridad, por último, le hacia insultar la memoria bendita de San Círillo, reprobar todas sus obras, maldecir á todos sus amigos, y tornarse en perseguidor de la Iglesia.

Dióscoro tiene sobre su conciencia robos, incendios y numerosos homicidios. En la misma Convencion ó en el Parlamento de Isabel de Inglaterra hubiera figurado sin duda Dióscoro, por su maldad, entre los mas temidos por su malicia. Para saber lo que era Dióscoro, puede ser consultado Baronio en sus *Anales*, año 444, n. 33.

LII. Teodosio, por sí y ante sí convocó en Efeso un Concilio que debía comenzar sus sesiones el día 1.º de agosto del año 449. Despues se reunió el día 8, siete días despues del señalado en el edicto de convocacion.

Por decreto del Emperador seglar, en una asamblea religiosa, eclesiástica, fue nombrado presidente el Patriarca Dióscoro. Basta tener esto en cuenta para inferir lo que sería este sacrilego Conciliábulo.

Los historiadores llaman á este Concilio el *latrocinio* ó el *asesinato* de Efeso. Con es-

te nombre le describen exactamente. En él no se discutió nada; se condenó al justo, se absolvió al malo, y solo hubo vítores para la iniquidad.

Dióscoro, entregándose á su natural ferocidad, apoyándose en las fuerzas del Emperador, trató con horrible violencia á los Obispos católicos y á los mismos legados del Papa San Leon, quienes, no pudiendo ocupar el primer puesto que por derecho les correspondía, se colocaron en el último lugar, protestando contra la temeraria y sacrilega usurpacion de Dióscoro.

No quiso este que se leyera la carta sinódica de San Leon, ni dejó libertad á los Padres para que estos examinasen los puntos importantes que naturalmente debían someterse á la deliberacion del Concilio.

LIII. Eutiques entró en el Sínodo y empezó á justificarse, esponiendo sus doctrinas de una manera capciosa y mal intencionada. Fue interpelado por los Padres para que diera esplicaciones acerca de varios puntos muy sustanciales y no pudieron conseguirlo. Eutiques hablaba de todo menos de lo que necesitaba hablar. San Flaviano pidió que se permitiera hablar á Eusebio de Dorílea, adversario y constante impugnador del heresiarca. No lo consiguió. Estaba acordado que solo hablara, para que venciera, Eutiques. El mismo San Flaviano se vió obligado á callar por fuerza. (Orsi, libro xxxii, n. 53.)

LIV. Se leyeron varias cartas de San Cirilo, en las cuales se pretendía encontrar por medio de supresiones malignas y sacrílegas interpretaciones, la doctrina de Eutiques. Nadie pudo protestar contra esta horrible profanación. En aquella asamblea dominaba la maldad, auxiliada por el sacrilegio, la violencia y el terror. Eusebio de Dorilea fue condenado. Por adular á Dióscoro muchos, pidieron que fuese quemado vivo. Eutiques fue absuelto; su doctrina impía fue aprobada, y los monges escomulgados por San Flaviano, admitidos como buenos católicos, á la comunión de los fieles.

LV. Dióscoro además pretendió vengarse de San Flaviano y de Eusebio de Dorilea. Al instante hizo leer el decreto del Sínodo anterior de Efeso en el cual bajo la pena de deposición se prohibió aceptar ningún símbolo distinto del de Nicea. Dióscoro quiso probar que San Flaviano y Eusebio profesaban ó tenían otro símbolo, y como la violencia estaba de su parte, no le fue difícil realizar sus deseos.

San Flaviano no pudo defenderse. No le fue permitido. Quiso protestar y sus protestas fueron rechazadas.

Antes de la votación, Dióscoro hizo que una furibunda soldadesca redease el lugar de las sesiones, amenazando con horrible gritería forzar las puertas, penetrar en su recinto y despedazar á los Obispos católicos.

Fácil es comprender cuál sería la confusión

á que esto diera lugar y cómo y con qué libertad se realizaria la votacion. Dióscoro se mostraba tranquilo. Conocia el secreto de tanta y tan sacrílega iniquidad. (Orsi, lib. 33, n. 59 y 60.)

LVI. Irritado Dióscoro contra San Flaviano, por su apelacion, no solo lo depuso y lo condenó á destierro, sino que convirtiéndose en verdugo, se arrojó sobre él dándole tan horribles golpes en la cabeza y en el estómago, que tres dias despues murió víctima de la furia de aquel monstruo. En el Concilio de Calcedonia fue proclamado como mártir San Flaviano.

Eusebio de Dorilea se salvó por no haber sido admitido en el Concilio. Se le condenó á destierro y deposicion, pero él tuvo ocasion de evadirse, se refugió en Roma, y allí vivió protegido por San Leon, hasta que pudo tranquilamente volver al Oriente para la celebracion del Concilio de Calcedonia.

Dióscoro condenó á muchos otros Obispos, á todos los que no se hacian cómplices de sus maldades.

LVII. Teodoreto, Obispo de Ciro, fue hombre de noble alcurnia, gran virtud y mucho ingenio. A no ser, dice el Cardenal Orsi, por sus extravíos, algo censurables, en la cuestion con San Cirilo, seria contado con gloria entre los mas notables Padres de la Iglesia.

Teodoreto era monge. Trabajó mucho contra los hereges y en defensa de la fé. Por la

Fama de su santidad y el prestigio de su saber fue estraido casi con violencia del monasterio y elevado á la Silla de Ciró, entonces ciudad importantísima que comprendia 800 iglesias.

Teodoreto por no abandonar la soledad del claustro, rehusó primero con obstinacion el cayado pastoral; pero lo aceptó mas tarde con la resolucion firmísima de sostener la causa santa del catolicismo.

LVIII. Teodoreto, intentando refutar los *anatematismos* de San Cirilo, aunque sin faltar al dogma, parecia como que se inclinaba á los errores de Nestorio.

El mismo San Cirilo lo escusa, y dice que no debe ser comprendido en la condenacion de Nestorio. Teodoreto, por otra parte, escribió al *heresiarca* recomendándole que no turbase la Iglesia con su nueva doctrina.

Más tarde, conociendo bien la pura doctrina de San Cirilo, Teodoreto le escribió una carta en la cual reconocia y confesaba con júbilo la misma fé.

LIX. Teodoreto escribió un libro contra los eutiquianos. Por esto el Emperador lo desterró á su diócesis. Mas tarde fue depuesto por el vengativo Dióscoro en el Conciliábulo de Efeso. Teodoreto apeló á San Leon, y despues se retiró lleno de abnegacion á su antiguo monasterio cerca de Apamea.

Marciano lo llamó del destierro, y San Leon lo declaró inocente y lo repuso en su Si-

IIa. En el Concilio de Calcedonia, despues de haber profesado la fé católica, fue admitido por todos los Padres con grande júbilo en el seno de la Iglesia. Se olvidaron por completo las manchas que habian caido sobre él cuando hizo la oposicion á San Cirilo, en los principios de la cuestion nestoriana. Se cree que Teodoro vivió hasta el 458 de la Era cristiana, y que en los últimos años de su vida compuso su tratado sobre *Las fábulas heréticas*.

LX. Volvamos al Conciliábulo de Efeso. Los pocos Obispos que tuvieron valor para negarse á firmar la sacrílega venganza de Dióscoro, todos fueron desterrados. Hilario, legado de la Santa Sede, que tambien protestó contra Dióscoro, fue muy maltratado. Dióscoro se retiró á Alejandría, donde lleno de insolente jactancia, se gloriaba de haber impuesto su voluntad y sus caprichos á toda la Iglesia. Hasta tuvo valor para escomulgar y deponer al Papa San Leon, y hacer firmar por diez pobres y débiles Obispos de Egipto, esta ridícula condenacion. Un abismo lleva á otro abismo, y cuando se entra en esta pendiente, se llega á la perdicion.

LXI. El Papa San Leon escribió al Emperador Teodosio, llamándole la atencion sobre los males que Dióscoro causaba á la Iglesia; pero Teodosio, seducido por las adulaciones de sus cortesanos, y las lisonjas vergonzosas de Dióscoro, se desentendió de las quejas del Pa-

pa, volvió á Eutiques todos sus honores, condenó la memoria del mártir San Flaviano y aprobó todo lo acordado, todo lo suscrito por sacrílega violencia en el *latrocinio* de Efeso.

El Emperador, ciego por su mania de reformar la Iglesia, escribió una carta al Papa, en la cual, por mera fórmula, le dice que todo lo decretado en Efeso era conforme con las leyes de la justicia. ¡Desgraciado imperante! Cuando la mano civil toca al incensario, se abrasa.

Teodosio murió poco despues, el año 450, á los 59 de su edad. Se arrepintió de haber favorecido á Eutiques poco ántes de su muerte.

Como Teodosio no dejaba hijos, le sucedió en el trono su hermana Santa Pulqueria, quien se unió con lazo matrimonial á Marciano, soldado valiente y Senador lleno de sabiduría y prudencia. Estos nuevos Emperadores repararon en gran parte los escándalos que Teodosio habia permitido en la Iglesia.

PARRAFO II.

—El Concilio de Calcedonia, LXII.—Causa de Dióscoro, LXIII.—Es condenado, LXIV.—Condernacion de Eutiques, LXV.—Privilegio concedido al Patriarca de Constantinopla, LXVI.—No lo admite San Leon, LXVII.—Muerte de Eutiques y Dióscoro, LXVIII.—Teodosio, jefe de los eutiquianos en Jerusalem, LXIX:—Su crueldad, LXX.—Muerte de Marciano y Santa Pulqueria, LXXI.—Timoteo Eluro, Obispo intruso de Alejandría, LXXII.—Martirio del verdadero Obispo San Proterio, LXXIII.—El Emperador Leon, LXXIV.—Deposicion de Eluro, LXXV.—El Emperador Zenon, LXXVI.—San Simon Stilita, LXXVII.—Su feliz muerte, LXXVIII.—Pedro Mongo, Obispo intruso de Alejandría, LXXIX.—

LXII. Marciano fué proclamado Emperador el dia 24 de agosto del año 450. Apenas ocupó el imperio, escribió una carta al Papa San Leon, manifestándole cuánto deploraba los males causados por el gobierno anterior, y cuán grande y cuán positivo era su deseo de repararlos en todo el grado y con toda la brevedad posibles. Al intento rogaba al Papa que se dignara convocar un Concilio ecuménico, y que viniera él mismo á presidirlo, ó que enviara sus legados para que lo presidieran.

Al mismo tiempo escribió tambien al Papa la Emperatriz Santa Pulqueria, diciéndole que los restos mortales de San Flaviano habian sido

ya trasladados con sumo honor á la Iglesia de Constantinopla; que el Patriarca Anatolio había ya suscrito la condenacion de Eutiques; que los Obispos desterrados se hallaban todos en libertad; que, en fin, los nuevos Emperadores habian hecho cuanto en ellos estaba para lograr la paz de la Iglesia. Concluia la santa Emperatriz rogando al Papa que se dignase segundar la idea del Concilio, utilísima en aquellas circunstancias.

San Leon contestó á los Emperadores, que hallándose Atila entonces en la Galia, no podria celebrarse el Concilio, porque muchos Obispos, por temor á tan cruel enemigo, no se atreverian á emprender el viaje. Vencido Atila en los campos catalaunicos, el Papa se dedicó con celo y gran constancia á preparar todo lo indispensable para la celebracion del Concilio general. Envió cuatro legados á Constantinopla. Quería el Emperador que los Padres se reunieran en Nicea; pero mas tarde comprendió que debia tener lugar esta augusta Asamblea en Calcedonia. Celebróse este Concilio el año 451 en la Iglesia de Santa Eufemia, Virgen y mártir. Asistieron unos 600 Obispos á este Concilio.

LXIII. En la primera sesion, el dia 8 de octubre, se examinó la conducta del impío Dióscoro. Tuvo este la audacia necesaria para entrar en el Concilio. Creia que podria aun salir triunfante, porque en su derredor veia mu-

chos de sus antiguos cómplices. ¡Qué error! Ignoraba que los débiles son únicamente partidarios de la violencia. Pascasino se levantó y dijo: «Dióscoro es un criminal; pesan sobre él gravísimas y muy fundadas acusaciones; entre nosotros no puede sentarse como juez; es indispensable que ocupe el lugar que le corresponde como reo.»

Dióscoro no podía ser absuelto; sus crímenes eran tan horribles como evidentes; fue condenado. Sus antiguos cómplices lo abandonaron. Solo quedaron á su lado unos cuantos, pocos en número, Obispos del Egipto. Dióscoro, sin embargo, firme en su soledad, no abandonó la heregia de Eutiques.

Como era de esperar, en esta primera sesion Teodoreto de Ciro y Eusebio de Dorilea, fueron restituidos á sus Sillas; Dióscoro fue depuesto, y la memoria de San Flaviano fue tratada con todo el honor de un confesor de la fé, todo el respeto de un Santo, y toda la admiracion de un mártir. (Orsi, lib. xxxiii, n. 49.)

En esta ocasion la justicia fue cumplida. El reinado de los impios nunca es duradero.

LXIV. En la segunda sesion, el 10 de octubre, se leyeron los símbolos de Nicea y Constantinopla, la epistola de San Leon, las dos célebres cartas de San Cirilo, y al oir su doctrina, todos los padres exclamaron: «Esta es nuestra fé; Pedro ha hablado por la boca de Leon: sea escomulgado quien no crea lo que dice.»

Ensebio de Dórulea quiso que **Dióscoro** fuese citado. Lo fue por tres veces, pero viendo que ya no disponia de la fuerza, quizá su única razón, no quiso asistir. Como rebelde y contumaz fue entonces condenado y depuesto por los legados de la Santa Sede. Todos los Padres firmaron la condenacion.

En esta sesion entraron algunos obstinados monges del partido de **Eutiques**. Pidieron en términos bastante censurables que asistiera **Dióscoro**, amenazando en caso contrario con separarse de la comunión del Sínodo. Se intentó en el principio castigarlos con rigor por su sacrílega temeridad; pero al fin, siendo indulgentes con ellos hasta el esceso, los Padres les dijeron que les concedian treinta dias para que examinasen su conducta y se arrepintieran; que si cumplido este plazo no se enmendaban serian tratados con toda la severidad de las leyes. (Orsi, lib. xxxiii, núm. 59 y 60.)

LXV. Los Obispos firmaron la epístola dogmática de **San Leon, Papa**. **Anatolio, Patriarca de Constantinopla** y algunos otros Obispos, presentaron otra fórmula de fé, que hablaba de las dos naturalezas de Cristo, en términos tan vagos, que no pudo ser admitida por los Padres. En este Concilio, contra todos los hereges, se definió que en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, y una sola persona.

LXVI. Despues de la referida definicion, especialmente en la sesion 16, que fue la última,

se decretaron cosas de suma importancia. En el cánón 28, se concedió á Anatolio, como Patriarca de Constantinopla, el privilegio de ordenar á los metropolitanos del Ponto, del Asia y de la Tracia, quienes antes estaban sometidos al Patriarca de Antioquía. Ya este privilegio se habia concedido antes al Obispo de Constantinopla, en el Concilio de los 150 Obispos, celebrado en la misma ciudad, en tiempo del Emperador Teodosio. Fundábase este privilegio, en que siendo Constantinopla la ciudad imperial, siendo la Roma de Oriente, parecia natural que tuviera sobre sus iglesias el mismo poder que la Roma, la capital del imperio de Occidente. Las mismas razones en que se fundaba el privilegio lo hacian inadmisibile. Era esto suponer que la autoridad eclesiástica iba en cierto modo unida á la autoridad civil, lo cual siempre ha sido y será rechazado como falso y sacrilego en la Iglesia.

Contra este privilegio protestó el legado del Papa Pascasino. (Orsi, lib. xxxiii, n. 78 y 79.)

LXVII. Los Padres escribieron al Papa una carta en la cual le daban cuenta de todo lo acordado y le pedian su aprobacion. Anatolio tambien con mucha anticipacion se dirigió al Papa previniéndole en favor del privilegio concedido al Patriarca constantinopolitano; pero San Leon, aunque tenia grandes deseos de complacer á Marciano y Santa Pulqueria, no consintió en que se derogase lo acordado en

Nicea, y mandó que se tuviese por no concedido el privilegio del cánón 28, quedando, como era justo, en la Silla de Antioquía.

LXVIII. Digamos algo acerca de la muerte de Eutiques y Dióscoro. El año 450 fue Eutiques desterrado por orden del Emperador. En el mismo destierro continuó cometiendo delitos aun mayores que los que habian sido causa de su castigo, y fue necesario enviarlo á un lugar solitario, en el cual murió, de una manera infeliz, sin dar señal ninguna de arrepentimiento.

Dióscoro fue tambien desterrado. Se le señaló un punto de la Patagonia, donde despues de haber escrito algunos malísimos libros en defensa de la heregia eutiquiana, sin dar señales de penitencia, murió el año 454.

Así terminaron su vida estos dos hombres soberbios y turbulentos que por tanto tiempo fueron el terror y el escándalo de la Iglesia. Los dos eran ancianos y con el peso de los años en vez de ablandarse, se endurecía mas y mas cada día su corazon. Vivieron resistiendo al Espíritu Santo con dura cerviz y murieron como gentes de corazon incircunciso. ¡Ojalá sirva de ejemplo esta caída á todos los soberbios!

LXIX. La muerte de estos dos heresiarcas no fue bastante para calmar á las gentes obstinadas que los seguían. Apenas terminado el Concilio calcedonense, en Palestina, muchos

monges estraviados, alzaron la bandera de Eutiques y con ella en la mano dieron muchos dias de luto y lágrimas al catolicismo.

El jefe de estos rebeldes fue un tal Teodosio, que auxiliado por Eudoxia, viuda del difunto Emperador, se grangeó muchos secuaces en el Oriente. Lanzó á Juvenal, Obispo de Jerusalem, de su Silla, y la ocupó, haciéndose nombrar sacrílegamente Obispo. Horrorizan los crímenes que perpetró para mantenerse en la usurpada Silla, impidiendo la vuelta de su legítimo Pastor.

LXX. Teodosio para vivir tranquilo, en pacífica posesion de la usurpada Iglesia, intentó asesinar al legítimo Obispo Juvenal. Al intento se valió de un malvado, asesino por interés, que no pudiendo hundir su puñal en el pecho de Juvenal, por no perder su jornal, el premio de su infame y execrable oficio, dió cruel y bárbaramente la muerte al Santo Obispo de Sicópolis, el mártir Siveriano, cuya memoria celebra la Iglesia el dia 21 de febrero.

Ademas cometió Teodosio cien y cien otros horribles crímenes. Pero tanto y tan monstruoso atentado no podia quedar impugne. El Emperador Marciano, enterado de lo que ocurría, impuso á Teodosio el condigno castigo. Su causa criminal comenzó en los últimos dias del año 451 y concluyó en agosto del 453.

Jerusalen quedó en paz. Juvenal volvió á su

Silla, y el sacrilego usurpador se escondió en los desiertos inhabitados de la Arabia.

LXXI. En este tiempo, por el año 453, murió Santa Pulqueria. Su fiesta se celebra el día 10 de setiembre. San Leon (Epíst. 90), hizo de ella un grandísimo elogio. Lo merecía en verdad.

Su virtud, su prudencia, sus dotes para el gobierno nunca serán bien ponderadas. Con ser mujer, pudo dar lecciones y ejemplos muy útiles á los hombres mas aventajados en el arte de dirigir políticamente los pueblos.

Santa Pulqueria logró con su virtud santificar á sus cortesanos, y con su tacto y esquisita prudencia evitar en lo posible los disturbios de su imperio. Contuvo á los turbulentos here-siarcas; favoreció á los católicos; edificó muchos templos, para rendir culto á Dios, é hizo levantar grandes y numerosos hospitales, para que en ellos fuesen socorridos los pobres.

Santa Pulqueria eligió para esposo á un hombre digno de ella. Con esto solo está hecho su elogio. Marciano murió el año 457. San Leon lo apellida Emperador de santa memoria, y los griegos le veneran como Santo, y celebran su fiesta el día 17 de febrero.

La Iglesia desolada lloró por mucho tiempo la pérdida de estos dos justos y magnánimos Emperadores. Eran fuertes, y con serlo, no pensaron en ponerse en lucha con el Soberano Pontífice. Cuando San Leon reprobó el cá-

non 28 del Concilio calcedonense, relativo á los privilegios del Patriarca de Constantinopla, ellos se humillaron, inclinaron la cabeza, y confesaron que el imperio era para ellos, y que en la Iglesia solo tenia autoridad el VÍcario de Jesucristo.

Ejemplo digno, leccion elocuentísima que deberian imitar todos los malos gobernantes, empeñados por lo general en grangearse con perseguir la Iglesia la celebridad que no saben adquirir administrando bien los pueblos.

LXXII. Otro, entre los mas célebres discipulos de Eutiques, fue Timoteo Eluro, monge y sacerdote de virtud, en la apariencia, pero de corazon depravado en la realidad. Al saber que Dióscoro habia sido depuesto, quiso ocupar la Silla de Alejandría. Fue preferido con razon San Proterio. Lleno entonces de indignacion por lo que creia un desaire, Eluro empezó á declamar de una manera horrible contra el Concilio de Calcedonia. Pudo grangearse el afecto de cuatro ó cinco Obispos y la adhesion de unos cuantos monges, sospechosos en la fé. Apoyado en ellos, se presentó ante el mundo como un sectario ó jefe de secta.

El Emperador Marciano quiso extinguir esta heregía en sus principios, y no pudo conseguirlo. San Proterio reunió un Concilio, y en él fue condenado el heresiarca Pedro de Mongo y los demas Obispos y monges que le seguian.

Muerto Marciano, Eluro volvió por su volun-

tad del destierro, sin esperar á que se derogara el decreto imperial que se lo habia impuesto. Renovó sus quejas y manifestó otra vez deseos de gobernar como Obispo la Iglesia de Alejandría.

En un tumulto, por la fuerza se hizo nombrar Obispo, y persiguió á todos los afectos á San Proterio.

LXXIII. El 19 de marzo del año 457, día en que cayó el Viernes Santo aquel año, los partidarios de Eluro se apoderaron de San Proterio que se hallaba haciendo oracion en la Iglesia, y lo asesinaron de una manera horrible. No contentos con la muerte, colgaron primero su cadáver, para esponerlo á la pública irrisión, y lo arrastraron despues por las calles y plazas, hasta destrozar materialmente todos sus miembros. No satisfechos aun con esto, arrojaron sus despedazados restos á una hoguera, y esparcieron sus cenizas por el aire.

Mostraron los hereges un odio infernal á todo lo que tenia relacion con el santo mártir. Le confiscaron sus bienes, persiguieron á los individuos de su familia, y hasta destruyeron los altares y templos contruidos por él.

Eluro, lleno de osadía, saltando de abismo en abismo, hasta sepultarse en la mas desastrosa muerte, no cesó de mortificar á los fieles. Condenó al Papa San Leon y al Concilio de Calcedonia. Mostraba verdadero horror á todo lo que era católico. ¡Desgraciado! Pretendia

ahogar con nuevos crímenes las protestas y los remordimientos que los crímenes levantaban en su conciencia.

LXXIV. A Marciano sucedió Leon en el imperio el año 459. Fue, como su antecesor, amigo de la Iglesia y perseguidor de los hereges, que perturbaban la sociedad. Leon pidió al Papa el necesario consentimiento para la convocacion de un nuevo Concilio; pero el Soberano Pontífice le demostró que sus deseos no eran convenientes, y desistió de su propósito. El nuevo Concilio se hubiera mirado como una concesion, y á la turbulencia no debe nunca concederse nada.

En el año siguiente volvió á insistir con buena fé el Emperador en la conveniencia del Concilio, no para examinar lo decretado en Calcedonia, sino para convencer á los heresiarcas que con sana intencion sostenian el error de Eutiques. El Papa, conociendo cuán buenos deseos animaban á Leon, le mandó sus legados, pero advirtiéndole que procediera con mucho juicio y suma desconfianza, porque los clamores para el Concilio en los hereges mas bien que deseos de paz, eran pretestos de guerra.

LXXV. Por orden del Emperador, Eluro fue enviado al Cherconeso á perpétuo destierro; pero el herege, recurriendo á la perfidia y la hipocresia, medios tan propios de los que no tienen fé, aparentó haberse convertido, hizo una profesion de fé católica, y como hu-

milde católico, pidió que se le colocara pacíficamente en la Silla de Alejandría. Vaciló el Emperador; pero el Papa, conociendo bien al heresiarca, se opuso con todas sus fuerzas al logro de sus deseos, diciendo que aun suponiendo sincera su conversión, sus crímenes le hacían indigno de entrar como Obispo en la Iglesia católica, quien cuando mas, como humilde penitente podia ser admitido en el último lugar.

Eluro entonces fue arrojado de Alejandría y para llenar la vacante Silla, se nombró canónicamente á Timoteo Salofacialo, varon de buenas costumbres, sólida piedad y santo celo por el esplendor de la Iglesia.

LXXVI. El año 474 murió el Emperador Leon. Le sucedió su sobrino, llamado Leon el jóven. Murió este un año despues, y ocupó el trono su padre Zenon. Basilisco, general de los romanos, usurpó el trono á Zenon y se declaró Emperador. Era este arriano y mandó que se pusiera en libertad á Eluro y volviera á gobernar la Iglesia de Alejandría. Basilisco perdió el imperio y sus impíos decretos no pudieron cumplirse. El mismo Eluro desesperado al ver que habia caido del solio su protector, temiendo con justicia ser nuevamente enviado al destierro, con un veneno se dió la muerte. Sus partidarios dicen que predijo el fin de sus dias. No es extraño. Los suicidas en este punto pueden ser muy seguros profetas. Como está en sus manos el perpretar el crimen que da

la muerte, tambien está en su lengua el señalar el dia que pone término á su vida.

LXXVII. El año 459 murió San Simon Stilita. La vida de este Santo solitario es tan notable, ha llamado tanto la atencion del mundo, que no es posible dejar de decir aquí algo acerca de ella.

Nació San Simon en Sisar, pequeña poblacion de la frontera de Siria. Tenia 13 años; ocupándose en apacentar los ganados de su padre, dejó aquel género de vida para consagrarse á Dios con todas las fuerzas de su alma. Entró en muchos monasterios; pero no le satisfacian las penitencias que se hacian en ellos. Estaba llamado por Dios para una cosa mucho más grande, para un género de mortificacion que fuese el asombro del mundo. Levantó una columna de 40 codos de altura, en cuya cúspide, que era sumamente estrecha, con sumo trabajo pasaba la vida. Comia una sola vez en la semana; hacia muchas y horribles cuaresmas en el año; hacia diariamente mas de mil inclinaciones de lo alto de la columna, hasta unir la cabeza con los pies. Estos trabajos le ocasionaron el rompimiento ó dislocacion de algunas vértebras y una profunda llaga en el vientre. Como permanecia casi desnudo sobre la columna, en todo el paso del calor, los mosquitos y cien otros insectos lo atormentaban hasta un punto que ni aun imaginarse puede sin enternecimiento.

Para probar su virtud, algunos monges le mandaron que bajara de la columna en virtud de santa obediencia. Apenas oyó esta palabra, sin detenerse un solo instante, bajó de aquel lugar de suplicio para cumplir el precepto de sus superiores. Viendo estos, pues, con este rasgo de obediencia que no habia vanidad en aquella vida de mortificacion, le dijeron que podia volver á la columna. Lo hizo al momento. Las penitencias de este hombre extraordinario asombraron á las gentes. De todas partes acudian viajeros solo para contemplar aquel verdadero prodigio de paciencia y mortificacion.

Muchísimos pecadores al verlo, abandonaron sus crímenes, y no pocos heresiarcas abrieron los ojos á la luz, pasmados ante un ejemplo tan perfecto de humildad y abnegacion cristiana.

LXXVIII. La muerte de este santo solitario fue tambien extraordinaria. Tuvo lugar el dia 2 de setiembre del año 459. Su postrera enfermedad duró cinco dias. En el último se hallaba rodeado de un inmenso gentío, agrupado en sus cercanías. Llegada la hora, encomendó á Dios el Santo á todos sus discípulos, hizo tres genuflexiones, levantó tres veces la cabeza al cielo, bendijo á los circunstantes, y mirando de nuevo al cielo y dándose tres golpes de pecho, inclinó la cabeza sobre el hombro de un discípulo, y dejando el cuerpo en la tierra, entregó su alma bendita al Criador.

Su cadáver fue trasladado á Antioquia. Fue llevado en hombros de Obispos y sacerdotes, no obstante las cuatro millas que separaba la ciudad del lugar de su muerte.

Esto prueba cuál era la devoción que todo el mundo tenía al Santo penitente.

LXXIX. Volvamos á los eutiquianos. Muerto el impío Eluro, los hereges nombraron para sucederle en la Silla de Alejandría, al no menos impío Pedro Monge. El Emperador se opuso, porque aun vivía el Prelado legítimo Timoteo Salofacialo. Muerto este fue canónicamente nombrado para que le sucediera, Juan Talaia. Acaso, Obispo de Constantinopla, era su enemigo y logró que el Emperador también le fuera. El Papa defendió sus derechos, y esto dió margen á una sacrilega resistencia de parte del Emperador Zenon, que nunca será bastante deplorado.

PARAFO III.

—Zenon. Su *Henoticon*, LXXX.—Pedro Monge escomulgado á San Leon, LXXXI.—Pedro Fulon en Antioquia, LXXXII.—Fulon y su muerte, LXXXIII.—Acacio, Patriarca de Constantinopla, muere escomulgado, LXXXIV.

LXXX. Acasio auxiliado por Pedro Monge, indujo al Emperador Zenon á que promulgara su célebre edicto denominado *Henoticon*, en el cual bajo el pretexto de formar un símbolo de

union, se arregló una proclama favorable á la heregia y muy dañosa al catolicismo. Consistia principalmente en exigir como condicion para la paz que solo se admitiesen las disposiciones del primer Concilio de Nicea, y los *Anatematismos* de San Cirilo, rechazando todo lo acordado y definido en Calcedonia contra Eutiques, y Zenon, heresiarcas de ideas enteramente opuestas á las de Nestorio. Porque se condene á los que admiten dos personas en Jesucristo, no es posible dejar de condenar á los que solo admiten una sola naturaleza.

LXXXI. Pedro Mongo volvió á la Silla de Alejandria. Aceptó el *Henoticon* del Emperador Zenon y le hizo aceptar en su diócesis. Lo leyó pública y solemnemente en el púlpito. Borró en los parages públicos los nombres de San Proterio y Salofacialo, y puso en su lugar los de Dióscoro y Eluro. Esto equivalia á decir que los hereges habian sido Obispos y los católicos no. Era una especie de excomunion que traspasaba los umbrales de la muerte. Los hereges, que tanto hablan contra lo que apellidan intolerancia de la Iglesia, son muy inclinados á este linage de castigos *póstumos*.

Pedro Mongo, no satisfecho con esto, llevó su osadía sacrílega hasta el punto de fulminar anatema contra el Papa San Leon, y condenar el Concilio de Calcedonia. Esta sentencia, aparte su iniquidad, era tan válida como la que pronunciara un juez de primera ins-

tancia contra el tribunal Supremo de Justicia.

Pedro Mongo murió impenitente el año 460.

LXXXII. Por el año 469 apareció otro herejarca que afligió en gran manera la Iglesia de Antioquía.

Llamase Pedro Fulon. Primero fue monge en un monasterio de la Bitinia. Por ser adicto á Eutiques fue privado del ejercicio de las órdenes y lanzado como contumaz del monasterio. Con apariencias de falsa piedad logró captarse la benevolencia de no pocas personas notables, entre ellas la del Emperador Zenón. Con él auxilio de un tumulto causado adrede por sus parciales, logró espulsar de su Iglesia al venerable Obispo de Antioquía. Como era de esperar en un hombre tan ambicioso, él ocupó la Silla vacante contra todas las reglas del derecho canónico. Al recitar el símbolo añadía unas cuantas palabras que contenían toda su herética doctrina. Por fin, conocida su maligna táctica, Fulon fue arrojado por el Emperador de la Iglesia de Antioquía y puesto en su lugar Martir, el legítimo Prelado, quien á su vuelta fue recibido con sumo honor por el clero y por el pueblo.

Mas tarde se renovaron los disturbios, y el legítimo Obispo se retiró voluntariamente de Antioquía, declarando públicamente que conservaba su dignidad, pero que no podía vivir en un pueblo tan sedicioso y con un clero tan poco obediente. La heregia, en efecto, habia produ-

cido en aquella ciudad horribles estragos. Fulon entonces, viendo la Silla vacante la ocupó; y fue reconocido como Patriarca de Antioquía. Poco despues; condenado á destierro Fulon, dejó la Silla patriarcal, y se escondió en un lugar inmediato para no verse obligado á morir en el centro de Egipto.

LXXXIII. El año 476, por tercera vez entró Fulon en la Iglesia de Antioquía, y por tercera vez fue arrojado de ella en el año siguiente. Fue nombrado para ocupar la vacante Silla el Obispo Juan de Apamea. Tres meses despues fue violentamente arrojado de Antioquía. Así estaban las cosas en aquel tiempo. Se eligió para sucederle Estéban, varon lleno de virtud y santo celo. Al año siguiente se levantaron contra él los hereges, lo asesinaron clavándole puntas de cañas en su cuerpo, arrastraron su cadáver por las calles, y lo sepultaron, por último, en las corrientes del Horontes.

Para ocupar la Silla vacante, fue despues nombrado otro Obispo llamado tambien Estévan y Pedro. Fulon fue desterrado al Ponto. Con sus malas artes sedujo á la guardia, y el año 484 volvió á ocupar la Silla de Antioquía.

Los últimos años del siglo v fueron fatales para la heregia. Todos sus jefes y protectores murieron en poquísimo tiempo. Fulon murió el año 488; Acasio el 489. Pedro Mongo el 490 y el 491 el Emperador Zenon.

LXXXIV. Acasio hizo mucho daño á la

Iglesia. Entró en la iglesia de Constantinopla haciendo deponer al santo Obispo San Genadio. Favoreció á los hereges y persiguió á los católicos. Con su proteccion funestísima casi todas las iglesias de Oriente estuvieron ocupadas en su tiempo por Obispos hereges ó fautores de la heregía. Por esto fue, y murió excomulgado.

CAPÍTULO VI.

Heregias del siglo VI.

ARTÍCULO PRIMERO.

—El Emperador Anastasio, I.—Persecucion contra los católicos. Muerte de Anastasio, II.—Los acéfalos y Severo, su jefe, III.—Los jacobitas, IV.—Los Agnoitos, V.—Los Triteistas, VI.—Los corruptibles, VII.—Los incorruptibles, VIII.—Justiniano. Su error, IX.—Hechos de este Emperador, X.—Cuestion y obstinacion de los monges Acematas, XI y XII.

I. A la muerte de Zenon, la Iglesia no pudo disfrutar la paz. A este Emperador sucedió el año 491 Anastasio, encarnizado y cruel perseguidor de los católicos. Este monarca, bueno como hombre privado, cuando subió al trono, manifestó poseer entrañas de hiena. Espidió un decreto que bastó por sí solo para comprender cuál era el deplorable estado de su alma. Para lograr la paz, mandó que todas las cosas quedasen como estaban, sin introducir novedad ninguna en la Iglesia. De modo que donde había una cosa buena, se dejaba, no porque era buena, sino por no renovarla; y donde las cosas iban mal, no se alteraban, porque el malvado Emperador creía que el bien consistía en el reposo absoluto. Siguiendo este principio para conservar la vida, es tan útil permanecer

en una hoguera cuando se cae en ella, como en un delicioso baño, cuando en los días y en las horas de mas calor, se adquiere.

El hombre puede descansar en el bien; en el mal nunca. El hombre que tiene la desgracia de caer en el mal, en el error ó en el crimen, debe hacer todo lo posible por salir de aquel mal estado. I -- II.

II. Eufemio Patriarca de Constantinopla, no creyó nunca en la ortodoxia de Anastasio y se opuso con todas sus fuerzas á su exaltación. No consintió en reconocerlo hasta que el nuevo Emperador le prometió bajo su firma defender el Concilio de Calcedonia. Anastasio lo prometió todo antes de subir y no cumplió nada cuando se halló en la cumbre del poder.

Persiguió á los católicos y depuso al Patriarca Eufemio. Favoreció á los sectarios de Eutiques, sin ser eutiquiano. Anastasio pertenecía á la secta de los *escépticos* que toleraban todas las religiones, menos la católica. En esto los tiempos no han cambiado. Todos los perseguidores con escepcion muy rara, son enemigos de la Iglesia católica que es la verdad, y amigos de todas las falsas sectas que son el error en su teoría y el crimen en la práctica.

Murió Anastasio el año 518, el día 9 de junio, á los 90 de su edad.

III. Las heregias que en el siglo vi infestaron la Iglesia, pueden todas considerarse como ramas de los errores del siglo anterior.

Los mas notables hereges fueron los *acéfalos*, especie de eutiquianos que se apellidaban así, porque habiéndose separado de la Iglesia y no queriendo someterse al herege Mongo, en verdad carecian de jefe ó formaban una sociedad sin cabeza. Se llamaban tambien *Monofictas*, porque solo reconocian una naturaleza en Jesucristo.

El jefe verdadero de estos turbulentos heresiarcas fue un tal Severo, nacido en Sosopolis, en la Pisidia. Profesó el paganismo en sus primeros años. Mas tarde se hizo bautizar; pero tan poco sincera fue su conversion, que á los ocho dias de bautizado salió como incrédulo del gremio de la Iglesia, y se unió, por unirse á alguien, por ser jefe de alguna secta, á los hereges disidentes de Mongo.

Con el auxilio del Emperador, Severo aceptó la ~~Silla~~ patriarcal de Antioquia. Apenas sintió la ~~mitra~~ en sus sienes, el orgullo acabó de cegarlo y pronunció sentencia de condenacion contra el Concilio de Calcedonia y la carta sinódica del Papa San Leon.

IV. Los *acéfalos*, como acontece en todas las heregias, se dividieron en muchas sectas. Los *jacobitas* se llamaron así, porque siguieron á Jacobo, monge de Siria, que en muchas provincias del Oriente propaló la heregia eutiquiana. Los católicos eran entonces llamados por estos heresiarcas *Melchitas* ó regalistas, porque profesaban la Religion verdadera, que

en aquel tiempo profesaba el Emperador. Los *jacobitas* celebraban la Pascua, segun el rito de los judios, y decian que la Cruz no debia ser adorada sin bautizarla antes de la adoracion.

V. Otros *acéfalos* eran conocidos con el nombre de *Agnitos* ó ignorantes, porque daban grandísima importancia á la ignorancia en que vivimos todos del dia en que ocurrirá el juicio final.

VL. Los *triteistas* reconocian por jefe á un tal Philiponos, gramático de Alejandria. Se llamaban así, porque admitian tres naturalezas, y por lo tanto tres dioses en la Santísima Trinidad. Esto equivalia á negar á Dios. Dios, ó es uno é infinito, ó no existe. Ahora bien: la existencia de Dios es metafisicamente necesaria: luego es uno é infinito.

Deorum pluritas est deorum nullitas.

VII. Hubo ademas otras dos sectas enteramente contrarias. La de los *corruptibles*, y la de los *incorruptibles*. Los primeros, discipulos de un tal Teodosio Mongo, se llamaban así, porque decian que Jesus recibió un cuerpo necesariamente *corruptible*, y sujeto á las pasiones del dolor, del hambre y la muerte. La doctrina católica enseña todo lo contrario. El Verbo eterno, al tomar carne humana, se sujetó á la muerte; pero no por necesidad, sino por voluntad. En la mano de Dios está el dar la inmortalidad y la impasibilidad á la humana naturaleza.

VIII. Los *incorruptibles* ó *fantasiastas*, discípulos de Juliano de Halicarnaso, seguían rumbo enteramente opuesto. Sostenían que Jesús no podía tener cuerpo corruptible, porque su carne había descendido del cielo, ó era puramente fantástica.

No es necesario refutar estos errores. Son ficciones de estraviadas fantasías que quieren dar valor real á todo lo que inventan. Son capaces de creer en la existencia de montañas de oro porque en su imaginación las conciben como posibles.

IX. Justiniano cayó en este absurdo error. En su afán de entrometerse en las cosas de la Iglesia, el año 564, con un público edicto quiso establecer la heregía de los incorruptibles. Sus esfuerzos fueron vanos. Las cosas de Dios, solo por Dios son hechas. Lo que Dios decreta, el hombre no puede nunca abolirlo. Justiniano murió el día 13 de noviembre del año 566.

X. Justiniano debe arrancar lágrimas de compasión á todos los católicos. Sin haber sido lo que se llama un herege, habiendo favorecido en algunos casos á la Iglesia, la soberbia, los malos consejos, las personas depravadas que lo rodeaban, le obligaron muchas veces á decretar medidas que perturbaban todo el catolicismo. Su muerte no pudo menos de ser considerada como la muerte de un perseguidor.

XI. Los *acematas* renovaron la heregia de Nestorio y se empeñaron con rara tenacidad en obtener para sus errores la sancion del Papa Hormisda.

Tambien Justiniano quiso dispensar su proteccion á los *acematas*. Cuando los sumos imperantes se meten á reformadores, siempre se colocan al lado de los hereges que sostienen el error contra la Iglesia, que proclama y defiende la verdad.

ARTICULO II.

—Los tres Capítulos, XIII. — Virgilio, XIV y XV. —
—Respuesta á un herege, XVI. —

XIII. En el siglo vi tuvo lugar la célebre controversia de los tres Capítulos. Como ya se ha dicho, por *tres Capítulos* se entienden en la historia, los libros de Teodoro de Mosuepta en los cuales se contenia la heregia de Nestorio; la carta de Iba á Mario de Persia contra San Cirilo, y los escritos por último, de Theodoreto, Obispo de Ciro, encaminados á defender á Nestorio, refutando los *anatemas* de San Cirilo. La controversia á que dieron margen los *tres Capítulos* fue funesta por sus escándalos para la Iglesia. En el año 555 fueron condenados los *tres Capítulos* en el Sínodo quinto general, segundo de Calcedonia.

XIV. Con motivo de los *tres Capítulos* al-

gunos eseritores han querido acusar de inconstancia al Papa Virgilio. Se le atribuyen en este punto muchas, diversas y aun opuestas opiniones. Acerca de esto solo debemos decir tres cosas.

1.^a Que un Papa como doctor privado, como teólogo, como hombre, antes de examinar una cuestion y resolverla, hablando como doctor universal, como infalible, puede tener muchas y hasta encontradas opiniones. El Papa no es infalible cuando, como hombre, habla con sus amigos ó contesta á sus enemigos, sino cuando como jefe de toda la Iglesia, *ex cathedra*, dirige su voz á la Iglesia universal.

2.^a Que Virgilio en esta ocasion, en los cargos que se le dirigen, nunca habló como Papa, sino como hombre, dirigiéndose á personas particulares.

3.^a Que el mismo Pedro de Marca (lib. iii de *Concordia*, cap. xii), con ser tan poco adicto en lo opinable á la Santa Sede, defiende sin embargo en este caso al Papa Virgilio, atribuyendo á sabia prudencia las aparentes variaciones que algunos han mirado como señal de inconstancia.

XV. En la cuestion de los *tres Capítulos*, el Papa no creía necesaria la inmediata condenacion, porque si contenian la heresia de Nestorio, ya estaban condenados por la Iglesia; y si, como decian los partidarios, habian sido aprobados por el Concilio de Calcedonia contra

los eutiquianos, esto merecía examinarse tanto mas, cuanto que el nombrado Concilio, como dice Tournely (*Theol. Comp.*, tomo III, *Append.* á 2, pág. 298) solo es ecuménico, no obstante el escaso número de Obispos que lo compusieron, porque tuvo mas tarde en su favor la aprobacion de la Santa Sede, esto es, del mismo Virgilio, de Pelagio II, de Leon II y otros soberanos Pontífices posteriores.

La conducta de Virgilio puede espresarse con estas pabras: «La cuestion dogmática está ya resuelta. La heregia está condenada. La cuestión histórica, si los *tres Capítulos* fueron aprobados en Calcedonia, es cosa que con detenimiento, como cuestion de un hecho, merecia estudiarse.»

En esto, por nuestra parte, nada hallamos que sea reprehensible.

XVI. Un historiador protestante, Maclaine, quiere poner en contradiccion á los Concilios de Calcedonia y Constantinopla, suponiendo que los *tres Capítulos* fueron aprobados por el primero y condenados por el segundo. La contradiccion solo existe en la mala voluntad del historiador anti-católico. El Concilio de Constantinopla los condenó, es cierto; pero el Calcedonense ni los condenó, ni los aprobó; lo que hizo fue dejar intacta esta cuestion para dias mas tranquilos, porque habiendo ya condenado á Nestorio, estando condenada la heregia y resuelta la cuestion dogmática, no podia urgir

tanto la cuestion de averiguar si el error se hallaba ó no en tales ó cuales libros. Esto está pasando todos los días. Se condena, por ejemplo, el panteismo, y no se nombran siquiera la décima parte de los libros en los cuales se contiene esta absurda negacion de Dios.

XVII. En este mismo Concilio fueron condenados los errores de Orígenes, tan poco dignos por sus extravagancias, de un hombre dotado de tan claro entendimiento. Por respeto á la memoria de tan grande hombre, por la compasion que nos inspira su caída, nos abstenemos de reseñarlos.

No es por otra parte, tarea ni muy útil, porque sus errores no están hoy en boga, ni muy fácil, porque en los libros atribuidos á Orígenes hay muchas cosas, que si bien deben condenarse, porque son malas, no deben ser imputadas á este desgraciado apologista, porque en realidad no son suyas. Tras el nombre de Orígenes, merced á la confusion de los tiempos, se ocultaron no pocos hereges.

CAPITULO VII.

Heregias del siglo VII.

ARTICULO PRIMERO.

Mahoma, I.—El Coran, II.—Sus dogmas, III.

I. Mahoma nació en la Arabia el año 568. Sus padres eran personas notables en aquel pais. Un tio suyo le aplicó al comercio. En sus primeros años fue idólatra. Cuando ya tuvo edad madura, cambió de religion, abandonó el paganismo, y adoptó lo que él llamaba la religion de los profetas, entre los cuales contaba á Jesucristo. Se enlazó con una viuda rica, llamada Cadía. Merced á su dinero y su osadía logró pasar por profeta, y ser venerado por aquellas tribus bárbaras, como jefe de una religion nueva. Mahoma se fingió inspirado por Dios.

Decia cuando le pedian milagros, que su mision no consistia en asombar á las gentes con prodigios, si no en predicar la moral. Esto, no obstante, se jacta de haber hecho uno, bien ridículo por cierto. A su decir, de la luna se desprendió un gran trozo, y él tuvo fuerza bastante para recogerlo en sus manos, y darle el uso que juzgó mas conveniente.

Aunque nadie vió esto ni él da pruebas ningunas de este hecho ridículo, ha sido creído

sin embargo, y por esto los islamistas dan á su imperio el nombre de media-luna. Aunque Mahoma decia que Dios le habia mandado, que á nadie impusiera su religion por la fuerza, esto no impedia que su alfange fuera siempre su principal apóstol. La tolerancia en la boca de los incrédulos, no pasa nunca de ser una palabra puramente teórica, ó de resultados enteramente opuestos á los que anuncia.

II. Mahoma compuso el Coran, el libro por excelencia, en su secta, con la ayuda de un monje apóstata llamado Sergio. El Coran es un conjunto monstruoso de doctrinas del Antiguo y Nuevo Testamento, mezcladas con fábulas absurdas, con máximas impías y heréticas, con principios asquerosos y narraciones las mas inmundas y despreciables. Admitia Mahoma la mision de Moisés y Jesucristo. No rechazaba en todas sus partes la Sagrada Escritura; pero decia, que su ley perfeccionaba en muchos puntos nuestra Santa y eterna ley. Mahoma santifica la apostasia y espone una teoría ridícula acerca de la salvacion. El paraíso que pinta es tan asqueroso, que ni aun nombrarse puede.

Los mahometanos se cortan todo el cabello, dejándose solo una corta melena para que asiéndolos por ella, Mahoma pueda sacarlos del infierno y trasladarlos al cielo.

Mahoma admite la poligamia, establece el fatalismo, y no comprende la pureza. En cuanto

a sus ritos y prácticas nada decimos, porque esta secta es muy conocida, y por otra parte, ya es hoy solo una momia. En otros tiempos, por muchos siglos ha sido el terror de la cristiandad.

ARTÍCULO II.

Los monotelitas. Sergio y Cirio, IV. — Sofronio, V. — Cartas de Sergio y el Papa Honorio, VI. — Defensa de Honorio, VII. — Honorio no cae en error contra la fé, VIII. — Eclesia de Heraclio condenada por Juan IV, IX. — El Tipo del Emperador Constante, X. — Condenacion de Paulo y Pirro, XI. — Disputa entre San Máximo y Pirro, XII. — Constante. Su crueldad. Su muerte, XIII. — Condenacion de los monotelitas, XIV. — Honorio y el sexto Sínodo general, XV. —

IV. La heregia de los monotelitas tomó su nombre de dos palabras griegas: *monos*, que significa *uno*, y *thelesis*, que quiere decir *volutad*. De modo que estos heresiarcas, partidarios de Honorio, se apellidaban así, porque solo admitian una voluntad en Jesucristo.

Esta heregia humanamente hablando comenzó con muy *buenos*, es decir, muy poderosos protectores. Si no pudo prosperar, su debilidad, la debilidad inseparable del error fue su verdadera causa.

Cuatro Patriarcas habia en lo antiguo en el Oriente. Entre ellos solo uno, Sofronio, Patriarca de Jerusalem, fue contrario a la nueva

heregía. Los demas, Sergio, Patriarca de Constantinopla, Ciro, de Alejandría, y Anastasio de Antioquía, todos aceptaron y con todas sus fuerzas apoyaron el nuevo error.

V. Siendo ya Ciro Patriarca de Alejandría, intentó captarse la benevolencia de los teodosianos. A este fin logró formar una especie de programa que todos aceptaron. Tenia siete artículos. En el último se ocultaba todo el veneno de la nueva heregía.

Ciro antes de publicar estos artículos los entregó para que los examinara el monge Sofronio.

Este santo solitario, despues de haberlos estudiado, convencido de que contenian una nueva heregía, postrado de rodillas ante el Patriarca, y con lágrimas en los ojos, le rogó que no publicara aquel libelo, que temiera y evitara los escándalos que con su publicacion daría en la Iglesia, que en fin, hiciera todo lo posible para no perturbar la santa sociedad de los cristianos.

El Patriarca no hizo caso de los consejos ni aun de las lágrimas del virtuoso monge. Lo despreció y poco despues todo el mundo conocia su impio trabajo. Sofronio se presentó á Sergio en Constantinopla, pero tampoco pudo obtener que el mal fuera reprimido. Sergio era uno de los mas decididos partidarios de la nueva secta. No quiso ni aun dar audiencia á Sofronio. Con pretesto de unir á los hereges de

Egipto, dividió Sergio a los católicos, los llenó de escándalo y perturbación, con gravísimo daño de sus almas, aprobando la doctrina de Cirio:

VI. En el año 663 fue nombrado Sofronio Patriarca de Jerusalén. Como era de esperar, los otros tres Patriarcas, todos monotelitas, llevaron muy a mal este acertadísimo nombramiento. Sergio con el depravado intento de sorprender al Papa Honorio, le escribió una carta farisáica, tan humilde en la apariencia, como venenosa en la realidad. Deseaba en ella el error con tan hipócrita artificio, que las gentes no prevenidas que la leyeron, por mas que fuesen doctos, solo podian descubrir una doctrina poco determinada, sin nada de particular, y un gran deseo de paz y conciliación. El Papa fijándose en esto último, no conociendo las intenciones dañadas de Sergio, interpretando en sentido católico sus palabras, le escribió aplaudiendo sus sentimientos, tan buenos en la apariencia, y elogiando sus deseos conciliadores, que segun pintaba, no podian mejorarse. Pero, y no se olvide jamás esto, la carta de Honorio es solo un documento privado, sin mas valor que el del hombre particular.

VII. Algunos escritores protestantes y gineanos han querido probar que los Papas no son infalibles, apoyándose en lo que llaman la heregia ó la caída de Honorio (Basnage).

No hay motivo ninguno para dar la razón á estos adversarios de la Santa Sede, por el contra-

rio; la historia entera de aquellos tiempos demuestra que esto no puede afirmarse. En primer lugar Honorio habló como hombre, y por consiguiente, aunque grave, su error no puede imputarse al Papa; no sería nunca error del Jefe visible de la Iglesia universal.

En segundo lugar, Honorio no dijo que en Cristo no hay dos voluntades; lo que aseguró, como dice en su elogio el Papa Juan IV, «es que Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, habiendo venido al mundo para reparar la naturaleza humana, nació sin pecado. Por esto no experimentó las consecuencias del pecado, es decir, no sintió las dos voluntades, la de la carne que conspira contra el espíritu, y la del espíritu que conspira contra la carne. Esto sucede á los demás hombres por causa del pecado de nuestros primeros padres.

La misma respuesta dieron San Máximo y Anastasio el Bibliotecario. La respuesta, pues, de Honorio, fue completamente católica.

VIII. Tanto insisten no pocos escritores en lo que llaman la caída de Honorio, que nosotros necesitamos no abandonarla tampoco, sin haber antes contestado á todas las objeciones con que se apoya.

—Se suele decir que en el sexto Sínodo general (Actione xiii), fue condenado Honorio con Sergio y Ciro.—

A esto, después de decir que el Papa había procedido en esta cuestión como hombre, como

doctor privado, y que sus faltas no pueden imputarse al doctor universal, añadiremos que como dice y prueba con irrecusables documentos Natal Alejandro, no fue condenado el Papa, sino el hombre; y no el hombre por su heregia, sino por su negligencia, por el favor y proteccion que por descuido ó por apatía dispensó á los heresiarcas.

IX. Honório murió el año 638. Despues de su muerte creció el poder de los monotelitas, gracias á la proteccion tan inícuca como eficaz que les dispensó el Emperador Heraclio con su sacrilega *Ectesis*. La *Ectesis* era una especie de edicto ó esposicion de doctrina, escrita por Sergio, y para que la fuerza pareciese mayor, publicada con el nombre de Heraclio en el año 639. En este documento, aparentando no hablar al principio de una ni dos voluntades, como pasando por alto esta cuestion en beneficio de la paz, se concluye esponiendo con maña todo el error de los monotelitas acerca de la *única* voluntad en Jesucristo. Sergio confirmó este edicto imperial en un Conciliábulo que reunió en Constantinopla.

La *Ectesis* fue enviada al Papa Severino; pero ó porque no llegó á sus manos, ó porque murió antes de examinarla; lo cierto es que la condenacion no apareció hasta el Pontificado de Juan IV, su inmediato sucesor.

X. A pesar de esta sentençia de la Santa Sede, no concluyó aun la heregia de los monote-

litas, porque Paulo y Pirro, sucesores de Sergio en el Patriarcado de Constantinopla, no dejaron de favorecerla con toda su influencia. Paulo especialmente, aunque se apellidaba católico, era un secreto herege, y declarándolo por fin de una manera pública, aconsejó al Emperador Constante que publicara su célebre *Tipo* ó fórmula del año 648, en la cual, comenzando como en todos los escritos de estos heresiarcas por aconsejar la paz y encomendar el silencio, concluía por inculcar y defender abiertamente la doctrina anti-católica. Tal es el *Tipo* tan tristemente celebrado del Emperador Constante.

XI. Muerto Sergio, ocupó la Silla patriarcal de Constantinopla Pirro, monotelita como su antecesor; pero por disgustos que tuvo con el pueblo constantinopolitano, se vió obligado para salvar su vida á renunciar la mitra y alejarse de aquella capital. En su lugar fue nombrado Paulo, tambien herege como los dos últimos que le habian precedido.

El Papa Severo intentó traerlo al seno de la Iglesia por medio de cartas y aun de legados que le envió con este objeto; pero, viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles; que Paulo no se enmendaba y que el escándalo crecía, el Soberano Pontífice se vió obligado á pronunciar contra él una sentencia formal de deposición.

El Papa Severo, lleno de santa indignación contra Pirro y Paulo por su tenacidad y

contravención, en un Concilio celebrado en Roma, firmó la condenación de estos herejes, mojando antes en un cáliz consagrado el instrumento con que escribía. Solo así podía espresar el error que la heregia le causaba. (Fleury, lib. xxxviii, n. 46.)

Pirro sostuvo una controversia muy célebre en Africa con el abad San Máximo, varón tan esclarecido por su virtud como por su ciencia.

Pirro disputó con entera libertad; espuso todos los argumentos en que apoyaba su doctrina sobre la única voluntad en Jesucristo; pero fueron con tal elocuencia y valentia refutados por San Máximo, que el herege se declaró vencido, escribió su retractación, y fue á Roma con el solo fin de ponerla á los pies del Papa. —Esto no obstante, despues, creyendo que el exarca de Rávena le apoyaria para apoderarse nuevamente de la Iglesia de Constantinopla, por su ciega ambicion, volvió á caer ó á decir que habia caído en su antiguo error, en el cual no creia ni podia creer.

XIII. El Papa Martino condenó el edicto de Constante. Por esto fue desterrado y murió en el destierro el año 654. El Emperador Constante fue cruelísimo con el Papa y con muchos católicos. Murió este Emperador asesinado en un baño por su propio criado, el año 668.

XIV. Sucedió á Constante en el imperio, su hijo Constantino Pagonato. Este Emperador fue virtuoso y favoreció á la Iglesia. En su reinado

se reunió el santo Sínodo general, presidido por los legados del Papa, en el cual fue condenada la heregia de los monotelitas. Este Concilio tuvo 18 acciones, y en la última de una manera explicita fue sancionada la doctrina católica, que reconocia dos voluntades, divina y humana, en Jesucristo.

El Papa Agaton convocó este Concilio; pero habiendo muerto antes de su conclusion, sus decretos fueron confirmados por su sucesor el Papa San Leon II, quien mandó que este Sínodo se contara entre los ecuménicos ó generales, cuyos decretos obligan á toda la Iglesia.

XV. Baronio en sus *Anales*, quiso defender al Papa Honorio, sosteniendo que las actas del Sínodo general habian sido corrompidas por las malas artes de Teodoro, entonces Obispo de Constantinopla, antes de llegar á Roma.

Aunque haya motivos para sospechar esto, no es necesario para la defensa del Papa Honorio.

CAPÍTULO VIII.

Heregias del siglo VIII.

—Los iconoclastas, I.—San German y el Emperador Leon, II y III.—Renuncia San German la Silla de Constantinopla, IV.—Le sustituye Anastasio, V.—Crueldad de Leon, VI.—Leon intenta asesinar al Papa, VII.—Carta del Papa, VIII.—Concilio de Roma contra Leon, IX.—La mano de San Juan Damasceno, X.—Muerte de Leon. Le sucede Copronino, XI.—Conciliábulo de Constantino XII.—Mártires, XIII.—Tiranías de Constantino. Su muerte, XIV.—Leon IV y su hijo, XV.—La Emperatriz Irene quiere un Concilio, XVI.—Sedición contra el Concilio, XVII.—Se define el culto de las imágenes XVIII.—El Concilio de Francfort, XIX.—Nuevas persecuciones, XX.—

I. Los gentiles, los judios, los marcionitas y los maniqueos habian impugnado las sagradas imágenes desde los primeros siglos del Cristianismo, como lo atestigua el octavo Concilio general, Accion 1.^a y 5.^a

Leon Isaurico en el año 723, renovando la antigua persecucion, se declaró iconoclasta y por un edicto mandó que fuesen destruidas todas las imágenes. Los católicos no obedecieron, porque no les era posible, este impío decreto. (Baronio, *Anales*, año 723, n. 17.)

II. Leon Isaurico que tenia completamente abandonados los negocios civiles del imperio, como mal imperante, se empenó en dogmatizar,

y como herege *reformular*, es decir, perturbar la Iglesia.

Hasta predicaba al pueblo muchas veces, como un fanático, obstinado en propalar por todas partes sus errores *iconoclastas* ó *contrarios á las imágenes*. El pueblo no escuchaba, antes por el contrario, impugnaba y despreciaba su sacrilega predicacion. Leon entonces, el año 727, como *prudente*, adoptó una medida, un término conciliador que revela su maligna *hipocresía*. No queria quitar al pueblo las *sagradas imágenes*, porque aun no estaba *preparado* para ello; pero acordó colocarlas en parages muy altos para que los fieles no pudiesen postrarse ante ellas; besarlas, ni aun mirarlas.

El Patriarca de Constantinopla San German se opuso con todas sus fuerzas á los intentos sacrilegos del Emperador, diciendo que nadie le obligaria á callar; porque estaba dispuesto á *derramar* en favor de la doctrina ecotólica hasta la última gota de su sangre. Un hombre que habla así no puede ser vencido por nadie.

El santo Patriarca ademas con incansable celo predicaba á los fieles; escribia cartas á los Obispos y hasta se dirigió en consulta con una reverente epistola al Papa Gregorio II. Este soberano Pontífice le contestó aprobando su conducta; aplaudiendo su celo y manifestándole que estaba en lo cierto; que su doctrina era la verdadera y única doctrina de la Iglesia.

III. En el año 727 Leon logró vencer una sedicion contra su persona. Sin saber por qué, en vez de perseguir á los sediciosos, se dirigió con horrible furia contra los católicos. Se empeñó en corromper á San German, pero no pudo conseguirlo, por mas que apeló á los halagos, á las promesas, las amenazas, y todos los demas recursos que deben suponerse en un tirano, que solo piensa en atormentar á los fieles.

Anastasio, que habia sido discípulo de San German, unido secretamente al Emperador, hacia con sus acusaciones pérfidas mucho daño al Santo Patriarca.

Leon no solo perseguia las imágenes, sino tambien las reliquias de los Santos.

IV. El Emperador convocó un Concilio, en el cual él solo publicó y sancionó un decreto contra las sagradas imágenes. Quiso que lo aprobara San German. No es siquiera necesario advertir que el Santo Patriarca no podia de ningun modo dar su aprobacion á tan impio decreto. No lo dió. Con decir esto, basta.

San German tuvo que abandonar la Silla de Constantinopla, y retirarse á un monasterio, como un simple monge, en el cual murió. La Iglesia celebra su fiesta el dia 12 de mayo.

V. Arrojado San German de Constantinopla, fue nombrado Patriarca por los hereges el impio Anastasio. Para tomar posesion de la Iglesia, necesitó el auxilio de la fuerza. Este

sacrilego Patriarca dió al Emperador todas las
 facultades espirituales que necesitaba ó que
 exigía para poder gobernar la Iglesia, esto es,
 trastornarla y perseguirla.
 -a) En el mismo vestíbulo del Palacio imperial
 existía una imagen de Nuestro Señor Jesucristo,
 desde los tiempos del Emperador Constantino
 -a) León mandó destruirla; pero cuando sus
 agentes comenzaron á descargar golpes sacrilegos
 sobre ella, las señoras de Constantinopla
 se aglutinaron en gran número en derredor de
 la sagrada imagen, y con gran riesgo de su
 vida derribaron la escala, cayó al suelo el que
 estaba sobre ella, y materialmente se destruyó
 todos sus miembros. Quedó muerto en el acto.
 No obstante, León insistió, y la imagen
 fue derribada.
 -a) Las señoras más conocidas por su piedad,
 fueron encerradas en una cárcel, y condenadas
 a muerte.
 -a) León era enemigo de los sabios. Des-
 truyó los Colegios y Bibliotecas de Constanti-
 nopla. Se empeñó en destruir todas las imá-
 genes, y cuando no era obedecido, mandaba
 degollar á los que no cumplían sus órdenes.
 Muchos católicos perecieron en esta horrible
 persecución.
 -a) VII: Estas noticias llenaron de indignación
 á los italianos. En algunos puntos pisotearon en
 señal de odio y desprecio los retratos del impio

perseguidor de los católicos. Leon envió a Roma su sacrilego decreto contra las imágenes y contra el Papa. Gregorio II lo recibió con pena y le contestó con apostólica energía. Como la cuestión ya era de fuerza, no impidió a los italianos que se preparasen para la defensa. El partido del Emperador se vio muy hostigado por los pueblos, que con gran entusiasmo habían abrazado la santa causa del Papa. El mismo Pontífice, tuvo que interponer todo su valimiento ante el pueblo para impedir que no eligiese otro Emperador y destituyera al Emperador Leon Isaurico. Esilarato, duque de Nápoles y Adriano, su hijo, partidarios de Leon, por trabajar abierta y descaradamente contra el Papa, en un instante de indignación, fueron asesinados por el pueblo. Ni aun cuando nos son útiles, jamás santificaremos estos horribles asesinatos. Nadie tiene derecho para atentar contra la vida de nadie sino en guerra justa, en legítima defensa ó por sentencia de los tribunales. En Ravena se dividió el pueblo; los dos partidos entraron en lucha; fue vencido el imperial; y murió en la refriega Pablo Patriarca, exarca á la sazón de Ravena. Los lombardos entonces aprovechando el descontento que hervía por todas partes contra el imperio, se desprendieron sobre Italia, y en ella hicieron grandes conquistas. El Papa trabajaba sin descansar para mantener en la obediencia á Leon, y á aquellas provincias ineyadamente usurpadas.

¡Qué diferencia tan profunda! Leon por capricho persigue al Papa hasta la muerte, mientras el Papa por justicia defiende el trono de Leon y sus provincias, hasta con riesgo de perder la amistad de sus propios defensores. ¡Así son siempre los Papas! ¡Así son, sin embargo, correspondidos por los adversarios de la Santa Sede!

Leon por el contrario, cada vez mas irritado, envió emisarios secretos a Italia para que asesinasen al Papa Gregorio II. Uno de ellos era Patricio Eutiquio. Descubierto, quisieron los romanos degollarlo; pero el Soberano Pontífice lo libró de la muerte, es decir, defendió la vida de su propio asesino. ¡Qué magnanimidad!

Los grandes y los plebeyos, todos se unieron, conmovidos por la fe y el amor, y juraron pelear hasta la muerte en defensa del Vicario de Cristo. Entretanto, Patricio, el asesino salvado por el Papa de los furiosos del pueblo, conspiraba en secreto, intentando corromper con el oro la lealtad de los mas poderosos caudillos que sostenian la causa de la Santa Sede. ¡Así muestra su gratitud al generoso Pontífice que le habia librado de la muerte! (Fleury, lib. XLII, n. 6.)

Anastasio, el nuevo Patriarca de Constantinopla, partidario de Leon, escribió una carta llena de sacrilega hipocresía a Gregorio II. Este Soberano Pontífice le contesto bien pron-

to, manifestándole su iniquidad; y amenazándole con la ira del cielo, despues de la muerte y los rayos del Vaticano acá en la vida.

Murió el Papa Gregorio II el año 731. Le sucedió Gregorio III. Este Pontifice, animado del propio celo, que su antecesor, dirigió una carta al Emperador, por su reverencia, digna de un Apóstol, y por su energía, comparable con los mas valientes discursos del Profeta Elías. Oigamos algunas frases.—«Yo, nos decís, iré á Roma, destrozaré la imagen de San Pedro, y desterraré al Papa, como Constanzo desterró á Martino.—Sabed que vuestras amenazas no me arredran. El Occidente entero tiene en mí fijos sus ojos.»

Estas palabras llenaron de terror al coronado heresiarca. No lo detuvieron, sin embargo, en el camino de sus crímenes. (Fleury, libro XLII, n. 7 y 8.)

IX. Despues escribió otras dos cartas al Emperador. No las recibió por culpa de un sacerdote, llamado Jorge, que no tuvo valor para presentárselas. Mas tarde hizo el Papa que las cartas llegaran á manos del Emperador, llevadas por el mismo sacerdote. Leon las recibió, las leyó, se llenó de indignacion contra el Papa, y sin permitirle llegar á Constantinopla, desterró al sacerdote Jorge, legado del Papa.

El año 732 el Papa reunió un Concilio en Roma. Asistieron á él 93 Obispos, todo el clero, todos los nobles y todo el pueblo de Roma. En

este Concilio se resolvió que fuese lanzado de la Iglesia todo el que despreciase las sagradas imágenes. Todos los asistentes aprobaron este decreto.

El Papa envió otra carta al Emperador. El legado que la conducía fue arrestado en el camino, y estuvo encarcelado un año entero. Pasado este tiempo, después de arrebatarse la carta y maltratarlo, lo pusieron en libertad sus perseguidores.

El Papa, siempre lleno de mansedumbre evangélica, volvió á escribir al Emperador y al Patriarca Anastasio. Todos sus esfuerzos fueron, no obstante, vanos. Leon aprestó una poderosa escuadra y la envió al mar Adriático para pelear contra el Papa. Fue destrozada por una horrible tempestad. Al tener noticia de la pérdida de su armada, el furor de Leon no conoció límites. Cometió contra los católicos abusos que no pueden ni aun nombrarse.

Conviene que nos fijemos en estos hechos. De aquí parte de una manera cierta, legal y positiva el dominio de los Papas sobre el territorio pontificio. (Véase nuestra obra *El Papa y los gobiernos Populares*, tom. 1, cap. viii.)

X. Por este mismo tiempo tuvieron lugar las horribles crueldades que ejerció el Emperador Leon contra San Juan Damasceno. El Santo procuraba defender con admirable elocuencia el culto de las imágenes. Leon intentó perderlo en venganza con una infame

calumnia. Lo acusó como traidor al Rey de los sarracenos Hiochan, y logrando con malas artes que este monarca diera crédito á la calumnia, consiguió que en castigo le fuese amputado á San Juan Damasceno el brazo derecho. San Juan, puesto en oracion delante del altar de una Virgen, cuya imágen habia logrado salvar, sintió de repente que por favor especial del cielo, la mano amputada se le habia unido nuevamente al brazo. Este portentoso milagro obrado en presencia de todo el mundo, demostró la santidad é inocencia del hombre con tanta infamia calumniado.

XI. Llegó su término á este perseguidor. El hambre y las enfermedades devastaron sus reinos. Los sarracenos le usurparon muchas provincias. El mismo Leon, lleno de plagas, murió de una manera infelicitísima el año 741.

Sucedió á Leon su hijo Copronino. Fue este aun mas impío y mas cruel perseguidor que su padre. En una sedicion perdió el trono. Lo ocupó su cuñado Artabaste, proclamado por el pueblo. Este Príncipe siguió opuesto rumbo, dió libertad á la Iglesia y favoreció á los católicos. Tambien sin embargo perdió el cetro. Despues de haberlo vencido Constantino á él y á sus dos hijos Nicéforo y Niceto, les arrancó los ojos. El sacrílego Anastasio fue paseado por la ciudad para irrisión del pueblo, sobre un miserable jumento. Constantino le devolvió poco despues la libertad y le permitió ocupar la

Silla patriarcal. Murió no obstante al poco tiempo, arrojando por la boca sus propios excrementos.

XII. Constantino Copronino, dueño otra vez, como ya hemos visto, del imperio, no contento con castigar de una manera tan brutal á la familia de Artabaste, se mostró implacablemente cruel contra los católicos.

Constantino convocó un Conciliábulo en el cual, por medio del terror logró declarar que las imágenes no debían ser adoradas; que esto era idolatría; que, en fin, debía ser perseguido con todo empeño. Este cruel Emperador, tan ocupado estaba en romper imágenes, que no conservaba fuerza ninguna para defender su imperio contra los enemigos interiores y exteriores que por todas partes le asaltaban. Es condición de todos los malos gobernantes.

XIII. Después de este Conciliábulo, Constantino Copronino persiguió la Iglesia con mayor furor. Muchos Obispos y monjes que no quisieron abandonar su fé, recibieron la corona del martirio. San Andrés Celabitas, fue muerto á fuerza de azotes el año 761.

El abad Paulo fue martirizado de una manera horrible. Se le llevó á un lugar en el cual se encontraban juntos los instrumentos del martirio y varias imágenes del Salvador. El tirano le dijo: «Escoge; en tu mano está la vida ó la muerte. Si pisoteas las imágenes, vives; si no, mueres. Escoge.»

El Santo abad tenia su eleccion hecha, se postró, adoró las imágenes, y fue conducido al suplicio, donde despues de horribles tormentos, perdonando á los verdugos, entregó su alma al Creador. Muchos otros experimentaron los mismos tormentos.

XIV. Los agentes de Copronino cometian en las provincias atentados contra los católicos mayores que los del mismo Emperador en la capital. Entonces se vió el fenómeno singularísimo de un Emperador cristiano que persiguió la Iglesia con mayor y mas horrible encarnizamiento que los mismos gentiles. La memoria de Copronino quedó como un recuerdo de terror en el corazon de los fieles.

XV. A Copronino sucedió su hijo Leon IV. Este fue bueno y católico al princpio; pero se declaró malo y perseguidor al fin. Porque su mujer la Emperatriz Irene era católica, la repudió sin conmiseracion. Murió Leon á los cinco años de su reinado. A su fallecimiento ocupó el trono su hijo Constantino, y por ser de menor edad, reinó en su nombre la Emperatriz Irene. La Iglesia no fue perseguida durante el gobierno de esta Reina.

XVI. A Pablo, Patriarca de Constantinopla, sucedió Tarasio. Este aceptó el cargo Episcopal con la condicion de que cuanto antes se convocaria un Concilio universal que examinase y resolviera las cuestiones pendientes que llenaban de escándalo la Iglesia. La Empera-

triz manifestó al Papa los mismos deseos. El Soberano Pontífice contestó diciendo que se procurase restablecer en Oriente el culto de las imágenes, que se declarase nulo en presencia de los legados el Conciliábulo celebrado en los tiempos de Copronino, y que si ni aun con esto podía obtenerse la paz deseada, entonces se apelase á la reunión del Concilio.

XVII. Se convino por fin en la celebración del Concilio, y se fijó para la primera sesión el día 4.^o de agosto del año 786. Los iconoclastas se rebelaron y apelaron á la fuerza. Comenzada ya la primera sesión, tuvieron los Padres que retirarse, por consejo de la Emperatriz, hasta que con el auxilio de la fuerza pudiera reprimirse el tumulto, ya que los rebeldes apelaban á la fuerza. Así se hizo. La Emperatriz hizo que vinieran á Constantinopla nuevas fuerzas de la Tracia, y que salieran de la ciudad imperial los soldados que habían servido en los tiempos de Copronino, todos estraviados por la heregia.

XVIII. Restablecido el orden, el año siguiente, 787, el día 24 de setiembre se reunieron los Padres en número de 350 en Nicea de Bitinia. Presidieron los legados del Papa Adriano. En este Concilio hubo siete sesiones. En la primera se leyó una esposición de muchos Obispos que proclamaban el culto de las imágenes, y arrepentidos, pidieron perdón por haber aprobado el Conciliábulo de Copronino. En la

segunda se leyeron las cartas del Soberano Pontífice al Emperador y al Patriarca Tarasio. En la tercera se leyeron las cartas de Tarasio á los otros Patriarcas, y de los otros Patriarcas á Tarasio, y ademas se restablecieron en sus diócesis muchos Obispos. En la cuarta se leyeron muchos testimonios de la Sagrada Escritura y los Santos Padres, para demostrar con ellos que era santa la veneracion de las imágenes. En la quinta se probó que los iconoclastas habian tomado sus errores de los gentiles, los judios y los sarracenos. En la sesta se refutó, punto por punto, todo lo acordado en el Conciliábulo de Copronino. En la setima y última se restableció el culto de las sagradas imágenes, como obligatorio en toda la Iglesia.

XIX. Al llegar las actas de este Concilio á Francia, los Obispos de la Gália, reunidos en Francfort, las reprobaron. Lo propio hizo Carlo-Magno en cuatro libros llamados *Carolini*, porque los escribió él mismo, ó porque al menos se publicaron en su nombre. Pero esta condenacion se basaba en una falsa suposicion. Creian los Padres de Francfort que en Nicea se habia concedido á las vírgenes el culto de *latría* que solo á Dios puede tributarse.

XX. Los Obispos franceses creian ademas que el Concilio de Nicea era provincial, y no ecuménico. Conocida la verdad, como todos eran católicos, desapareció la cuestion. Los iconoclastas despues fueron poco á poco convir-

tiéndose ó muriendo como partido, por falta de entusiasmo en los sectarios, ó por aversion de los pueblos á la secta, ó por ambas causas á la vez, porque los errores no pueden sostenerse nunca por mucho tiempo.

CAPITULO IX.

Héregias del siglo IX.

ARTICULO PRIMERO.

—San Ignacio es arrojado de la Silla de Constantinopla, I.—Le reemplaza Focio, II.—Es ordenado, III.—Daños que sufren los defensores de San Ignacio, IV.—Legados del Papa, V.—Apelacion de San Ignacio, VI.—Es depuesto en el concilio, VII.—Lo defiende el Papa, VIII.—El Papa depone á Focio y á los legados, IX.—Bardas muere. Elevacion de Basilio, X.—Focio depone al Papa. Esparce sus errores, XI.—Muerte de Miguel y eleccion de Basilio para ocupar el Imperio, XII.

I. En tiempos del Emperador Miguel, gobernaba la Iglesia patriarcal de Constantinopla el santo Obispo San Ignacio. Era este Prelado hijo del Emperador Miguel Europalates. Lanzado este del trono, su hijo Ignacio entró en un monasterio, donde vivió con toda la humildad y resignacion del mas penitente monge. Muerto el Obispo de Constantinopla, la fama de sus virtudes, con aplauso general, llevó á Ignacio á la Silla patriarcal para sucederle. La fortaleza y constancia con que defendió la fé y los derechos de su Iglesia, le grangearon muchos y poderosos enemigos entre los magnates que vivian en la corrupcion. Eran los principales, Bardas, tio del Emperador, Focio y

Gregorio Arbestas. Hablaremos de todos. **Bardas**, cortesano ambicioso, para influir solo en el ánimo del Emperador, habia hecho asesinar ó alejar del s6lio á todos los consejeros del monarca, que por su virtud y ciencia pudieran hacerle sombra. Era hermano de **Teodora**, la Emperatriz, y porque no le obedecia, la separó del Emperador y la encerró por fuerza en un monasterio. Se declaró enemigo implacable de **San Ignacio**, porque siempre rechazó con santa indignacion las sacrílegas indicaciones de **Bardas** para que impusiera el velo, para que admitiera los votos perpétuos que violentamente se exigian á la desgraciada Emperatriz. El santo Patriarca, colocado en la alternativa de amparar la inocencia de una Emperatriz perseguida, ó disfrutar los favores de un afortunado cortesano, no vaciló, no podia vacilar, su eleccion estaba hecha: despreció al cruel perseguidor, y aun con riesgo de su vida, con todas sus fuerzas defendió á la inocente víctima.

Bardas, no contento con esto, repudió á su mujer y se unió escandalosamente con la mujer, con la viuda de su propio hijo. **San Ignacio** no podia menos de reprobar este escándalo. **Bardas**, no obstante, á pesar de sus crímenes tan públicos y tan escandalosos, se presentó un dia en el templo, sin haber hecho antes penitencia, á participar de los divinos Misterios. El Santo Patriarca tenia que obedecer á Dios.

antes que á los hombres; lo apartó de la comunión de los fieles. Bardas entonces lo amenazó con hundirle su espada en el pecho. No pudo conseguirlo, por la resistencia que le opuso el pueblo; pero juró desacreditar á San Ignacio ante el Emperador, y forzoso es convenir en que logró su intento. El día 23 de noviembre del año 858 fue San Ignacio arrojado de su Silla y enviado á la isla de Terebinta. Allí se le enviaron muchos Obispos, patricios y jueces para arrancarle la renuncia. Todos sus esfuerzos fueron vanos. San Ignacio conocia que en aquellas circunstancias no debia abandonar su Iglesia, y no la abandonó. No era la ambicion; era la justicia; el celo por la casa del Señor, el motivo único que le obligó á no soltar una mitra que tanto le oprimia las sienes.

Bardas intentó corromper á los Obispos por medios los mas indignos y villanos. Por respeto á la elevada categoría de las personas que aquí figuran, no debemos ni aun mencionarlos. (Fleury, lib. L, v. 42.)

II. Los partidarios del impio Bardas eligieron para suceder á San Ignacio al célebre Focio. La eleccion era completamente nula; pero ahora debemos fijarnos en otras cosas.

Era Focio un eunuco, de familia ilustre, de gran talento y mucho estudio. Era reputado como el mas sabio de su tiempo. Era seglar y primer secretario del Emperador cuando fue nombrado Patriarca. En su fé era bastante

sospechoso por sus íntimas relaciones con Gregorio, Obispo de Siracusa, reo de grandes crímenes, y previa sentencia canónica, depuesto por el Patriarca San Ignacio. Esta deposición fue aprobada también por el Soberano Pontífice.

Esta era la razón del grande encono que contra San Ignacio abrigaba en su pecho el Obispo de Siracusa.

III. Como Focio no había sido elegido según los cánones, los Obispos no quisieron reconocerlo, y nombraron otro para ocupar la Silla de San Ignacio. Bardas, apelando á medios de corrupción y perfidia, logró mas tarde que los Obispos, mudando de opinión, aprobasen la elección de Focio, aunque exigiendo antes algunas condiciones, que, si bien se aceptaron de una manera absoluta, despues de una manera absoluta fueron no cumplidas. Focio prometió renunciar en un escrito firmado por su mano, al trisma de Gregorio. Prometió respetar y coronar como á Padre, á San Ignacio, y no hacer nada sin obtener antes su aprobacion y consentimiento. Lo primero y lo único que hizo, sin embargo, fue lo único que no debió hacer. Consintió en ser ordenado por el cismático Obispo de Siracusa. (Baronio, *Anales*, año 858, número 25.)

IV. Cuatro meses despues de su elevacion, Focio comenzó á perseguir á San Ignacio y á todos sus partidarios. Castigó á muchos con azotes; trató de corromper con halagüeñas pro-

mesas á no pocos, y por último, viendo que sus recursos carecían de efecto inmediato, acusó á San Ignacio como reo de sedición ante el Emperador. Se enviaron jueces á la isla de Terebinta, donde estaba desterrado el Santo Patriarca, para que lo examinasen á ver si encontraban ó no motivos para proceder contra él, como reo de Estado. Inútil es decir que nada pudieron descubrir, porque jamás habia cruzado la idea de la rebeldía por su frente. Esto no obstante, con malos tratamientos, lo trasladaron á la isla de Jerio, donde le hicieron sufrir tormentos que no pueden ni aun describirse. Traído mas tarde á un arrabal de Constantinopla, aumentaron los tormentos del Santo, de una manera horrorosa. Todos sabían que era inocente; pero querían obligarlo á que renunciara sus derechos al patriarcado, para que Focio viviera tranquilo en su posesion. Los Obispos de la provincia, al tener noticia de esta sacrilega violencia, reunidos en Constantinopla, decretaron la deposicion de Focio y anatematizaron á todos sus cómplices. Focio entónces, con el apoyo material del impio Bardas, depuso á San Ignacio y condenó á todos los Obispos que le eran adictos. En agosto del año 559, San Ignacio fue desterrado á la isla de Lesbos y todos sus parciales salieron por fuerza, algunos despues de experimentar duros castigos, de la ciudad imperial. (Baronio, *Anales*, 859, núm. 54.)

V. Viendo Focio que por todas partes se

murmuraba contra su conducta, envió al Papa Nicolás algunos de sus partidarios, rogándole que mandara sus legados á Constantinopla para extinguir los restos del partido iconoclasta. Este era el pretesto. La causa verdadera era autorizar con su presencia los atentados que se proyectaban contra San Ignacio. Por el mismo tiempo dirigió el Emperador otra carta al Papa, redactada en los propios términos. Probablemente uno mismo, Focio, seria el autor de ambas, es decir, de la carta del Emperador y de la que fueron portadores los amigos del Patriarca intruso.

El Papa envió dos legados, encargándoles que en lo relativo á los iconoclastas aprobasen en un Concilio todo lo que se ordenara á la ejecución del sétimo Concilio general, y en lo tocante á San Ignacio, que no resolvieran nada, sin escuchar antes las razones que en su defensa espusiera este Santo Patriarca. Los legados al llegar á Constantinopla se encontraron materialmente presos. En tres meses no pudieron hablar con un solo amigo de San Ignacio. Pasado este tiempo, se les amenazó con el destierro, si no aprobaban lo que les proponía el Emperador. Se resistieron como héroes al principio; pero cedieron como niños al fin. Se reunió un Conciliábulo en Constantinopla al cual asistieron 318 Obispos y los dos legados, que por su debilidad, ya no tenían de legados nada mas que el nombre.

En aquella sacrílega asamblea no había mas que la voluntad caprichosa del Emperador, y la inteligencia vengativa de Focio. Sus acuerdos fueron completa y radicalmente nulos.

VI. San Ignacio fue citado al Concilio. A pie y con los hábitos patriarcales, emprendió el viaje. En medio del camino encontró al patricio Juan, que en nombre del Emperador, le mandaba, bajo pena de muerte, que se presentase en la Asamblea con hábitos de simple monge. Obedeció el Santo. Cuando llegó al Concilio, fue cargado de injurias por el Emperador. Se acercó á los legados, les pidió protección, y como que estaban corrompidos, éstos observaron una conducta indigna. Ni aun quisieron admitir la apelacion que con arreglo á los cánones presentaba San Ignacio.

VII. Se comenzó el proceso; pero, ¡qué proceso! Todos, hasta los jueces, eran acusadores. No había ni se permitía la defensa; de antemano estaba decretada la condenacion. Se buscaron testigos falsos, se lanzaron las mas horribles calumnias contra el santo Patriarca, y fue por último depuesto de la manera mas sacrílega. Se le hizo ademas con violencia, empujando su mano un satélite de Focio, que trazara una cruz en señal de aprobacion, en su propia sentencia, en el libelo inmundo que contra él se había redactado. Despues fue San Ignacio enviado á un monasterio, donde no se le dejó tranquilo por mucho tiempo.

VIII. Los legados volvieron á Roma. Con sumo cuidado ocultaron al Papa lo que habian hecho. Poco despues vino Leon, secretario del Emperador, con las actas del Conciliábulo, y un largo escrito, en el cual, aunque para defenderlo, se daba cuenta de todo lo sucedido. El Papa, por el simple relato de los hechos, comprendió la traicion de sus legados; convocó inmediatamente un Concilio, y delante de todos los Padres, en presencia del mismo secretario del Emperador, declaró que sus legados habian prevaricado; que jamás los habia autorizado para juzgar al legítimo Patriarca; que, en fin, nunca aprobaria ni la eleccion de Focio ni la condenacion de San Ignacio. Por su santa energía es digno de eterna alabanza el Papa. No contento con esto escribió al Emperador, al mismo Focio, á los otros tres Patriarcas, á todos los fieles de Oriente, manifestando á todos que la Santa Sede no podia ser cómplice de la iniquidad de sus legados, tan débiles, tan indignos en esta ocasion.

IX. El Papa reunió despues otro Concilio en Roma, en el cual se decretaron penas tan justas como terribles contra los dos legados prevaricadores.

Se declaró nula la eleccion de Focio, se excomulgó al Obispo de Siracusa, y se acordó que San Ignacio era el verdadero Patriarca y que jamás habia sido legítimamente depuesto.

X. El Emperador, al tener noticia de estos

decretos, escribió una carta al Papa, llena de injurias, y amenazándole con sus iras. El Soberano Pontífice le contestó con otra, en la cual con toda la firmeza del Vicario de Jesucristo, le advertía que si en tiempo del paganismo los Emperadores mandaban en el palacio y en el templo, muertas las ideas paganas, triunfante el cristianismo, el Emperador no es mas que Emperador, no es Pontífice, ni tiene facultad ninguna en las cosas eclesiásticas.

En cuanto á San Ignacio y Focio, el Papa Nicolás decía que por sí ó por sus legados podían presentarse en Roma, donde seria con toda imparcialidad examinada su causa. Focio no podia de ningun modo admitir este juicio. Era criminal, y en él no podia ser absuelto.

A poco tiempo, el Emperador, comprendiendo cuál era el verdadero carácter de su tio Bardas, le mandó despedazar vivo. Así son siempre recompensados los malvados consejeros. Sus iniquidades alguna vez han de ser conocidas.

El Emperador Miguel se asoció en el imperio á Basilio, enemigo de Bardas.

XI. Focio al saber que estaba condenado por la Santa Sede, perdió todo linage de miramientos. Persiguió á los católicos, insultó á la Iglesia romana, hizo firmar una ridícula condenacion contra el Papa, impidió que los legados del Soberano Pontífice llegaran á Constantino-
pla, y en todo, en fin, procedia con la rabia y

desesperacion del leon que acomete á su adversario cuando se siente herido de muerte.

XII. El Emperador murió el año 867. Quiso dar la muerte á Basilio, y Basilio adelantándose, lo hizo asesinar. Así estaba entonces el imperio.

Con la muerte del Emperador Miguel acabó el partido de Focio. Este intruso Patriarca fue arrojado como un malvado de Constantinopla, y como sumo honor fue recibido San Ignacio. Los libelos escritos por Focio contra el Papa, fueron anatematizados y lanzados á las llamas en Roma.

ARTICULO II.

—Concilio VIII contra Focio, XIII, XIV y XV.—Focio gana á Basilio. Muerte de San Ignacio, XVI.—Focio vuelve á Constantinopla, XVII.—Conciliábulo. Muerte de Focio, XVIII.—El Patriarca Cerulario, XIX.—Su muerte, XX.—Concilio de Lyon, XXI y XXII.—Profesion de fé, XXIII.—Los griegos, XXIV.—Su desunion, XXV.—Concilio de Florencia, V XVI.—El pan ácimo, XXVII.—El Purgatorio, XXVIII.—Los Bienaventurados, XXIX.—Primado del Papa, XXX.—Instruccion á los armenios, jacobitas y etíopes. Cisma de los griegos, XXXI.—

XIII. El mismo Papa Adriano dispuso que en el año 869, durante el reinado de Basilio, se celebrase en Constantinopla el octavo Concilio general. Al entrar en la capital del imperio

de Oriente los legados de la Santa Sede, fueron recibidos con sumo honor por el clero y todos los oficiales de la corte que los estaban esperando. El Emperador Basilio tambien los acogió con muestras de cariño y respeto, y en prueba de veneracion, delante de ellos, besó las cartas del Soberano Pontífice. Despues les rogó que con todo el empeño posible se consagrasen á lograr la pacificacion del Oriente, tan turbado entonces por el cisma.

XIV. Presidieron este Concilio los legados del Papa. Aunque en las *Acciones* octava y décima se dice que fueron presididas por el Emperador Basilio y sus dos hijos, Constantino y Leon, debe entenderse que aquí se habla de una presidencia puramente honoraria que en nada perjudica á la presidencia real de los enviados de la Santa Sede. Celebróse la primera sesión el día 3 de octubre del año 869. Despues se celebraron ocho mas, y la última, la décima, concluyó en febrero del año siguiente. En la sesión quinta comparecieron los Obispos y sacerdotes que se habían unido al cisma y fueron, previo su arrepentimiento, recibidos con misericordia. Tambien compareció Focio; pero interrogado acerca de su fe, no quiso nunca explicarla de una manera explicita. Sus rodeos manifestaban su error. En la sesión sétima volvió á comparecer Focio. Siempre se mantuvo en su obstinacion y rebeldia. El Concilio entonces despues de haber agotado los recursos

de la misericordia, apeló á las fuerzas de la justicia, y pronunció contra él el anatema.

XV. En este Concilio se establecieron además 27 cánones, se declaró que todas las ordenaciones hechas por Focio eran nulas, y todos los altares consagrados por él, debían nuevamente consagrarse. Decretó que todos los Obispos que permaneciesen adheridos á Focio fueran depuestos, y que todos los que con Focio dijese, que hay dos almas en cada hombre, fuesen escomulgados.

Se prohibió consagrar Obispos, por mandado del Príncipe, bajo la pena de deposición. Todas las obras de Focio fueron quemadas en el Concilio, y recibidas las definiciones de los demás Sinodos. Este Concilio fue confirmado por el Papa Adriano.

XVI. Focio no cesó jamás de hacer cruda guerra al Concilio. En los diez años que duró su destierro, no dejó de escogitar recursos para volver á la gracia del Emperador. Inventó uno tan ridículo como eficaz. Basilio estaba ruborizado de su humilde alcurnia. Focio lo sabe, y como era hombre de ingenio, inventó unos pergaminos llenos de caracteres antiguos y misteriosos, en los cuales entre noticias genealógicas y anuncios proféticos, se manifestaba, que el Emperador descendía de Tridates, Rey de los armenios, y que su reinado sería, por especial favor del cielo, muy prolongado y feliz. Como además era rico, Focio logró introducir en la

Biblioteca imperial este manuscrito, y hacer que como por casualidad llegara á noticias del Emperador, y como por casualidad, sin interés ninguno en la apariencia, se le advirtiera, que en aquel libro habia muchos y grandes misterios que solo Focio podia descifrar. El éxito era completo. Focio fue llamado al palacio imperial, y como se comprende fácilmente, sin trabajo ninguno, esplicó su propia obra. El Emperador, lleno de orgullo con su alta alcurnia, concedió todo su favor al Patriarca cismático. En el año 878, á los ochenta años de edad, murió San Ignacio, y por orden de Basilio ocupó de nuevo Focio la Silla patriarcal de Constantinopla. Generalmente creen los historiadores, que la muerte de San Ignacio fue á lo menos adelantada por Focio. (Fleury, lib. LIII, n. 52.)

XVII. No habian pasado tres dias despues de la muerte de San Ignacio, cuando ya Focio se hallaba ocupando su Silla. Comenzó lleno de ira, ejerciendo en venganza terribles crueldades contra todos los amigos y defensores de San Ignacio, y principalmente contra los que le abandonaron antes de su destierro, por obedecer el Concilio. Mostró grande empeño é hizo heroicos esfuerzos por lograr la aprobacion de la Santa Sede. Escribió una carta al Papa Juan VIII, mostrándose muy humilde, y declarando que solo cediendo á la violencia habia consentido en volver al patriarcado. ¡Qué hipocresía!

Dirigió al Soberano Pontífice otra carta supuesta, en la cual, á nombre del difunto San Ignacio, se rogaba al Padre Santo que admitiese á Focio en el seno de la Iglesia. A esta carta se le dieron los honores de escrito póstumo. Focio, como falsificador, tenía grande *habilidad*, es decir, poco miedo á la indignacion divina.

Movió Focio al Emperador para que tambien escribiera á Roma en favor suyo. Estas cartas llegaron á Roma el año 879. El Papa prometió admitirlo en la Iglesia, dispensando en los decretos del octavo Sínodo general, con tal que antes diera señales ciertas de su penitencia.

XVIII. Focio recibió con demostraciones de cariño al legado de la Santa Sede. Se grangeó su confianza y bajo el pretesto de traducirla al griego, le pidió y obtuvo la carta del Soberano Pontífice. Esto era lo que deseaba. La interpeló á su gusto y con las nuevas interrupciones y variaciones, engañó á los Padre del Concilio. Hizo cuanto quiso, y logró que fuese aprobado cuanto deseaba. El Papa mandó á su legado Masino que reprobase todo lo acordado en aquella turbulenta asamblea.

Masino con admirable fortaleza confirmó los decretos del Concilio octavo general, renovando la deposicion y anatema contra Focio. El Emperador indignado encerró en una cárcel al legado, y en ella le tuvo por el largo espacio de treinta dias.

Murió Basilio. Le sucedió el año 886, Leon IV el Prudente. Este Emperador era cristiano. Mandó dos de sus oficiales á la Iglesia de Santa Sofia con el encargo especial de manifestar los crímenes públicos y horrendos que oprimían la conciencia de Focio y le hacían indigno de la Silla Patriarcal.

Fue enviado al destierro, en el cual murió impenitente. Creen algunos historiadores, que en castigo de su rebeldía, el Emperador le mandó sacar los ojos, pena bárbara muy admitida en aquellos tiempos.

XIX. Con la muerte de Focio no se estinguió su error. Se aumentó en los tiempos del Patriarca Nicolás Chrisabergo, por el año 981. Aun tomó mayor incremento en el patriarcado de Sisinio, su sucesor, por el año 995. Sergio, también Patriarca, continuó fomentando el cisma. Pero cuando desplegó todas sus fuerzas fue en el siglo xi, en los tiempos de Miguel Cerulario. Era este de noble estirpe; pero de innoble conducta. Por delito de rebeldía, el Emperador Miguel Platagonio lo mandó encerrar en un monasterio, del cual no salió hasta el reinado de Constantino Monomaco, el año 1043. Convencido Cerulario de que todo cisma es débil cuando no tiene doctrina propia, dió al cisma de Focio lo que en realidad le faltaba. Compuso una colección de máximas erróneas, heréticas, escandalosas, con las cuales se empeñó en formar una secta. Logró conseguirlo.

por desgracia. En nuestro humilde concepto, este, mas bien que Focio, puede ser considerado como el verdadero fundador del cisma. Ambos, no obstante, han hecho mucho daño á la Iglesia por su obstinacion contra la Santa Sede.

XX. El Papa Leon, para contener en su marcha á los hereges, envió tres legados á Constantinopla.

Estos se acercaron amistosamente á Cerulario con el fin de atraerlo á la buena causa; pero convencidos de que nada podian obtener, lo escomulgaron. Cerulario, aconsejado por su irritacion, se erigió en juez supremo, y lanzó sus excomuniones contra el Papa, contra los legados y contra los adictos al Papa y los legados. Además hizo escribir libros infamatorios contra el Papa, y los esparció con admirable profusion por todo el mundo católico. Sus calumnias revelaban su despecho. No podian tener fuerza, porque solo eran indicio de su cólera y su venganza.

En 1058, por su obstinacion, fue despojado de su dignidad y enviado al destierro, donde murió sin dar señales de penitencia.

XXI. En tiempo del Emperador Miguel Paleólogo, el cisma volvió á tener grandes proporciones; pero espantado este Emperador con los escándalos que el cisma ocasionaba, escribió una carta al Papa Gregorio X rogándole que en un Concilio pusiera término al cisma y bus-

para los medios mas aptos para llegar á la deseada union.

En el año 1272 se celebró un Concilio en Lyon, en el cual, despues de tratar de la Tierra Santa, de la disciplina de la Iglesia y otros asuntos importantes, se examinó con cuidado especialísimo la cuestion del cisma. Se redactó una fórmula de fé que debía ser admitida por todos los que quisieran la union. Fue llamado al Concilio el Patriarca de Constantinopla, y con el los demas prelados de Oriente que desearon seguirle.

XXII. Asistieron á este Concilio 500 Obispos, 70 abades y unos mil prelados y sacerdotes de inferior órden gerárquico. Se hallaron en él dos Patriarcas de Oriente, el de Constantinopla y el de Antioquia. Asistió San Buenaventura. Santo Tomás murió antes de llegar al Concilio en Fossanova. Presidió el mismo Soberano Pontífice. El acta de union fue firmada por todos, y los embajadores mismos de Constantinopla la suscribieron en nombre del Emperador Miguel. Terminado el Concilio, escribió Gregorio X una larga carta al Emperador, dándole cuenta de todo lo acordado y ocurrido en el Concilio.

XXIII. En la sesion cuarta se leyó la carta del Emperador Miguel Paleólogo, en la cual protestaba que su fé era la verdadera fé de la Iglesia romana; que admitia la *procesion* del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, como los católicos;

que no negaba la existencia del purgatorio; que admitia la validez de la Sagrada Eucaristia consagrada con pan ácimo; que, en fin, en lo eclesiástico se inclinaba ante el Soberano Pontífice, cabeza visible de toda la Iglesia. Despues de hacer esta declaracion, el Emperador rogaba que en todo lo que era disciplina, se le permitiese conservar el rito antiguo de los griegos. Muchos prelados de Oriente se espresaron en igual sentido.

XXIV. Leida la carta del Emperador, Jorge Acropolita, embajador de Constantinopla, declaró que su soberano admitia el credo de la Iglesia romana; que reconocia el primado universal del Soberano Pontífice; que jamás se apartaria de la fé que acababa de profesar. Los legados de los Obispos griegos hicieron la propia declaracion. Entonces los Padres del Concilio, llenos de júbilo, redactaron la profesion de fé, obligatoria para todos los fieles.

XXV. En Constantinopla se celebraron dos Sinodos para resolver las cuestiones que se suscitaban con motivo ó pretesto de los decretos del Concilio de Lyon. Los Emperadores se mostraban católicos con las palabras, y cismáticos con su conducta. Los griegos por desgracia, cada vez se fueron alejando mas de la Iglesia, no por fanatismo contra ella, sino por la ignorancia en que vivian y el sumo empeño con que se procuraba que no fuesen instruidos en la doctrina católica.

XXVI. En el año 1439 los griegos, viendo-se oprimidos por los turcos, volvieron sus ojos á Europa, y conocieron que no hay verdadera fé, que no es viva, que es muerta la fé, cuando no están unidos los hombres que la profesan al Soberano Pontífice.

Eugenio IV, que deseaba con ardor la reconciliacion de los orientales, convocó un Concilio en Ferrara, que despues, por causa de la peste fue trasladado á Florencia. Fueron invitados los griegos. Asistió el mismo Emperador Juan Paleólogo en persona. Le acompañaron el Patriarca de Constantinopla y muchos otros Prelados y sacerdotes y griegos, hasta el número de 700. Se examinaron de nuevo todos los puntos ya resueltos en el Concilio de Lyon. Marcos, Arzobispo de Efeso, fue el cismático mas obstinado. Se oponia con todas sus fuerzas á la admision de la palabra *Filioque*, por mas que hasta la evidencia se le demostrara, que si el vocablo era nuevo, la idea, la cosa que significaba, era tan antigua como la revelacion del Misterio.

El Concilio, sin embargo, mantuvo con nuevo decreto esta necesaria palabra.

XXVII. Despues se examinó la cuestion del pan que deberia adoptarse para la consagracion. Los griegos querian pan fermentado ó con levadura; los latinos lo querian ácimo ó sin levadura. Pero esta cuestion quedó bien pronto resuelta, porque todos convinieron, en

que lo esencial de la materia remota para este Santísimo Sacramento es el pan, y el tener ó no levadura, solo es variacion accidental que no afecta á la validez del Sacramento. En este sentido se redactó el decreto del Concilio, dejando á las dos Iglesias en libertad de seguir consagrando segun su antiguo rito. Los latinos adoptaron el pan ácimo, y los griegos el fermentado.

XXVIII. En lo tocante al Purgatorio, el Concilio estableció el dogma católico, no fundándolo ni creándolo, sino definiéndolo, declarando á todos los fieles cuál es la verdadera y única fé de la Iglesia.

XXIX. Tambien admitieron los griegos la doctrina católica acerca de la salvacion de los justos, y la gloria y la vision beatífica con que premia Dios á los que abandonan la vida con alma pura, ó á los que despues de la muerte se han purificado por medio de los tormentos del Purgatorio, borrando las manchas que en sus almas dejara el reato de pena temporal, ó las reliquias de los pecados ya perdonados por medio de la penitencia.

XXX. La cuestion del primado del Soberano Pontífice fue agitada con mucho calor. Tambien en este caso Márcos, Arzobispo de Efeso, combatió con lastimosa obstinacion la prerogativa del Vicario de Jesucristo, de la Piedra sobre la cual está fundada la santa é indestructible Iglesia de Dios. Desgraciadamen-

te, á pesar del decreto del Concilio, Márcos arrastró en pos de sí no pocos Prelados orientales.

XXXI. Los armenios, llamados por el Papa, vinieron al Concilio; pero eran tan ignorantes, que para profesar la fé, necesitaron estudiarla antes. También comparecieron los jacobitas, acudiendo al llamamiento del Soberano Pontífice.

El Emperador de Antioquia envió embajadores al Concilio, para dar testimonio de su obediencia al Papa.

Los griegos al llegar á Oriente olvidaron en su mayor parte lo definido en Florencia. En 1453 su imperio fue destruido por el alfange islamita. ¡Justo castigo de su obcecación!

CAPITULO X.

Heregias del siglo XI.

ARTICULO PRIMERO.

Estéban y Lisoyo, I.—Los nicolaitas y los incestuosos, II.—Berengario, III.—Su condenacion, IV.—Su condenacion y muerte, V.

I. No hubo heregias en el siglo décimo. Por esto no hacemos ni es posible hacer mencion de ellas, y desde el nono saltaremos al undécimo siglo.

La primera heregia de este siglo fue una especie de recuerdo del maniqueismo. Fueron sus autores ó fundadores dos sacerdotes apóstatas, llamados Estéban y Lisoyo. Tuvo principio esta secta en Orleans de Francia. Una señora italiana, olvidada de sus deberes de mujer, y amiga del escándalo y la desenvoltura, fue el mas activo agente de esta secta. Con su corrupcion logró la corrupcion de muchas almas.

Negaban estos heresiarcas la doctrina de la Iglesia acerca de la Trinidad, la Creacion, la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo y su Pasion Sagrada, el Bautismo, el Matrimonio, los premios y castigos, y otros dogmas que negaban ó desfiguraban de una manera escandalosa. Quemaban un niño á los ocho dias de nacido, y

guardaban sus cenizas para dárlas como Viático á los enfermos de esta secta.

Roberto, Rey de Francia, no pudiendo tolerar estos crímenes, condenó á muerte á los fundadores de esta secta, y murieron ambos abrasados por las llamas. (Fleury, lib. LVIII, n. 53.)

II. Otros heresiarcas en este siglo se apellidaron *nicolaitas* por el error que renovaron. Se fijaban principalmente en el odio al celibato de una manera radical.

Los *incestuosos* se empeñaban en hacer creer que los parientes en cuarto grado podían contraer matrimonio sin necesidad de dispensa.

III. Berengario nació en Tours. Estudió las ciencias sagradas y filosóficas y adelantó poco en ellas. Su ingenio bastante superficial, olvidando ó no comprendiendo las cosas grandes, se fijaba únicamente en las pequeñas, en las novedades ligeras, ó retruécanos de palabras. Conociendo su excesiva vanidad, Tulberto, su preceptor, no cesaba de inculcarle que renunciase á su propia opinion y en todo se amoldase á la enseñanza de la Iglesia.

Comenzó, sin embargo, á esponer sus errores en el año de 1047, siendo arcediano de Angers. Al principio impugnaba el matrimonio, el bautismo de los niños, y otros dogmas de nuestra santa fe; pero al fin se limitó á negar la presencia real de Jesus en la Sagrada Eucaristia. (Fleury, lib. LIX, n. 65.)

IV. Berengario fue condenado por primera vez en el año 1050 en un Concilio celebrado en Roma por el Papa San Leon IX. En el propio año, en otro Concilio celebrado en Vercelli, fueron condenados Berengario y Scoto Eri-gena. Reinando Enrique I, fueron condenados en otro Concilio de Paris. Víctor II, sucesor del Papa San Leon, en un Sínodo celebrado en Florencia condenó nuevamente á estos here-siarcas y sus errores en 1055. En este año, en un Concilio celebrado en Tours, habiendo sido convencido de su error por el sabio Lanfranco, Berengario abjuró, prometió abandonar su he-resia y no separarse jamás de la doctrina de la Iglesia. Pronto demostró que ó su conversion no había sido sincera, ó que su espíritu fluctuaba con todo viento de doctrina. Cayó nue-vamente en el error, y fue otra vez condenado en el año 1059 en un Concilio celebrado en Roma por el Papa Nicolás II. Tambien en este Concilio se arrepintió Berengario, confesó la fé católica, abjuró sus errores, y él mismo arrojó sus impíos libros en una hoguera.

Poco despues volvió á Francia, y con escán-dalo del mundo dejó la fé católica, volvió al error y publicó un libelo contra la Iglesia de Roma. Alejandro II, sucesor del Papa Nicolás, intentó convertirlo por medio del afecto y la correccion caritativa. Nada pudo lograr. El he-resiarca le contestó con escandalosa altanería. Por su obstinacion volvió á ser condenado en

un Concilio celebrado en Rouen en el año 1065. Este Concilio fue confirmado por otro de Poitiers del año 1075. Por último, el año 1079 Gregorio VII celebró un Concilio en Roma, en el cual Berengario se retractó y confesó el dogma católico con toda la apariencia de convicción y formalidad.

V. Esto, no obstante, al trasladarse á Francia, escribió un libro contra la abjuración que últimamente había hecho en la capital del Orbe católico.

Por fin, en el año 1080, en un Concilio celebrado en Burdeos, se convirtió con sinceridad, retractó su error, y admitió en todas sus partes la doctrina de la Iglesia. Murió el año 1088, á los noventa años de su edad, en el seno de la Iglesia, con todos los signos de una verdadera penitencia.

ARTICULO II.

Heregias del siglo XII.

—Los *petrobrobianos*, VI.—Enrique y sus discipulos, VII.—Son condenados, VIII.—Abelardo y sus errores, IX.—Es condenado, X.—Su conversion y muerte, XI.—Sus particulares errores, XII.—Arnaldo de Brescia, sus errores y su condenacion, XIII.—Su sedicion y muerte, XIV.—Gilberto Porretano, XV.—Varios hereges, XVI.—Los valdenses, XVII.—Sus errores y condenacion, XVIII.

VI. Los *petrobrobianos* tomaron nombre del monge apóstata, Pedro de Bruis, que fundó su secta. Los errores de este heresiarca eran monstruosos. Era enemigo de los templos, los altares, las cruces, y negaba muchos dogmas de la Iglesia.

Fue condenado en el Concilio de Tolosa, presidido por el Papa Calisto II, que se celebró el año 1119. Además sus errores volvieron á condenarse en 1139 en el Concilio segundo de Letran.

La muerte de Pedro de Bruis fue bastante digna de llamar la atención. En el mismo Viernes Santo juntó un gran número de cruces, y haciéndolas quemar, sobre sus llamas mandó asar una gran cantidad de carne para repartirla, en desprecio de la Iglesia, y hacer que la comieran en aquel mismo día las perso-

nas que le rodeaban. Las cosas sucedieron de otro modo. En la hoguera misma que para asar carne y darla á comer habia encendido, fue arrojado y quemado en el propio dia el mismo Pedro de Bruis. El preparó su suplicio.

¡Altos juicios de Dios!

VII. Por el año 1142, hubo un monge apóstata, llamado Enrique, que siguió á Pedro de Bruis, y aumentó el número y la iniquidad y el escándalo de sus sectarios. Enrique era elocuente, y con hipocresía supo grangearse fama de santidad. En el Mediodía de Francia tuvo muchos que le siguieran. Su moral era inmunda, su Religion absurda y su conducta solo podia mirarse como un horroroso conjunto de escándalos y sacrilegios.

De Mans pasó á Poitiers, de Poitiers á Tolosa, y en este último punto esparció principalmente su venenosa doctrina. San Bernardo (epístola 241), dice describiendo los males que causaban estos heresiarcas, que por su predicacion, corrompidos los pueblos, se despreciaban los Sacramentos, se insultaban los sacerdotes y eran violadas todas las cosas sagradas.

Enrique era de corrompidas costumbres. Su vida era licenciosa. Se cuentan de él crímenes que llenan de rubor. Eugenio III le envió legados para que lo convirtieran. Entre ellos, era uno San Bernardo, quien en el año 1147 (en la epístola 242), se gloria de que no fue infructuosa su mision contra estos hereges. Ya com-

prenderán nuestros lectores que San Bernardo se gloriaba, no por él, como haria un hombre vanidoso, sino por Dios, de quien descende todo don perfecto, y quien solo puede dar incremento á las buenas obras.

VIII. El legado Alberico escomulgó á todos los que siguieron al nuevo jefe de secta. San Bernardo prometió á Enrique llevárselo á Claraval y admitirlo allí como monge, si queria hacer penitencia. Pero Enrique huía del Santo abad. Este no obstante, lo seguia predicando con mucho fruto en todos los pueblos contaminados por la heregia. Enrique cayó por último en poder de la autoridad legítima. No se le impuso ningun castigo ejemplar; pero no volvió mas á dar ruido en el mundo. Probablemente desterrado en algun pais lejano, encerrado en un monasterio, pasó el resto de sus dias sin atormentar á la Iglesia.

IX. Pedro Abelardo nació en una pequeña poblacion, cerca de Nantes, el año 1079. Enseñó teología y filosofia con mucho crédito en Paris. Era elocuentísimo, sutil, muy erudito, y aun mas lleno de vanidad que de erudicion. Su vida está llena de anécdotas que aquí no deben referirse. Sus escándalos con la sobrina del canónigo Fulberto, Eloisa, lo llenaron de confusion, y despues de mil y mil contratiempos, le obligaron á encerrarse, lleno de rubor, en un monasterio. En él vivió poco tiempo. Se trasladó á una propiedad del conde Champagne, en

la cual fundó una escuela que adquirió mucha celebridad. Escribió también un libro con bastantes errores acerca de la Santísima Trinidad. Este libro fue condenado en 1121 en un Concilio celebrado en Soissons. Abelardo, con sus propias manos, arrojó su obra al fuego.

X. Abelardo, á pesar de esto, continuó enseñando y proclamando su errónea doctrina, por el largo espacio de diez y ocho años. San Bernardo intentó corregirlo caritativamente; pero no adelantó nada. En un Concilio celebrado en Senz el año 1140 debía Abelardo defender sus doctrinas; pero no se atrevió, porque sabia que eran falsas, que las impugnaria San Bernardo, que saldría vencido y aun confundido en la conferencia, que, en fin, el Concilio no podía menos de condenar sus errores y aun condenarlo á él si no se enmendaba. Abelardo, no obstante su jactancia, temió entrar en cuestion con San Bernardo. Este Santo Doctor, sin embargo, examinó sus obras, las refutó y demostró hasta la evidencia que habia en ellas muchas proposiciones que debian ser condenadas. Lo fueron en efecto. Abelardo apeló á Roma, y aunque su apelacion era nula, por respeto á la Cátedra Pontificia, no quisieron los Padres, estando la cuestion pendiente de la resolucion definitiva, pronunciar el anatema contra el mismo Abelardo. El Papa confirmó la sentencia del Concilio, y como herege **anatematizó al nuevo heresiarca.**

XI. Antes de saber la resolución del Papa, Abelardo se encaminaba á Roma con el intento de seguir su apelación. Al pasar por Cluny encontró al abad de este célebre monasterio, quien, en unión con el abad del Cister, lo persuadieron á que fuera á Claraval y se reconciliara con San Bernardo. Así fue en efecto. Abelardo recibió la bendición de San Bernardo, conoció y retractó sus errores, y con la oportuna licencia de la Santa Sede, se encerró en Cluny, donde vivió de una manera ejemplar hasta poco antes de su muerte. A los dos años de estar en este monasterio, experimentó una horrible enfermedad, que puso en peligro su vida. Por cambiar de temperatura, se le trasladó al Priorato de San Marcelo en la Borgoña, donde murió como buen católico, después de recibir con edificación todos los Santos Sacramentos, el día 21 de abril de 1142, á los 62 años de edad.

XII. Los errores de Abelardo son muchos. Son heréticas las fórmulas con que intenta explicar el misterio de la Trinidad. Sostenía que el Padre tiene todo el poder, él Hijo algún poder, y el Espíritu Santo no tiene poder ninguno. Esto era destruir la unidad de Dios, era, en una palabra, negar á Dios. Como los pelagianos, sostenía que el hombre puede hacer el bien sin auxilio de la Divina Gracia. Además cayó en varios otros extravagantes errores, acerca del pecado original, de la Encarnación,

de la humanidad de Jesucristo, etc., etc. Algunos escritores han querido defenderlo, diciendo que estos errores no eran suyos. Esto equivale á decir que no sabían leer los hombres, los Prelados, los santos Doctores, los Concilios y aun los Papas de su tiempo. Esto es insostenible. ¿Por qué no dijo Abelardo al ser impugnado por San Bernardo: ¿yo no he sostenido eso; esas no son mis palabras; esos errores, en fin, no son míos? Abelardo no protestó, porque era acusado con verdad y justicia.

XIII. Arnaldo de Brescia, el turbulento heresiarca, enemigo de la Santa Sede, fue discípulo de Abelardo, y se infestó con todos sus errores. Se vistió de monje, y en el año 1138 comenzó á esparcir su perniciosa doctrina. Declaró una implacable guerra á los sacerdotes, á los Obispos, al Papa mismo, por lo que él llamaba bienes temporales. Sublevaba con la vehemencia de su predicación declamatoria á los pueblos. Ocasionó daños y escándalos irreparables.

El año 1139 fue condenado en el Concilio segundo de Letran. Ya condenado, se trasladó Arnaldo á Zurich, en la diócesis de Constanza. Allí, por la apariiencia de virtud que nunca abandonaba, hacia gran daño á la Iglesia. San Bernardo escribió al Obispo de Zurich y al legado del Papa, encargándoles que ejercieran una eficaz vigilancia sobre Arnaldo para evitar

que impunemente sedujera con su hipocresía á los mas sencillos fieles.

XIV. Arnaldo fue á Roma el año 1145, el primero del pontificado de Eugenio III. Con sus declamaciones contra el poder temporal del Papa, y su empeño en restaurar la antigua república ó imperio romano, con sus Senadores, sus Patricios, etc., etc., dió margen á disturbios y sediciones sin cuento. En una conjuración fue vencido y hecho prisionero, y juzgado segun las leyes, fue condenado á muerte. La pena de fuego era comun en aquel tiempo, y Arnaldo fue quemado y sus cenizas arrojadas al Tíber.

XV. Gisberto Porretano nació en Poltiers. Primero fue Canónigo y despues Obispo de esta ciudad. Poseia grandes conocimientos en filosofía y teología. Era, sin embargo, bastante adicto á las novedades y sutilezas.

Cayó en muchos y trascendentales errores acerca de la Trinidad, la Encarnacion, el Bautismo y la predestinacion. Fue condenado por Eugenio III, el año de 1145. Gilberto, con humildad, aceptó la condenacion, retractó sus errores y volvió al seno de la Iglesia.

XVI. En este siglo hubo otros hereges poco notables. Folmaro erró acerca de la Sagrada Eucaristia, no negando el Misterio, sino por la manera con que lo explicaba.

Tanchelino erró acerca de la Sagrada Eucaristia y del Orden sacerdotal, asegurando que

la Comunión no aprovechaba al alma, y que el sacerdocio no es de institución divina.

Joaquín, abad de la Calabria, compuso un libro contra Pedro Lombardo, en el cual sentó algunas proposiciones no ortodoxas en lo tocante al dogma de la Santísima Trinidad. Este libro fue condenado por Inocencio XI en el Concilio III de Letran, celebrado el año 1215. Joaquín al morir, sometió su obra al juicio de la Iglesia. Por esto Honorio III, sucesor del Papa Inocencio, no quiso que el abad Joaquín fuese contado entre los hereges.

Por el mismo tiempo aparecieron otros hereges, llamados *apostólicos*, que aparentaban una gran perfección, condenaban el matrimonio, y se entregaban al propio tiempo á todo linaje de desórdenes.

XVII. Pedro Waldo fue el fundador de la secta que lleva su nombre. Los valdenses aparentaban ser hombres perfectos, aunque en realidad estaban manchados con todos los más inmundos crímenes. Renunciaban á la riqueza propia, y atentaban contra la propiedad ajena.

En poco tiempo, solo en Poitiers, tuvieron los valdenses 41 escuelas de su secta. De ellos nacieron muchas sectas, de las cuales aquí no podemos hablar en particular. Baste decir, que estos heresiarcas tomaban el nombre de la bondad que se atribuían, de los jefes á quienes seguían, ó las ciudades de que procedían.

XVIII. Estos hereges condenaban los bro-

nes temporales en la Iglesia, perseguían al clero, aborrecían al Papa, despreciaban casi todos los Sacramentos, se burlaban de las Ordenes religiosas, escarnecían las Sagradas imágenes, fueron, en fin, los precursores de los albigenses, como estos y los Wicleffitas allanaron el camino á la reforma protestante.

Los valdenses fueron condenados primero por el Papa Alejandro III, en el año 1176, en el Concilio de Tours; y mas tarde, en los Concilios III y IV de Letran en los años 1179 y 1215.

ARTICULO III.

—Los albigenses, XIX.—Sus costumbres, XX.—Su obstinacion, XXI.—Su antipapa, XXII.—Santo Domingo, XXIII.—Montfort y su victoria, XXIV.—Su muerte. Ruina de los albigenses, XXV.—Sentencia del Concilio de Letran, XXVI.—Almerico, sus errores y su condenacion, XXVII.—Guillermo de San Amor, XXVIII.—Los Flagelantes, XXIX.—Los hermanitos, XXX.—

XIX. Los albigenses comenzaron á esparcir sus detestables máximas en Albi, ciudad que les dió el nombre, por el año 1198.

Despreciaban el Antiguo Testamento y del Nuevo solo admitian lo que les parecia, segun el capricho ó las conveniencias del momento. Despreciaban la autoridad de los santos Doctores de la Iglesia. Admitian como los maniqueos,

dos dioses, ó dos principios, malo el uno, bueno el otro. Veían que el Santo Bautismo no aprobaba á los niños. Condenaban el matrimonio. Sostanian que los Prelados y los Obispos no debían ser obedecidos. Rechazaban el culto. Eran en fin, una especie de sentina, en la cual se habian amontonado todos los errores de los siglos que les habian precedido.

XX. Las costumbres de los albigenses eran horriblemente escandalosas. No conocían freno en sus crímenes. Se entregaban al robo, al adulterio, al sacrilegio y al asesinato con un descaro que mas aun que por el crimen, por el estado de depravacion que revela la manera con que los crímenes eran perpetrados. Bebian como agua la iniquidad.

XXI. Los albigenses fueron al principio tratados por la Iglesia con mucha mansedumbre. Inocencio III les envió legados y predicadores para que les anunciaran la verdad, y los exhortaran á penitencia. En todas las disputas fueron vencidos por los misioneros. El Obispo de Osma y Santo Domingo de Guzman, predicaron en los paises infestados por la secta de Albi. Los hereges, no haciendo caso de la predicacion, apelando á la violencia, burlándose quizá de la mansedumbre del Papa, asesinaron traidoramente al legado Pedro de Castelnau. Este embajador de la Santa Sede, al sentirse herido de muerte, volvió los ojos á su verdugo y le dijo: «¡Dios te perdone, como yo

te he perdonado!» Este es el rencor de los enviados de la Santa Sede, contra los albigenses.

XXII. Los albigenses no contentos con separarse del Vicario de Jesucristo, queriendo levantar altar contra altar, crearon un anti-papa á quien juraban obediencia. Estando este lejos de Tolosa, nombró como vicario suyo á un tal Bartolomé que se hallaba entre los sectarios y los empujaba por el sendero de la iniquidad.

XXIII. Santo Domingo puede ser considerado como el enemigo capital de los albigenses. Por el largo espacio de nueve años necesó de predicar y escribir contra ellos. La Orden de Santo Domingo se encaminaba con su predicacion y con todas sus saludables prácticas, á estirpar el veneno sembrado en la sociedad por los herejes de Albi.

Muchos milagros hizo Santo Domingo para demostrar la verdad de su predicacion; solo mencionaremos dos.

Habia escrito Santo Domingo una disertacion para convencer á un albigense. Este se la pidió para examinar los textos que citaba. El Santo no tuvo el menor inconveniente en entregársela. Por la noche, estando en derredor del fuego aquel herejiano, con otros muchos herejes como él, mostró á todos el escrito de Santo Domingo que tenia en su poder. Al verlo, dice uno: arrojémosle al fuego, y si arde, lo que dice es falso; y si no arde, lo que dice es

verdadero. El escrito fue arrojado al fuego por tres veces, y no ardió en ninguna.

Este prodigio no necesita comentarios.

En otra ocasión disputaba un albigense con Santo Domingo, y para resolver la cuestión, acordaron que los argumentos de ambas partes se escribieran y el pergamino que los contuviese fuera arrojado á las llamas: el que ardiera, debería ser considerado como reprobado por el mismo Dios. Acepta Santo Domingo el reto; los dos escritos son lanzados al fuego; el del herege se convierte en cenizas, y el del Santo fundador sale ileso de tan duras pruebas.

Este milagro abrió los ojos de muchos herejarcas, y los trajo de nuevo á la santa fé de Jesucristo.

XXIV. Los albigenses se convirtieron en un ejército armado, que apelando á la rebeldía, con la violencia querían lograr el triunfo que no podían darles sus raciocinios. Mientras estos hereges quisieron disputar, la Iglesia les contestó con razones, con doctores y predicadores. Cuando por el contrario, tornándose en soldados, quisieron combatir, los católicos necesitaron unirse para rechazar su agresión. Este fue el origen de la cruzada contra los albigenses. Publicóla el Sumo Pontífice el año 1210, concediendo á los cruzados las mismas indulgencias que se concedían á los de Jerusalem. Muchos se unieron al ejército católico de Montfort, contra el ejército de la heregía, mandado

por el conde de Tolosa. Dióse la primera batalla en las cercanías de Tolosa. Los albigenses eran mas de cien mil hombres; los católicos muchos menos en número; pero tuvieron tan buena fortuna, que obtuvieron, gracias á la confusion de sus contrarios y la visible proteccion del cielo, una señaladísima victoria. Los hereges fueron completamente derrotados. Mas de treinta mil quedaron en el campo de batalla. El ejército católico tuvo pérdidas tan insignificantes, que apenas llegaron á ciento sus bajas.

XXV. El conde Montfort murió el día 25 de junio de 1218 en el segundo asalto de Tolosa. Su muerte merece aquí especial mencion. Estaba en el templo haciendo oracion; le dicen que el enemigo se acerca, y él esclama: «Dejadme que vea el Santísimo Sacramento.»

Vuelven á decirle que el enemigo está ya encima, y él replica: «Permitidme que adore al Santísimo.»

Cuando hubo adorado la Sagrada Hostia, al levantarse, dijo: «Muramos por Aquel que ha querido morir por nosotros.»

Entró en la accion, llevaba ventajas notables sobre el enemigo, se acercó demasiado á la muralla, y con una piedra lanzada por una máquina, los albigenses le destrozaron la cabeza, y quedó muerto casi instantáneamente.

La guerra duró aun mucho tiempo. El hijo

de Simon de Montfort no heredó con el conde el valor ni la pericia militar de su padre.

Luis VII, Rey de Francia, continuó la guerra y murió en 1236, poco después de apoderarse de Aviñon. A este monarca sucedió en el mando del ejército católico el Rey San Luis, quien tuvo la fortuna de poner fin á la guerra, haciendo un tratado de paz con el hijo del conde de Tolosa.

Los que miran á los albigenses como inocentes víctimas, deberían tener en cuenta que eran muchos y poderosos; que ellos eran los invasores; que ellos, con sus actos de crueldad, llenaron de terror la cristiandad entera; que, en fin, si en unas ocasiones eran castigados como vencidos, en otras imponían terribles castigos como vencedores. Acerca de este punto, véase nuestra obra *El Papa y los gobiernos populares*. (Tomo II, cap. VIII y IX.)

XXVI. Estos herejes fueron condenados en muchos Concilios particulares, que pueden verse en la obra y lugar citados en el párrafo anterior. También fueron condenados por Innocencio III en el Concilio lateranense cuarto, celebrado el año 1215. En el decreto de condenación, este Concilio enumera todos los errores de los albigenses, y enfrente de ellos pone todos los verdaderos dogmas de la Iglesia.

XXVII. Almerico inventó el extravagante error de que para salvarse todos los hombres debían creer que eran miembros reales, mate-

riales de Cristo. Este error fue condenado por la Academia de Paris en 1207. Almerico apeló al Papa, y el Papa no solo confirmó la primera sentencia, sino que obligó al heresiarca á que se retractara públicamente de su torpe error. Así lo hizo.

Los discípulos de Almerico añadieron á este otros errores aun mas estrambóticos. Todos fueron condenados en 1215 en el Concilio cuarto de Letran.

XXVIII. Guillermo de San Amor, doctor de la Sorbona, se declaró acérrimo adversario de las Ordenes religiosas llamadas *mendicantes*, que profesaban la pobreza. En su libro *Arversus mendicantes* sentó muchas proposiciones impías, que en un sólido y bellissimo *opúsculo* refutó Santo Tomás de Aquino. Los errores de Guillermo fueron condenados por Alejandro IV el año 1252.

XXIX. En 1274 comenzó en Perugia la secta de los flagelantes. Esta heregia fue bastante singular. Sus secuaces decian, que no podia salvarse todo el que por el espacio de un mes no se azotase de una manera horrible dos veces todos los dias. Despreciaban á los cristianos que buscaban la perfeccion por distinto camino, y llegaron sus escándalos hasta el punto de que el Papa Clemente VI tuviera que condenarlos y escribir á los monarcas de Alemania, Inglaterra y Francia, advirtiéndoles que debian adoptar precauciones contra los sedi-

ciosos *flagelantes*. Parece mentira que hiciera tantos prosélitos una secta tan estúpida. (Fleury, libro LXXXIV, n. 62.)

XXX. También pulularon mucho en el siglo XIII los hereges llamados *hermanitos*. Los fundadores de esta secta fueron dos frailes de San Francisco, ambos apóstatas, Pedro de Macerata y Pedro de Fosombrone. Obtuvieron estos la oportuna licencia para reunirse en un lugar solitario, del Papa Celestino V. Este Soberano Pontífice autorizó la piedad, porque en su tiempo aun no se habia vislumbreado el crimen. Bonifacio VIII, conociendo el espíritu y la doctrina de la nueva secta, la condenó como herética, pues queria introducir una absurda distincion en la Iglesia, dividiendo los fieles en *justos*, que eran ellos, y *carnales*, que eran todos los que no les seguian.

En 1318 condenó también el Papa Juan XXII esta heregia.

ARTICULO IV.

Heregias del siglo XIV.

— Los *beguardos* y *beguinas*, XXXI.— Marcillo de Pádua y Juan Jandúno, XXXII.— Juan Wicleff, XXXIII.— El Arzobispo de Cantorbery, XXXIV.— El Concilio de Constanza, XXXV.— La presencia real, XXXVI y XXXVII.— Muerte de Wicleff, XXXVIII.

XXXI. Los *beguardos* y *beguinas*, pueden considerarse como divididos en dos clases: unos que fueron buenos y jamás se apartaron de la fé, y otros, que creyéndose perfectos, sostenian que para ellos ya no existia peligro de pecar, ni cosa que fuese mala, ni ley que les fuese obligatoria. Estas máximas no podian dejar de ser condenadas, y lo fueron por el Papa Clemente V en 1311, en el Concilio general celebrado en Viena del Delfinado.

XXXII. La heregia de Marsilio de Pádua y Juan Janduno, condenada como herética por el Papa Juan XXII, se reducía á tres puntos:

- 1.º Negar la gerarquía divina de la Iglesia.
- 2.º Entregar la Iglesia al Emperador, á la potestad civil.
- 3.º Despojar á las potestades eclesiásticas de toda fuerza coactiva.

Esta heregia, en una palabra, era el protestantismo puro ó el jansenismo tal cual se comprendia en el Sínodo de Pistoya y Prato.

XXXIII. Juan Wicleff comenzó á diseminar sus errores en el año de 1374. El origen de su apostasía fue una venganza. Era elocuente y tenia instrucción. Sus doctrinas tuvieron prosélitos y produjeron escándalo. En un Concilio reunido en Lóndres, Wicleff, habiendo explicado sus máximas erróneas lo mejor que pudo, dándoles ante el tribunal interpretaciones católicas, fue absuelto, con la condición de que en lo sucesivo guardaria silencio. Esta injusta y cruel indulgencia, produjo resultados funestísimos.

XXXIV. Se unió á Wicleff un sacerdote apóstata llamado Boley. Este por sus grandes crímenes habia estado en la cárcel mucho tiempo. Tenia grande ódio á los nobles y á los ricos, y comenzó á predicar por todas partes el exterminio, la muerte de los que eran nobles ó poseían riquezas. Con esta infame predicacion se rodeó bien pronto de 200,000 demagogos, que siempre se encuentran en los países corrompidos, oqualquiera que sea el nombre de su gobierno.

Se acercaron al Rey; el monarca no quiso recibirlos; se hizo cundir la voz de que su negativa era debida al Arzobispo de Cantorbery, y el santo Prelado fue al punto inhumanamente asesinado.

XXXV. Los errores de Wicleff fueron condenados por un Concilio de Lóndres, por la Universidad de Paris, por el Papa Juan XXIII,

y ademas en el Concilio de Constanza, en la sesion VIII, el año de 1415.

Los artículos de Wicleff, condenados en Constanza, son 45. No los enumeramos. Basta con decir, que están conformes en todo con lo que hemos apuntado de su heregia. Guerra al Papa, á los Obispos, á las Ordenes regulares, á los magistrados civiles, á todo, en fin, lo que sea autoridad.

Esta heregia no podia ser tolerada por ningun gobierno que quisiera no morir de una manera ignominiosa.

XXXVI. Los wicleffitas negaban ó desfiguraban el dogma de la Sagrada Eucaristia. Por esto en aquel tiempo quiso Dios, que no solo con la razon, sino que tambien con milagros, fuese defendida la verdad católica. Contaremos solo dos prodigios.

Celebraba el Santo Sacrificio de la Misa Enrique Oton, sacerdote de la diócesi de Wirtzburgo. Por un descuido, el cáliz ya consagrado se le derramó sobre los corporales. En medio del lienzo bendito se grabó, con una perfeccion admirable, la imágen del Salvador y la de muchas piadosas Verónicas, que le limpiaban la sangre y el sudor del rostro. El sacerdote Enrique quiso ocultar el prodigio; pero hallándose en la hora de la muerte, lo confesó de una manera pública, y manifestó dónde estaba el corporal, objeto del milagro. Lo buscó y encontró la autoridad eclesiástica, y despues de hacer muchas y

esquisitas investigaciones críticas, fue declarada la autenticidad del prodigio. El Soberano Pontífice, en un breve con fecha 31 de marzo de 1445, permitió que se tributase especial honor al lugar del suceso, en memoria de tan singular milagro.

XXXVII. En Polonia unos cuantos hebreos, seduciendo con dinero á cierta criada católica, lograron apoderarse de una Hostia consagrada.

En una taberna, colocándola sobre una mesa, en medio de horribles blasfemias, los judíos comenzaron á destrozar con un instrumento cortante la Sagrada Forma. Notaron que despedía sangre por todas sus heridas, y llenos de terror la enterraron, ocultando el prodigio, en un jardín inmediato.

Pasó poco tiempo, y al recorrer un joven campesino aquel lugar, observó que desde la tierra se elevaban al cielo admirables resplandores. Se llena de religioso pavor, lo anuncia á sus padres, estos á la autoridad pública y el clero y el gobierno civil, con la debida reverencia se acercaron al lugar santo, y en medio de un inmenso gentío, comprobaron la completa exactitud de lo que en su nombre contaba el muchacho.

En memoria de este hecho, Wenceslao, Rey de Polonia, mandó edificar un templo en el mismo sitio en que el Arzobispo de Gnesnesse juraba haber visto los celestiales resplandores de la Sagrada Forma.

Los impíos se reirán de estos milagros; nosotros los creemos, y tenemos compasión de los impíos. Es lo único que contestamos á los espíritus soberbios, que se atreven á poner límites al poder infinito de Dios.

XXXVIII. La muerte de Wicleff fue horrible por las circunstancias que la acompañaron. Tenia preparado un violento y sacrílego discurso contra el mártir Santo Tomás de Cantorbery. Se gloriaba de desprestigiarlo en Inglaterra. De repente se vió acometido por una enfermedad que le causó la muerte. Nosotros vemos aquí el dedo de Dios. *Digitus Dei est hic.*

ARTÍCULO V.

Herégias de Juan de Hus y Gerónimo de Praga.

—Juan de Hus, XXXIX.—Es condenado, XL.—Sus errores, XLI.—Asiste al Concilio de Constanza, LXII.—Intenta fugarse, XLIII y XLIV.—Su obstinacion, XLV.—Su muerte, XLVI.—Gerónimo de Praga. Su muerte, XLVII.—Guerra de los *Hussites*, XLVIII.

XXXIX. En los primeros años del siglo xv, en tiempo del Rey Wenceslao, penetró en Bohemia la heresia de Wicleff. La Universidad de Praga, tan célebre entonces, se hallaba profundamente dividida entre los representantes de las diversas naciones que la formaban. Juan de Hus, hijo de padres muy pobres, enemigo

del partido tudesco, con su talento logró ponerse al frente de la fraccion de Bohemia, y por su orgullo y venganza se dejó arrastrar por espíritu de oposicion hasta proclamar la heregia wicleffita. Como era pobre y de nacimiento humilde, por despecho tronaba contra los nobles y los ricos. Esta fue la razon que tuvo para adoptar el pernicioso sistema de Wicleff.

XL. Juan de Hus tradujo á la lengua de Bohemia los libros de Wicleff. Tuvo algunos prosélitos, principalmente entre los doctores poco considerados y las gentes desvalidas. Sabido es que la nueva doctrina solo halagaba á las gentes *despechadas* que pretendian ejercer la venganza, olvidando todos los preceptos de Dios y todas las leyes del mundo.

Uno de los que siguieron á Hus, fue Gerónimo de Praga, quien en 1408, con el propio Hus, habia firmado la condenacion de las obras de Wicleff.

Los husitas fueron condenados en un Sínodo de Praga. Hus apeló al Papa, y en Roma se confirmó la sentencia del Sínodo.—

Los husitas sin ningun freno ni miramientos, continuaron predicando sus falsas teorías, y proclamando por todas partes sus máximas sediciosas. ¡Duro escarmiento han sufrido los gobiernos que cometieron el escandaloso crimen de tolerar aquella funestísima predicacion!

XLII. Los errores de Hus, con escasa diferencia en la forma, en el fondo son muy parecidos á los de Wicleff. Su heregia en efecto no era en sustancia mas que un ataque sistemático á toda autoridad legítima. Era la demagogia moderna con una tintura religiosa en la superficie. Aunque en lo exterior, en las palabras con que se espresaba parecia cosa de fé, en la realidad, en su espíritu, en su doctrina, era un sistema esencialmente mundano, que tendia á negar el órden sobrenatural, destruir la gerarquía eclesiástica, suprimir la autoridad civil y restablecer el estado de las selvas. Aunque quizá los husitas no veian estas consecuencias, es lo cierto que sus principios arrastraban hácia ellas. El hombre que se despeña no vé ni sabe lo que hay en el fondo del abismo en que ha de sepultarse, y sin embargo, su caída naturalmente lo lleva al fondo del abismo. Todo el que se coloca al lado de un precipicio, es responsable de las consecuencias de su temeridad.

XLII. En 1413, en un Concilio romano, fue condena la heregia de Wicleff. Juan de Hus, al saberlo, se indignó contra los Padres del Concilio, y comenzó á infamarlos con satánica furia. En 1414 se reunió el Concilio de Constanza. Prévio un salvo-conducto, Juan de Hus asistió al Concilio; pero tan engreido estaba, y tan confiado en la impunidad del salvo-conducto, que en la misma Constanza comenzó á

predicar, según su costumbre, declamando de una manera horrible contra los Papas, los Obispos, los Emperadores y todos los legítimos representantes de la autoridad de Dios en la tierra. Hus había recibido un salvo-conduto para sus crímenes pasados; pero no recibió, ni pudo recibir nunca un cartel de impunidad para sus atentados futuros. Si podía no ser castigado por sus crímenes, perpetrados en Bohemia, no pudo quedar sin escarmiento por los seditiosos discursos, por los insultos y furibundos ataques que en Constanza dirigía a todas las dignidades eclesiásticas y civiles.

En Constanza, pues, sin violar el salvo-conduto, Juan de Hus fue preso, y condenado a morir en las llamas. Debemos advertir, que momentos antes de perecer, todavía se rogaba al heresiarca que retractase sus errores y sería perdonado. Él mismo se dió la muerte.

XLIII y XLIV. Al llegar Hus a Constanza, con jactanciosa insolencia puso el salvo-conduto en la esquina de la ciudad y aun en las puertas de las Iglesias. Esto no podía menos de ser considerado como una especie de insulto, ó como un alarde de ciega confianza en su impunidad. No obstante el hallarse suspenso por su propio Obispo, comenzó á celebrar, despreciando la censura de una manera pública, el Santo sacrificio de la Misa. Además, en todas partes ensalzaba á Wicleff, ponderaba su doctrina, y tronaba contra los Prelados de la Iglesia y los

magistrados civiles, diciendo que estaban en pecado mortal, y porque estaban en pecado mortal habian perdido su autoridad. Esto, unido á la tenacidad con que sostenia que *populares possunt ad sum libitum dominos delinquentes corrigere*, no podia menos de llamar la atencion de todos los magistrados de Constanza. Hus intentó evadirse; pero fue descubierto y reducido á prision.

XLV. Hus fue citado al Concilio para que con toda libertad defendiese sus doctrinas. No pudo hacerlo, no por falta de libertad, sino por carencia absoluta de razon. Tan monstruosos errores no pueden nunca ser justificados.

Varios Obispos y caballeros de Boemia, el Cardenal Cembray, el mismo Emperador, trabajaron mucho para obtener su retractacion. No pudieron conseguirla. Lo que aquí asombra, no es el castigo justísimo que se impuso á Juan de Hus, sino el empeño *absurdo* que habia en hallar pretesto para perdonarlo. Los gobernantes en aquel siglo estaban ciegos. No comprendian siquiera cuáles eran, cuáles habian de ser por fuerza las consecuencias funestísimas de la impia y antisocial heregia de Hus.

XLVI. El Concilio pronunció la sentencia contra Hus. Fue entregado al brazo secular, y el duque de Babiera lo entregó á los ministros de la justicia, y murió obstinado. Los que censuran á los Padres de Constanza por el castigo que impusieron á Hus, deberían igualmente

te censurar á todos los gobiernos, sin exceptuar los *mas populares*, porque jamás se ha conocido un gobierno tan lleno de magnanimidad como el de los Padres de Constanza. Los jefes de sedicion, cuando no quieren ni aun decir que se arrepienten; cuando se muestran horriblemente obstinados, no pueden ser nunca tratados con indulgencia. No hay ley que no los condene. Absolverlos es condenar á los pueblos. La libertad de los rebeldes es la muerte para los hombres pacíficos.

XLVII. Gerónimo de Praga fue tambien castigado de una manera ejemplar en Constanza. Se le demostró hasta la evidencia que era reo de los mismos crímenes que su maestro Juan de Hus, y que como él habia promovido sediciones armadas en muchos puntos. No pudo negar estos cargos, porque se fundaban en hechos notorios, evidentes. En 1414 se retractó en el Concilio, pero luego dijo que su retractacion era nula, porque se la habia arrancado el miedo. En 1415 comparció de nuevo ante el Concilio, y mostrándose obstinado, como sedicioso fue entregado al brazo secular. El Patriarca de Constantinopla y el Obispo de Lodi, trabajaron mucho para convertirlo; pero nada lograron. Gerónimo de Praga murió en una hoguera.

XLVIII. No acabó la heregia con la muerte de estos heresiarcas. Sus discípulos continuaron esparciendo sus errores en Alema-

nia, y al mando del temido Cisca, dueños de Bohemia, en batallas campales vencieron en tres distintas ocasiones á los grandes ejércitos del Emperador Segismundo. Digase si una secta que obra así puede ser dejada en plena libertad para que trastorne al mundo.

Todo error contra la fé, entraña un principio de ruina para la autoridad civil y la negacion de la paz para los pueblos.

Et nunc reges intelligite!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS Y MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO
PRIMERO. ●

	Página.
Prólogo.	V

CAPÍTULO PRIMERO.

<i>Heregias del primer siglo.</i> —Simon Mago, I.—Menandro, II.—Cerinto, III.—Ebion, IV.—Saturnino, V.—Basílides, VI.—Los nicolaitas, VII.	8
--	---

CAPÍTULO II.

<i>Heregias del siglo II.</i> —Carpócrates, I.—Valentino, II.—Epifanes, III.—Prodicus, IV.—Taciano, V.—Severo, IV.—Cerdon, VII.—Marcion, VIII.—Apelles, IX.—Montano, X.—Catafrigos, Artoritos, Pepucianos, Ascodrógitos y Patalorinchitos, XI.—Bardasano, XII.—Teodoto, Artemon y Teodoto el platero, XIII.—Hermógenes, XIV.	17
--	----

CAPÍTULO III.

<i>Heregias del siglo III.</i> —Praxeas, I.—Sabelio, II.—Pablo de Samosata, III.—Manet, IV y V.—Tertu-	
--	--

Eano. VI.—Orígenes. VII á XI.—Novato y Novaciono. XII, XIII y XIV.—Nepote, los Angélicos y Apostólicos, XV.	38
---	----

CAPÍTULO IV.

<i>Heregias del siglo IV.</i> —ARTICULO PRIMERO.—El Cisma, I y II.—Heregia de los <i>donatistas</i> , III.—Confutacion de San Agustin, IV y V.—Los Circuncisiones. V.—Conferencia ordenada por Honorio, VI.—Muerte de San Marcelino y Concilio de Cartago, VII.	62
ARTICULO II.— <i>De la heregia de Arrio</i> , I.—Origen de Arrio, VIII.—Sus errores y favorecedores. IX.—Sínodo de Bitinia, X.—Sínodo de Osio en Alejandría. XI.—Concilio ecuménico de Nicea, XII.—Condennación de Arrio, XIII.—Fórmula de fe, XIV. XV y XVI.—Destierro de Eusebio de Nicomedia y Carta maligna de Eusebio de Cesarea, XVII.—Destierro de Arrio, XVIII y XIX.—Decreto sobre los cuatordecimanos, XX.—Cánones. XXI.—Fe del Concilio, XXII.	77
PARRAFO II.—San Atanasio nombrado Obispo de Alejandría. XXIII.—Concilio de Tiro. XXIV.—Acusaciones contra San Atanasio y su destierro, XXV.—Arrio espulsado de Alejandría, XXVI.—Su perjurio y horrenda muerte, XXVII.—Bautismo de Constantino y su muerte, XXVIII.—Division del imperio. XXIX.	97
PARRAFO III.—Eusebio de Nicomedia, Obispo de Constantinopla. Sinodos de Alejandría y Antioquia, XXX.—Concilio de Sardica, XXXI.—Concilio de Arlés, XXXII.—Concilio de Milán y destierro del Papa Liberio. XXXIII.—Destierro de Osio, XXXIV.—Caída	

de Osio, XXXV.—Falsa caída de Liberio, XXXVI.	
—Primera fórmula de Sirmis, XXXVII.—Segunda,	
XXXVIII.—Tercera, XXXIX. — ¿Qué fórmula sus-	
cribió el Papa? XL.—Suscribió la primera, XLI y	
XLII.—Vuelta de Liberio á Roma. Muerte de San	
Félix, XLIII.—División de los arrianos, XLIV.—	
Concilio de Rimini, XLV hasta el XLVIII.—Muerte	
de Costanzo, XLIX.—El Emperador Juliano. Heregía	
de Lucifer, L.	111
PARRAFO IV.—Juliano el apóstata, LI.—Joviniano.	
LII.—Valentiniano y Valente, LIII.—Muerte de Li-	
berio, LIV.—Matanza de Valente. LV y LVI.—Lu-	
cio. Persecucion de los solitarios, LVII.—Muere Va-	
lente, LVIII.—Persecucion de Genserico, LIX, LX	
y LXI.—Unerico, LXII hasta el LXIV.—Teodorico,	
LXV y LXVI.—Leovigildo, LXVII y LXVIII. . . .	130
ARTICULO III.—Heregía de Macedonio, LXIX hasta el	
LXXIV.—Apolinar, LXXV hasta el LXXII.—Elvi-	
dio, LXXVIII.—Aecio, LXXIX.—Mesalinos, LXXX	
y LXXXI.—Los Priscilianistas, LXXXII.—Jovi-	
niano, LXXXIII.—Otros hereges, LXXXIV.—Audeo,	
LXXXV.	130

CAPITULO V.

<i>Heregias del siglo v.</i> —ARTICULO PRIMERO.—Elvi-	
dio, I.—Joviniano, II.—Basnage, III.—Vigilanciò	
y sus errores, IV.	118
ARTICULO II.—Pelagio, V.—Sus errores y interfu-	
gios, VI.—Celestio y su condenacion, VII.—Per-	
versidad de Pelagio, VIII.—Concilio de Dióspolis,	
IX.—El Papa San Inocencio, X y XI.—Nueva con-	
denacion de Jósimo, XII.—Juliano, XIII.—Los se-	
núpelagianos, XIV.—Los condena el Papa Celesti-	

uo, XV.—Los predestinacionos , XVI.—Gotescalco.	
XVII y XVIII.	152
ARTICULO III.—Errores de Nestorio. Es nombrado Obispo, XX.—Su crueldad. Aprueba el error de Anastasio, XXI.—Contradicciones. Mas crueldades. XXII.—Carta de San Cirilo. Respuesta, XXIII.—Los católicos se apartan de él, XXIV.—Carta á San Celestino y su respuesta, XXV.—Amonestaciones á Nestorio y anatematismos de San Cirilo, XXVI.—La sentencia del Papa, XXVII.—Nestorio es citado al Concilio, XXVIII.—Es condenado, XXIX.—Se le intima la sentencia del Concilio, XXX.—Conciliábulo de Juan Antioqueno, XXXI.—Se confirma el Concilio por los legados del Papa.—XXXII.—Le condenan los pelagianos, XXXIII.—Turbulencias. El Emperador Teodosio, XXXIV.—Nestorio en el destierro, XXXV.—Leyes contra los nestorianos. XXXVI.—Esfuerzos de los nestorianos, XXXVII y XXXVIII.—Errores sobre Jesucristo, XXXIX.—Basnage, defensor de Nestorio, XL hasta el XLIII.	
ARTICULO IV.—Eutiques, XLIV.—San Flaviano. XLV.—Su Sínodo, XLVI.—Confesion de Eutiques en el Sínodo, XLVII.—Sentencia del Sínodo contra Eutiques, XLVIII.—Quejas de Eutiques, XLIX.—Sus cartas á San Pedro Chrisólogo y San Leon. Papa, L.—Cualidad de Dióscoro, LI.—Conciliábulo de Efezo, LII y LIII.—Deposicion de San Flaviano y Eusebio de Dorilea. Teodoro de Mopsepta, LIV y LV.—Muerte de San Flaviano, LVI.—Carácter de Teodoreto, LVII.—Escritos de Teodoreto contra San Cirilo, LVIII y LIX.—Dióscoro escomulga á San Leon, LX.—Teodosio aprueba el Conciliábulo. Su muerte. Entran á reinar Santa Pulqueria y Marciano, LXI.	
	162

PARRAFO II.—El Concilio de Calcedonia, LXII.—Causa de Dióscoro, LXIII.—Es condenado, LXIV.—Condenacion de Eutiques, LXV.—Privilegio concedido al Patriarca de Constantinopla, LXVI.—No lo admite San Leon, LXVII.—Muerte de Eutiques y Dióscoro, LXVIII.—Teodosio, jefe de los entiquianos en Jerusalem, LXIX.—Su crueldad, LXX.—Muerte de Marciano y Santa Pulqueria, LXXI.—Timoteo Eluro, Obispo intruso de Alejandria, LXXII.—Martirio del verdadero Obispo San Proterio, LXXIII.—El Emperador Leon, LXXIV.—Deposicion de Eluro, LXXV.—El Emperador Zenon, LXXVI.—San Simon Stilita, LXXVII.—Su feliz muerte, LXXVIII.—Pedro Mongo, Obispo intruso de Alejandria, LXXIX. 196

PARRAFO III.—Zenon. Su *Henoticon*, LXXX.—Pedro Mongo escomulga á San Leon, LXXXI.—Pedro Fulon en Antioquia, LXXXII.—Fulon y su muerte, LXXXIII.—Acacio, Patriarca de Constantinopla, muere escomulgado, LXXXVI. 210

CAPITULO VI.

Heregias del siglo vi.—**ARTICULO PRIMERO.**—El Emperador Anastasio, I.—Persecucion contra los católicos. Muerte de Anastasio, II.—Los acéfalos y Severo, su jefe, III.—Los jacobitas, IV.—Los Agnoitos, V.—Los Triteistas, VI.—Los corruptibles, VII.—Los incorruptibles, VIII.—Justiniano. Su error, IX.—Hechos de este Emperador, X.—Cuestion y obstinacion de los monges Acematas, XI y XII. 215

ARTICULO II.—Los tres Capítulos, XIII.—Virgilio, XIV y XV.—Respuesta á un herege, XVI. 220

CAPÍTULO VII.

Págs.

Heregias del siglo vii.—ARTICULO PRIMERO.—

Mahoma, I.—El Coran, II.—Sus dogmas, III. . . . 224

CAPÍTULO VIII.

Heregias del siglo viii.—Los iconoclastas, I.—San

German y el Emperador Leon, II y III.—Renuncia

San German la Silla de Constantinopla, IV.—Le

sustituye Anastasio, V.—Crueldad de Leon, VI.—

Leon intenta asesinar al Papa, VII.—Carta del

Papa, VIII.—Concilio de Roma contra Leon, IX.—

La mano de San Juan Damasceno, X.—Muerte de

Leon. Le sucede Copronino, XI.—Conciliábulo de

Constantino, XII.—Mártires, XIII.—Tiranías de

Constantino. Su muerte, XIV.—Leon IV y su hijo,

XV.—La Emperatriz Irene quiere un Concilio, XVI.

—Sedicion contra el Concilio, XVII.—Se define el

culto de las imágenes, XVIII.—El Concilio de Fran-

fort, XIX.—Nuevas persecuciones, XX. 234

CAPÍTULO IX.

Heregias del siglo ix.—ARTICULO PRIMERO.—San

Ignacio es arrojado de la Silla de Constantinopla, I.—

Le reemplaza Focio, II.—Es ordenado, III.—Daños

que sufren los defensores de San Ignacio, IV.—Le-

gados del Papa, V.—Apelacion de San Ignacio, VI.

—Es depuesto en el Conciliábulo, VII.—Lo defiende

el Papa, VIII.—El Papa depone á Focio y á los le-

gados, IX.—Bardas muere. Elevacion de Basilio, X.	
—Focio deponc al Papa. Esparece sus errores, XI.—	
Muerte de Miguel y eleccion de Basilio para ocupar	
el Imperio, XII.	218
ARTICULO II.—Concilio VIII contra Focio, XIII, XIV	
y XV.—Focio gana á Basilio. Muerte de San Igna-	
cio, XVI.—Focio vuelve á Constantinopla, XVII.—	
Conciliábulo. Muerte de Focio, XVIII.—El Patriarca	
Cerulario, XIX.—Su muerte, XX.—Concilio de	
Lyon, XXI y XXII.—Profesion de fé, XXIII.—Los	
griegos, XXIV.—Su desunion, XXV.—Concilio de	
Florenca, XXVI.—El pan ácimo, XXVII.—El pur-	
gatorio, XXVIII.—Los Bienaventurados, XXIX.—	
Primado del Papa, XXX.—Istruccion á los arme-	
nios, jacobitas y etiopes. Cisma de los grie-	
gos, XXXI.	257

CAPITULO X.

<i>Heregias del siglo XI.</i> —ARTICULO PRIMERO.—Es-	
téban y Lisoyo, I.—Los nicolaitas y los incestuo-	
sos, II.—Berengario, III.—Su condenacion, IV.—Su	
condenacion y muerte, V.	269
ARTICULO II.— <i>Heregias del siglo XII.</i> —Los petro-	
brobianos, VI.—Enrique y sus discípulos, VII.—Son	
condenados, VIII.—Abelardo y sus errores, IX.—	
Es condenado, X.—Su conversion y muerte, XI.—	
Sus particulares errores, XII.—Arnaldo de Brescia,	
sus errores y su condenacion, XIII.—Su sedicion y	
muerte, XIV.—Gilberto Porretano, XV.—Varios	
hereges, XVI.—Los Valdenses, XVII.—Sus errores	
y condenacion, XVIII.	273
ARTICULO III.—Los albigenses, XIX.—Sus costum-	

bres, XX.—Su obstinacion, XXI.—Su antipapa, XXII.—Santo Domingo, XXIII.—Monfort y su victoria, XXIV.—Su muerte. Ruina de los albigenses, XXV.—Sentencia del Concilio de Letran, XXVI.—Almerico, sus errores y su condenacion, XXVII.—Guillermo de San Amor, XXVIII.—Los flagelantes, XXIX.—Los hermanitos, XXX.	281
ARTICULO IV.--<i>Heregías del siglo xiv.</i>-- Los be- guardos y beguinas, XXXI.--Marcilio de Pádua y Juan Janduno, XXXII.--Juan Wicleff, XXXIII.-- El Arzobispo de Cantorbery, XXXIV.--El Concilio de Costángo, XXXV.--La presencia real, XXXVI y XXXVII.--Muerte de Wicleff, XXXVIII.	
291	
ARTICULO V.--<i>Heregías de Juan de Hus y Gerónimo de Praga.</i>-- Juan de Hus, XXXIX.—Es condenado. XL.—Sus errores, XLI.—Asiste al Concilio de Gons- tanzo, XLII.—Intenta fugarse, XLIII y XLIV.—Su obstinacion, XLV.—Su muerte, XLVI.—Gerónimo de Praga. Su muerte, XLVII.—Guerra de los <i>Hussites</i> , XLVIII.	
293	

HISTORIA DE LAS HEREGIAS.

[illegible]

HISTORIA DE LAS HEREGIAS,

POR

SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO,

TRADUCIDA DEL ITALIANO Y ANOTADA

por

D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBITERO.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

TOMO II.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, GRAVINA, 21,

á cargo de D. F. Gamayo.

1864.

THE JOURNAL OF THE

ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

OF GREAT BRITAIN AND IRELAND

HISTORIA DE LAS HEREGÍAS.

CAPITULO PRIMERO.

ARTICULO PRIMERO.

Heregias del siglo XVI.

PARRAFO PRIMERO.

Erasmus, I.—Sus doctrinas, II.—Principios de Lutero, III.—Entra en el convento. IV.—Sus doctrinas y sus vicios, V.—Cuestion de las indulgencias, VI.—Lutero es llamado á Roma. El Cardenal Cayetano, VII.—Entrevista de Lutero y el legado, VIII.—Lutero apela al Papa, IX, X.—Conferencia de Echio con los hereges, XI.—Bula de León X, XII.

I. Entramos en el siglo XVI, en el cual, como en una sentina de iniquidad, se reunieron en el protestantismo todas las antiguas heregias. Lutero fue el fundador de esta nueva secta. Algunos escritores creen, sin embargo, que *Erasmus parit, ovat, Lutherus excludit pullos*, ó, lo que es igual, que el nombrado literato fue el verdadero precursor del protestantismo. Por esto debemos comenzar

esponiendo algunas datos biográficos del famoso Erasmo. Nació en Amsterdam, ciudad de Holanda: su verdadero nombre era Gerardo; pero él lo cambió en Erasmo, palabra griega, que equivale á deseo. Siendo aun jóven entró en un convento de San Agustin, y profesó en él. Cansado mas tarde de la vida angustiosa del claustro, lo abandonó para mostrarse en el siglo tan licencioso en sus costumbres, como satírico y libertino en su lenguaje. Un historiador ha dicho que no abandonó Erasmo el convento sin haber obtenido antes del Papa la competente Bula de secularizacion.

Erasmo, como literato, tiene una reputacion sólida y universal. Como hombre de inmensa erudicion, clarísimo ingenio y ameno estilo, nadie puede ni podrá nunca dejar de celebrarlo. Como teólogo, no obstante, fue ligero en demasía, y en no pocos puntos da margen á que se le considere, ó como un ignorante algo mas que vulgar, ó cual un malvado precursor de Martin Lutero. Los heresiarcas del siglo xvi casi todos respetaban á Erasmo como maestro.

Lo cierto es que si el gran literato de Amsterdam no fue herege, sus palabras y su osadía dan sobrados motivos para condenarlo como tal.

II. Agitábase en aquel tiempo en Alemania una gran cuestion entre los teólogos y los literatos. Creian unos que el renacimiento de las ciencias y artes paganas en su fondo y en su forma era contrario al cató-

licismo. Creían otros, por el contrario, que los antiguos filósofos y oradores de Atenas y Roma debían ser consultados y estudiados, y aun venerados casi hasta con idolatría. Los primeros por condenar la esencia del paganismo, que ciertamente era abominable, rechazaban el lenguaje de Platon y Demóstenes, de Ciceron y Virgilio, que eran sin duda dignos de estimacion por la admirable belleza de sus formas. Los segundos, seducidos por las bellas formas del paganismo, quizá y sin quizá en muchos casos se dejaron pervertir por su perniciosa esencia. A la primera escuela pertenecían los partidarios de Aristóteles, los llamados Escolásticos, los que en fin esponían sus ideas, siguiendo el método de Escoto ó Santo Tomás. Pertenecían á la segunda escuela los filósofos y literatos amigos de novedades, que, como Erasmo, se creían en el deber de agotar el diccionario de los insultos cuando se trataba de escarnecer á los teólogos católicos que rehusaban aceptar las formas paganas resucitadas por los partidarios del renacimiento.

Nada mas fácil que conciliar estas dos escuelas. La primera solo se fijaba en pensar bien, que es lo esencial. La segunda, olvidando lo principal, que es la doctrina, solo cuidaba de lo accesorio, que es la forma ó el lenguaje con que las ideas se esponen. Unos y otros erraban, puesto que lo bueno, lo mejor consiste en pensar bien y espresarse con buenas formas; pero no podemos menos de

consignar que la falta de los escolásticos que despreciaron la belleza de las formas, es nada en comparacion de la inmensa falta, del enorme crimen que cometian los renacientes al olvidar completamente lo esencial de la doctrina, para fijarse únicamente en lo accidental del lenguaje.

Erasmus fue, sin embargo, estimado por los Papas. Pablo III quiso nombrarlo Cardenal, y lo escitó para que escribiera contra Martin Lutero. Bernini asegura que Erasmo murió como hombre de malas costumbres, pero no como un apóstata. Otro célebre historiador, Varillas, afirma que Erasmo permaneció siempre firme en la fé por mas que trabajaron Lutero y Zuinglio para arrastrarlo á su partido.

Murió Erasmo en Basilea á los 70 años de su edad, en 1536.

III. Estando Alemania perturbada con las disputas entre los renacientes y los escolásticos, llegó el Breve de Leon X espedido en el año 1513. Para comprender toda la importancia de este documento pontificio, necesitamos esponder algunos hechos biográficos.

Nació Martin Lutero en Isleben, pequeña población de Sajonia, en 1483. Sus padres eran plebeyos. Algunos historiadores han querido ver la mano de Belcebú en el nacimiento de este heresiarca. El mismo Erasmo indica en una carta que Lutero pudo con razon apellidar padre al príncipe de las tinieblas. Quizá daría margen á esta creencia la frecuencia con que el heresiarca se supo-

nia en estrechas relaciones con el diablo. Sabido es que este heresiarca se jactó muchas veces de haber comido sal, de haber disputado y aun luchado con el demonio. Debemos aquí estractar una de las conferencias infernales que con mucha estension y mucha formalidad cuenta el mismo Martin Lutero.—Nadie ignora que este heresiarca era sacerdote, y que por el largo espacio de quince años, como tal sacerdote, habia estado celebrando diariamente el Santo sacrificio de la Misa. Un dia, dice él, se le acercó Belcebú y le dijo: «¿Qué seria de tí, si en estos quince años, adorando la sagrada Hostia, hubieses estado cometiendo actos de criminal idolatría?»

A lo cual respondió Lutero: «Yo he sido ordenado por mi Obispo, y lo he hecho todo por obediencia.» Y replicó el demonio: «Esto no puede servirte de excusa, porque los turcos y los gentiles tambien ofrecen sacrificios por obediencia.»

Basta referir esto para comprender hasta qué punto alcanzaba el fanatismo horrible de Lutero, y los motivos que han tenido los católicos para suponerlo en familiaridad íntima con el príncipe de los demonios.

IV. Este heresiarca llamábase Martin *Luder*; pero no pudiendo su orgullo tolerar la ignominia en su propio apellido, por evitar la innoble significacion de esta palabra, añadiéndole algunas letras, la trocó en *Lutero*.

En sus primeros años recibió una regular educacion. Tenia talento; su aplicacion era

grande, y despues de haber recibido una instruccion notable en letras humanas, pasó á continuar sus estudios á Erford, ciudad de la Turingia, en cuya universidad recibió el grado de doctor á la edad de 21 años. Era Lutero muy pobre, y solo á costa de grandes esfuerzos pudo terminar su carrera.

Estando estudiando filosofía y jurisprudencia, salió un dia al campo, unido á otro estudiante. De repente el cielo se encapota, el trueno retumba y los relámpagos llenan con sus fulgores el espacio. Los momentos eran solemnes. Parecia que Dios, airado, lanzaba rayos y truenos contra su pueblo desde las nubladas crestas del Sinai. Lutero siente un profundo estremecimiento, abre los ojos, mira en su derredor, y vé que calcinado por un rayo el estudiante que le acompañaba, antes tan jóven, tan lleno de vida, yacia en el suelo convertido en un trozo de carbon. Reflexionando entonces Martin Lutero, lleno de religioso pavor, esclama: «¡Mi compañero ha muerto! ¿Por qué no he muerto tambien yo?» Esta consideracion le obligó á levantar los ojos al cielo, pedir á Dios misericordia, y consagrarse al Señor con votos perpétuos en un convento de la Orden de San Agustin, que existia en el mismo Erford. Sucedió esto en el año de 1504.

V. Hecho ya fraile y sacerdote Lutero, por órden de sus Prelados debia, para ejercitar la humildad y humillar su soberbia, pedir públicamente limosna por las calles de la ciudad.

No quiso ejercer este acto de humildad. Se lo impedía su orgullo. Por esto, en 1508 dejó el convento de Erford, y se trasladó á la universidad de Wittemberg. Desempeñó en esta universidad, con bastante crédito, una cátedra de filosofía. Una controversia suscitada entre los individuos de su Orden, le obligó á dejar la cátedra y hacer un viaje á Roma. Tuvo la desgracia de ver á Roma con ojos bastante paganos. Cuando volvió á Wittemberg, sin advertirlo quizá, tenía una inmensa herida en su fé. A los 33 años de edad recibió Lutero el grado de doctor en teología. Hizo, á no dudarlo, profundos estudios, pero su ambicion y su soberbia le obligaron á ser siempre falso y superficial. Se expresaba Lutero con brillantez y energía. Era de carácter resuelto, y nunca puso límites á su lengua. Tan grande era su vanidad, tan vergonzosa su jactancia, que no podia tolerar la contradiccion, y él mismo se llenaba de elogios, por no tener paciencia para esperar sus alabanzas de agenos lábios.

VI. Queriendo el Papa Leon X terminar la inmensa obra del Vaticano, comenzada por Julio II, concedió una indulgencia plenaria á todos los fieles que contribuyesen con sus voluntarias donaciones para la construccion del gran templo de San Pedro. El Papa dió facultades al Cardenal Alberto, Arzobispo de Maguncia, para la promulgacion del Breve. El Arzobispo encomendó la predicacion al célebre dominicano Juan Tetcel, profesor y predicador muy conocido en Alema-

nia. Indignado Martin Lutero porque no le habian confiado este honrosísimo cargo, juzgándose postergado, comenzó á predicar por espíritu de venganza contra lo que su despecho le hacia llamar abuso de las indulgencias. Con este motivo, Lutero dirigió dos cartas al Arzobispo de Maguncia. En la primera se quejaba de los abusos que á su decir se estaban cometiendo. En la segunda, pasando más adelante, fijaba noventa y cinco conclusiones, en las cuales, si no se negaba, al menos se ponía en duda el valor de las indulgencias. Lutero dió una gran publicidad á esta segunda carta, y no contento con haberla hecho circular por toda Alemania, mandó á sus discípulos que sostuvieran públicamente las noventa y cinco conclusiones en la universidad.

El dominico Tetcel refutó y condenó los errores de Lutero. El heresiarca, que no podia nunca sufrir con paciencia la impugnacion de su doctrina, contestó al Padre Tetcel en un lenguaje repugnante por su altanería, y escandaloso por la índole grosera de sus palabras.

VII. En 1518 Lutero mandó sus noventa y cinco conclusiones al Soberano Pontífice, y mostrando una humildad que solo tenia en sus labios, en el prólogo de su folleto estampaba las siguientes palabras: «Postrado á vuestros pies, me ofrezco á vos, Santísimo Padre, con todo lo que soy y todo lo que tengo. Dad la vida ó la muerte; aprobad ó reprobad; todo como os agrade. Reconoce-

ré en vuestra voz la voz de Jesucristo, que me habla y me dirige. Si merezco la muerte, no la rehusaré.»

Con estas bellas palabras pretendía Lutero sorprender al Padre Santo y prevenirlo en su favor.

El Papa, sin embargo, enterado de todo lo ocurrido, mandó á Martin Lutero que fuese á Roma para ser allí juzgado. El here-siarca, temiendo la imparcial justicia del tribunal, buscó fútiles pretextos para eludir el viaje. No queriendo Leon X confiar la causa á jueces alemanes, la puso en manos de su legado el Cardenal Cayetano, dándole al intento plenos poderes para proceder contra Martin Lutero.

VIII. El Cardenal legado entró Augusta y citó á Martin Lutero. Compareció este, y el Cardenal, para admitirlo á la reconciliación de la Iglesia, le impuso tres condiciones:

1.ª Que reprobase las erróneas y heréticas doctrinas que con tanto escándalo había propalado.

2.ª Que en lo venidero no volviera á sostenerlas.

3.ª y última. Que prometiera no aceptar nunca doctrinas que estuviesen en oposición con lo definido por la Iglesia. Lutero, en vez de humillarse como había ofrecido, y obedecer como debía, con irritante altanería contestó que su doctrina era sana, y que nada había en ella contrario á los dogmas del catolicismo. Muy fácil fue al Cardenal Cayetano probarle todo lo contrario con palabras

terminantes de las conclusiones y discursos del propio heresiarca; pero este, ciego y sordo ya por la soberbia, solo podia ver y oír lo que le aconsejaba sus pasiones.

Ocurria esto en Augusta, ciudad enteramente católica. Lutero se hallaba en ella sin garantías ni salvoconducto de ningún género. El Cardenal Cayetano pudo encerrarlo en una cárcel, y no lo hizo. No deberían olvidar esta circunstancia los hereges que tanto declaman contra la pretendida intolerancia del legado pontificio. Cayetano dió tiempo á Lutero para pensar y contestar. Después de 24 horas de meditación, se presentó ante el legado en compañía de un notario público y cuatro Senadores de Augusta. Ante ellos leyó un papel escrito y firmado por su propia mano, en el cual se encuentran las siguientes palabras: «Yo venero y sigo á la Iglesia Romana en todos sus dichos y hechos, presentes, pasados y futuros. Si algo hubiese enseñado ó enseñare contra la Iglesia, deseo que se reputé como no dicho.»

Esto no era suficiente. Lutero habia ocasionado un horroroso escándalo en Alemania, y estas palabras demuestran que ni su arrepentimiento era sincero, ni pensaba en repararlas. Quería presentar su error como dudoso cuando mas, y era evidentemente herético, y evidentemente inmoral, por lo menos. En esta retractacion, en la duda que le servia de fundamento, se descubren las vagas generalidades que se han considerado siempre como un calculado pretesto para

salir de un apuro, dejando en pie toda la dificultad.

El Cardenal Cayetano trató de convencerlo apelando á los consejos de la razon. Todo era inútil. Lutero se hallaba obstinado. En vez de retractar sus errores con humildad, se afirmó mas y mas en ellos con satánica soberbia. No quería obedecer; se proponía disputar. Recusó la autoridad del legado, y ofreció someterse al parecer de las universidades de Basilea, Friburgo, Lovaina y Paris.

IX. El Cardenal insistió en las tres primeras condiciones, y el heresiarca pidió y obtuvo nuevamente algun tiempo para responder. Un dia despues presentó un escrito, en el cual, á sus errores contra las indulgencias, añadió muchos mas contra los méritos de los Santos y el valor de las buenas obras. Cayetano se vió en la necesidad de considerarlo como un herege. Lutero se retiró libremente de Augusta, y se trasladó al punto de Alemania que por su propia voluntad quiso escoger. Teniendo en cuenta esto, y no olvidando que Lutero con su inmundo lenguaje no cesaba de vomitar calumnias contra el Papa, contra los Cardenales y Obispos, contra las Ordenes religiosas y aun contra los Reyes, fácilmente se comprenderá que la unica falta, la gran falta del Cardenal Cayetano consistió en su inesplicable escaso de lenidad y condescendencia.

Lutero publicó pocos dias despues una carta, en la cual, con insolente altanería, se

atribuía una victoria que solo se hallaba en su exaltada imaginación. Cayetano no quiso ni aun contestarle. Hizo bien. Con los rebeldes no se disputa. Se les encarcela primero, y si no quieren convencerse, se les castiga después. Toda autoridad se degrada cuando entra en negociaciones con los insurgentes. Lutero apeló al Papa contra el Cardenal Cayetano, y para aumentar el escándalo ocasionado, fijó en las puertas de las iglesias copia de su inícuca apelación.

X. El Cardenal legado, convencido de la obstinación del heresiarca, escribió al Elector Federico, encargándole que para bien de la Iglesia y tranquilidad de su reino, enviase al monge apóstata á Roma, ó al menos lo expulsara de sus Estados. El Elector, en vez de hacer lo que se le decía, entregó la carta al mismo Lutero. Este al verla, arrastrado por el furor, comenzó á lanzar calumnias y blasfemias contra el legado y contra la Santa Sede. El Elector Federico se hallaba unido al heresiarca, mas bien que por afecto al protestantismo, por odio al Cardenal Alberto, Arzobispo y Elector de Maguncia. La muerte de este Príncipe (de Federico) fue bastante desgraciada. Hallándose de caza en el campo, fue acometido de repente por un accidente mortal. Sus amigos Lutero y Melancton, por mas que intentaron acudir con presteza, no pudieron recoger ni aun su último suspiro. La muerte del Elector fue considerada por los católicos, y aun por los mismos protestantes, como un castigo del cielo.

XI. El día 9 de nóviembre de 1518 publicó el Papa Leon X una Bula acerca de las indulgencias, en la cual establece el dogma católico, despues de condenar los errores contenidos en las noventa y cinco conclusiones de Martin Lutero. Por este mismo tiempo escribió Echio, pro-canciller de Ingolstat, un libro importante contra la heregia luterana. Un año despues, en 1519, el mismo Echio celebró una conferencia con Martin Lutero en la ciudad de Leipsick por encargo del duque Jorge, tio del Elector Federico, y protector celoso de los católicos. El resultado de esta entrevista fue el que los dos contrincantes prometieran someterse al juicio de las Universidades de Erford y de Paris. Esta última resolvió la cuestion en contra de Lutero, y le condenó ciento cuatro proposiciones. Lutero entonces, segun su costumbre de insultar á todo el que no le era favorable, se desató en invectivas y denuestos contra los Doctores que habian firmado su condenacion en la capital de Francia.

En el propio año, poco despues, celebraron otra conferencia Echio y Lutero, á la cual, por parte del protestantismo, asistió Carlostadio. Se disputó con mucho deteniimiento acerca del libre albedrío, de la gracia, las buenas obras, el Purgatorio, la potestad de absolver, los casos reservados, la indulgencia y el primado de honor y jurisdiccion que por institucion divina tiene en toda la Iglesia el Soberano Pontífice. En esta ocasion Lutero, aunque algo mas tem-

plado en las palabras, anduvo, como antes, muy extraviado en la doctrina. En 1519 las Universidades de Colonia y Lovaina condenaron tambien la heregía de Lutero.

XII. Murió en este año el Emperador Maximiliano I. Hubo un interregno de seis meses, en el cual logró Martin Lutero, merced á la agitacion de los espíritus, granjearse un número crecido de secuaces. Un año despues, el dia 17 de julio de 1520, publicó Leon X la Bula *Exurge Domine*, en la cual condenó los cuarenta y un errores principales de Lutero. Este heresiarca tuvo la sacrílega osadia de quemar públicamente la Bula pontificia en que era condenada su impia doctrina. Esto no obstante, el Soberano Pontífice apelaba á todos los medios de persuasion decorosa para atraer á los luteranos al gremio de la Iglesia. Convencido de que sus esfuerzos eran completamente inútiles, en otra Bula espedida en 1521 declaró Leon X que Lutero era herege, y pronunció sentencia de excomunion contra todos los que le habian seguido ó favorecido. Al quemar Lutero por venganza en la plaza de Wittemberg la Bula de Leon X y las Decretales, dijo las siguientes palabras, dirigiéndose al Soberano Pontífice: «Porque tú has contrariado al Santo del Señor (*á Lutero*), te conturbará el fuego eterno. Acometamos con todo género de armas al Pontífice, á los Cardenales, á los Principes, á todos los que favorecen al Papa. Lavemos con su sangre nuestras manos.»

Así hablaba el impío Lutero. Así hablan todos los heresiarcas. Cuando abandonan la humildad que los mantiene en la fé, caen en la soberbia que les venda los ojos, les endurece el corazon y los arrastra al escándalo y la venganza.

PARRAFO II.

La Dieta de Wormes, XIII.—Edicto de Carlos V, XIV.—Dieta de Spira, XV.—Congreso de zuinglianos. Casamiento de Lutero, XVI.—Dieta de Augusta, XVII.—Otro edicto del César, XVIII.—Liga de Smalcalda, XIX.—La Poligamia, XX.—El Concilio de Trento y Lutero, XXI.—Division de los luteranos, XXII.—El *Interim* de Carlos V, XXIII.—Propagacion de la heregia luterana, XXIV y XXV.

XIII. El primer Congreso fue la Dieta del imperio celebrada en Worms. Lutero aumentaba cada dia mas y mas su furor, y multiplicaba sus calumnias contra la Santa Sede. Carlos V de Alemania y I de España, intentando favorecer al Sumo Pontífice, escribió al Elector de Sajonia para que le entregase á Martin Lutero, ó al menos lo desterrara de sus Estados. El Elector contestó que esperaba para obrar conocer la resolucion de la Dieta. Lutero deseaba hablar y defenderse en esta Asamblea. Por intercesion del Elector, Carlos V le dió un salvoconducto, y escudado con este inmerecido documento entró en Worms el dia 17 de abril de 1521. Echio le preguntó en nombre del Emperador si confesaba que eran suyas las obras que

se le atribuían, y si se disponía á defenderlas. Lutero confesó al punto que los libros eran suyos, y que en cuanto á su defensa necesitaba tiempo para contestar. El Emperador le otorgó el plazo de un día para que se decidiera. Vuelto á la Dieta, dijo Lutero que en sus obras había dos cosas, la doctrina, de la cual no podía separarse (aunque de ella se apartaba todos los días), y la polémica, en la cual se había escedido contra sus adversarios. Echio le instó para que se explicase con mas claridad, y solo pudo obtener una respuesta insolente.

Cárlos V, convencido de la obstinacion de Lutero, le mandó abandonar la Asamblea. Pudo haberlo arrestado; pero por no violar el salvoconducto, por escrúpulos legales, que los rebeldes no agradecen nunca, le permitió que se alejara de sus Estados con entera libertad. Bien deberian fijar en su memoria este hecho los incrédulos que tanto declaran contra el Emperador Cárlos V. Los Príncipes protestantes, los gobiernos revolucionarios, todos, sin una sola escepcion, faltando á sus mas solemnes compromisos, se han manchado con todo linage de atropellos, y han cometido siempre horribles atentados contra la seguridad individual.

XIV. El 26 de mayo de 1521 publicó el Emperador un edicto, en el cual declaraba que Lutero debia ser considerado como herege, y prohibia bajo graves penas que nadie lo recibiera en su casa ó le dispensase su proteccion. Declaró ademas que pasados veinte

días, término del salvoconducto, se procediese al arresto de Martin Lutero, cualquiera que fuese el punto en que se encontrara. El Elector Federico lo ocultó con grande esmero en un castillo próximo á la ciudad de Alstard, en la Turingia. Lutero permaneció encerrado algun tiempo en esta fortaleza, y por la soledad con que vivió en ella la llamó mas tarde su isla de Patmos. Diez meses estuvo en el castillo de Wartbourg. No perdió por desgracia el tiempo. En su prision compuso las obras mas impías y escandalosas.

XV. En 1529 se celebró otra Dieta en Spira, por orden del Emperador. En ella se acordó una paz impía, una *transaccion* con perjuicio de la verdad, que honra poco á Carlos V. Algunos Principes luteranos presentaron una protesta contra lo hecho y acordado por Carlos V, y apelaron además al futuro Concilio. Esta *protesta* les dió el nombre de *protestantes*, que llevan todavía los partidarios de la Reforma.

XVI. En el mismo año, en Masburg, se celebró un congreso de luteranos y zuinglianos, con el fin de establecer armonía entre los dogmas de ambos partidos. Asistieron por una parte Lutero, Melanchthon, Jonás, Osiandro y Brencio, y por otra Zuinglio, Ecolampadio y Bucero. Quedaron convenidos en todo lo que no examinaron; pero como era natural en un Congreso protestante, no pudieron ponerse de acuerdo en lo tocante á la Eucaristía, único dogma que intentaron examinar. Se celebraron muchas otras

conferencias, y todas tuvieron igual resultado. La unidad es la verdad, y en el protestantismo no hay ni puede haber unidad, porque no hay ni puede haber verdad.

Por este tiempo celebró Lutero su sacrilego enlace con la monja Catalina de Bores, á la cual, en el mismo Viernes Santo, hizo salir de su convento. El día mismo en que los judíos crucificaron á Jesus, perpetró Martin Lutero este crimen execrable, que llenó de horror al mundo. Zuinglio, también sacerdote apóstata, despreciando la ley del celibato, quiso vivir en consorcio sacrilego. Zuinglio se adelantó á Lutero en este camino. Por respeto al Elector de Sajonia, que aunque protestante, aborrecía á los clérigos que se casaban, Lutero, con abominable hipocresía, aparentaba ante el Príncipe horrorizarse de un sacrilegio que, por otra parte, con gran vehemencia deseaba cometer. Lutero estrajo del convento á la monja Catalina en el año 1526. Esto hizo decir á Erasmo que en el protestantismo, como en las comedias, todo terminaba por un casamiento.

XVII. En 1530, en junio, se celebró la famosa Dieta de Augusta. Se hallaban reunidos en dicha ciudad el Emperador y los demás Príncipes del imperio. Al llegar la procesion del *Corpus*, los Principes protestantes no quisieron asistir á ella, fundándose en que les parecia una práctica supersticiosa. El Elector de Sajonia, que, segun la costumbre, debia llevar la espada del Emperador, consultó el caso con los teólogos protestan-

tes, y estos, para calmar sus escrúpulos, vinieron á decirle en sustancia, que si podia siempre faltar á Dios, no debia nunca, mientras fuese débil, disgustar al poderoso Monarca. Los hereges proceden siempre de igual manera. Se rebelan contra Dios al instante, y á las potestades civiles las colman de adulaciones, mientras no son bastante poderosos para destruirlas. Asistieron á esta Dieta Echio, Vimpina y Cocles por parte de los católicos, y en representacion de los protestantes Melanchthon, Brencio y Schepsius. Los Príncipes luteranos presentaron al César una fórmula de fé compuesta por Melanchthon, que fue recibida por una gran parte de los hereges, y mas tarde adquirió una celebridad funesta, bajo el nombre de Confesion Augustana. En esta Confesion los protestantes hicieron gigantescos esfuerzos para redactar una fórmula de fé, tan católica en la apariencia como impia en la realidad. Los católicos no pudieron ser sorprendidos, y los luteranos por su parte quedaron bastante disgustados con las palabras demasiado católicas que en su esposicion habia empleado Melanchthon.

Este doctor y apologista del protestantismo fue por algun tiempo discípulo y admirador de Martin Lutero. Despues, cansado de la insolente altanería de su maestro, pensó hasta en librarse de aquella esclavitud, abandonando el partido de la Reforma. Lo cierto es que Melanchthon hablaba generalmente con templanza y algunas veces con

acuerdo acerca de la Santa Sede; que en la *Confesion de Augusta* empleó vocablos que parecieron á los protestantes demasiado *papistas*; que, en fin, cuando Francisco I quiso confiarle una cátedra de teología en la Universidad de Paris, se espresó en términos tan benévolos para con el Soberano Pontífice, que obligó á Lutero á formular una protesta enérgica contra sus palabras. Melancthon se mantuvo en el protestantismo por compromiso, y vivió como un mártir de los respetos humanos.

XVIII. Además de la nombrada Dieta, los zuinglianos celebraron otra en la cual redactaron una especie de confesion ó fórmula de fé distinta de la de los luteranos en todo lo tocante á la Sagrada Eucaristía. Carlos V promulgó entonces un edicto, en el cual se concedía tiempo á los Príncipes y ciudades que habian abrazado el protestantismo, para que hasta el dia 15 de abril de 1530 declarasen si hasta el futuro Concilio querian convenir en la fé con la Silla Apostólica y con todo lo demás del imperio. Entretanto se dió orden á los Príncipes luteranos para que no permitiesen que en sus dominios se imprimiera ó innovase alguna cosa en materia de Religion, y para que desde luego se opusiesen y castigasen á los zuinglianos y anabaptistas. Los Príncipes protestantes no aceptaron este edicto, y pidieron licencia para retirarse. El Emperador publicó entonces otro edicto firmado por la mayor parte de los Príncipes, en el cual se

manda que todos permanezcan fieles á la antigua Religion, se condenan todas las nuevas sectas, y se exige á los heresiarcas que estén dispuestos á presentarse ante el Concilio ecuménico que se habia de celebrar muy pronto.

XIX. Los Príncipes protestantes, después de haber desobedecido el edicto imperial en 1531, se unieron en Smalcalda, ciudad de la Franconia, donde convinieron en resistir con las armas á la autoridad del Emperador. Consecuencia de esta liga fue la batalla de Albi, ganada en 1537 por el Emperador Carlos V, en la cual fueron vencidos y hechos prisioneros el Elector de Sajonia y Felipe Landgrave de Hesse-Casel, fautores de la nueva heregia. Este último obtuvo el perdon, postrándose humildemente á los pies del Monarca.

XX. En 1539 Landgrave obtuvo de Lutero y de varios otros doctores de la Reforma un permiso por escrito que le autorizaba para restablecer la poligamia, teniendo dos mujeres al mismo tiempo. Esta autorizacion execrable se conserva íntegra, y puede verse en Bossuet, *Historia de las variaciones*, para eterna ignominia del protestantismo.

XXI. El día 13 de diciembre de 1545 se inauguró el Concilio de Trento, bajo el Sumo Pontífice Paulo III, se continuó en el pontificado de Julio III, y después de una larga suspension, fue terminado el día 4 de diciembre de 1563, ocupando la Cátedra Pontificia el Papa Pio IV.

Lutero estaba á todas horas, y con voz muy alta, recomendando la necesidad de un Concilio ecuménico. Como su objeto era desobedecer y producir escándalo, cuando se le dió gusto, cuando vió que el Concilio se iba á celebrar, se declaró su mas acérrimo adversario. Conviene que para conocer su espíritu nos fijemos en la conducta de este heresiarca.

Quiso predicar las indulgencias, no pudo, y combatió con encarnizamiento al dominico Tezel, que fue elegido para este honrosísimo cargo.

Contra Tezel apeló al Arzobispo de Maguncia. Contra el Arzobispo de Maguncia, despues de negarse á ir á Roma, apeló al legado de la Santa Sede, que era á la sazón, en Alemania, el Cardenal Cayetano. Contra el Cardenal, apeló al Papa. Contra el Papa mismo, apeló, segun decia, al Papa mejor informado. Contra el Papa mejor informado, apeló al Concilio, y contra el Concilio, apeló á Jesucristo.

Dígase con franqueza si puede esperarse nada bueno, si es posible esperar nunca la paz de un hombre que procede con tan sistemática rebeldia y tan escandaloso engreimiento.

Lutero no quiso presentarse en el Concilio. Cuando los Padres se disponian para celebrar la cuarta sesión, recibieron la noticia de que habia muerto el heresiarca. Murió á la edad de 63 años, el dia 17 de febrero de 1546. Su muerte fue ocasionada por la

embriaguez. Su cadáver fue llevado con gran solemnidad por los protestantes á Wittemberg. Melanchthon pronunció en latín su oracion fúnebre. Pomerano grabó la siguiente inscripcion sobre su sepulcro: *Pestis eram vivus, moriens ero mors tua, Papa.*

XXII. Los luteranos fueron citados muchas veces al Concilio; pero no quisieron asistir á él jamás. El Emperador Fernando, sucesor de Cárlos V, los invitó espresamente; pero exigieron condiciones tan ridículas y exageradas, que de ningun modo podian ser admitidas.

Por este tiempo se hallaban ya tan divididos, que contaban 56 sectas en su seno. Por esto quizá, por no poder ponerse de acuerdo en ningun punto, no hubo ningun protestante que se atreviese á representar á su partido en el Concilio.

XXIII. En 1547, en otra Dieta celebrada en Augusta, el Emperador Cárlos V restableció la Religion católica en aquella ciudad. Un año despues publicó el *Interim*, especie de fórmula, tan injusta y tan sacrílega como el *Enótico* de Cenon, la *Ectesis* de Heraclio ó el *Tipo* de Constante. En 1552, despues de haber vencido Cárlos V á Mauricio de Sajonia, ajustó con él la paz, y le concedió una libertad religiosa que no era justa ni conveniente, que bien pronto se convirtió en arma de guerra y persecucion contra los católicos. En 1556 Cárlos V renunció el imperio en su hermano Fernando, y se retiró al monasterio de Yuste en España. Murió el dia 21

de setiembre de 1558, á los 58 años de su edad.

XXIV. La heregia de Lutero pasó desde Alemania á Suiza.

Los suizos no recibieron la fé hasta el año 1155. La perdieron en una gran parte el año 1523. Un tal Olao Petri, corrompido con el luteranismo en la Universidad de Wittemberg, unido á varios otros protestantes, logró pervertir al Rey Gustavo, é inducirlo á perseguir el catolicismo. Este Príncipe apóstata, ambicioso y cruel, colmó de angustias el corazon de los católicos. Para engañar al pueblo quiso que se conservasen las antiguas ceremonias; pero para hacerse completamente dueño de la Religion, lanzó al fuego todos los libros ortodoxos que pudo encontrar, y materialmente infestó su reino con obras de propaganda anti-católica. Con esto y con cerrar las puertas de la justicia á los que se mantenian firmes en la fé, logró que en cuatro años el protestantismo se propagase de una manera horrible en sus Estados. A Gustavo sucedió en el trono su hijo Enrique XIV. Poco tiempo, sin embargo, conservó este la corona sobre sus sienes. Sublevado contra él su hermano Juan en 1569, le usurpó el cetro y lo espulsó del reino. Enrique habia abrazado el protestantismo con tanto ardor y tan fanática crueldad como su padre. Juan era católico antes de ocupar el trono. Mostró al principio grande empeño en unir la Iglesia de Suiza á la Santa Sede. Para ayudarle en su empresa, el Soberano

Pontífice le envió un gran número de misioneros. El Rey, con el fin de allanar el camino á la conversion de los suizos, publicó una liturgia enteramente opuesta á la de Lutero. Para completar su obra, el Rey Juan propuso al Papa las cuatro siguientes condiciones:

1.^a Que los nobles no fuesen turbados en la posesion de los bienes eclesiásticos que habian usurpado durante la revolucion.

2.^a Que los clérigos apóstatas que se habian casado, pudiesen, á pesar de los Cánones, conservar sus mujeres despues de la reconciliacion.

3.^a Que se administrase la Sagrada Comunión bajo las dos especies.

4.^a Que se permitiese en los Divinos Oficios la lengua vulgar.

El Papa no pudo menos de rechazar estas condiciones. Quizá por un exceso de indulgencia hubiera podido admitir la primera. Las tres últimas no podian ser aceptadas de ningun modo sin perturbar la Iglesia y relajar la disciplina en parte muy esencial. El Rey Juan vaciló al conocer la resolucion del Papa, no atreviéndose á decidirse por la fé católica, granjeándose la indignacion de los luteranos, ó por la protestante, esponiéndose á concitar sobre su corona todas las iras del cielo. La Reina, su mujer, hermana de Segismundo Augusto, Rey de Polonia, era católica tan fervorosa, que al ver á su marido tan débil en la fé cayó enferma, y murió de pesar.

Doce años despues murió el Rey Juan. Heredó la corona su hijo Segismundo, Rey entonces de los polacos. Durante su ausencia ocupó el trono de Suiza, en calidad de Regente, el ambicioso Cárlos Suermania, quien logró que los Estados privasen á Segismundo de la corona, por el *crimen* de ser católico. Esta circunstancia debe ser aquí recordada para contestar á los escritores que solo ven intolerancia en la Iglesia católica. Cárlos logró hacerse Rey y gobernar con los principios del luteranismo. Le sucedió su hijo Gustavo Adolfo, quien con horrible encarnizamiento persiguió á los católicos. Su hija Cristina, heredera legítima del reino, por el contrario, renunció la corona por no abandonar su fé. Se dió el reino á Cárlos Gustavo, su sobrino, quien lo poseyó por seis años, y lo dejó despues á su hijo Cárlos V. Al presente la Suiza está horriblemente dividida en lo que atañe á la Religión. Ha perdido su antigua monarquía, y vive al parecer tranquila en una especie de marasmo, precursor siempre de tremendos sacudimientos. Hoy posee en su seno católicos que sin cesar aumentan su número; calvinistas y luteranos, que se estinguen, que se van materialmente apagando como las bujías cuando pierden el óleo que sirve de alimento á su luz; filósofos extraviados por los delirios de la *metafísica* alemana, y no pocos indiferentistas, que solo se ocupan en los bienes de la tierra, sin pensar para nada en la felicidad del cielo. Este estado,

por mas que parezca tranquilo, es horriblemente amenazador. El tiempo se encargará en justificar nuestros temores.

XXV. En Dinamarca y Noruega aconteció lo propio. El Rey Cristerno II introdujo la reforma en Dinamarca en 1523. Pronto fue arrojado del trono por sus propios súbditos. Una nacion protestante no puede ser leal. No hay un solo ejemplo en la historia del mundo que contradiga lo que acabamos de decir. En Dinamarca los católicos han sido horrorosamente perseguidos. Y aunque parezca inverosímil, en nuestros propios dias viven privados de muchos derechos y tratados con insoportable injusticia. En Irlanda y Noruega entró también por desgracia el luteranismo. En estos paises, como el protestantismo no es civilizador, hay todavía muchos idólatras que yacen aherrojados en los abismos de la barbarie. Esto es lo que debe el mundo á la reforma de Lutero.

PÁRRAFO III.

—Errores de Lutero, **XXVI.** — Otros errores, **XXVII.**—Remordimientos de Lutero, **XXVIII.**
—Su lenguaje contra Enrique VIII. Su traduccion del Nuevo Testamento, **XXIX.**—Sus ceremonias para la Misa, **XXX.**—Su libro contra los *Sacramentarios*, **XXXI.**—

XXVI. Comenzamos consignando aquí las 41 proposiciones de Martin Lutero, condenadas por Leon X en la Bula *Exurge Domine*, fecha 1520, que se halla en el *Butario*

de dicho Papa, *Constitucion* 40. Las ponemos en latin, con el objeto de no alterar en nada su sentido con la traduccion. Las proposiciones mencionadas, condenadas como heréticas, son las siguientes:

1.^a Hæretica sententia est, sed usitata, sacramenta novæ legis justificantem gratiam illis dare qui non ponunt ovicem.

2.^a In puero post baptismum negare remanens peccatum, est per os Pauli Paulum, et Christum simul conculcare.

3.^a Fomes peccati etiam si nullum adsit actuale peccatum, moratur exeuntem a corpore animam ab ingressu cœli.

4.^a Imperfecta charitas morituri fert secum necessario magnum timorem, qui se solo satis est facere pœnam purgatorii, et impedit introitum regni.

5.^a Tres esse partes pœnitentiæ, contritionem, confessionem et satisfactionem, non est fundatum in Sacra Scriptura neque in antiquis sanctis christianis doctoribus.

6.^a Contritio quæ paratur per discussionem, collectionem, detestationem peccatorum qua quis recogitat annos suos in amaritudine animæ suæ, ponderando peccatorum gravitatem, multitudinem, fœditatem, amissionem æternæ Beatitudinis ac æternæ damnationis acquisitionem, hæc contritio facit hypocritam, imo magis peccatorem.

7.^a Verissimum est proverbium et omnium doctrina de conditionibus hucusque data præstantius: de cætero non facere summa pœnitentia: optima pœnitentia nova vita.

8.^a Nullo modo præsumas confiteri peccata venialia, sed nec omnia mortalia cognoscas. Unde in primitiva Ecclesia solum manifesta mortalia confitebantur.

9.^a Dum volumus omnia puré confiteri, nihil aliud facimus, quam quod misericordia Dei nihil volumus relinquere dignoscendum.

10. Peccata non sunt ulli remissa, nisi remittente sacerdote, credat sibi remitti: imo peccatum maneret, nisi remissum crederet. Non enim sufficit remissio peccati gratiæ donatio, sed oportet etiam credere esse remissum.

11. Nullo modo confidas absolvi propter tuam contritionem, sed propter verbum Christi. Hinc, inquam confide, si sacerdotis obtinueris absolutionem et crede fortiter te absolutum et absolutus vere eris, quidquid sit de contritione.

12. Si per impossibile confessus non esset contritus, aut sacerdos non serio, sed joco absolveret, si tamen credat se absolutum, verissime est absolutus.

13. In sacramento poenitentiae ac remissione culpæ, non plus facit Papa aut Episcopus quam infirmus sacerdos: imo ubi non est sacerdos, æque tantum quilibet christianus etiam si mulier aut puer esset.

14. Nullus debet sacerdoti respondere se esse contritum, sed sacerdos requirere.

15. Magnus est error eorum qui ad sacramenta Eucharistiæ accedunt, huic innixi, quod sint confessi, quod non sint sibi consilii alicujus peccati mortalis, quod præmis-

serint orationes suas et præparatoria; omnes illi iudicium sibi manducant et bibunt: sed si credant et confidunt se gratiam ibi consecuturos, hæc sola fides facit eos puros et dignos.

16. Consultum videtur quod Ecclesiæ in communione Concilio statuere laicos sub utraque specie communicandos, nec bohemi communicantes sub utraque specie sunt heræticis, sed schismaticis.

17. Thesauri Ecclesiæ unde Papa dat indulgencias, non sunt merita Christi et sanctorum.

18. Indulgenciæ sunt piæ fraudes fidelium, et remissiones bonorum operum: et sunt de numero eorum quæ licent, et non de numero eorum quæ expediunt.

19. Indulgenciæ his, qui veraciter eas consequuntur, non valent ad remissionem poenæ pro peccatis actualibus debitæ apud divinam iustitiam.

20. Seducuntur credentes indulgencias esse salutare et ad fructum spiritus utiles.

21. Indulgenciæ necessariæ sunt solum publicis criminibus et proprie conceduntur duris solummodo et impatientibus.

22. Sex generibus hominum indulgenciæ; nec sunt necessariæ, nec utiles, videlicet: mortuis seu morituris, infirmis legitime impeditis, his qui non commiserunt crimina, his qui crimina commisserunt sed non publica, his qui meliora operantur.

23. Excommunicationes sunt tantum externæ poenæ, nec privant hominem com-

munibus spiritualibus Ecclesiæ orationibus.

24. Docendi sunt christiani plus diligere excommunicationem, quam timuere.

25. Romanus Pontifex Petri successor non est Christi Vicarius super omnes totius mundi Ecclesias ab ipso Christo in beato Petro institutas.

26. Verbum Christi ad Petrum: Quodcumque solveris super terram, et extenditur dumtaxat ad ligata ab ipso Petro.

27. Certum est in manu Ecclesiæ aut Papæ prorsus non esse statuere articulos Fidei, imo nec leges morum, seu bonorum operum.

28. Si Papa cum magna parte Ecclesiæ sic, vel sic sentiset nec etiam errasset, adhuc non est peccatum, aut hæresis contrarium sentire, præsertim in re non necessaria ad salutem, donec fuerit per Concilium universale alterum reprobatum, alterum approbatum.

29. Via nobis facta est enervandi auctoritatem Conciliorum et libere contradicendi gestis, et judicandi eorum decreta, confidenter confitendi quidquid verum videtur, sive probatum fuerit, sive reprobatum a quocumque Concilio.

30. Aliqui articuli Joannis Huss condemnati in Concilio Constantiensi sunt Christianissimi, verissimi, et Evangelici, quos hæc universalis Ecclesia non posset damnare.

31. In omni opere bono justus peccat,

32. Opus bonum optime factum est veniale peccatum.

33. Hæreticos comburi, est contra voluntatem Spiritus.

34. Præhari adversus turcas, est repugnare Deo visitanti iniquitates nostras per illos.

35. Nemo est certus, se non semper peccare mortaliter propter occultissimum superbi vitium.

36. Liberum arbitrium post peccatum est res de solo titulo; et dum facit quod in se est peccat mortaliter.

37. Purgatorium non potest probari ex Sacra Scriptura, quæ sit in Canone.

38. Animæ in Purgatorio non sunt secure de eorum salute saltem omnes: nec probatum est ullis aut rationibus, aut Scripturis, ipsas esse extra statum merendi, aut augendæ charitatis.

39. Animæ in Purgatorio peccant sine intermissione, quamdiu quærunt requiem, et horrent pœnas.

40. Animæ ex Purgatorio liberatæ suffragiis viventium, minus feantur, quam si per se satisfecissent.

41. Prælati Ecclesiastici, et Principes seculares, non male facerent, si omnes saccos mendicitatis delerent.

XXVII. Ademas de estos errores, Lutero difundió muchos otros en todas sus obras. No los esponemos de una manera detallada, porque, despues de lo apuntado, esta tarea nos parece poco útil.

Las obras de este heresiarca son muy numerosas. Publió carteles, discursos, sermones, folletos, traducciones, obras teológicas, cartas de polémica, todo en cantidad verdaderamente asombrosa. Pero debemos tener presente que los libros de Martin Lutero solo pueden considerarse como un caos inmenso de insultos y repeticiones. Lo que se lee en una obra es lo mismo que se encuentra en todas con frecuencia, hasta sin variar el orden. Su estilo es insolente y declamatorio. Hoy nadie tiene paciencia para leer seis páginas seguidas de ninguna de sus obras sin arrojarla con indignacion y hasta con repugnancia.

XXVIII. En el libro de *la Misa privada*, en medio de un fárrago inmenso de insolencias insoportables, cuenta Martin Lutero su disputa con Satanás, y refiere uno por uno los argumentos que le propuso el ángel de las tinieblas para que aboliese la Misa privada. Confiesa, por supuesto, que se dejó convencer por el diablo. Esto no es extraño, porque nadie ignora que todos los espíritus rebeldes que se obstinan en no creer lo que Dios dice, son crédulos hasta rayar en lo absurdo, para dar fé completa á todo lo que Dios condena. Es muy natural que se deje vencer por el demonio el *espíritu fuerte* que no quiere ser persuadido por Dios.

XXIX. En 1522 publicó Martin Lutero un libro contra Enrique VIII, en el cual, después de llamar fátuo á este Príncipe, dice que tenía derecho para pisotear su execrable co-

rona en el suelo.—Recordamos este hecho á los cándidos historiadores que se obstinan en ver todavía el regicidio en los Jesuitas, y no lo ven, y no quieren verlo en Lutero, que quiere pisotear las coronas y lavar sus manos con sangre de Reyes. Para los Monarcas tanto vale admitir el libre exámen, como apurar una emponzoñada copa.

En el mismo año publicó Lutero en Atenas una traduccion del Nuevo Testamento, en la cual, con cínica libertad, suprimió lo que quiso, y añadió cuanto tuvo por conveniente. Para demostrar esto, citaremos un solo ejemplo.

En la *Epístola á los romanos*, cap. III, versículo 28, dice San Pablo: *Arbitramos que el hombre se justifica POR LA FE, sin las obras de la ley.*

En este pasaje, el Apóstol, refiriéndose á las prácticas rigurosas del Antiguo Testamento, como la Circuncision, v. gr., declara que los hombres pueden salvarse observando la ley de Jesucristo, sin cumplir los preceptos legales ó ceremoniales de la ley de Moisés; y Lutero no solo no hace esta explicacion, sino que con insigne mala fé añade una palabra para trastornar el sentido. En vez de decir que el hombre se justifica por la fé, para escluir y negar la necesidad de la penitencia, dice, hace decir á San Pablo, que el hombre se justifica por la FE SOLA. Se le llamó la atencion acerca de esta interpolacion, y contestó con las siguientes palabras: «Si el Papa *disparata* por esta adición, decid-

le que el doctor Lutero lo hace así porque quiere, y que su única razón es su voluntad.»

XXX. En 1523 compuso Lutero varios libros acerca de la Misa y de la Comunión. No es necesario decir que todo lo trastornaba, intentando introducir en todo una reforma general. En las *Variaciones* de Lutero generalmente no se halla ni aun pretesto: Cambia las cosas únicamente porque quiere cambiarlas, porque no puede tolerar que permanezcan como estaban antes de que él pusiera su sacrílega mano sobre ellas.

XXXI. En 1525 sostuvo Lutero una acalorada polémica con el heresiarca Carlostadio. La situación del fundador de la Reforma era por cierto bastante extraña. Cuando disputaba con los católicos negaba la transustanciación. Cuando por el contrario tenía en frente algún discípulo de Carlostadio ó Zuinglio, hacía colosales esfuerzos para demostrar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. En este punto, como en cien y cien otros, Lutero está desde el principio hasta el fin encerrado en una evidentísima contradicción.

PARRAFO IV.

Melanchton, XXXII.—Su fé y su fórmula de Augusta, XXXIII.—Matías Flaco, autor de las *Centurias*, XXXIV.—Juan Agrícola, XXXV.—Osandro, Stancaro y Músculo, XXXVI.—Juan Brenzio, XXXVII.—Gaspar de Sckuencfield, XXXVIII. Chemnicio, XXXIX.

XXXII. El primero y principal discípulo de Martin Lutero fue Melanchton. Era aleman. Sus padres eran pobres y poco cultos. Nació en Brettan, del Palatinado, en 1497. Su erudicion era grande. A los veinte y cuatro años fue nombrado profesor de Witemberg por el duque de Sajonia. Era naturalmente afable y amigo de la concordia. Tenia mucho ingenio, pero poca resolucion. Todo lo miraba con apatia, y por esto él y sus discípulos son considerados como *indiferentistas*.

XXXIII. Como hemos dicho, Melanchton fue el autor de la *Confesion* de Augusta. Consta de 21 artículos, y en ellos espuso sus ideas con tanta templanza, que al leerlos se mostró sumamente indignado Martin Lutero. Llegó á admitir Melanchton el libre albedrío, aprobó la Misa, y condenó la opinion de Lutero, segun la cual, Dios debia considerarse como el autor del pecado. Osiandro observó que Melanchton habia mudado catorce veces de opinion en su doctrina sobre la justificacion y la gracia. Gotti asegura que Melanchton con su templanza, en vez de echar agua sobre el incendio para apagarlo, arrojó aceite para

aumentarlo. ¡Dios nos libre del veneno que se infiltra con suavidad! Murió Felipe Melanchton en 1560, á la edad de 61 años, en Wittemberg. Poco antes de espirar, con lágrimas en los ojos, acercándose á su lecho, su misma madre le dirigió estas palabras: «Hijo mio, yo era católica, y tú me has hecho abrazar la religion protestante. Ahora te hallas próximo al tribunal de Dios. Dime, pues, en qué religion debo permanecer para salvarme.» A estas palabras, contestó Melanchton: «Para salvarse, lo más seguro es abrazar el catolicismo.»

Bueno es que los mismos adversarios de la Religion católica hagan esta importantísima confesion.

XXXIV. Matias Flaco, *Ilirico*, nació en Albona de Istria, y por su desventura estudió en Wittemberg, y fue su maestro el impío heresiarca Martin Lutero. Fue hombre erudito y de infatigable laboriosidad. Se le considera generalmente como el autor principal de las *Centurias de Magdeburgo*, especie de historia eclesiástica, escrita en sentido protestante, y publicada en 1560. En esta obra se presentan completamente adulterados los hechos más notables en los anales de la Iglesia. Para refutar las *Centurias*, escribió el Cardenal Baronio su obra inmortal titulada *Anales*.

Murió Matias Flaco en Francfort, en 1575, á los 55 años de edad. Este heresiarca llegó á suponer que el pecado original era la misma esencia del hombre. Tanto era su empe-

ño en deprimir y aun destruir nuestra débil naturaleza.

XXXV. Juan Agrícola nació en Isleben. Primero fue discípulo de Martin Lutero, y mas tarde formó una secta especial, conocida por el nombre de *Escuela de los Antinomos*, es decir, de los hombres que no reconocen la obligacion de observar las leyes. Murió Agrícola á la edad de 74 años. Su doctrina no puede ser mas absurda ni mas perniciososa. Consiste en afirmar que el hombre, como tenga fé, se salva, por mas que se haga reo de los mas espantosos crímenes.

XXXVI. Andrés Osiandro era oriundo del marquesado de Brandeburgo. Su padre era un herrero. Decia Osiandro que Jesucristo era Salvador segun la naturaleza divina, y no segun la naturaleza humana. No necesitamos esponer aquí con mayor detenimiento los errores que acerca de este punto propalaba Osiandro. Baste decir que intentó explicar este punto con las tinieblas del libre exámen, para comprender que únicamente logró confundir á los jóvenes infortunados que tenian la desgracia de escuchar sus explicaciones. Un maestro corrompido es un veneno mortal que corrompe y mata la juventud.

XXXVII. Juan Brencio era de Suecia. Fue sacerdote y canónigo de Wittemberg. Abrazó el luteranismo para vivir con el escandaloso desenfreno que tan general era en los nuevos sectarios. Fue el fundador de la secta de los *ubiquistas*, por suponer que Je-

sus se hallaba en la Hostia del mismo modo que en todas partes, antes como despues de la consagracion. Este error es fundamental, y con el nombre de *filosofía racionalista* se está propagando en nuestro siglo.

XXXVIII. Gaspar de Sckuencfield nació en la Silesia. Era bastante sábio, y se mostró tan poco afecto á la Iglesia romana como al propio luteranismo. Decia que no debian ser consultadas las Sagradas Escrituras, y que debíamos contentarnos siempre con la inspiracion privada. Los protestantes del siglo xvi llamaban *inspiracion privada* á lo que hoy llaman simplemente *razon* los modernos racionalistas. En uno y otro caso, tanto la inspiracion como la razon, se reducen á perniciosos caprichos y absurdos delirios. La filosofía incrédula como el viejo protestantismo consisten en disparatar todo lo que se quiera, con tal de negar en el órden religioso todo lo que se pueda. El filósofo incrédulo como el protestante no puede vivir sin negar, y en cuanto afirma, se divide, se confunde y se contradice. La *moderna filosofía* solo puede compararse con la confusion de Babel y la dispersion de las gentes. La filosofía incrédula solo puede conseguir dos cosas: confundir á los hombres para que no se entiendan, y llenar de odio sus corazones para que no vivan en paz, y se aborrezcan y vivan separados unos de otros, ó solo se unan para despedazarse en los campos de batalla.

XXXIX. Martin Chemnicio pertenecia al

marquesado de Brandeburgo, y fue hijo de un pobre cardador de lana. Nació en 1525, y estuvo al lado de su padre ejerciendo su humilde oficio hasta la edad de catorce años. Por este tiempo se entregó con tanto ardor al estudio, que Melanchton, su profesor en la Universidad de Wittemberg, lo apellidaba el *Príncipe de los teólogos protestantes*. Mas tarde fue profesor, y estuvo esplicando teología en la academia de Brunswick por el largo espacio de treinta años. Murió en 1586. Trabajó con sumo empeño por evitar la division entre los protestantes. Esto era absurdo. Los protestantes, como los racionalistas, solo pueden unirse para combatir. Cuando vencen, se dividen siempre para destrozarse. Tambien es conocido Chemnicio por la obra que escribió con el fin de impugnar los principales decretos del Concilio Tridentino. Chemnicio tenia gran talento y sabia mucho. Su obra, sin embargo, no vale nada. Hoy nadie tiene paciencia para leerla. Esto prueba que los mas grandes ingenios quedan completamente burlados cuando se obstinan en luchar contra Dios.

PARRAFO V.

Los Anabaptistas, XL.—Sus jefes y sediciones, XLI.
—Muerte de Muncer, XLII.—Juan de Leiden, XLIII.—Errores de los Anabaptistas. XLIV.—Sectas diferentes, XLV.

XL. Los anabaptistas fueron una rama desgajada de la reforma de Lutero. Se llamaban anabaptistas porque no querian ad-

ministrar el Santo Bautismo á los niños. Estos sectarios, confundiendo el bautismo con la penitencia, suponían que el niño no podía ser capaz de bautismo, porque era incapaz de penitencia. El error de estos hereges pudiera compararse con el del insensato que osara afirmar que un niño no puede ser vestido por su madre, porque cuando sea hombre habrá de vestirse solo.

XLI. El jefe de los Anabaptistas fue Nicola Storch. Fue discípulo de Lutero, y se emancipó al poco tiempo. Como se suponía inspirado por Dios mismo, Lutero, que no consentía rivales á su lado, lo expulsó de Wittemberg. Storch, refugiado en la Turingia, comenzó á predicar el comunismo con todas sus desastrosas consecuencias. Condenando toda clase de magistratura, dejaba en completa libertad á los malvados, y en continua inquietud é insoportable opresión á los buenos ciudadanos. Diciendo que todos los hombres nacen y son libres, que ninguna ley puede poner límite á sus pasiones, castigaba á los hombres que se contenían en lo justo por amor á la virtud, y alentaba á los libertinos que por amor al vicio se entregaban al fango de la corrupción. Proclamando, en fin, que todos los bienes son comunes, castigaba á los hombres honrados que con el sudor de su rostro arrancan fruto á la tierra, y premiaba á los vagos y perezosos que con su repugnante indolencia solo son útiles para consumir lo que el sudor ajeno produce.

A Storch se unió el fanático Tomás Muncer; era este un sacerdote luterano, que aparentaba observar una vida austera y penitente: se suponía iluminado por el mismo Dios. Combatía al Papa, porque, á su decir, enseñaba una moral muy severa, y hacía guerra implacable á Lutero, porque propalaba una moral llena de relajacion y escándalos. Muncer afirmaba con sobrada razon que Lutero era hombre de costumbres corrompidas, manchado con los desórdenes de la crápula, la embriaguez y la impureza. Lutero arrojó á Muncer de Sajonia. En la Turingia se unió Muncer á Storch, y predicando su propia antisocial doctrina, aumentó en mucho el partido de los anabaptistas. Sedujo á muchos millares de ignorantes campesinos, y les hizo abandonar la azada para empuñar las armas contra sus propios Soberanos. La sedicion es siempre el fin de la heregia. Cuando los hombres comienzan por rebelarse contra Dios, concluyen por pisotear el centro de sus Soberanos.

XLII. Muncer, al frente de los anabaptistas, se ocupaba en practicar sus antisociales doctrinas saqueando y devastando la Turingia. El duque de Sajonia les ofrecía el perdón con tal que aceptasen la paz; pero ellos se obstinaron en mantener la guerra. La lucha comenzó, y los anabaptistas, como turbas indisciplinadas, experimentaron una horrible matanza. Se hace subir á 130,000 el número de los muertos. El mismo Muncer, en castigo de su execrable rebeldía, pereció.

én un cadalso. Antes de morir se arrepintió de sus extravíos y se reconcilió con la Iglesia. Aquí debemos esponder una consideración importante.

Lutero se apartó del Papa y fue favorecido por el duque de Sajonia.

Los anabaptistas, discípulos de Martin Lutero, deduciendo las consecuencias que legítimamente se desprenden del protestantismo, se apartaron de Lutero, é hicieron guerra á muerte á su antiguo protector el duque de Sajonia. Así pagan siempre los hereges los servicios que tan sacrilega como neciamente les prestan algunos Príncipes.

Si el mal se hubiese querido atajar en el principio, la muerte de un hombre solo, de un criminal, hubiera sido mas que suficiente. Por no castigar á un malvado en tiempo oportuno, se enrojeció mas tarde el suelo de la Turingia con la sangre que á torrentes vertían 130,000 cadáveres. La tolerancia del duque de Sajonia arrastró en pos de sí la horrorosa guerra de la Turquía. Cuando Luis XVI puso la corona sobre las sienes de Voltaire, levantó el cadalso en que habian de ser degollados el Monarca y un millon de monárquicos en Francia. Cuando se permite atacar impunemente los principios que sirven de fundamento á la sociedad, la sociedad se desquicia, las guerras vienen, los tiranos nacen, y la muerte cubre con sus alas de horror la haz de la tierra. Por desgracia, los gobernantes cierran hoy los ojos para no

ver y los oídos para no oír la gran lección que les da la historia.

XLIII. Continuaron, á pesar del mencionado desastre, las guerras de los anabaptistas. Nueve años despues de la muerte de Muncer, en 1534, se rebelaron contra el legítimo gobierno en Westfalia. Nombraron por jefe á Juan de Leyden, hombre tan oscuro en su origen como fanático y obstinado y cruel en su vida. Comenzó Juan de Leyden su gobierno ejerciendo espantosas crueldades contra los católicos. Como todos los demagogos, era hipócrita y ambicioso. Como hipócrita, proclamaba la libertad para engañar á los pueblos y destronar á los Reyes. Como ambicioso, olvidaba sus promesas, y poniendo su inmunda planta sobre el corazón de los engañados pueblos, apelando á ridículas supercherías, logró poner la púrpura real sobre sus hombros. No contento Juan de Leyden con ser un tirano, se convirtió en un legislador inmoral y pernicioso. Abrió las puertas de la barbarie degradando la familia y restableciendo la monstruosa costumbre de la poligamia. Para dar ejemplo, comenzó por formar un serrallo, en el cual encerró 16 mujeres.

Hé aquí cuáles son las consecuencias de las revoluciones impías. Sus principales frutos han sido siempre la guerra, el despotismo revolucionario y la mas inmunda corrupcion. Los que quieren purificar el mundo con la Revolución, pudieran compararse á los insensatos que intentaran lavar la ropa en cieno.

Juan de Leyden envió 20 discípulos para que esparciesen su venenosa semilla por toda Alemania. En 1535 todos fueron presos y condenados á muerte por los mismos protestantes. Juan de Leyden murió arrepentido, y confesando públicamente que merecía el suplicio, en justa espiación de los espantosos crímenes con los cuales habia irritado el cielo y llenado de escándalo la tierra.

XLIV. Los errores de los anabaptistas son los siguientes:

1.º *Los niños no deben ser bautizados porque no tienen conocimiento de la gracia que reciben.*—Esto equivale á decir que los niños no deben ser alimentados con el pecho de sus madres, porque ignoran la absoluta necesidad y gran provecho de este alimento. Como los niños en lo material reciben el alimento y se nutren con él sin advertirlo, así en lo espiritual reciben la gracia, y se tornan en ángeles, por mas que desconozcan los saludables efectos del Santo Bautismo.

2.º *Los cristianos no pueden ser magistrados.*—Esta máxima es tan horrorosa como absurda. Esto equivale á sostener que los católicos han de ser siempre juzgados y gobernados por los gentiles, sus implacables enemigos. Con esta doctrina los fieles estarían siempre encerrados en las Catacumbas, ó rodando por los abismos de la roca Tarpeya.

3.º *Los cristianos no pueden jurar nunca.*—Esto no necesita refutación.

4.º *Los cristianos no pueden hacer la guer-*

ra.—Este error es tan falso como repugnante. De él se desprende que los católicos no pueden hacer la guerra ni aun para defenderse del bárbaro alfange de los islamitas.

¡Véase cuán cierto es que todos los errores contra la fé se convierten en perniciosas máximas contra la paz pública!

LXV. Los anabaptistas concluyeron por dividirse y subdividirse hasta formar setenta sectas diversas y aun contrarias. Esto era inevitable. El libre exámen siempre produce sus naturales efectos. Fermenta en el período de exaltacion y entusiasmo; hace estallar y divide de una manera horrorosa en el período de composicion, y sepulta para siempre, por último, en los mas hondos abismos de la historia, los errores que ha dividido y esparcido, hasta el punto de despojarlos de toda su fuerza en el período de descomposicion. Jamás ha tenido escepcion esta ley.

ARTICULO II.

Carlostadio, XLVI.—Sus desgracias y su casamiento, XLVII.—Su muerte, XLVIII.—Zuinglio, XLIX.—Sus errores, L.—El decreto del Senado de Zurich, LI.—Su matrimonio y su muerte, LII.—Ecolampadio, LIII. — Bucero, LIV. — Pedro Mártir, LV.

XLVI. El padre de los *Sacramentarios* fue Andrés Carlóstadio. Nació en Carlóstand, pueblo de la Franconia. Fue arcediano de la iglesia de Wittemberg. Pasaba por el mas sabio entre los sajones, y fue quien impuso

la muceta doctoral sobre el cuello de Martin Lutero.

Mas tarde se hizo herege; pero por no parecer discípulo de Lutero quiso formar una especie de secta contraria en todo al catolicismo, y algo distinta de la luterana en lo que atañe á la Sagrada Eucaristía. Carlostadio negaba la presencia real que al parecer, al menos con las palabras, admitia su nuevo maestro y antiguo discípulo Martin Lutero. En 1524 tuvieron una controversia en Jena estos dos heresiarcas, cuyo fin, tal como lo refiere Bossuet en la *Historia de las Variaciones*, libro II, núm. 12, fue el siguiente: «¡Ojalá, esclama Carlostadio, pudiera yo verte en el cadalso!—¡Ojalá, repuso Lutero, te destrozaras el cráneo antes de salir de la ciudad!»

Este era el lenguaje y tal la conducta de los reformadores del siglo XVI.

XLVII. Esto no obstante, merced á la influencia de los amigos comunes, Lutero se reconcilió con Carlostadio y le permitió volver á Wittemberg, con tal que prometiese no escribir nunca contra el luteranismo. Carlostadio fue el primer sacerdote sacrilego que se atrevió á despreciar sus votos y contraer públicamente matrimonio.

XLVIII. Carlostadio vivió en la miseria. Se vió forzado á buscar su alimento con el cultivo material de la tierra. Creyendo que Zuinglio lo trataria bien, porque pertenecia á su misma secta, fue á buscarlo en la Elve-
cia; pero Zuinglio, que no admitia rivales,

lo recibió mal y lo despidió todo lo mas pronto que le fue posible. Carlostadio se refugió en Basilea, donde vivió como un desgraciado, y murió de repente.

PARRAFO II.

XLIX. Nació Zuinglio de familia oscura, en una miserable aldea de la Helvecia, llamada *Hongt*. Fue sacerdote y aun párroco en dos distintas iglesias rurales. Antes de ordenarse habia sido militar. Jamás perdió sus hábitos de campaña. Sabia predicar con vehemencia, y componia sus discursos con facilidad. En 1519 quiso, como Lutero, publicar las Indulgencias: no se le confió esta importantísima mision; se creyó desairado, y hé aquí el origen de su apostasia.

L. Los errores de Zuinglio, aunque se distinguen en varios puntos de grande importancia, en lo general son muy parecidos á los de Lutero. Erró acerca del sacrificio de la Misa; de la veneracion é intercesion de los Santos; de la justificacion de las buenas obras, el matrimonio, la castidad, la gerarquía eclesiástica, la confesion sacramental, el Purgatorio, el pecado original y el libre albedrio. Desfiguraba y aun trastornaba materialmente todos estos dogmas. Su principal error, el error que lo caracteriza, versa, sin embargo, acerca de la Sagrada Eucaristia. Se empeñó en sostener que la Sagrada Eucaristía no es mas que una significacion, un recuerdo de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. El mis-

mo Lutero reprobó esta doctrina, y concluyó por excomulgar á Zuinglio, llamándole *herege*, despues de haberlo ensalzado antes hasta las nubes, considerándolo como un atleta del protestantismo. Zuinglio como Lutero habló tambien de estrambóticas y absurdas apariciones. Hallándose, segun él cuenta, afligido en una ocasion, por no poder demostrar que las frases *esto es mi cuerpo y esto significa mi cuerpo* tienen idéntica significacion, para resolver la dificultad, se le presentó un espíritu cuyo color habia olvidado hasta el punto de no recordar si *era blanco ó negro*.

Esponemos este hecho solo para demostrar hasta dónde alcanza el fanatismo absurdo de la reforma protestante.

LI. Zuinglio presentó 67 proposiciones, retando á una pública discusion en la diócesis de Constanza. Los PP. Dominicanos aceptaron la polémica, y se preparaban á entrar en la lucha.

Como era natural, tratándose de una cuestion teológica, los PP. Dominicanos querian que la Asamblea fuese presidida por delegados del Obispo de Constanza. Zuinglio, por el contrario, se obstinó en dar la presidencia al Senado de Zurich, compuesto de 200 seglares, entre los cuales la inmensa mayoría no sabia escribir ni aun leer. Los PP. Dominicos cedieron, y la conferencia se celebró ante los Senadores de Zurich. Esto acaeció en el año de 1524. Zuinglio comenzó esponiendo sus doctrinas, y lo hizo

con absoluta libertad; pero cuando los teólogos católicos intentaron contestarle, los Senadores legos, que no sabían ni aun leer, declararon que Zuinglio tenía razón, porque los había adulado, dándoles la presidencia, y que los PP. Dominicos habían perdido en la contienda, porque habían tenido el valor y la dignidad que se necesitan para negar la competencia en cuestión tan grave á jueces tan poco ilustrados.

Los demas cantones protestaron, y en 1526 se celebró dicha conferencia en Baden. Defendieron la causa protestante Zuinglio y Ecolampadio. Los católicos tuvieron varios denodados y elocuentes apologistas. El mas célebre entre ellos fue Echio. Tanta fue su elocuencia y tan inmenso su saber, que los suizos, convencidos por él, declararon que debían ser condenados Lutero y Zuinglio, y que, como dogmas de nuestra santa fé, debían creer todos los cristianos en la presencia real de Jéscristo en la Eucaristía, la invocación de los Santos, la veneración de las sagradas imágenes y la espiación del Purgatorio.

III. En 1528 vendió Zuinglio el beneficio eclesiástico que poseía, y faltando escandalosamente á sus votos, se enlazó de una manera pública con una mujer tan tibia en su fé como corrompida en sus costumbres. En el mismo año se unieron varios otros cantones á la doctrina protestante. Los cinco cantones que permanecieron católicos se vieron en la necesidad de castigar con las

armas la insolencia, y rechazar la agresion brutal de los heresiarcas. En 1532, veinte mil protestantes, perfectamente armados, acometieron con furia y crueldad horrible á los católicos. El ejército de estos apenas contaba ocho mil combatientes. Tuvieron, sin embargo, la fortuna de herir mortalmente á Zuinglio, y con la caída del jefe, sus tropas se llenaron de terror y emprendieron la fuga, despues de dejar sembrado con cinco mil cadáveres el campo de batalla. Zuinglio murió el día 11 de octubre de 1532, á la edad de cuarenta y ocho años. Despues de esta guerra, los suizos ajustaron la paz, y convinieron en que cada canton continuaria ejerciendo pacíficamente y con entera libertad la religion que habia abrazado. Desde entonces quedaron completamente separados en religion los cantones católicos de los cantones protestantes.

PARRAFO III.

LIII. Juan Ecolampadio fue constantemente adicto á su maestro Zuinglio. Era muy conocedor de las lenguas vivas y muertas, y fue profesor de los hijos del conde Palatino. Sin tener vocacion para ello, hizo profesion religiosa en un convento de la Orden de Santa Brigida. Pasaron pocos años, y olvidando por completo la profesion, abandonó el claustro, se casó públicamente, y vivió de una manera escandalosa. Como Zuinglio, erró acerca de la Sagrada Eucaristia; pero entre

los dos hereges se encuentra alguna diferencia en el modo de espresarse. Zuinglio se empeñaba en sostener que la Eucaristia *significa* el cuerpo del Señor, y Ecolampadio espresaba el mismo error con distintas palabras, diciendo que el pan consagrado solo es *figura* del cuerpo de Cristo. Murió Ecolampadio en 1532, á la edad de cuarenta y nueve años. Lutero, el jefe del protestantismo, aseguraba que Ecolampadio se habia encontrado muerto en su lecho, ahogado por el demonio. Varillas cree que murió envenenado por sí mismo. El Cardenal Gotti, citando autores contemporáneos, afirma que Ecolampadio mostró grande ansiedad y terrible sobresalto al conocer que se acercaba su última hora, y que un momento antes de espirar, con voz trémula, exclamó: *¡Pronto estaré en el infierno!*

LIV. Martín Bucero nació en la ciudad de *Argentoratum*. Su padre fue un hebreo, ignorante y sin fortuna. A la edad de siete años Bucero se encontraba huérfano y entregado á la mas espantosa miseria. Los religiosos de Santo Domingo, por compasion, lo recogieron en su convento y comenzaron á darle educacion religiosa y literaria. Entonces, segun unos, recibió el bautismo, y segun otros, se hizo ordenar hasta de sacerdote, probando con falsos testimonios que en sus primeros años habia sido bautizado. Lo cierto es que hizo grandes progresos en el estudio de las ciencias divinas y humanas. Fue ingrato con las Ordenes religiosas, y las trató con

horrorosa injusticia. Fue ingrato para con Dios, y se apartó de la Religión católica y abrazó la impía reforma de Lutero, y se casó públicamente y en muy poco tiempo tres veces, cometiendo el sacrílego escándalo de faltar al celibato y de repudiar á sus dos primeras mujeres.

Los errores de Bucero son con escasa diferencia los mismos de Lutero. Creia además que el bautismo no era necesario para la salvación, y afirmaba que la usura no es contraria á los preceptos de Dios. Bucero fue escogido para reconciliar á los partidarios de Zuinglio con los secuaces de Lutero. En 1519 Bucero pasó á Inglaterra, donde reinando Eduardo VI desempeñó una cátedra de teología en la Universidad de Oxford. Tres años después, en 1551, murió este heresiarca á la edad de 61 años en Cambridge. En su muerte experimentó horribles remordimientos de conciencia.

LV. Otro discípulo tristemente célebre de Zuinglio, Pedro de Florencia, fue el heresiarca comunmente conocido con el nombre de *Pedro Mártir*. Nació en Florencia en el primer año del siglo xvi. Su familia era noble, pero de escasa fortuna. Su madre, que poseia el latin, se lo enseñó con bastante perfección, y lo tuvo á su lado hasta la edad de 16 años. Pedro Mártir entró como canónigo regular en el monasterio de la Órden de San Agustín de Fiésolo. En su noviciado manifestó que poseia talento y que no era desaplicado. Después de la profesion estudió en

Pádua las lenguas hebrea y griega, y las letras humanas. Mas tarde cursó la Sagrada teología en Bolonia. Adquirió fama por su saber y su elocuencia. En Nápoles tuvo la desgracia de dejarse corromper por los errores de Zuinglio. Descubierta su apostasía, fue acusado por el Nuncio de Su Santidad y enviado á Roma. Merced á su hipocresía, fue absuelto y se trasladó á Luca, ciudad en la cual juzgaba que le seria fácil propalar su heregía con menos peligro. Tambien aquí fue descubierto y castigado su error. Pedro Mártir emigró entonces con sus discípulos á Suiza.

En Zurich y en Basilea fue mal acogido. En Strasburgo, Bucero le dispensó una gran proteccion, y logró que le dieran una cátedra de teología. En 1547 fue llamado á Lóndres y recibió el encargo de esplicar la doctrina protestante en la Universidad de Oxford. En 1553 volvió á Strasburgo, y, por último, en 1562 murió en Zurich. Su vida estuvo llena de escándalos y sacrilegios. Como Lutero, estrajo una monja de su convento, la llevó á Inglaterra, y en aquella nacion protestante, con escándalo general, vivió en sacrilega union con ella.

ARTICULO III.

PARRAFO PRIMERO.

Nacimiento y estudios de Calvino, LVI.—Principios de su heregía, LVII.—Sus primeros sermones en Angulema, LVIII.—Su entrevista en Alemania con varios jefes del protestantismo, LIX.—Sus viajes á Francia y Suiza, LX.—Nuevos viajes á Italia y Ginebra, LXI.—Sus disgustos, LXII.—Matrimonio en Alemania, LXIII.—Su poder político en Ginebra, LXIV.—Muerte de Servet, LXV.—Desgraciada mision de los calvinistas al Brasil, LXVI.—Sediciones de los calvinistas, LXVII.—Muerte de Calvino, LXVIII.—Sus costumbres, LXIX.

LVI. Nació Juan Calvino en Noyon, ciudad de Picardía, en Francia, el día 10 de julio de 1509. Su padre estaba empleado en la curia eclesiástica. Con su influencia logró una capellanía para el niño Calvino cuando apenas tenia doce años. Despues recibió algunos otros beneficios mas pingües. Con el auxilio y proteccion de la Iglesia, Juan Calvino pudo estudiar lenguas, filosofía, jurisprudencia y teología.

LVII. Habiendo muerto su padre, Calvino volvió á Noyon, donde públicamente cometió el sacrilego atentado de vender los beneficios eclesiásticos que poseia.

A la edad de 18 años comenzó á esparcir sus errores en la capital de Francia. La autoridad civil empezó á perseguirlo, y disfrazándose evadió la mano de la justicia.

LVIII. De Paris, Calvino se trasladó á Angulema, donde se ocupó en enseñar la lengua griega. Aquí hizo sus mayores estudios; escribió sus mas perniciosos libros, y echó, por decirlo así, los cimientos de su pestilencial heregia.

De Angulema Calvino pasó á Suiza y se estableció en Ginebra.

LIX. Poco despues, continuando Calvino su viaje por Alemania, encontró á Bucero en Strasburgo. Bucero, tenia entonces el empeño absurdo de reconciliar á los protestantes, y Calvino le propuso un medio hipócrita, que no podia ser practicado, ni siquiera aceptado. Consistia en aceptar una palabra de doble significado, á la cual pudiese cada fraccion dar el sentido que creyera mas conveniente. Esto es todavía mas pueril que absurdo. Con una recomendacion de Bucero, Calvino fue recibido por Erasmo. Este, al verlo, declaró que seria con el tiempo un herege que haria gran daño á la Iglesia.

LX. Comprendiendo Calvino que sus doctrinas no podian ser aceptadas en Alemania, en 1535 volvió á Francia, y en Poitiers comenzó á esparcir secretamente sus errores.

En Poitiers, en el salon de la Universidad llamado *Ministeria*, comenzó Calvino á difundir secretamente sus impías doctrinas. Por esto sus discipulos se apellidaron *Ministri*, ministros, como los de Lutero se habian denominado antes *Prædicantes*, ó predicadores. En el mismo Poitiers inventó

Calvino la cena, de tan triste celebridad en su secta. En esta ceremonia sus adeptos, despues de tomar un poco de pan y vino, prorumpian en horribles blasfemias contra el Papa, contra los papistas, y aun contra la Sagrada Eucaristia.

Descubiertas y conocidas las malas artes de este heresiarca, fue perseguido por la autoridad, y se retiró primero á la Aquitania, donde se hallaba Margarita de Navarra, hermana del Rey de Francia, muy amiga y gran protectora de los protestantes, y mas tarde, no pudiendo permanecer por mas tiempo en Francia, se refugió en Basilea. En esta ciudad publicó, á la edad de veinte y seis años, un libro detestable, que hizo daño inmenso á los fieles.

LXI. Lutero no habia podido introducir su perniciosa doctrina en Italia, y Calvino pensó en llenar esto, que él consideraba como un vacío. ¡Desgraciado! ¡Su error no civiliza al Africa; pero corrompe, pero deprava las costumbres de Italia! Estos son los frutos que únicamente puede producir la heregia.

Calvino supo que la hija de Luis XII, Rey de Francia, y mujer del duque de Ferrara, Renata, era bastante amiga de leer, y mas aun que de leer, de ser encomiada como una insigne literata. El heresiarca, conociendo cuánta influencia tenia la vanidad en el corazón de esta Princesa, quiso acercarse á ella, como la serpiente á Eva, para halagar su orgullo y destruir su fé. Logró su objeto,

por desgracia. Renata, cediendo á las alabanzas, se hizo protestante.

El Duque, aunque tarde, conoció lo que era Calvinó, y le mandó abandonar inmediatamente sus Estados.

Calvino volvió con este motivo á Francia, donde permaneció por muy poco tiempo. Su espíritu inquieto no le permitia vivir tranquilo en ninguna parte. En 1536 se trasladó á Ginebra. Esta ciudad se habia rebelado un año antes contra el duque de Turin, su legítimo Soberano, y se habia separado ademas del Soberano Pontífice. Un tal Farello fue el jefe y el inspirador de este gran crimen y sacrilega rebeldía. Para trasmitir, no obstante, su memoria á la posteridad, escribió el hecho en una plancha de bronce, con palabras las mas impías y repugnantes contra el Papa y contra la Religión católica.

Claro es que en estas circunstancias, Calvinó por fuerza habia de ser bien recibido por los sublevados de Ginebra. Intentando Farello aprovechar la sofística elocuencia de Juan Calvinó en favor de sus intereses, le hizo nombrar catedrático y predicador de la secta en Ginebra. Por desgracia los esfuerzos del heresiarca y de sus protectores no fueron vanos. Los ginebrinos, en su inmensa mayoría, abandonaron la Iglesia católica y aceptaron los errores del protestantismo. Los templos fueron profanados, y las sagradas imágenes arrastradas con furor por las turbas. Los católicos experimentaron una

horrorosa persecucion. En el altar mayor de la primera iglesia habia una mesa de piedra de extraordinaria belleza y gran valor artistico, destinada á los usos religiosos. Un tal *Perrino*, furibundo protestante, se apoderó de aquella mesa y la trasladó á la plaza pública, para degollar sobre ella á los católicos. ¡Qué destino tan diverso! La Iglesia consagró aquella mesa para ceremonias de paz, de union, de caridad y oracion por todos. El protestantismo la pone en una plaza para que sirva de cadalso. En esto se ve la distancia infinita que existe entre la caridad inmensa del catolicismo, y la crueldad y la hipocresía sin límites que rodean siempre á todo lo que se aparta de la única Religion verdadera. Se nos olvidaba advertir que el propio *Perrino*, pasados pocos dias, fue degollado por sus hermanos los calvinistas sobre la misma mesa que él sacó del templo y la colocó en la plaza para que sirviese de cadalso.

¡Justos juicios de Dios!

LXII. Calvino y su colega y protector Farrello, fueron acusados como hereges, como adversarios de la Santísima Trinidad y de Jesucristo, por Pedro de Cárlos, doctor de la Sorbona, que habiendo abandonado la Iglesia católica, se habia convertido en celoso propagador de la heregia de los sacramentarios. La acusacion fue examinada por el Sínodo de Berna. Los acusados fueron absueltos, porque eran mas poderosos, y el acusador, porque era mas débil, fue conde-

nado á destierro. Esta circunstancia, esta injusticia del protestantismo, abrió los ojos de Pedro de Cárlos, lo llevó al arrepentimiento, y en Roma, despues de hacer una abjuracion solemne, y vivir como un buen católico, murió en el seno de la verdadera fé, con edificacion de todas las personas que le rodeaban.

Poco despues se suscitó otra gravísima polémica entre Calvino y los magistrados. Querian estos que la *cena* se celebrara con pan *oximo*, segun la antigua costumbre, mientras Juan Calvino se obstinaba en hacerla con pan *fermentado*, solo por separarse mas y mas de lo establecido por la Iglesia.

Los magistrados apelaron á su autoridad; y Calvino se dirigió, como revolucionario, á las malas pasiones del pueblo. Hubo un gran tumulto. El resultado estaba previsto. La *cena* no pudo celebrarse, y pacificada la multitud, el heresiarca fue espulsado de Ginebra.

Bueno es tener presente que Calvino, el predicador de la tolerancia, acusa y condena á destierro y aun á muerte á sus adversarios. Tambien importa no olvidar que sus armas son siempre las pasiones del pueblo, la rebeldía, el crimen y las turbulencias. Los hereges son por necesidad revolucionarios.

LXIII. Intentó Juan Calvino justificarse en el Sínodo de Berna; pero no le fue posible, porque un tal Zacarías, de Flandes, leyó en público una carta, en la cual el acusado llenaba de improperios á Zuinglio, y como los jueces eran todos zuinglianos, Calvino

se encontró en una posición tan crítica como insostenible. De aquí pasó Juan Calvino á Strasburgo, donde enseñó teología protestante, y fue pastor de una Iglesia reformada, en la cual eran acogidos los protestantes y flamencos que abandonaban la verdadera fé. En 1538, en Strasburgo, se casó Calvino con la viuda de un anabaptista llamada *Isle'etta*, la cual le vivió catorce años, y tuvo de ella un hijo, que murió á los dos días.

LXIV. Tenia Calvino gran empeño en volver á Ginebra. En 1541 logró ser llamado y recibido con pruebas de entusiasmo y respeto por los ginebrinos. En esta ocasión estableció los reglamentos de su secta, y el Senado decretó que en lo sucesivo fuesen considerados como ley obligatoria para todos los miembros de aquella república. Además fue el heresiarca constituido jefe supremo del Estado. Su influencia política fue entonces muy grande, y sus crímenes, sus venganzas, su intolerancia y horribles crueldades no tuvieron medida ni freno de ninguna especie. Publicó su *Catecismo francés*, y lo hizo traducir en muchas lenguas, con el objeto de que su veneno se infiltrase en todas las naciones de Europa. Compuso además otros varios libros, todos llenos de errores y máximas perniciosas. Su actividad era asombrosa. Con cualquier pretexto, en muy poco tiempo, publicaba un nuevo libro. Poco le importaba el hacerlo bien ó mal: lo hacia, y sus deseos quedaban satisfechos. Escribió entre otras, y publicó dos obras

muy conocidas, una contra el *Interim* de Carlos V, y otra contra el Concilio de Trento. Estos libros hoy no pueden ni aun leerse. Están tan llenos de errores y necedades, que, al hojearlos, casi no es posible comprender cómo hubo en su tiempo tantas personas que los leyesen y hasta que los estudiaran con admiración.

La Sorbona publicó una esposicion de doctrina, conocida con el nombre de *Veinte y cinco capítulos*, en la cual se refutan todos los principales errores de Juan Calvino. Al saberlo el heresiarca, lleno de indignacion se desató en denuestos contra la célebre Universidad de Paris, llegando hasta apellidarla *gregem porcorum*: REBAÑO DE PUERCOS.

En 1543 logró Calvino unir sus sectarios con los que seguían á Zuinglio. Esto aumentó su fuerza y le dió ocasion y medios para esparcir la zizaña en todo el pueblo francés. Las sediciones, tan frecuentes en aquel tiempo, contra Francisco I y Enrique II, todas estaban escitadas y dirigidas por el nombrado heresiarca.

En 1551 tuvo Calvino una gravísima cuestion con Gerónimo Bolseco, Fraile Carmelita, que tuvo la desgracia de abandonar su esclarecida Orden para abrazar la reforma protestante, sentina de todos los crímenes y de todas las iniquidades. Calvino sostenia que el hombre no tiene libre albedrío, y que se condena por necesidad, aunque sea virtuoso, como esté reprobado, ó se salva tambien por necesidad, aunque esté lleno de vicios,

como sea predestinado. Bolsecó rechazó esta doctrina, y por ello fue condenado; espulsado por los senadores de todo el territorio ginebrino, con la amenaza además de ser azotado si volvía á fijar su planta en él. Esto fue un gran bien para el desgraciado Bolsecó, porque le infundió un profundo arrepentimiento, y le obligó á pedir y buscar y obtener la mas completa reconciliación con la Iglesia católica.

LXV. Calvino habia escrito mucho contra las penas que imponían los Príncipes católicos á los hereges, siempre obstinados y rebeldes. Llegó en su furor á decir que los Príncipes eran *Dioclecianos*, porque castigaban á los heresiarcas con penas corporales. Esto no obstante, Calvino entró un dia en disputa con el español Servet, y fue vencido. El herege catalán le demostró que hacia citas falsas y que argüía con insigne mala fé. Calvino juró entonces vengarse de su adversario en la primera ocasion oportuna. De paso para Italia, Miguel Servet descansó en Ginebra. Lo supo Calvino, y lo denunció como herege á la autoridad pública. Gracias á la influencia del acusador, el acusado fue condenado á morir abrasado por las llamas. Servet fue devorado por las llamas el dia 17 de octubre de 1553. La forma y las circunstancias del suplicio fueron horribles. Servet fue amarrado á una columna con una cadena de hierro. La hoguera se habia encendido al pie mismo de la columna; pero el viento ladeaba sus llamas, y esto hizo que

el desgraciado Servet tardase muchas horas en morir. ¡Qué espantosos tormentos! Y, sin embargo, esto no lo comentan, lo olvidan por completo *algunos* partidarios de la tolerancia.

LXVI. Los calvinistas quisieron también ejercer el apostolado en el Nuevo Mundo. En 1555 enviaron una misión al Brasil, con el objeto de impedir los triunfos que en aquellos pueblos obtenían los misioneros católicos. ¡Cosa admirable! Los misioneros calvinistas iban protegidos por el Rey, eran ricos, tenían fuerza, nada les faltaba ni nadie pensó siquiera en suscitar dificultades para que no se realizara su proyectada expedición. Esto no obstante, los calvinistas llegan al Brasil, y no hacen nada, y no dan principio siquiera á sus diabólicas tareas, porque se dividieron, porque ni aun en el Nuevo Mundo, ni aun á 6,000 leguas de su patria, pudieron ponerse de acuerdo para redactar una fórmula de fé.

Un francés, llamado Nicolás Duran, celoso calvinista, fue el jefe de la nombrada expedición. Tan confundido quedó en vista de sus ridículos resultados, que abandonó la secta protestante, y en 1558 se reconcilió pública y solemnemente con la Iglesia.

LXVII. En 1557 fueron castigados muchos calvinistas en Francia. Con este motivo se declama de una manera horrible contra lo que suele llamarse *la intolerancia de los Papas*. Nada más absurdo. Debemos tener en cuenta tres cosas:

1.^a Que en la época á que nos referimos, el gobierno francés procuraba acercarse todo lo menos posible á la Santa Sede. Los Soberanos de Francia solian separarse de Roma para unirse á los protestantes, y aun para formar alianzas con los musulmanes. San Pio V no pudo lograr que los navíos franceses acompañaran á los de Roma, á los de Venecia y España en Lepanto.

2.^a Que los protestantes ó calvinistas eran mucho mas crueles con los católicos que estos con aquellos, á pesar de contar los católicos con la inmensa mayoría de la nación.

3.^a Que los delitos castigados en los calvinistas no eran *religiosos*; no: eran *políticos*; eran crímenes evidentes y multiplicados de rebeldía y sedicion. Los gobiernos tenían el deber de castigarlos de una manera ejemplar. Por desgracia, adoptaron el funesto principio de fijarse en las consecuencias, que son la sedicion, y prescindir del principio, de la causa única, que son las malas doctrinas.

Sin embargo, para que se comprenda cuál era el carácter de los calvinistas, consignaremos aquí algunos hechos importantes.

En 1560 se descubrió la conjuracion de Amboise, en la cual los hereges habian jurado rebelarse contra Francisco II y contra los Guisas, apelando para ello á la sedicion armada.

En 1561, estando los católicos reunidos en la iglesia de San Medardo, en las inmediaciones

ciones de París, los calvinistas se lanzaron con armas sobre los fieles, los arrojaron por fuerza del templo, hirieron y asesinaron á muchos, derribaron los altares, profanaron las reliquias, arrastraron por el suelo las sagradas imágenes; en fin, cometieron todo linage de tropelías y sacrílegos atentados. ¿Puede esto ser tolerado jamás? ¿Pueden ser compadecidos como inocentes mártires los malvados heresiarcas que así irritan, maltratan y asesinan á los católicos?

Castigar á estos hereges, á los que así proceden, no es un crimen; por el contrario, es una gran necesidad, un acto de perfecta justicia.

LXVIII. Murió Juan Calvino á los cincuenta y cuatro años de edad, el día 26 de mayo de 1564. Los últimos instantes de su vida fueron terribles. Mas le atormentaban los remordimientos de su conciencia que los dolores físicos de la enfermedad. Desesperado, lleno de furia contra Dios, que habia de juzgarlo; contra la medicina, que no sabia preservarlo de la muerte; contra la vida, que no sabia vencer al sepulcro; contra su doctrina, que le habia separado de la justicia; contra sí mismo, por último, porque todo era para él motivo de eternos temores, hablaba como un insensato, como en delirio, escandalizando con sus blasfemias é imprecaciones á todas las personas que le rodeaban. ¡Desgraciado el hombre que se acerca al último juicio con la conciencia abrumada por el recuerdo del crimen!

LXIX. Digamos algo sobre su carácter. Tenia Calvino mucho ingenio y una memoria felicísima. Su actividad era portentosa. Estudiaba, escribía, predicaba, enseñaba, estaba, en fin, siempre ocupado; jamás se le encontraba tranquilo. Pasma su incansable laboriosidad. Por debilidad del estómago y unos fuertísimos dolores de cabeza que padecía, tenia que ser muy parco en la comida. Bebia pocos licores y en escasa cantidad.

Era amigo del silencio, y le agradaba poco el ruido de la sociedad. Predicaba con suma facilidad; pero con mal gusto. Su elocuencia solo se distinguia por la impetuosa fogosidad con que se enseñaba contra la Iglesia católica. Cuando predicaba contra los católicos, Juan Calvino, mas bien que un herege que impugna, parecía un leon que rugia dominado por una rabiosa furia. Era muy vano y presuntuoso, y aun á estos dos vicios superaba con mucho su infernal envidia. En la venganza no conocia límites. Bucero, aunque era su amigo y herege como él, tuvo que llamarlo *perro rabioso* y *escritor inclinado á la maledicencia*. Tambien en su conducta fue Calvino muy digno de la mas severa censura. En Noyon y en Angulema fue en dos distintas ocasiones acusado y condenado por un crimen tan escandaloso y repugnante, que ni aun nombrarse puede en este lugar. Para calcular su gravedad, es indispensable remontarse á Sodoma y Gomorra, y recordar el terrible castigo impuesto por Dios á la nefanda Pentápolis.

Este es el verdadero retrato de Juan Calvino, del reformador protestante que tanto escándalo dió al mundo en el siglo xvi.

Así son todos los que se proponen reformar la Iglesia.

PARRAFO II.

Teodoro de Beza, LXX.—Sus doctrinas, sus empleos y su muerte, LXXI.—Conferencias con San Francisco de Sales, LXXII y LXXIII.—Los hugonotes, LXXIV y LXXV.—La matanza de San Bartolomé, LXXVI.—Los calvinistas en Flandes, LXXVII.—Sus hazañas en Escocia, LXXVIII.—María Stuard, LXXIX.—Sus matrimonios y su forzosa abdicación, LXXX.—Su prisión y muerte en Inglaterra, LXXXI.—Su suplicio, LXXXII.—Jacobo I y Carlos I, LXXXIII.—Carlos II y Jacobo II, LXXXIV.

LXX. Teodoro de Beza nació en Veze-lay, en la Borgoña, el día 24 de junio de 1519. A la munificencia de un pariente eclesiástico debió el poder hacer una brillante carrera literaria. Su tío le dió un beneficio, y además le cedió todas sus rentas. Estudió Beza la filosofía en París, y mas tarde la lengua griega en Orleans, bajo la dirección de Volmaro, el profesor tristemente célebre que antes habia corrompido el corazón y depravado el alma de Juan Calvino. La presencia de Beza era simpática, y sus modales dulces y bastante finos. Sus costumbres eran escandalosas. Fue acusado de dilapidación, de hurtos, de fraudes, de adulterios, de asesinatos y aun de otros crímenes mas repug-

nantes todavía. Perseguido por sus acusadores, huyó á Ginebra (después de haber vendido públicamente el beneficio y disipado toda la fortuna de su tío), donde encontró un poderoso apoyo. Calvino le hizo profesor de griego y le recibió con muestras de grandísimo aprecio. Por esto se dice que Beza era *idólatra* de Calvino; *calvinólatra*.

¡Hé aquí otro reformador!...

LXXI. La doctrina de Beza fue aun mas perniciosa que la de Calvino. Rechazaba de una manera absoluta la *presencia real*; negaba abiertamente la divinidad de Jesucristo, y hasta se dudaba si admitia la existencia de Dios.

Después de la horrible matanza de San Medardo (de la cual ya hemos hablado en el número LXVII), escribió una carta á Calvino, en la cual se gloriaba de los atentados cometidos por los protestantes, mirándolos, según decía, como un ultraje á los católicos. Esta era la justicia y misericordia de la *secta reformada*. Además escribió Beza á la Reina Isabel de Inglaterra, enemiga y perseguidora de la Iglesia, una carta en la cual mostraba gran satisfacción por haber establecido el protestantismo con la violencia en Francia. ¡Y se dice, no obstante, que son dignos de compasión, que son inocentes víctimas los protestantes que por su rebeldía ó por sus crueldades eran castigados por la autoridad pública! Beza se presentó en el Congreso de Worms como representante de Calvino, pidiendo hombres, armas y dinero.

para encender la guerra civil en Francia. El mismo Melanchton tuvo que reprenderle por su espíritu sedicioso. Dicese, sin embargo, á pesar de esto, que los Monarcas de Francia fueron crueles con los protestantes, porque castigaban con las armas á los rebeldes que con las armas en la mano estaban siempre atentando contra la autoridad pública y contra la paz de los pueblos.

Si son rebeldes, ¿por qué han de ser pintados como mártires? Si morían en luchas civiles que ellos provocaban, ¿por qué han de ser eternamente llorados con lágrimas de maligna hipocresía, cual si fuesen víctimas inocentes?

Después de la muerte de Calvino permaneció Beza por el largo espacio de cuarenta y un años al frente de la iglesia reformada en Ginebra. Murió en 1605, á los ochenta y cinco años de edad.

Los años aumentaron, en vez de disminuir, la corrupcion asquerosa de sus costumbres.

LXXII. En 1797, por orden del Papa Clemente VIII, tuvo San Francisco de Sales varias conferencias religiosas en Ginebra con el obstinado heresiarca Teodoro de Beza.

San Francisco le dijo: «¿Crees que pueden salvarse los católicos?» Beza, al oír esta pregunta, pidió tiempo para contestar: se retiró á una habitacion separada, estuvo meditando en medio de la soledad y el silencio, y pasados algunos minutos volvió para dar la siguiente importantísima contesta

tación:—«Sí; creo que los católicos pueden salvarse.»

A lo cual replicó el Santo:—«Ahora bien: tú crees que nosotros podemos salvarnos en la Iglesia católica. Nosotros creemos que vosotros no podeis salvaros en la iglesia protestante. ¿Por qué, pues, al menos por prudencia, no aceptais la fé católica, en la cual todos confesais que la salvacion es posible; mientras en la vuestra, en la *reforma*, solo *un partido* admite la salvacion? Por otra parte, si confesais que los católicos se pueden salvar, ¿por qué producís tantos escándalos, por qué ocasionais tantos trastornos, por qué perpetráis tantos crímenes para destruir el catolicismo?»

Nada pudo contestar á este insoluble argumento el heresiarca Beza; pero como le faltaban razones, apeló á los dehechos, y la conferencia terminó sin otro resultado que una prueba mas de la intolerancia y la falta completa de razon que degradan al protestantismo.

LXXIII. Pasado algun tiempo, tambien por orden del Papa, volvió San Francisco de Sales á buscar á Beza. En esta ocasion el Santo logró hacerse escuchar. Beza se quedó pensativo; y en algunos instantes se halló muy inclinado á abrazar la Religion verdadera. Pero tenia su corazón ligado por el crimen; y cuando los afectos del mundo persiguen sobre la carne, difícilmente dejan los hombres corrompidos de abandonar los consejos del espíritu. Despues quiso Beza ha-

blar de nuevo con San Francisco de Sales; pero no pudo. El Santo fue arrojado de Ginebra, y amenazado con la muerte si penetraba otra vez en la casa del anciano herejiarca. Se pusieron además guardias en la puerta para alejar hasta la posibilidad de otra entrevista. Tantos fueron los deseos que de ella tenía Beza, que sus discípulos, para cubrir lo que miraban como una ignominiosa derrota, atribuyeron á perversión del juicio, á verdadera demencia las señales de arrepentimiento que en los últimos dias de la vida dió el desesperado maestro.

LXXIV. Los calvinistas son conocidos en Francia con el apodo de *Hugonotes*. Recibieron este nombre porque solian celebrar sus reuniones en el barrio de San German, Paris, cerca de la puerta llamada de *Hugone*.

Es imposible referir, ni aun apuntar siquiera en este compendio, los espantosos crímenes, las sediciones y crueldades de que en cien y cien ocasiones se hicieron reos los calvinistas ó hugonotes de Francia. Francisco I y Enrique II tuvieron que castigarlos muchas veces, no por sus apostasías, sino para vengar los ultrajes que cometían todos los dias contra la sociedad, como rebeldes, y contra los ciudadanos pacíficos, como perturbadores y asesinos. Tantos son los crímenes que manchan la historia de los hugonotes, que no es posible ni aun comprender cómo hay escritores en el mundo que se atrevan á hacer su apología.

En el reinado de Francisco II, por el año de 1559, Francia se convirtió en un verdadero campo de batalla. Los católicos eran muchos; los calvinistas eran poco numerosos; pero tenían espantosa osadía, y á fuerza de crímenes, por medio del terror, siendo pocos y en realidad débiles, se obstinaron en poner su planta sobre el cuello de los católicos, que eran muchos y solo en apariencia débiles. El resultado de esta lucha estaba previsto. Los *hugonotes* invadían, y los católicos rechazaban la invasión. Los *hugonotes* fueron vencidos.

Suele decirse que los calvinistas eran pobres desvalidos y que carecían de todo apoyo en Francia. Juana, la viuda del segundo Rey de Navarra, les prestaba todo su poderoso apoyo en la corte. El Príncipe de Condé, el almirante Coligny, el titulado Rey de Navarra, todos estos Príncipes y muchos otros, eran no solo *hugonotes*, sino que consagraban sus vidas y sus haciendas al triunfo del partido calvinista. Los protestantes de Alemania y los Reyes protestantes de Inglaterra, no cesaron nunca de enviar sus auxilios de hombres y de dinero á los *hugonotes* de Francia. ¡Ellos eran ricos, y se pintan como pobres! ¡Eran poderosos, y acometían, é insultaban, y saqueaban, y asesinaban á los católicos, y para engañar á las gentes candidas, para inspirar horror al catolicismo, se les presenta como débiles, como hombres desvalidos, cual víctimas inocentes llevadas al cadalso solo por un refinamiento de cruel-

dad! En todo es así la lógica y la doctrina de la demagogia incrédula.

El Rey Francisco II, á la edad de diez y siete años, fue envenenado por un médico calvinista. (Natal Alejandro, tomo XIX, capítulo II, art. 9.º, números 3 y 4.)

LXXV. Continuemos presentando tales como son á los inocentes *hugonotes*. Los protestantes solían decir para justificar sus inicuas sediciones, que conspiraban contra el gobierno, porque el gobierno no les permitía el libre ejercicio de su culto. En 1562, Carlos X cometió la insigne torpeza de conceder á los hugonotes, por un edicto público, libertad para que se reunieran y predicaran y practicasen todo lo que miraban como ceremonias de su religion. Parecía natural que, si el objeto de los tumultos era la prohibicion del calvinismo, tolerada esta secta, renaciera la paz. ¡Error funesto! La tolerancia se proclamó solo como un pretesto para hacer la guerra. Hé aquí la demostracion de lo que acabamos de decir.

En Vassy comenzaron al instante las hostilidades. El Principe de Condé se puso al frente del ejército calvinista, tomó muchos pueblos, y se hizo dueño de no pocas fortalezas. Donde quiera que entraban los hugonotes saqueaban las casas de los fieles, ahorcaban á los sacerdotes, profanaban los templos, y en prueba de *tolerancia*, prohibían el culto católico. Hé aquí para qué pedían *tolerancia* los calvinistas.

Los revolucionarios de todos los tiempos

desean tolerancia para conspirar impunemente cuando están vencidos, y solo dan tiranía para mantenerse en el poder, por medio de la violencia, cuando son vencedores. ¡Desgraciada la nación cuyos gobernantes olvidan ó no quieren conocer esta verdad importantísima! El gobierno legítimo, para vencer á los rebeldes hugonotes, necesitó aceptar muchas y muy reñidas batallas campales, en las cuales los sublevados, lejos de ser castigados como inocentes víctimas, vencían ó eran vencidos, después de terrible resistencia, como ejército fuerte y disciplinado. En la batalla de Dreux, el día 19 de diciembre de 1562, fue preso el general calvinista, Príncipe de Condé; pero murió un Príncipe real, el padre de Enrique IV, Antonio de Navarra, que peleaba en las filas de los católicos, es decir, del partido que conservaba la lealtad debida al trono y que era enemigo de la sedición.

En 1563, el duque de Guisa, general en jefe del ejército real, fue traidoramente asesinado por Juan Poltroz, agente de los hugonotes, y discípulo y amigo del famoso Teodoro de Beza.

La fuerza de los calvinistas llegó á tal punto, que la Reina madre, entonces regente del reino, se vió en la necesidad de aceptar la ignominiosa paz que le proponían. No es necesario esforzarnos mucho para que todo el mundo comprenda cuál era la debilidad y la inocencia de los pobres mártires del calvinismo.

LXXVI. Continuaba la guerra civil. Los calvinistas la habian empezado, y la sostenian con el auxilio de un poderoso partido en lo interior, y el apoyo material y directo de muchos gobiernos protestantes en el extranjero. En 1567 fueron derrotados. En 1569 lo fueron tambien, y ademas perdieron su jefe, el Principe de Condé, que los mandaba en la batalla de *Farnac*. En la noche del 24 de agosto de 1572 fueron asesinados en Paris por los partidarios del duque de Guisa, que queria vengarse de los asesinos de su padre; que deseaba castigar á los que le habian derribado del poder; que, por último, intentaba destrozar, como jefe de un partido, al partido opuesto, que le hacia la mas ruda y mas constante oposicion. No podemos aprobar la matanza de San Bartolomé; pero debemos dejar consignado que los hugonotes murieron como hombres de partido, no como hombres de fé; que no eran ni fueron jamás inocentes; que jamás, en fin, dejaron de conspirar con la política y con las armas, con el mismo asesinato, contra todos sus adversarios.

Esta es la ocasion de rechazar la inmundada calumnia que algunos escritores superficiales intentan arrojar sobre la brillantísima historia de San Pio V. Suponen los escritores anticristianos á quienes aludimos, que San Pio V aprobó y aplaudió la horrorosa matanza de la noche de San Bartolomé. Para confundir á estos calumniadores de la Santa Sede, nos basta recordar que San Pio V

murió el día 1.º de mayo de 1572, y la matanza no tuvo lugar hasta el día 24 de agosto del propio año. ¿Cómo es posible que aplaudiera Pío V un crimen perpetrado *tres meses y veinticuatro días después de su muerte?*

A esto se reducen las acusaciones inventadas por los impíos contra la Santa Sede.

En 1563, en París, ocurrió un hecho que no debemos dejar de referir. Estando un sacerdote celebrando el santo sacrificio de la Misa, en la iglesia de Santa Genoveva, entró un hugonote, y con modales groseros y palabras impías y horribles blasfemias, por fuerza se apoderó de la Sagrada Hostia, y la arrojó al suelo. Como era de esperar, los católicos se arrojaron sobre él, y le troncharon la mano sacrilega. ¿Tiene derecho ningún protestante para insultar de una manera tan escandalosa á muchos miles, á muchos millones de católicos, á la inmensa mayoría de una nación? El que esto hace, es necesario que se resigne á sufrir las consecuencias de su insoportable osadía.

En el propio año los hugonotes quemaron en Tours los venerandos restos mortales de San Francisco de Paula. Los fieles no podían tolerar estos escesos.

LXXVII. La heregía es la rebelion en todas partes. Los calvinistas hicieron en los Países-Bajos contra Felipe II lo propio que en Francia hacían contra Francisco I, Francisco II y Carlos IX. Bajo el pretesto de la Religión, se sublevaron los calvinistas, y con el auxilio de treinta mil soldados alemanes

que trajo el Príncipe de Orange, y el apoyo de Inglaterra y Francia, lograron separarse para siempre de la monarquía española. Si Carlos V no hubiera sido tan *tolerante* con los hereges en Alemania, los Países-Bajos, por la fuerza de las armas, nunca hubieran pensado en declararse independientes de España. No sentimos la pérdida material de estas provincias. España no es ni debe ser ambiciosa. Los gobiernos que aspiran á salvarse, deben procurar no poseer lo ajeno, y sobre todo no gobernar lo que por sus especiales circunstancias no debe ser gobernado sino por otros gobernantes. Las conquistas son la ruina de los pueblos y el descrédito de las autoridades. ¡Aleje Dios de nosotros para siempre el pensamiento de la conquista! Sostener lo propio. No invadir lo ajeno. Este es el gran principio de la justicia.

LXXVIII. Los hereges hicieron horriblos estragos en Escocia. Un sacerdote apóstata, llamado Knox, luterano primero, atraído por Calvino en Ginebra despues, aceptó, por último, sus errores, y se prometió defenderlos y propagarlos con diabólica constancia en su país. Por desgracia, cumplió lo que habia ofrecido. Knox era fogoso en su elocuencia y de mucha osadía, gran constancia y espantosa crueldad.

Enrique VIII, empeñado en separarse y separar á todo el mundo de la Iglesia Romana, para lograr su depravado intento declaró la guerra á Jacobo V, Rey de Escocia. Los pro-

testantes, acaudillados por Knox, como no eran católicos, no fueron fieles, y abandonando á su legítimo Rey, abrazaron el partido del Monarca invasor. Entonces habia dos partidos en Escocia: uno, que pretendia convertir aquel reino en provincia de la Gran-Bretaña, y otro, que sostenia la conveniencia de su separacion. El primero queria enlazar á Maria Stuard, hija de Jacobo V, con el Príncipe de Galles, para poder así formar un solo reino entre Escocia y la Gran-Bretaña. El otro, para evitar esta fraccion, buscaba la alianza de Francia, y procuraba unir á la heredera del cetro de Escocia con un Príncipe francés. Por lo pronto venció este partido. Pero es lo cierto que los calvinistas, olvidando por completo los deberes de la lealtad, conspiraron contra su Rey, contra su patria, y arruinaron hasta su propia nacionalidad.

LXXIX. Los protestantes *predicaban*, es decir, declamaban con escandaloso desenfreno en Escocia. Al escándalo de las palabras, añadian la opresion de la violencia. Asesinaron al Arzobispo; persiguieron terriblemente á los católicos, y con insolente osadía derribaron y profanaron los templos. El Regente del reino favorecia á los rebeldes, como partidario de la alianza con Enrique VIII. La heredera de la Corona, á la edad de siete años, en 1558, fue llevada á Francia.

Recibió una educación escelente, y pasados algunos años se desposó con Fran-

cisco II. Por la temprana muerte de este Rey francés, quedó viuda y sin sucesion. Cuando volvió á Escocia, todo estaba trastornado. La heregia habia pasado por encima de la virtud y de la lealtad de aquel pueblo. Dominaba el protestantismo. Basta indicar esto para comprender que en Escocia no podia haber paz ni respeto á la autoridad legítima.

LXXX. Los protestantes inventaron muchas y muy horribles calumnias contra la infortunada Reina María. La acusaron de adúltera, la infamaron por todas partes, diciendo que era cómplice en la muerte de su marido, y que despues, como prueba de complicidad, se habia casado públicamente con su asesino. ¡Qué horror! El mismo infierno parece que agita la lengua de los herejiarcas, cuando se trata de calumniar á los Principes católicos. El furibundo calvinista Knox insultaba á la Reina María de una manera impudente. Tuvo el valor necesario para ponerla en la alternativa de escoger entre el asesinato ó la abdicacion. La infeliz María Stuard, llena de espanto, renunció la Corona, y al soltarla la puso sobre la cabeza de su hijo, que solo tenia trece meses.

LXXXI. A pesar de la renuncia, que, cediendo al terror de las turbas, hizo la infeliz María Stuard, no fue puesta en libertad, como todo el mundo esperaba. Creyendo librarse de la durísima persecucion que experimentaba, con el auxilio de los pocos sub-

ditos que le permanecian fieles, buscando tranquilidad y proteccion se dirigió á su parienta y amiga, la hija de Enrique VIII, Isabel la Inhumana, que á la sazón reinaba en la Gran-Bretaña. Esta mujer, esta hiena, esta implacable perseguidora del catolicismo, al ver en su corte, afligida por la desgracia, á la infortunada Reina de Escocia, por miserable envidia, por ambicion, por un conjunto de todas las malas pasiones que ardian en su pecho, la encerró primero en una cárcel, le aumentó mas tarde las cadenas de la prision, y con pretestos repugnantes, despues de haber procurado deshonorarla, la hizo condenar á muerte, despues de diez y nueve años de insoportable encarcelamiento.

Una sola reflexion haremos en este caso. Maria Stuard dejó crecer en su pais impunemente el árbol de la incredulidad, y pasados algunos años se vió calumniada, perseguida, y aun elevada al cadalso por las consecuencias de la doctrina que habia permitido sembrar, por los frutos únicos que la incredulidad produce en todas partes. Cuando la heregia se planta, el indiferentismo nace, la cizaña crece, la lealtad concluye, la perfidia se multiplica, y los tronos, convertidos en astillas, son arrastrados impiamente por las calles y plazas públicas. No puede ser leal á su Rey el pueblo que no es fiel á su Dios. ¡Ojalá todos los gobernantes grabaran profundamente en sus pechos esta máxima, nunca desmentida por la historia.

LXXXII. El dia 18 de febrero de 1587

pereció en el cadalso María Stuard. Se le habia condenado por venganza, y ni aun en las gradas mismas del patíbulo se la quiso tratar con benignidad y misericordia. Era católica, pidió un confesor católico, y solo se le concedió un ministro protestante, que la escitaba á la apostasia en los momentos mismos en que iba á comparecer ante el tribunal de la Eterna Justicia. María Stuard rechazó con santa indignacion al ministro protestante, y despues de haber recibido la Sagrada Eucaristía, que, con autorizacion del Papa San Pio V, llevaba entonces consigo, despues de haberse preparado con sus honestos, pero mas ricos atavíos, con firme paso, semblante sereno, su corazon fijo en la imágen de la Virgen que llevaba en el pecho, y sus ojos clavados en el Crucifijo que tenia en sus manos, con majestad verdaderamente régia, sin turbacion de ningun género, subió una por una todas las gradas del cadalso. Su cuello fue cortado por el verdugo, y su cadáver sepultado junto al de la Reina Catalina, la primera, la única mujer legítima del inmundo y cruel Enrique VIII.

Aquí necesitamos hacer un recuerdo importantísimo. Los Reyes que han muerto despues de un juicio inícuo á manos del verdugo, han sido María Stuard y Carlos I en la Gran-Bretaña, y Luis XVI en Francia. Es digno de notarse que estos horrorosos crímenes solo se han perpetrado en pueblos que han perdido la fé, y por hombres que se han manchado con el asqueroso bordon de

la apostasía. Los pueblos católicos nunca se han convertido en jueces, y mucho ménos en verdugos de sus propios Monarcas. Para que un pueblo consienta en que su Rey muera en la guillotina, es indispensable que primero se deje arrebatár su fé y corra por la pendiente de la heregía, hasta sepultarse en el abismo de la impiedad. Los gobiernos que creen posible la continuacion de su prestigio, sin que sea respetada en sus dominios la Religion católica, son tan insensatos como el hombre que para prolongar su vida se hiciera extraer todos los dias la cuarta parte de su sangre. La incredulidad se presenta siempre coronada por el regicidio y la sedicion.

LXXXIII. Jacobo VI sucedió á María Stuard, su madre, en el trono de Escocia. Poco despues, por muerte de Isabel, heredó la corona de Irlanda y de la Gran-Bretaña. Entonces cambió el nombre de Jacobo VI, Rey de Escocia, por el de Jacobo I, Soberano de todo el Reino-Unido. Este Príncipe, apartándose completamente de las huellas de su madre, abrazó con calor el protestantismo, y persiguió con horrorosa crueldad á los católicos.

En 1603, bajo pena de muerte, mandó á todos los sacerdotes católicos que abandonasen el territorio de la Gran-Bretaña. Tres años despues, en 1606, propuso el juramento de fidelidad al Rey protestante, que era una ley general de apostasía, impuesta con sancion horrible á todos los fieles que tenían entonces la desgracia de morar en In-

glaterra. Los que tanto hablan contra la intolerancia de la Santa Sede, no perderian el tiempo examinando las leyes de rigor y de sangre con las cuales se fundó y propagó el protestantismo.

El juramento de fidelidad, ó la ley general de apostasia que lleva el nombre de Jacobo I, fue impugnada por el célebre español Suarez, en una obra que mereció ser quemada por la mano del verdugo en Londres. Tambien es necesario que no olviden estas circunstancias los que tanto declaman contra la Iglesia católica, porque procediendo con suma justicia y gran prudencia, en todo tiempo ha hecho que sean devorados por las llamas los libros impios que solo sirven para corromper las costumbres, depravar el corazon de los hombres y arrastrarlos á la sedicion. Tambien queman libros los adversarios de la Religion católica; pero con la inmensa diferencia de que Martin Lutero quema en Alemania la Bula inmortal de Leon X, en la cual se proclama con voz muy alta la justicia; Isabel de Inglaterra quema un libro, en el cual se intenta poner freno á sus licenciosas costumbres; Jacobo I quema el libro inmortal de Suarez, en el cual se sostiene contra la mas inmunda tiranía la verdadera independencia de los pueblos; y Robespierre, el gran Lama de la revolucion francesa, quemó un folleto, en el cual su autor tuvo la audacia de mostrar compasion hácia las victimas y horror hácia los verdugos, mientras que,

por el contrario, la Iglesia católica solo arroja al fuego las obras que, sembrando la incredulidad, confunden la inteligencia; depravando el corazón, corrompen las costumbres, ó inculcando el escepticismo, pervierten la naturaleza humana y tornan al hombre en abominable monstruo. Sí, también queman libros los protestantes; pero con la diferencia inmensa de que la Religión católica arranca la zizania y protege la buena semilla, mientras el protestantismo se ocupa en fomentar la mala yerba y estirpar hasta las últimas raíces de la buena semilla.

Jacobo I murió en 1625, á la edad de cincuenta y nueve años. Le sucedió en el trono su hijo Carlos I, quien, á pesar de ser protestante, no pudo librarse de recoger las tempestades, producto necesario de los vientos que habia sembrado su padre. Jacobo I exigió á los ingleses un juramento de rebeldía contra el Papa, y los ingleses lo cumplieron, rebelándose contra su hijo Carlos I, y haciéndole perecer en un cadalso á los cuarenta y ocho años de su vida, el día 30 de enero de 1648.

LXXXIV. A la muerte de Carlos I siguió una época de disturbios y de escandalosos atentados en la Gran-Bretaña. Cromwell, el fanático, el sanguinario, el implacable perseguidor del catolicismo y de la monarquía, el verdugo de Carlos I y el asesino de Irlanda, con el nombre de *Protector*, ocupó el trono ensangrentado de la casa de Stuard. Murió Cromwell en 1658, y los ingleses pusie-

ron espontáneamente la corona sobre las sienes del hijo de Carlos I, que entró á reinar con el nombre de Carlos II. Murió este Monarca á la edad de sesenta y nueve años, en el de 1685. Le sucedió en el trono su hermano Jacobo II, el dia 16 de febrero del propio año. Este Monarca era católico, y sin pensar para nada en oprimir á los protestantes, fue arrojado del trono, solo porque en 1687 hizo publicar un edicto, en el cual se permitia el libre ejercicio de la Religion católica en todos sus dominios. Este hecho demuestra de una manera evidente cuál es la verdadera significacion de la *tolerancia*, de esa palabra hipócrita, que con tan dañada intencion tienen siempre en sus labios los enemigos del catolicismo. Jacobo II murió en 1701, á la edad de sesenta y ocho años, como desterrado, en Francia. Su hijo, Jacobo III, murió tambien en la emigracion, sin haber podido jamás ocupar el sόlio de sus mayores. Esta dinastía ha sido estinguida por el tiempo. Dios no ha querido que hayan encontrado fidelidad en Inglaterra los nietos de Jacobo I, Rey obcecado, que tantos esfuerzos hizo por estirpar en aquel país la fidelidad al romano Pontífice.

PARRAFO III.

Errores de Calvino, LXXXV.—Su doctrina sobre la Santa Escritura, **LXXXVI.**—Su error acerca de la Santísima Trinidad, **LXXXVII.**—Su error acerca de Jesucristo, **LXXXVIII.**—Su error acerca de la ley Divina, **LXXXIX.**—La justificación, **XC.**—Las buenas obras y el libre albedrío, **XCI.**—La predestinación y la salvación, **XCII.**—Los Sacramentos. El Bautismo, **XCIII.**—La Penitencia, **XCIV.**—La Eucaristía y la Misa, **XCV.**—El Purgatorio y las Indulgencias, **XCVI.**

LXXXV. Calvino adoptó casi todos los errores de Lutero; pero no contento con esto, desenterró casi todos los errores inventados por la impiedad y la soberbia en los quince siglos que le habían precedido. Plateolo contó hasta 207 heregias en las obras de Calvino. Otro autor, Francisco Zorban-des, examinando todos los escritos de este heresiarca, halló en ellos los errores copiados por 1,400 heregias. Y esto no puede parecer extraño, teniendo en cuenta que Juan Calvino leía la historia de la Iglesia solo para aprender y repetir lo que contra el catolicismo habían dicho todos los hereges.

LXXXVI. En el libro escrito contra el Concilio Tridentino, Juan Calvino niega á la Iglesia la autoridad é infalibilidad que ha recibido la Iglesia para determinar el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras; rechaza el Cánón de los libros santos, aprobado y sancionado por el Concilio de Tren-

to; presenta absurdas objeciones contra la *Vulgata*, y niega, por último, que sean canónicos los libros del *Eclesiástico*, la *Sabiduría*, *Tobías*, *Judith* y los *Macabeos*. Tampoco admite Calvino las tradiciones apostólicas. Como se ve, este heresiarca combate ó niega lo que quiere, solo porque quiere, sin mas razon que su capricho, ni mas motivos que su aversion profunda al catolicismo.

LXXXVII. Tratando el Misterio de la Santísima Trinidad, Juan Calvino establece lo que quiere y rechaza lo que se le antoja. Dice que cree en el Padre, en el Hijo y en el Espiritu Santo: admite la unidad divina en la esencia, y, sin embargo, rechaza el nombre de Trinidad, y hasta aparenta llenarse de horror cuando oye repetir los nombres *consustancial* ó *hipostásis*. En este punto es hasta ridícula la absurda doctrina del heresiarca. Admite las cosas, y niega los nombres inventados para explicarlas. Es indudable que en el plan de Juan Calvino entraba el hacer todo lo posible para sembrar la confusion en la Iglesia.

LXXXVIII. Acerca de Jesucristo espone Calvino teorías tan insensatas que no es posible ni aun comprender cómo fueron creídas por tantas gentes en los pasados siglos. Nos abstenemos de reproducirlas, porque ya hoy no tienen ni aun valor histórico, porque no tienen relacion ninguna con los errores que mas pululan en nuestra época, porque, en fin, basta dejar consignado que consisten en suponer que Jesucristo como hombre eje-

cutó acciones humanas muchos siglos antes de su encarnacion.

Solo indicaremos que tambien rechaza Calvino, porque así lo quiere, la bajada de Jesus al seno de Abraham, despues de espirar en el Gólgota, para librar á los Patriarcas, Profetas y Santos de la antigua ley. Como en todos estos errores no hay más que frutos de la delirante imaginacion de Juan Calvino, basta esponerlos para que sea conocida su absurdidad.

LXXXIX. Calvino, adelantándose en esto, asegura que los hombres no pueden cumplir la ley de Dios; que en ellos no hay libre albedrío; que todos son arrastrados á la virtud ó al vicio por una necesidad ciega é indeclinable de la gracia ó la concupiscencia; que no hay en el hombre culpas veniales; que todas son mortales; que, por último, todas las obras humanas, aun las de los justos, son pecados, por brotar de una naturaleza manchada por la culpa.

Estos errores se fundan en dos principios que no pueden ser mas repugnantes ni mas absurdos, á saber: que Dios abandona por completo el linage humano, y que todo lo que hace el hombre es malo y producto de una necesidad fatal. Estos dos monstruosos principios son contrarios á todo lo que nos enseña la fé, á la enseñanza constante de la esperiencia, y hasta al dictámen de la recta razon. Juan Calvino deberia haber probado que el hombre no es libre para aceptar el bien ó el mal, y que Dios no le da los auxi-

lios suficientes para conocer cuáles son sus deberes y vencer las tentaciones que se oponen á su cumplimiento. El principio fundamental de los calvinistas es en gran parte una copia exacta del fatalismo musulmán.

XC. Hablando de la justificación, Juan Calvino dice que solo consiste en la imputación de los méritos de Cristo, sin que para ello sean necesarias las buenas obras. La teoría que en este punto admiten los calvinistas es verdaderamente horrible. Consiste en suponer que como el hombre tenga fé protestante; como sea *elegido*; como una vez sea justificado por lo que llaman la imputación de la justicia de Cristo, nunca podrá perder la gracia aunque se manche y degrade con todos los más abominables crímenes que pueden perpetuarse en el mundo. Esto es un contrasentido monstruoso. Esto es suponer que Dios no tiene voluntad eterna; que no ha dado leyes al mundo; que no premia á los que las cumplen ni castiga á los que las infringen. Esto, en fin, es suponer que entre Dios no hay diferencia entre el ladrón y el asesino que despojan al viajero de la honra y de la vida, y el hombre virtuoso que inflamado por la caridad parte su pan y sus vestidos con el hambriento ó desnudo, y carga sobre sus hombros para librar de la muerte, para dar la salud como entrañable hermano al moribundo que encuentra abandonado y cubierto de heridas en el camino de Jericó. Ante Calvino, tan justo es Cain como Abel, y tan digno de loor

Judas, que vendió á su maestro, como la Magdalena arrepentida, que regó con sus lágrimas y enjugó con sus propios cabellos los sagrados pies de Jesus. Por fortuna nada hay tan racional como la virtud, ni tan irracional como el vicio. Calvino al declararse apologista del crimen, se granjea los anatemas de la Iglesia, las maldiciones de la filosofía, y la execración de la historia.

XCI. Calvino niega el libre albedrío, suponiendo que solo es un vano título ó una palabra sin sentido. Esto está refutado con solo reflexionar en lo que constantemente nos enseña nuestra propia conciencia. Tan absurdo es este error, que el hombre, aunque quiera, no puede admitirlo, porque natural y necesariamente lo rechaza su propia conciencia. La voluntad del hombre no es superior á los hechos. Por esto, aunque nosotros queramos ver en nuestra conciencia que carecemos de la libertad natural, no podemos ver nunca cumplido su execrable deseo; jamás dejará de ver, de conocer, y aun de sentir en sí mismo, con evidencia inmediata, que tiene libre albedrío; que puede inclinarse al bien ó al mal; que, en fin, cooperando á los auxilios de la gracia, puede observar la ley que Dios le ha impuesto. Hay una inmensa diferencia entre la verdad que enseña el catolicismo y las teorías que proponen los hereges. Mientras más se examinan las verdades católicas, más y más nos convencemos de que en nada se oponen, de que están absolutamente conformes con lo

que es verdadero, justo y racional. Por el contrario, mientras más se ahonda en el estudio de las heregias, más profundo es el convencimiento que se adquiere de que todo el que se aparta de la revelacion, queda de hecho separado por un insondable abismo de la verdad, de la justicia y la razon.

Supone Calvino que Dios es quien obra en nosotros el bien ó el mal. Por lo que antecede, queda hasta la evidencia demostrado que la asercion de Calvino es de todo punto falsa; que el hombre es completamente libre; que es, por lo tanto, y no puede menos de ser, responsable de todas sus acciones. Bueno es, no obstante, hacer notar que este pernicioso error, que la horrible blasfemia de Calvino que estamos impugnando, ha sido reproducida en nuestros propios dias por el ateo M. Prudhon.

XCII. Acerca de la predestinacion espone Juan Calvino una teoria que no puede leerse sin desprecio, porque es abominable; y sin horror y estremecimiento, por ser monstruosamente feroz. Supone este herefarca que Dios ha dividido al género humano en dos clases muy diversas. Pertenece á una los que han nacido para salvarse, y se salvarán, aunque estén manchados con toda suerte de crímenes; y á otra, los que han nacido para condenarse y se condenarán, aunque sean dignos de eterna recompensa por sus grandes virtudes. Calvino pinta á Dios premiando con la eterna gloria al malvado, y castigando con suplicio eterno al justo.

¿Qué horror! Hasta nos repugna el refutar una teoría tan absurda, tan execrable y tan monstruosa.

XCIII. Insistiendo Juan Calvino en su sistema de crueldad y repugnantes privilegios, supone que los Sacramentos de la Iglesia no aprovechan á todos los fieles, sino á los calvinistas ó á las pocas personas que él coloca en el catálogo de los selectos. Añade, que las palabras que pronuncia el sacerdote al conferir los Sacramentos carecen de fuerza *consacratoria*, y solo tiene virtud *concionatoria*. A su decir, los Sacramentos solo sirven para escitar la fé. Segun Calvino, no hay ninguna diferencia entre la ley antigua y la ley de gracia. Del propio modo podia decir que no hay diferencia alguna entre la sombra y la realidad, ó entre el crepúsculo de la mañana y la esplendente claridad del medio dia. Por espíritu de sistemática y ciega oposicion á la Iglesia, niega tambien Juan Calvino el carácter indeleble que imprimen en el alma el Bautismo, la Confirmacion y el Orden. Asegura, porque así le parece, que solo hay tres Sacramentos en la Iglesia, y rechaza todos los demas. Le parece un crimen el que la Confirmacion, la Penitencia, la Extremauncion y el Matrimonio sean contados entre los Sacramentos. Aunque admite el Bautismo, por no estar en nada conforme con la Iglesia, niega que sea necesario para la salvacion, y asegura que nunca, ni aun en el caso de extrema necesidad, puede ser administrado por los legos.

Afirma, por último, que el Bautismo de San Juan Bautista tenía la propia virtud que el Bautismo de Jesucristo.

Nuestros lectores habrán ya advertido que toda la ciencia y toda la crítica de Juan Calvino consiste solo en ir negando de cualquier modo lo que enseña la Iglesia católica.

XCIV. Ya hemos visto que Juan Calvino rechaza el Sacramento de la Penitencia; ahora solo nos falta indicar cómo se expresa acerca de este punto. Dice que los pecados cometidos después del Bautismo se perdonan con la sola memoria de este Sacramento, sin necesidad de recurrir al de la Penitencia. Esto equivale á decir que cuando un hombre injuria á su propio padre no necesita arrepentirse, ni dar satisfaccion, implorando clemencia, porque el crimen se borra recordando el origen, ó la relacion necesaria que existe entre el padre y el hijo. Respecto á la absolucion, asegura Calvino que no tiene virtud para remitir los pecados, sino para atestiguar el perdón que Dios concede, mediante las promesas de Jesucristo. Por supuesto que Calvino se abstiene muy bien de aducir los testimonios de la Santa Escritura, en los cuales pudiera apoyarse el error que acabamos de enumerar. También afirma que la confesion de los pecados fue establecida Por Inocencio III en el siglo XIII; sin tener en cuenta que San Bernardo la predicó en el siglo XII; Gregorio VII en el siglo XI; San Gregorio Magno en el VI; San Agustin en el V; San Cipriano

en el III; Orígenes y San Justino en el II; y todos los varones apostólicos, y todos los Apóstoles, y el mismo Jesucristo, en el primer siglo de la Iglesia. Hé aquí por qué Calvino rechaza con tanta obstinacion la tradicion eclesiástica.

XCV. Calvino trata el Sacramento de la Eucaristía con una ligereza, con una superficialidad, con una sacrílega osadía, que no puede leerse sin repugnancia. Sus palabras acerca de este Misterio adorable no son más que un tejido abominable de blasfemias. Desprecia la *Transustanciacion*; niega tambien la *presencia real*; no admite más que un signo ó figura, y no quiere que sean adorados el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesus en el augusto Sacramento de la Eucaristía.

XCVI. Como ya hemos visto, el sistema de Calvino consiste en negar, solo en negar los dogmas de la Iglesia católica. Por esto niega el Purgatorio, desconoce el valor de las indulgencias, rechaza la intercesion de los Santos, y condena el culto de las imágenes. Por esto combate el Primado del Soberano Pontífice, y niega su infalibilidad en los Concilios, en las definiciones dogmáticas. Por esto, en fin, reprueba todas las leyes disciplinares y todas las ceremonias de la Iglesia. No tiene palabras bastante duras para condenar los ayunos eclesiásticos, el celibato del clero y los votos religiosos. En cambio santifica la usura, y nada hace para impedir el aumento y los escándalos de la corrupcion.

PARRAFO IV.

Secta, XCVII.—Los Puritanos, XCVIII.—Los independientes y Presbiterianos, XCIX.—Diferencias entre unos y otros, C.—Los Cuákeros, CI.—Los Anglicanos, CII.—Los Piscatorianos, CIII.—Los Arminianos y Gomaristas, CIV.

XCVII. La secta de Calvino se dividió bien pronto en muchas otras que aquí no podemos ni aun nombrar, por ser inmenso su número. Los sectarios se dividieron y subdividieron hasta el punto de degenerar en el ateísmo por medio de la confusión y la disolución que le es consiguiente. Aquí, no obstante, hablaremos de las sectas mas notables.

XCVIII. Llámense *Puritanos* los que aparentaban creer con pureza y practicar con absoluto rigor la doctrina de Calvino. Estos se han distinguido siempre por su odio al catolicismo y su horror á la monarquía. Ellos fueron los que en 1649 hicieron perecer en un cadalso á Carlos I, Rey de la Gran-Bretaña.

XCIX. Los independientes ó Presbiterianos convienen con los Puritanos en el odio á los católicos y el aborrecimiento á la Monarquía; pero se distinguen en que rechazan todo freno religioso; admiten la más absoluta anarquía en todo lo que atañe á la conciencia, y se consideran libres en todo lo que

no esté conforme con la Iglesia católica. De los independientes provienen los *antiescriturarios*, que desprecian los libros santos; los *anabaptistas*, que solo aceptan la rebelion y el fanatismo, y los antinomos, que no admiten ninguna ley.

C. Son conocidos con el nombre de *presbiterianos* los miembros de una secta muy numerosa repartida en Inglaterra, que no admite gerarquía ninguna en la Iglesia. Solo reconoce la dignidad del presbiterado, y por esto se llaman *presbiterianos* sus adeptos.

CI. Los *Cudqueros* ó *tembladores* llámanse así porque se fingen poseidos por el Espíritu Santo, y en los éstasis que aparentan tiemblan mucho. Esta es la única ceremonia de su culto. Se creen justificados; odian el catolicismo, y atribuyen á Jesucristo *pasiones* indignas de la Divinidad. Entre ellos hay muchos que no pueden vivir sin la rebeldía.

CII. Los *Anglicanos* rechazan la autoridad de la Santa Sede; pero admiten dogmas; no niegan las Escrituras; conservan la autoridad episcopal, y practican casi todas las ceremonias que en lo antiguo aceptaba el protestantismo. La secta anglicana es la oficial en Inglaterra. Pudiera definirse diciendo que es una forma religiosa encargada en cubrir una gran mentira política. En la secta anglicana no hay de religion nada mas que algunas palabras y no pocas formas puramente exteriores.

Entre los anglicanos no hay fé verdadera ni autoridad religiosa.

Los anglicanos se han rebelado contra la autoridad del Papa, y en lo eclesiástico están sometidos en todo y para todo á la potestad civil. ¡Qué absurdo!

CHII. Los *Piscatorianos* forman una secta que no es *moral* ni es *doctrina*, es solo un cúmulo de extravagantes delirios, que ya no se pueden ni aun leer. Dividian la justicia de Jesucristo en *activa* y *pasiva*. Jamás hemos podido comprender cuál es el fundamento de esta distincion. Hicieron algun ruido al nacer, y murieron cubiertos de ignominia á poco de haber nacido. Esta es la suerte reservada á todos los sistemas que se apartan de la revelacion divina.

CIV. Los *Arminianos* y *Gomaristas* adquirieron celebridad por la lucha que sostuvieron unos contra otros. Eran los primeros discípulos de Arminio, profesor de teología en Holanda, y los segundos seguian á Gomaro, profesor de la Universidad de Leyden. Ambos partidos procedian de la secta calvinista; pero los primeros se acercaban más á las prácticas del catolicismo que los segundos. En una asamblea protestante se examinó la cuestion que existia entre los *Arminianos* y *Gomaristas*. El número favoreció á estos, y fueron condenados aquellos. Barnefeld y Hugo Grocio se encontraron entre los vencidos. Barnefeld pereció en un cadalso. Grocio salvó su vida, merced al ingenio de su esposa, que supo sacarlo furtivamente de la cárcel, en-

cerrado en una gran cesta, que suponía estar llena de libros. No es inútil tener en cuenta que el mismo Grocio, el célebre profesor de derecho público, no pudo librarse de la *intolerancia* y persecucion de los protestantes.

ARTICULO IV.

PARRAFO PRIMERO.

Inglaterra antes del Cisma, CV.—Enrique VIII y Ana Bolena, CVI.—Wolsey. Sus consejos, CVII.—La Reina Catalina ante el Tribunal. Muerte de Wolsey, CVIII.—Despojo de los bienes del clero, y primer matrimonio sacrílego de Enrique VIII, CIX.—Juramento de fidelidad. Impío decreto de Crammer, CX.—Decretos del Papa, CXI.—Persecucion del Cardenal Polo. Muerte de Fischer y Tomás Moro, CXII.—Muerte de Ana Bolena. Nuevo matrimonio con Juana de Seimour, CXIII.—Los seis artículos. Son quemados los huesos de Santo Tomás de Cantorbery. Muerte de la Reina Juana, CXIV.—Obstinacion de Enrique VIII, CXV.—Ana de Clebes, CXVI.—Catalina de Howard y Catalina Parray, CXVII.—Remordimientos de Enrique, CXVIII.—Su testamento y muerte, CXIX.

CV. No puede leerse sin dolor la antigua historia de Inglaterra. En el siglo vi, compadecido de ella el Papa San Gregorio Magno, le envió misioneros que la librasen de la esclavitud, y por medio del catolicismo la pusiesen en contacto con la humanidad. Tan firme y tan estendida se hallaba la Religion en la Gran-Bretaña, que todo el mundo designaba aquel pais con el nombre de Isla de los Santos. Su patrono, el Santo más venerado en todo el territorio británico, Santo Tomás de Cantorbery, habia muerto, habia re-

cibido el martirio en el siglo **xii** por defender la autoridad de la Santa Sede. Esta ligera reflexion basta para comprender cuál era el carácter religioso de los ingleses. No podian admirar las virtudes de su patrono sin reconocer la autoridad de la Santa Sede, y experimentar deseos vehementes de morir en defensa de la unidad católica representada por el primado de jurisdiccion que el Papa ejerce en toda la Iglesia. En este estado la corrupcion y la soberbia caen como una plaga sobre todo el territorio de la Gran-Bretaña. La historia de Inglaterra desde el siglo **xvi** hasta nuestros dias solo puede ser escrita con lágrimas.

CVI. En el año de 1501 se enlazó Arturo, primogénito de Enrique VII, Rey de Inglaterra, con Catalina de Aragon, hija de los Reyes Católicos. Murió Arturo sin haber consumado el matrimonio, y previa la dispensa del impedimento de afinidad concedida por el Papa Julio II, se celebraron poco despues las nupcias de la Princesa Catalina con el Príncipe Enrique, hermano de su primer marido. Enrique observó en sus primeros años una excelente conducta. Como hombre de fé, era instruido y celoso. Fue enemigo personal de Lutero, y publicó contra él la célebre apologia católica titulada *De los siete Sacramentos*, que dedicó al Papa Leon X, y que le valió para él y para todos los que le sucedieran en el Trono el honroso titulo de *Defensor de la Fé*. Enrique VIII vivió por el largo espacio de 25 años en buenas relaciones

con la Reina Catalina de Aragon. Tuvo de ella cinco hijos, de los cuales solo pudo sobrevivir la infortunada Reina María. Pasados los 25 años de su primer matrimonio, turbada la imaginacion de Enrique por un afecto desordenado á la impúdica Ana Bolena, se resolvió á elevar al solio á esta mujer escandalosa, aun á costa de enrojecer con sangre todo el territorio británico.

Estas son siempre las consecuencias de las malas pasiones.

CVII. Tomás Wolsey, Cardenal y gran Canciller, por espíritu de innoble adulacion, por lisonjear las pasiones de Enrique, conociendo que buscaba con ansiedad un pretexto para declarar nulo su primer matrimonio con la Reina Catalina, le sugirió la sacrilega idea del divorcio, inventando al intento un impedimento que no podia existir, por haber desaparecido completamente despues de la dispensa de Julio II. Wolsey creia que el Papa no podia dispensar en el impedimento de afinidad en primer grado, ó, lo que es igual, que no puede autorizar el matrimonio entre dos cuñados. Es una heregía negar esta facultad en la Santa Sede.

Enrique VIII quiso ademas consultar con varias Universidades de Europa, y en todas ellas halló sobrados testimonios para convencerse de que su matrimonio con Catalina era válido, y de que nadie podia anularlo en el mundo.

A esto debemos añadir que Enrique VIII tenia motivos muy poderosos para creer que

Ana Bolena era su propia hija, por haber mantenido ilícitas relaciones con su madre en los dos últimos años que precedieron á su nacimiento. Pero las pasiones, cuando no tienen freno, perturban por completo la razon del hombre.

CVIII. Enrique se obstinó, á pesar de todo, en enlazarse con la impúdica Ana, y rogó al Papa que anulase su primer matrimonio. La Reina rogó al Papa que constituyese el tribunal en Roma y no en Lóndres, porque en este último caso serian jueces sus más encarnizados enemigos. El tribunal continuaba, sin embargo, en Inglaterra, y el Soberano Pontífice necesitó reclamar su resolucion en términos muy formales para que la causa toda entera pasase á la Santa Sede.

Enrique envió á Roma para que defendiese su causa al impío é hipócrita Tomás Crammer, sacerdote de corazon depravado y pervertida conciencia, que se hallaba dispuesto á sacrificar la justicia solo por obtener los favores del tirano.

Crammer fue enviado á Roma por Enrique VIII para apoyar la causa del divorcio contra la Santa Sede. Para dar á conocer á este hombre malvado basta indicar que se habia propuesto llegar á las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado, olvidando su fé, sacrificando su conciencia, adulando á la impúdica Ana Bolena, y lisonjeando en todo las malas pasiones de Enrique. Este Monarca, ciego por el fatal influjo de sus pasiones, intentó granjearse la amistad de

Reginaldo Polo y Tomás Moro, y autorizar sus infamias con la virtud y ciencia de estos dos grandes hombres. Sus esperanzas no se realizaron, por fortuna. Polo y Tomás Moro rechazaron con dignidad y entereza las incalificables insinuaciones de tan depravado Monarca. Conociendo Enrique que en Roma no se pensaba siquiera en favorecer el divorcio, con el fin de intimidar al Papa mandó que ninguno de sus súbditos pidieran y obtuviesen gracia alguna de Roma sin expresa licencia de su gobierno. Esta medida es tan inmundada, fue inspirada por una intencion tan malévola, recibió una contestacion tan cumplida, que por cierto, tanto la maldad de Enrique como la integridad del Soberano Pontífice no deben pasar sin un ligero comentario. Es muy vulgar entre los impíos la idea de que en Roma se sacrifica la justicia siempre que peligran las riquezas. Como Enrique se hallaba bastante preocupado por esta absurda creencia, se propuso amenazar al Papa con despojarlo de las limosnas que enviaban á Roma los fieles de la Gran Bretaña que obtenian gracias espirituales de la Santa Sede. Por fortuna en esta ocasion, como en todas, las calumnias de la impiedad quedaron para siempre confundidas. El Papa dejó perder el dinero, y ni un solo instante vaciló en inclinarse con todo el peso de su autoridad al lado de la justicia. Los que continuamente están acusando á Roma bajo el punto de vista del interes mundano, no se atreverian ni aun á

mover su lengua si tuvieran en cuenta que los Papas han sido siempre protectores de todos los débiles é inocentes, y perseguidos por todos los malvados y poderosos. La Santa Sede no puede lisonjear á los fuertes, porque es y solo puede ser maestra de la verdad, amparo de la inocencia y esclava de la justicia. El tristemente célebre Cardenal Wolsey, que tanto se habia degradado con sus humillaciones y lisonjas á Enrique, cayó por fin en desgracia de este Monarca, perdió toda su influencia en la corte, y fue ademas desterrado ignominiosamente de Lóndres. Pero Enrique tenia un corazon de fiera, y no reconocia límites en su venganza. No satisfecho con la pena de destierro, ordenó que su antiguo favorito Wolsey fuese conducido á la capital de la Gran-Bretaña con todas las precauciones de un reo de Estado. Tanto se le hizo sufrir en el camino, que murió víctima de horribles remordimientos antes de llegar á la corte. Ocurrió su muerte en diciembre de 1530. Creyeron algunos que se habia suicidado tomando una gran cantidad de licor envenenado. Opinan otros historiadores, por el contrario, que pereció merced al frio de la estacion, los trabajos del camino, las vejaciones que experimentó en el viaje, y mas que todo el terror que le causaba la idea de presentarse en Lóndres, donde tantos adversarios tenia, despues de haber perdido toda su autoridad, y contando por añadidura con toda la implacable indignacion del Soberano. Lo cierto es que antes

de espirar, con voz trémula y acento de dolor profundo, pronunció estas notabilísimas palabras: «¡Oh si yo hubiera servido á Dios con tanta exactitud y tan buena voluntad como he procurado agradar al Rey!»

Estas palabras son la más elocuente condenacion y el más terrible escarmiento que pueden imponerse á todos los malvados aduladores, que no vacilan en despreciar las leyes de Dios por no desprenderse de un bienestar efímero y despreciable.

CIX. Crammer, convencido de que en Roma no podia adelantar nada en favor de la impía causa que sostenia, previo el consentimiento de Enrique, abandonó la Ciudad Eterna y se volvió á la Gran-Bretaña. Al pasar por Alemania, con direccion á su pais, Crammer se enlazó secretamente con la hermana del herege Hosiandro. Como Enrique, aunque herege, era enemigo mortal de los sacerdotes que faltaran á la ley del celibato, Crammer se vió en la necesidad de adoptar todas las precauciones posibles para que no llegase á noticias del público su sacrilego matrimonio. Vacó por aquel tiempo el arzobispado de Cantorbery, y Crammer fue nombrado para ocupar esta Silla, la primera entre todas las del Reino-Unido de la Gran-Bretaña. Antes de poner la mitra sobre sus sienes, el impio Crammer se comprometió á sancionar el divorcio y bendecir el matrimonio del Rey con su impúdica cortesana.

El clero en su gran mayoría se oponia al

divorcio, y defendia los legitimos derechos de la Reina Catalina. Por venganza el Rey consideró á los sacerdotes católicos como traidores, y les impuso penas horrorosas. La persecucion que experimentó el clero católico de Inglaterra en la época á que nos referimos, no es inferior en nada á la que sufrieron los antiguos fieles en los tiempos del Emperador Juliano. El clero, como para aplacar al Rey, le ofreció la suma, entonces muy considerable, de 400,000 escudos. Pero todo era inútil. El obcecado Monarca rodaba por una pendiente en la cual, sin un milagro especial de la Gracia, no podia detenerse.

El Canciller Tomás Moro, no pudiendo autorizar tan horribles iniquidades, protestó en la forma única que le era posible hacerlo, renunciando al altísimo puesto que desempeñaba en la corte. El Papa Clemente VII protestó tambien contra el Monarca prevaricador, y le amenazó con fulminar contra él los rayos del Vaticano. Esto no obstante, Enrique celebró secretamente su matrimonio con Ana Bolena en diciembre de 1532. El sacerdote Rolando, que le dió la bendicion nupcial, lo hizo por haberle asegurado antes el Monarca que tenia en su poder la autorizacion de la Santa Sede.

CX. Con el favor de Ana Bolena fue elevado al más alto puesto de la nacion el impío Tomás Cromwel. Este era un luterano, lleno de ambicion y astucia. Enrique lo hizo conde, le entregó el sello real, lo nombró Vicario general en las causas eclesiásticas, y, en fin,

no perdonó medio de ningún género para darle riquezas, honores, todo el prestigio indispensable para que pudiese sostener con ventaja la guerra contra el catolicismo. Cromwell, unido á Crammer, se propuso exigir á todos los ingleses el juramento de fidelidad en lo eclesiástico al Monarca Enrique VIII. Esto era separarlos de la Santa Sede, y exigir de una manera oficial y con violencia la general apostasia. Hubo gran empeño en arrancar este abominable juramento al célebre Obispo Juan Fischer. Este venerable Prelado profesaba un tierno cariño al Monarca, y creyendo que aun le seria posible detenerlo en su camino de perdicion, accedió, pero añadiendo que solo hacia el juramento *en cuanto fuese lícito*, segun la palabra de Dios.

Esto fue considerado como la caida del gran Obispo, se divulgó por todas partes, y sirvió de piedra de escándalo contra la cual se estrellaron muchos católicos. No pocos en efecto prestaron el juramento de apostasia al ver el nombre de Fischer en el catálogo de los desgraciados que se apartaron de la Santa Sede. Esta es una gran leccion para los altos personajes. Los hombres que por su ciencia ó por su virtud se han grangeado el respeto de los pueblos, tienen grandes deberes que cumplir, faltan horribilmente á la mision que les confia la Divina Providencia, si no procuran medir todas sus palabras, y encerrar todos sus pasos en el recto sendero de la justicia. El ejemplo de estos hom-

ores ha sido y será siempre una ley para la inmensa mayoría de las gentes. Fischer juró por debilidad, y ni aun con el martirio pudo borrar las deplorables consecuencias de su juramento.

Alentado Crammer con la caída de este venerable Obispo, publicó la sentencia de divorcio, y procedió á celebrar con solemnidad y estraordinaria pompa el sacrílego enlace entre Enrique VIII y Ana Bolena. Ocurrió esto el día 13 de abril de 1533.

CXI. El Papa Clemente VII declaró nulo el divorcio, y sin ningún valor el segundo matrimonio con Ana Bolena. Manifestó que Enrique quedaba excomulgado como desobediente á la Santa Sede; pero concediéndole todavía el plazo de un mes para que reflexionara sobre su conducta antes de que se divulgara la sentencia.

Enrique, en vez de oír la voz del Soberano Pontífice, lleno de indignacion mandó encerrar en un castillo á su esposa Catalina, prohibió que se le diera en lo sucesivo el título de Reina, y considerando como ilegítima á su legítima hija la Princesa María, la excluyó por un decreto del derecho á la Corona de sus mayores. Poco despues, el día 7 de setiembre de 1533, cinco meses despues del matrimonio público, nació la hija de Ana Bolena, la Princesa Isabel, tan tristemente célebre en la historia por su abominable impureza y sus atroces crueldades. Enrique, viendo que los católicos no se conformaban con el inícuo decreto fulminado contra la

Princesa María, legítima heredera del trono, empezó nuevamente á perseguirlos con una furia infernal. Encerró en la cárcel á Fischer, Tomás Moro, y más de doscientos franciscanos que habian reprobado el divorcio. El día 3 de noviembre de 1534 aprobó el Parlamento inglés el decreto que excluía á la Princesa María, y declaraba á Isabel, la hija espúrea de Ana Bolena, heredera legítima del trono. En seguida derogó la autoridad del Papa en todos los dominios de la Gran Bretaña, declarando rebeldes á todos los que continuasen admitiendo el Primado de honor y jurisdiccion en la Santa Sede. Se abrogó una autoridad ilimitada sobre los Obispos, hasta el punto de considerarlos como meros empleados subalternos, sujetos en todo á la potestad civil. Se hizo nombrar jefe espiritual de toda la iglesia anglicana, y mandó que se borrara en todos los libros religiosos el nombre del Soberano Pontífice. Y aun no contento con tantas extravagancias, tan espantosas crueldades y tan horrosos sacrilegios, inspirado por su rabia inmundada, rugiendo como un leon, hizo poner en la *Letanía* estas execrables palabras:

De la tiranía y detestables enormidades del Obispo romano, libranos, Señor.

CXII. Enrique VIII vió que su pretendida jurisdiccion eclesiástica era mirada con horror, y quiso que se publicaran muchos libros para que la defendieran y la hicieran aceptable. Por desgracia no faltaron escritores que, por odio al catolicismo unos, cedien-

do á la violencia del tirano otros, compusiesen sofisticas é impías disertaciones en favor del sacrílego primado que se atribuía Enrique. Intentó este despótico Monarca obligar á su pariente Reinaldo Polo á que publicase algunos libros en apoyo del cisma; pero este insigne literato, tan respetable por su inmensa erudicion como por su firmeza en la fé, en vez de plegarse ignominiosamente al capricho de Enrique VIII, con heroico desprendimiento y admirable valentia, escribió y publicó cuatro obras de grandísima importancia en favor de la unidad católica y en contra del cisma anglicano. Enrique, lleno de furor, ardiendo en deseos de venganza, quiso por esto imponer un castigo horrible á su pariente Reinaldo Polo. Lo declaró traidor de la patria, reo de lesa majestad, y por añadidura lo condenó á muerte. Viendo que no le era posible hacerle perecer en el cadálsó, porque habia salvado su vida abandonando el suelo británico, buscó medios inícuos, y puso en juego recursos abominables para asesinarlo de una manera tan traidora como infame. No pudiendo ni aun así vengarse de Polo, hizo degollar en un cadalso á su octogenaria madre, á su hermano, á su tio y á todos sus cercanos parientes, solo por el crimen de ser madre, hermano, tio y parientes del ilustre campeón de la fé, Reinaldo Polo.

Este hecho, este atentado, habla por sí solo muy alto en contra del protestantismo. Y sin embargo, los modernos incrédulos nos

están siempre ponderando la tolerancia de los protestantes.

Enrique VIII no conocía más ley que su corrupción, ni más derecho que su venganza. Todos los religiosos que rechazaron el cisma fueron impiamente degollados ó arrojados á las llamas.

El célebre Fischer, Obispo católico, amigo y consejero de su padre, amigo, maestro y consejero del mismo Enrique, por no aprobar el incestuoso y sacrílego matrimonio de la impúdica Ana, por no consentir en manchar su alma con el horrendo crimen de la apostasía, se vió en la necesidad de subir al cadálso. Su crimen consistía en ser justo. Como era anciano, le flaqueaban las piernas, y necesitó apoyarse en un fuerte baston para caminar hácia la muerte. Al llegar al patíbulo arrojó el baston al suelo, y con la fortaleza y serenidad de los justos, exclamó: «Ea, pies, cumplid con vuestro deber. Haced un esfuerzo, que ya es poco el camino que os falta.» Al ver alzada sobre su cuello el hacha del verdugo, levantando los ojos al cielo, y entonó un himno de gratitud al Omnipotente porque se habia dignado concederle la palma del martirio. Su verdugo, el monstruo Enrique, llevando su venganza más allá de la muerte, hizo poner la cabeza del santo Obispo y Cardenal Fischer sobre un asta en el puente de Lóndres. Fáltanos advertir que este horrible atentado se perpetró en el año de 1534, y que mientras el impío Enrique mandaba preparar el cadalso en

que habia de morir Fischer, el Papa Paulo III le enviaba el capelo cardenalicio á la misma cárcel.

Muy parecida á la muerte de Fischer fue la del mártir Tomás Moro. Era este primer ministro de Enrique VIII, y el más profundo filósofo y el más afamado literato que en el siglo xvi produjo la Gran Bretaña. Tomás Moro era tan sábio, como firme en su fé é íntegro en sus costumbres. Rechazó el honrosísimo y lucrativo cargo que desempeñaba en la corte, y se granjeó toda la indignacion de Enrique VIII por no degradarse con la apostasia. Su misma mujer quiso inclinarlo con importunos halagos á que diese su aprobacion al iníquo y sacrilego despotismo del Monarca británico. Pero Tomás Moro, á imitacion del Santo Job, desoyó las diabólicas sugerencias de su esposa, que lo escitaba á blasfemar contra la Divina Providencia. No necesitamos advertir que el impío Enrique castigó con la muerte más cruel al mártir Tomás Moro, solo porque era justo, y no queria manchar su alma adulando la iniquidad; solo porque era amigo de la verdad, y no quiso degradarse apoyando con la elocuencia de sus palabras la sacrilega causa de la mentira.

Los católicos necesitan tener estos hechos muy fijos en la memoria para contestar con ellos á los escritores incrédulos que todos los dias están ponderando y ensalzando la llamada tolerancia del protestantismo.

CXIII. Informado Paulo III de todas estas

iniquidades, amenazó con las excomuniones de la Iglesia á Enrique VIII y todos sus cómplices si no se arrepentian de sus extravíos y se abstenian de perpetrar tan sacrílegos atentados. El Papa, no obstante, se abstuvo de publicar esta sentencia, por tener alguna esperanza de la conversion de Enrique. Todo fue en vano. El Monarca, cada vez más ciego por su furor y sus pasiones, se arrojó como un tigre sobre el corazon de la Iglesia. Mandó visitar los monasterios, y los *visitó* por medio de personas enemigas de las Ordenes religiosas, que tenian interes en desprestigiarlas para destruirlas y apoderarse de sus riquezas.

Por este tiempo murió en su prision la desgraciada Reina Catalina de Aragon, mujer legítima de Enrique VIII. Poco antes de espirar escribió una carta para su marido, en la cual, despues de perdonarlo, le habla con tan cariñosa ternura, que hace derramar lágrimas á todo el que no tenga un corazon de piedra. El mismo Enrique, con ser una hiena, no pudo leer la carta de Catalina sin estremecimiento. Enrique guardó luto por la muerte de su esposa. Ana de Boylen, por el contrario, al recibir esta tristísima noticia, llena de regocijo, creyéndose ya sin rival, con feroz satisfaccion, dijo: «¡Por fin soy ya Reina!» No contenta con esto, se engalanó con sus más ricos vestidos para celebrar la muerte, mejor dicho, el martirio de su inocente víctima, la infortunada Catalina de Aragon.

Poco duró su satisfaccion impia á la impúdica Ana de Boylen. Acusada de adulterio y aborrecida por Enrique, fue arrojada en una prision y degollada en un cadalso. El Rey, que estinguidas sus pasiones, solo hallaba hastío en la inmunda Ana, necesitó hacer pocos esfuerzos para convencerse de la corrupcion de sus costumbres. Se le probó que mantenía ilícitas relaciones con varios personajes de la corte, y entre ellos, con su propio hermano. Enrique, que no hallaba más ley que su venganza, mandó declarar nulo su matrimonio con Ana; desheredar como ilegítima á su hija Isabel, y hacer perecer en el cadalso á Ana de Boylen con su hermano y todos sus cómplices.

Bueno es que nuestros lectores vayan conociendo y recordando lo que ha sido en su origen el protestantismo. Cien y sangre; corrupcion y crueldad; perfidia y despotismo: hé aquí lo único que puede hallarse en el principio de la impia reforma protestante.

CXIV. El dia 7 de junio de 1536 el Parlamento inglés declaró que la hija de Ana de Boylen no podia ser heredera del trono, y que por el contrario era heredera legítima la princesa Maria, única hija que habia dejado Enrique de su legítimo matrimonio con la Reina Catalina.

Cuando el Rey aborrecia á la Reina Catalina y amaba á la impúdica Ana, el Parlamento, arrastrándose ignominiosamente á los pies del Rey, solo por adular la infame pasion de un tirano, declaró nulo el matri-

monio de Catalina, desheredó del Trono á la Princesa María, y acordó que solo podia reinar en Inglaterra la Princesa Isabel, fruto del sacrilego matrimonio de Enrique y Ana. En cambio, cuando el Rey aborreció á Ana, el mismísimo Parlamento, degradándose con nueva vileza, solo por complacer al tirano, anuló su primer decreto, se retractó de una manera ignominiosa, y declaró que no era Isabel, hija de Ana, sino María, hija de Catalina, la legitima heredera del trono.

Esto prueba que los Parlamentos no han sido, ni son, ni serán nunca freno para el despotismo. Sobre este punto puede consultarse lo que con no poca estension decimos en los varios capítulos que dedicamos al exámen de la reforma protestante en *El Papa y los gobiernos populares*, tomo II.

Y como el envilecido Parlamento no conocia más ley ni más justicia que los caprichos de Enrique, sancionó todas las blasfemias y sacrilegas iniquidades que este abominable Monarca le mandó aprobar.

Redujo lo esencial de la Religion á los seis puntos siguiente:

1.º Que se admitiese la conversion del pan en el verdadero cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía.—Segun esto, el Parlamento, que por complacer á Enrique hacia degollar ó arrojar á las llamas á los católicos que creian en la autoridad del Papa, mandaba del propio modo degollar ó arrojar á las llamas á los protestantes que no creian en la transustanciacion. Y esto no era porque el Par-

lamento fuese protestante ni católico, sino porque los envilecidos miembros que lo componían se habían degradado hasta el punto de sancionar sin réplica, por servil adulación, todas las monstruosas iniquidades de Enrique. Y esto no es nuevo en la historia. En los tiempos de Neron, el Senado se ocupaba en honrar con suntuosísimas exequias la muerte de un mono que tenía el Emperador monstruo. Cuando el Soberano es fuerte y déspota, los Parlamentos se humillan y no protestan nunca contra la inmoralidad y la tiranía.

2.º Que la comunión se recibiera bajo una sola especie.—En esto, los miembros del Parlamento británico, por adular á Enrique, se apartaban de los protestantes y mandaban degollarlos.

3.º Que se conservase el celibato del clero.

4.º Que se observara el voto de castidad.

5.º Que la celebracion de la Misa era conforme á la ley Divina, y que las Misas privadas no solo son útiles, sino necesarias.

6.º Que se conservase absolutamente la confesion auricular.—En todos estos puntos el Parlamento aprobaba las máximas de Enrique contra los protestantes, y parecia como que se acercaba al catolicismo. Esto, no obstante, sin cesar estaba espidiendo decretos para destruir los conventos, perturbar la Iglesia, perseguir al clero y *descuartizar á los católicos*.

Estos seis artículos fueron sancionados con horrorosas penas. Enrique solía sin piedad arrojar en las llamas á los católicos y protestantes, con los pies y las manos atados y fuertemente unidos por las espaldas.

Para sostener el absurdo y sacrilego primado en toda la Iglesia anglicana, el Monarca nombró Vicario general á Tomás Cromwell, quien, aunque era seglar, debía ejercer jurisdicción suprema en todas las causas eclesiásticas, y presidir los Sínodos de los Obispos.

Como si todo esto no fuese bastante, Enrique VIII hizo desenterrar los huesos de Santo Tomás de Cantorbery, y á pesar de los cuatro siglos que habian pasado por encima de su heroica muerte, le mandó formar proceso, lo hizo condenar como traidor, arrojó sus huesos á una hoguera y esparció sus cenizas por el aire.

Véase cómo la *tolerancia* protestante viola los sepulcros y se ensaña hasta contra las cenizas de los mártires.

El Papa Paulo III, con fecha 1.º de enero de 1538, ordenó que se publicase la sentencia de excomunion contra Enrique. Pero fue sin embargo suspendida su publicación, por no atormentar al Monarca británico, á quien se suponía afligido con la muerte de su tercera esposa, Juana de Seimour.

Hallábase esta Reina en los últimos días de su embarazo, y el Rey, temiendo que pereciera antes de nacer el feto, para extraerlo

hizo abrir inhumanamente las entrañas de su madre.

Juana murió cruelmente asesinada, y Enrique vió satisfechos sus deseos de dejar el trono á un varon con el nacimiento de un Príncipe, que más tarde reinó con el nombre de Eduardo VI.

CKV. Muerta Juana, Enrique pensó inmediatamente en su cuarto matrimonio. El Sumo Pontífice Pablo III aprovechó la ocasión para hablarle de arrepentimiento é indicarle los medios de obtener una pronta y honrosa reconciliación. A este fin le escribió manifestándole que quedaba suspendida la sentencia pronunciada contra él en Roma. El Papa nombró Cardenal á Reinaldo Polo, y le envió como legado á Francia, para tratar del matrimonio de su pariente el Rey de Inglaterra con la Princesa Margarita, hija de Francisco I, Rey de Francia. Todo lo tenía preparado favorablemente el sabio y leal súbdito de Enrique VIII, Reinaldo Polo; pero Enrique, lejos de mostrar agradecimiento, cediendo á pérfidos consejos, cada vez mostraba más profunda irritación contra el célebre Cardenal Polo. Quiso extraerlo de Francia para degollarlo como rebelde; más Francisco I, lejos de entregarlo como pedía el Monarca británico, le advirtió el peligro para que pensara en su seguridad. Enrique entonces, creyéndose burlado en sus proyectos de venganza, ofreció un premio de cincuenta mil escudos á quien le entregara la cabeza del Cardenal Polo. Esta

es la justicia y la humanidad de los reformadores protestantes.

CXVI. En tal estado de cosas, Tomás Cromwell, el cortesano (no Oliverio el regicida, de quien ya se ha hablado en el número 85), Tomás Cromwell, repetimos, era luterano, y aprovechó su valimiento ante el Rey para unirlo con una Princesa alemana perteneciente á su misma secta. La escogida fue la Princesa Ana, hija del duque de Cleves. El matrimonio se celebró el día 3 de enero de 1540. Enrique se mostró al principio muy contento con su nueva esposa, no solo por el amor conyugal, sino porque creía que por medio de ella no le seria difícil entrar en la liga de Smalcalda y formar alianzas con los Príncipes alemanes. Nombró á Cromwell su primer canciller, lo hizo conde de Essex, y le permitió que se enriqueciera apelando á todo género de medios y aprovechando todo linage de recursos. Enrique habia autorizado á su primer ministro para que firmase el tratado de alianza con los Príncipes protestantes de Alemania. Por desgracia para el nuevo conde, cuando llegó la hora de suscribir el tratado Enrique, aborrecia ya á su mujer Ana de Cleves, y solo pensaba en apartarse de ella y de todo lo que fuese aleman. Enrique pidió el divorcio y reprobó el tratado. Acusó de infidelidad á Tomás Cromwell, y como reo de alta traicion, lo encerró en la torre de Londres. Pocos dias despues le hizo morir en un cadalso, sin permitirle que se defendiera.

¡Altos juicios de Dios! Este primer ministro, que muere sin poder defenderse, era el mismo que tantas veces habia aconsejado á Enrique que degollase ó ahorcara á los católicos, sin permitirles ningun linage de defensas. Los inicuos son siempre castigados por su misma iniquidad.

Por lo que atañe á la Reina Ana de Cleves, Enrique, que le tenia ya un profundo aborrecimiento, la puso en la alternativa de aceptar el divorcio, declarando que su primer matrimonio habia sido nulo, ó morir degollada como luterana en un cadalso. La infeliz Princesa se llenó de terror, y cediendo al miedo, consintió en el divorcio. Declaró que antes habia celebrado esponsales; y con tan fútil pretesto, el impío Crammer, el ciego instrumento de la crueldad horrible y las asquerosas pasiones de Enrique, declaró disuelto este matrimonio. La Reina Ana, después de repudiada, tuvo la inmensa fortuna de librarse del furor de su antiguo marido, logrando salir de Inglaterra y refugiarse en Alemania.

CXVII. Ocho dias después de este escandaloso divorcio, Enrique se desposó con Catalina Howard, hermana del duque de Hordfolc. La prontitud con que se celebraron estas nupcias prueban cuánta parte tendria el amor á esta nueva Reina en el odio y en el repudio de la Princesa alemana. Pero Enrique era tan violento como inconstante en sus pasiones. Habian pasado pocos dias, y ya su ardiente amor se habia trocado en rencoroso

abhorrecimiento. Ante el Parlamento acusó de impureza á Catalina Howard; declaró que no habia observado las leyes del pudor antes de su matrimonio, y la hizo condenar á muerte. Inútil es advertir que la sentencia fue inmediatamente cumplida. Además, á instancias de Enrique, el Parlamento británico se degradó hasta el punto de publicar una ley en la cual se condenaba á la última pena á toda doncella que, desposándose con el Rey, hubiese antes faltado á la castidad. Esta ley ridícula y escandalosa es una mancha de cieno que cayó, para no borrarse nunca, sobre la frente de Enrique VIII, del Parlamento inglés y de todo el protestantismo.

Después se casó Enrique VIII con Catalina Parray. Esta Princesa fue bien pronto acusada, y hubiera tenido la misma suerte que las cinco que la habian precedido; pero tuvo la fortuna de que muriera su marido antes de que se fallara su causa, y sin duda de ningun género á la viudedad debió la salvacion de su vida.

CXVIII. Llegó el término de los escándalos y de los crímenes para este depravado Monarca. Era estraordinariamente obeso, y llegó á adquirir una especie de inmovilidad que lo llenaba de desesperacion. Para pasar de un lado á otro necesitaba ser trasladado por sus pages. A la enfermedad del cuerpo se le añadieron los horribles remordimientos de la conciencia y una inmensa tristeza en el corazon. A medida que se acercaba á la muerte, veia con mayor claridad y más

vivos colores los horrorosos atentados con que habia manchado su vida. Solo por caprichos y venganzas habia hecho perecer en el cadalso á dos Cardenales, tres Arzobispos, 18 Obispos, otros tantos arcedianos, 50 canónigos, 60 Prelados regulares, más de 500 sacerdotes, 29 barones, 366 caballeros, y un número incalculable de católicos y protestantes. Nada decimos de sus divorcios ni del degüello de sus mismas mujeres. Aquel hombre se precipitaba en los abismos de la muerte, empujado por los escándalos del cisma y resbalándose por una pendiente de sangre y cieno.

CXIX. Enrique quiso arrepentirse antes de la muerte; pero su orgullo era incompatible con su arrepentimiento: hizo abrir una iglesia de franciscanos, y permitió que en ella se celebrase el Santo sacrificio de la Misa. En su testamento quiso que su hijo Eduardo fuese educado en la fé católica, sin renunciar al sacrilego primado de su padre, como si fuese compatible la verdadera fé con la negacion de la gerarquía eclesiástica.

Enrique, por fin, murió atormentado por los remordimientos, á la edad de 57 años, despues de 38 años de reinado, el dia 1.º de enero de 1547.

PARRAFO II.

Reinado de Eduardo VI. Su tutor, CXX.—Se declara el tutor herege y suprime la Religión católica, CXXI.—Hace morir á su hermano el Almirante Seymour, CXXII.—Muere el tutor, CXXIII.—Muerte del Rey Eduardo. Crímenes y crueldades. Honroso arrepentimiento, CXXIV.

CXX. Entre los tutores que nombró Enrique VIII al Príncipe Eduardo, se encontraba su tío Eduardo Seymour, conde de Esford, hermano de Juana de Seymour, la tercera mujer de Enrique. El tutor, conde de Esford, era zuingliano, aunque con abominable hipocresía habia aparentado hasta entonces, por no perder la gracia del Monarca, profesar sus mismas doctrinas. Viendo que los tutores eran católicos en su mayoría, formó contra ellos una conjuración, dió un golpe de Estado, y deshaciéndose de todos, se quedó solo como único tutor, anuló el testamento del Rey y se hizo nombrar duque de Sommerset y Regente con el nombre de Protector. ¿Era esto justo? ¿En qué derecho se apoyaba para proceder así? ¡Justicia! ¡Derecho! La justicia y el derecho, como la verdad y la misericordia, son cosas que no se encuentran en el protestantismo. En la reforma protestante, como en la revolución, no hay más que inmundicia y perfidia, crueldades y violencias.

CXXI. En el instante que el nuevo Duque de Sommerset se encontró único Soberano, comenzó á fomentar la heregía y opri-

mir con sacrilegos decretos y horrorosas vejaciones á los católicos. Prohibió celebrar Ordenes á los Obispos, y solo permitia predicar á los ministros protestantes. El protestantismo y la revolucion son siempre muy parecidos en sus obras. Jamás están en desacuerdo en lo que atañe al despotismo contra la Iglesia. Los Obispos católicos no podian ni aun predicar sin ser condenados como traidores. En cambio todos los protestantes podian predicar y aun blasfemar contra todo lo mas santo de la Iglesia católica. Esta es siempre la igualdad y la tolerancia que en la práctica nos dan la revolucion y el protestantismo. El impio é inmundo Crammer; el sacrilego Arzobispo de Cantorbery; el que hacia y deshacia todos los matrimonios de Enrique VIII, recibió el encargo, no solo de predicar contra la Iglesia y de perseguir á los católicos, sino además de componer una especie de catecismo que no es en su fondo otra cosa que la negacion absoluta de la Religion, por mas que en su forma se presente sacrilegamente engalanado con unas cuantas frases religiosas.

La vileza y la hipocresia eran los dos rasgos mas notables que distinguian á Crammer. Mientras vivió Enrique, hacia perecer en el cadalso á los clérigos que no eran célibes, y muerto el Monarca, por complacer al Regente, se enlazó de una manera pública y solemne con una mujer inmunda que en su viaje á Italia habia encontrado en Alemania, y con el mas estrecho sigilo habia logrado in-

troducir y mantener en la Gran Bretaña. Lo dicho: en el protestantismo, en su origen, no hay mas que cieno, crueldad é infamias.

Látimer, Obispo apóstata, hombre de ambicion desenfrenada y satánica soberbia, fue otro de los predicadores que buscó el Regente para introducir por medio de la violencia el protestantismo en la Gran Bretaña.

No contento con esto, hizo venir de Alemania tres protestantes muy famosos por su impureza y sus crueldades, y más que todo por la sacrilega osadía con que blasfemaban contra la Religion católica. Por órden del gobierno fueron traídos desde Strasburgo los tres apóstatas, Martin Bucero, Pedro Martir y Bernardino de Ochino. Estos tres fanáticos protestantes fueron puestos al frente de la enseñanza oficial en las Universidades de Cambridge y de Oxford. La instruccion del Principe Eduardo fue confiada á dos furibundos zuinglianos, Ricardo Ksock, sacerdote apóstata, y Juan Chect, lego de horrible fanatismo y escandalosas costumbres. Así cumplia el Regente la espresa voluntad de Enrique VIII, manifestada en su testamento de que su hijo no fuese educado en la reforma protestante. El Regente Sommerset intentó tambien imbuir en las máximas del protestantismo á la Princesa María; pero fueron por fortuna inútiles todos sus esfuerzos.

El Regente suprimió los seis artículos de Enrique, y por un decreto del Parlamento, con fecha 5 de noviembre de 1547 decla-

ró abolida la Religión católica en Inglaterra. Este es siempre el resultado de la tolerancia que con tanto calor y tanta insistencia proclaman los ímpios cuando son débiles, para poder perseguir el catolicismo, cuando, merced á sus malas artes, logran hacerse fuertes. El Duque de Sommersset obraba en todo por consejo de Calvino, que le habia dirigido una carta desde Alemania manifestándole que por medio del suplicio debia librarse de los católicos que permanecian en Inglaterra. Las cárceles de Lóndres se vieron entonces materialmente atestadas con la multitud de creyentes que no habian querido consentir en abandonar su fé.

CXXII. El Regente Sommersset, no contento con su encumbramiento, quiso tambien engrandecer á su hermano, Tomás Seymour, y le nombró Almirante de la Gran Bretaña. Este entró primero en ilícitas relaciones, y se casó más tarde con la viuda Catalina Parray, sesta y última mujer de Enrique VIII. Con este motivo nacieron rencorosas rivalidades entre la mujer del Regente y la viuda de Enrique, que concluyeron por dividir á los dos hermanos y entregarlos á una lucha tan horrible como desastrosa. El Almirante fue acusado en venganza como traidor, y condenado á muerte por su propio hermano, el duque de Sommersset. La sentencia se ejecutó el día 20 de marzo de 1549. La mujer del Almirante, Catalina Parray, murió de dolor á los pocos dias.

CXXIII. Despues de la muerte del Almi-

rante, privó con el Regente el conde de Warwick. Habiendo experimentado algunos reveses el ejército inglés en Francia, se atribuyeron estas desgracias á Sommerset, y la indignacion pública se concentró toda en él. Sin valido, el conde de Warwick, que buscaba con ansia ocasion oportuna para perderlo, lo hizo acusar ante el Parlamento, y lo encerró en la torre de Londres el dia 14 de octubre de 1549. Inútil es advertir que, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, el Regente pereció en el cadalso.

CXXIV. Viendo el conde de Warwick que ya habian desaparecido el Almirante y el Regente, únicos que podian hacerle sombra, intentó poner el cetro real de la Gran Bretaña en las manos de su familia. Se hizo nombrar duque de Nortumberland, y aprovechando los últimos instantes del joven Eduardo, le obligó á declarar heredera del reino á la Princesa Juana de Suffolck, esposa de su hijo. Apeló á las leyes y á la violencia para desheredar á la Princesa María, bajo el pretexto de que el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragon habia sido declarado nulo por el Parlamento, y á la Princesa Isabel, hija de Ana Bolena, dando por causa la ilegitimidad de su nacimiento. Como se vé, el nuevo duque de Nortumberland no hacia más que buscar pretextos para cambiar en su provecho la dinastía.

El desgraciado Eduardo VI murió el dia 7 de julio de 1553, á los diez y seis años de edad. El Duque quiso apoderarse por la

fuerza de la princesa María, para encerrarla en una torre, ó hacerla morir en un cadalso. Los pueblos acudieron en defensa de la legítima heredera del trono, y el ejército del usurpador se dispersó por sí mismo. Juana de Suffolck pereció en el cadalso por haber aceptado una corona que no le pertenecía, y por haber consentido además el encender la guerra civil. El duque de Nortumberland también fue acusado como traidor y rebelde, y condenado á sufrir la última pena. El Duque, antes de morir, manifestó todas sus grandes y ocultas iniquidades, y dió pruebas de verdadero arrepentimiento. Entre otras muchas declaraciones importantísimas, dijo que jamás había creído en el protestantismo, y que solo por satisfacer su ambición había abrazado el partido de la reforma.

PARRAFO III.

El reinado de María. Reparaciones, CXXV.—Reconciliación con la Iglesia. Matrimonio y muerte de María, CXXVI.

CXXV. Apenas ocupó el trono de sus mayores la Reina María, anuló todas las leyes y decretos que se habían expedido contra la Iglesia católica; rechazó con horror el título sacrílego de Jefe de la Iglesia anglicana, y envió una embajada á Roma para que rindiese homenajes de veneración y respeto al Soberano Pontífice. En los reinados de Enrique VIII y de Eduardo VI se habían publicado en Inglaterra leyes draconianas contra

los católicos. Los modernos *filántropos* aborrecen á la Reina María, y la calumnian, y la pintan como un mónstruo, solo porque hizo que cesara la persecucion contra la Iglesia. La Princesa Isabel, la mujer hiena, se hallaba en la cárcel acusada de alta traicion, y convencida de haber conspirado contra su hermana María, legítima heredera del trono. María, sin embargo, la perdonó. Bueno es aquí advertir que Felipe II, el tan calumniado Rey de España, intercedió poderosamente para que fuese perdonada la inmunda y feroz hija de Ana Bolena. Muchos Obispos, sacerdotes y seglares católicos se hallaban hacia mucho tiempo encerrados en lóbregas cárceles. A todos se les dió la libertad. El impio é inhumano Crammer fue condenado á muerte. Este hombre, mejor dicho, este mónstruo, no podia ser perdonado sin escándalo del mundo. La vileza y la crueldad habian sido los rasgos más notables de su carácter. Como hombre vil, se habia granjeado el desprecio universal, y como hombre cruel, no podia dar un paso sin que le salpicase el rostro la sangre de sus innumerables víctimas, que desde la tierra se elevaban pidiendo venganza al cielo. Crammer no desmintió su vida en el cadalso. Se retractó dos veces y otras tantas volvió á caer en la heregia. Convencido de que no habia ministro en el mundo que se atreviese á firmar su indulto, se entregó á la más furiosa desesperacion. Fueron desterrados del reino treinta mil protestantes, es decir, treinta mil enemigos de

la paz pública, que solo se ocupaban en conspirar contra la autoridad legítima. Necesitamos advertir que todos los castigos impuestos por la católica Reina María son nada en comparacion de los horrorosos atentados que se perpetraron en los reinos protestantes que la habian precedido, y más, incomparablemente más, en el que le sucedió. Los incrédulos, sin embargo, recuerdan y exageran los justos castigos de la Reina María porque es católica; y no nombran ó atenúan los numerosos y horribles crímenes de Enrique ó Eduardo, de Isabel ó Guillermo, solo porque eran protestantes. Esta es, siempre y en todo, la manera de discurrir que se observa en los escritores descreídos.

CXXVI. Enrique VIII habia declarado traidor y condenado á muerte al sabio y fiel Cardenal Polo. La Reina María, en justa reparacion, anuló esta sentencia: declaró leal á Polo, le abrió las puertas de la Gran Bretaña, y rogó al Papa Julio III que lo enviase como su Legado á Lóndres. El Duque de Sommerset, como Regente del reino, habia abolido la Religion católica en Inglaterra por un decreto del Parlamento con fecha 5 de noviembre de 1547. La Reina María anuló este absurdo y sacrilego decreto, y logró que el día de la vigilia de San Andrés, en 1554, se conciliase Inglaterra con la Santa Sede. El Papa Paulo IV sancionó todo lo concedido por el Cardenal Polo, en su calidad de legado Pontificio, al gobierno britá-

nico. La Reina María se casó con Felipe II, Rey de España. No tuvo hijos, y murió el día 15 de noviembre de 1558, á la edad de cuarenta y cuatro años.

PARRAFO IV.

Reinado de Isabel. Ocupa el trono, CXXVII.—Se apodera del Parlamento, y se declara Jefe de la Iglesia, CXXVIII.—Sus disposiciones, CXXIX.—Despojos y persecuciones, CXXX.—Muerte de Campiano, CXXXI.—Bula contra Isabel, CXXXII.—Su muerte, CXXXIII.—Sus sucesores, CXXXIV.—La reforma, CXXXV.

CXXVII. El día 13 de enero de 1559 entró á reinar en la Gran-Bretaña la princesa Isabel, hija espúrea de Enrique VIII y Ana Bolena. Isabel, mientras vivió su hermana María, no solo se mostraba católica, sino que juraba no separarse nunca del catolicismo. Su elevación al trono era un escándalo y un crimen. Un escándalo, porque legitimaba y aun premiaba en cierto modo la crueldad implacable de Enrique VIII y el abominable desenfreno de Ana Bolena. Y un crimen, porque usurpaba los legítimos derechos que á la corona de Inglaterra tenia María Stuard, Reina de Escocia. El Papa, que no podía sancionar este escándalo y este crimen, declaró que no consideraba como válido el derecho de sucesión que alegaba Isabel. Esta Princess, llena de indignación, abandonó entonces el catolicismo, y con todo el furor de una herida empezó á perseguir á los católicos. Algunos hombres de espíritu ligero censu-

ran como imprudente la negacion del Papa Paulo IV á tomar parte en la coronacion de Isabel. Los que así discurren, no tienen en cuenta que el Papa no podia reconocer los derechos de Isabel sin hollar las prescripciones de la justicia; sin quebrantar los legítimos derechos de María Stuard, y sin granjearse la indignacion de España, que no podía olvidar el repudio de Catalina de Aragon; de Francia, que tenia confundidos sus intereses por los insolubles lazos del matrimonio con los de la Reina de Escocia; de los católicos escoceses é ingleses, por último, que siempre miraron con horror á la inmunda hija de Ana Bolena. Isabel, no contenta con reinar de hecho, quería que el Papa reconociese y sancionase como legítimo su derecho. Esto no podía ser. No era justo, porque violaba los fundamentos de la moral; impolítico, porque equivalia á despreciar á los católicos y abrazar la causa de los protestantes.

CXXVIII. Isabel tenía 25 años cuando cifó sus sienes con la corona británica. Era mujer de instruccion y talento. Poseia carácter firme y un corazon duro. Su irritacion, como acontecia á su padre, la convertia en fiera. Era obscena é inmunda hasta el punto de perder el respeto á las leyes del pudor. Se jactaba de ser y llamarse virgen: nunca contrajo matrimonio, y sin embargo, hizo publicar una ley declarando legítimos herederos del trono á todos sus hijos, cualquiera que fuese el varón de quien los hubiese tenido.

Isabel era muy astuta, y se propuso conquistar el Parlamento con diabólicos artificios. La Cámara de los Comunes (el Congreso de los Diputados) se dejó corromper con facilidad, cediendo al influjo seductor del oro. En la Cámara de los Lores (en el Senado) tropezó con dificultades muy difíciles de superar. Dominaban en la alta Cámara los Lores Dudley, el duque de Norfolk y el conde de Arundel. Isabel, con el objeto de captarse su voluntad, ofreció á los tres en secreto elegirlos para esposo, y así, engañándolos primero, pudo utilizar toda su influencia despues. Cuando estos Lores comprendieron su error, ya era tarde. El Parlamento habia reconocido á Isabel como Jefe Supremo de la Iglesia y del Estado. Se abolicieron las leyes católicas de Maria, se restablecieron las leyes protestantes de Eduardo, y empezó de nuevo la más cruel y abominable persecucion.

CXXIX. Isabel prohibió bajo penas muy graves á todos sus súbditos que reconociesen la autoridad del Papa, y bajo pena de alta traicion les mandaba reconocer en ella la suprema autoridad religiosa. Abolió el culto católico, y estableció un nuevo culto con nuevas ceremonias, únicamente encaminadas á presentar un ridiculo fantasma de religion á los pueblos. Publicó un nuevo Calendario en el cual figura como mártir el execrable Crammer, y como santos figuran los nombres de Lutero, el obsceno y soberbio; de Eduardo VI, el cruel é imbécil, y de

Enrique VIII, el feroz é inmundo. No es posible comprender por qué Isabel puso entre los santos á su padre, que mandó degollar á su madre, y no puso á su madre, que fue degollada por su padre. Sobre todo, es extraño que Isabel consintiera en llamar mártir al impio Crammer, que fue quien disolvió el matrimonio de Ana Bolena, quien la deshonoró con la nota infamante de incesto y adulterio, y quien la hizo morir al lado de sus cómplices como adúltera en un cadalso. De todos modos, los santos de Isabel indican cuáles eran sus modelos.

CXXX. Isabel se apoderó de todos los bienes de las Ordenes religiosas, y para contentar á los magnates distribuyó entre ellos una gran parte del botín. Exigió el juramento de supremacía civil y religiosa en todos sus súbditos, y condenaba, primero con la cárcel, y despues con la muerte, á los que rehusaban prestar este impio juramento, que era igual á la apostasia. Espanta el número de víctimas que inmoló en su furia esta mujer mónstruo. El protestante Guillermo Cobbet declara que la Reina Isabel derramó más sangre en cada uno de los cuarenta y cinco años de su reinado, que la Inquisicion española en los tres siglos de su existencia.

Y sin embargo, los escritores anticristianos, que tanto injurian á la Reina María porque era católica, no tienen nada más que indulgencia y hasta encomios para la feroz Isabel, solo porque era protestante.

CXXXI. Muchos son los atentados cometidos contra el clero católico por la inhumana y feroz hija de Ana Bolena. Por no tener tiempo para otra cosa, nos limitamos aquí á reseñar muy brevemente el horroroso martirio del sacerdote católico Edmundo Campiano. Este dignísimo sacerdote tenía mucha instruccion, era inglés, y se hallaba en Roma. Al tener noticia de las angustias que experimentaban los fieles en Inglaterra, movido por su celo, se trasladó inmediatamente al lugar de la persecucion. Él, sin miedo á la muerte, sin pensar más que en el bien de las almas, celebraba el santo sacrificio de la Misa, administraba los Sacramentos, predicaba el Evangelio, y exhortaba á los católicos á perseverar en la fé, despreciando los tormentos. El gobierno británico, que no pudo impedir la entrada de Campiano en Inglaterra, intentó castigar su fé y su celo con el último suplicio. Al intento lo hacia buscar por todas partes, y no pudiendo encontrarlo, apeló á la perfidia, al recurso de Judas para apoderarse de su persona. Por treinta dineros lo delató un apóstata, y merced á esta delacion, Campiano fue encerrado en la cárcel. En el tormento del *ecúleo* que se le hizo sufrir, se le descoyuntaron materialmente los huesos. Bueno es recordar esto para confundir á los impíos, manifestándoles que los tormentos que ellos pintan en la Iglesia católica solo se encuentran en la revolucion, cruel como la reforma, que es su madre, y en la refor-

ma, cruel como la revolucion, que es su hija.

Despues de los primeros, Campiano fue condenado á nuevos tormentos, antes de perecer en la horca. El protestantismo, no contento con dar la muerte á Campiano, imitando á los fariseos, queria prolongar el dolor de su víctima. Más aun. Despues de muerto, se abrió el cadáver de Campiano, se le arrancó el corazon para arrojarlo al fuego, y se dividieron sus miembros para esponderlos en varios puntos de la ciudad.

Hé aquí cuál fue la humanidad y la tolerancia de la Reforma protestante. Ni aun el frio glacial de la muerte podia calmar su irritacion.

CXXXII. El Papa San Pío V no pudo dejar de condenar estos horroresos atentados, y con fecha 24 de febrero de 1570 fulminó la excomunion contra la inhumana Reina de la Gran Bretaña. Isabel no solo tuvo empeño en perseguir á los católicos en Inglaterra, sino que además hizo infernales esfuerzos por encender el fuego de la rebeldia protestante en toda Europa. En Escocia, despues de degollar á su Reina Maria Stuard, como ya hemos visto, encendió la guerra civil, y suministró todo linage de recursos á los insurrectos protestantes. Se hizo amiga de los reformadores en Alemania, y protegió á los herejes contra el gobierno español en Flandes, y ajustaba alianza con los calvinistas y hugonotes, y les enviaba socorros de hombres y dineros contra el gobierno de

Cárlos IX en Francia. En la época á que nos referimos, los protestantes formaban una secta política que en Escocia y en Alemania, en los Países Bajos y en Francia, tenían enarbolada la bandera de la insurrección. Bueno es recordar esto para demostrar que, si los gobiernos católicos castigaban á los protestantes, era por su traición y su rebeldía; porque eran pérfidos y traidores; porque sacrificaban su patria vendiéndose á gobiernos extranjeros. En Escocia los protestantes destruyeron su independencia y permitieron que en Londres, en un cadalso, fuese degollada públicamente su Reina **Maria Stuard**.

En Flandes, recibiendo armas y dinero de la Gran Bretaña, los protestantes conspiraban para destruir la Monarquía española. En Francia recibían también los hugonotes armas y dinero de la Reina Isabel; le entregaban plazas francesas para que se apoderase de ellas, y abrían paso al ejército inglés para que pudiese hacer la guerra, apoyando á los sediciosos contra el gobierno legítimo en Francia. ¿Qué pues, tiene de extraño que los gobiernos católicos, defendiéndose, rechazaran con la fuerza á los rebeldes protestantes? En esto se fundan todas las absurdas declamaciones que hacen los incrédulos contra la autoridad católica.

CXXXIII. Isabel se sintió atormentada por una tristeza sumamente angustiosa. Le enfadaba la vida, aborrecía la sociedad, y la conciencia la despedazaba con horrorosos

remordimientos. Le parecia ver constantemente sangre de victimas debajo de sus pies, y horribles espectros delante de sus ojos. Llena de pavor como Cain, creia ver un enemigo en cada hombre, y un vengador de la sangre de María Stuard en cada súbdito inglés ó escocés. No queria nombrar sucesor á la corona por miedo á que sirviese de bandera á los partidos y la destronasen, ó por tener el placer de dejar la nacion entregada á todos los horrores de la guerra civil despues de su muerte. La sorprendió su última enfermedad, y despedazada por los remordimientos, dominada por la desesperacion, sin consentir ni aun en ser asistida por los médicos, murió el día 4 de abril de 1603, á la edad de 70 años, despues de un reinado de 45. En su juventud decia que renunciaba al Paraíso con tal de poder reinár 40 años. Cinco años más duró su reinado.

CXXXIV. Isabel, por último, antes de morir, se convenció de que era preciso designar sucesor, y en su testamento nombró heredero del reino á Jacobo VI, hijo de María Stuard. Este Príncipe, olvidando la fé de su madre, se arrojó en brazos del protestantismo. A Jacobo VI sucedió su hijo Cárlos I, tambien protestante, que murió en un cadalso. Despues del horroroso protectorado del fanático heresiarca y regicida Cromwell, entró á reinár Cárlos II, hijo del desgraciado Cárlos I. A Cárlos II sucedió su hermano Jacobo II, quien por ser católico, fue destronado y murió en Francia en 1701. Su hijo,

Jacobo III, heredero de sus derechos, murió después en Roma. La persecucion ha continuado en Inglaterra, puede así asegurarse, hasta el fin del primer tercio de este siglo. En Irlanda es aun insoportable la opresion en que gimen los fieles.

CXXXV. La reforma anglicana no necesita refutacion: basta leer su historia para comprender cuán inmundo y cuán cruel es su origen; cuán absurda y cuán sacrilega es su doctrina, y cuán desastroso ha de ser su fin. La reforma protestante, que comenzó encendiendo hogueras por todas partes, á medida que vá perdiendo el combustible de las pasiones se disipa, se desvanece, dejando en pos de sí unicamente frias cenizas en la tierra y leve humo en el espacio.

ARTICULO V.

Los antitrinitarios y socinianos. Miguel Servet, sus estudios, sus viajes y sus doctrinas, CXXXVI.—Su disputa con Calvino en Ginebra. Su muerte, CXXXVII.—Valentino Gentilis y su doctrina, CXXXVIII.—Su retractacion, CXXXIX.—Su caída de nuevo y su muerte, CXL.—Jorge Blandrata. Sus disputas y su muerte, CXLI.—Bernardino Ochino. Su perversion y su fuga, CXLII.—Sus viajes y su muerte, CXLIII.—Lelio Socino, CXLIV.—Fausto Socino, sus viajes, sus libros y su muerte, CLXV.—Errores de los socinianos, CXLVI.

CXXXVI. Miguel Servet, jefe de los antitrinitarios, fue español y nació en Tarragona. Tenia instruccion y no escaso ingenio; pero era tan presuntuoso, que se reputaba él mismo como el hombre más docto del mundo. Estudió medicina en la Universidad de Paris. Ademas estudió el latin, el griego y el hebreo con los doctores protestantes que Francisco I creyó oportuno traer á Francia, sin comprender que los malos profesores, en vez de explicar á sus discípulos las ciencias, lo que hacen es pervertirlos, sembrando la rebeldia en su corazon.

Servet empezó á diseminar sus errores en el Delfinado. Espulsado de esta parte de la monarquia francesa, se trasladó á Lyon, y desde Lyon pasó á Alemania. Solo por estudiar el Corán, hizo un largo y penoso viaje al Africa. Era hombre de espíritu tan inquieto como su conciencia. Continuando sus irracionales viajes, desde el Africa marchó á Polonia, en donde mudó el nombre de Ser-

vet en el de Revez. Allí inventó una especie de secta que no era la de Lutero, ni la de Calvino, y contenía, sin embargo, todos sus errores. El, en efecto, á los errores de las heregias nombradas, añadía los de Berengario, Sabelio, Arrio y Macedonio. Entre las absurdas máximas de Miguel Servet, hay tres que por lo extravagante deben aquí mencionarse. Admitía la poligamia; sostenía que el alma se hacía mortal por el pecado, y aparentaba creer que el hombre no comete pecado mortal, ni puede cometerlo, antes de haber cumplido veinte años.

CXXXVII. Al dejar Servet los frios países del Norte, para fijarse en Italia, se detuvo en Ginebra, en donde vió á Calvino. Calvino aborrecía de muerte á Servet, tanto por envidia, cuánto por rivalidad que naturalmente enjendra la soberbia en los hombres presuntuosos. Calvino, por medio de un criado suyo, acusó á Servet ante los magistrados de Ginebra, y logró que lo encerrarán en estrecha prision. Calvino intentó vencer á su rival en una polémica científica y no pudo conseguirlo.

Por despecho hizo que el Senado de Ginebra lo condenase á muerte y lo arrojase á una hoguera el día 27 de octubre de 1553. Aquí conviene recordar que Calvino era adversario irreconciliable de la Iglesia católica; que el Senado de Ginebra era protestante, y que sin embargo, Calvino y el Senado, por delito de religion, devoraron á Miguel Servet, arrojándolo vivo á las llamas. Y ha-

ceamos esta advertencia, para que nuestros lectores se convenzan de que la verdadera Inquisicion, la Inquisicion horrible no está en la Iglesia católica, donde reinan la justicia y la misericordia, sino en el protestantismo, donde imperan el crimen y la crueldad.

Muerto Servet, su secta se conservó todavía por algún tiempo en algunas provincias del Nordeste de Europa. Por último, pereció por disolucion, como perecen todas las sectas. Se llegaron á contar en su seno hasta treinta y dos escuelas diversas.

CXXXVIII. Valentino Gentilis nació en Cosenza, en la Calabria. Fue discípulo de Servet. Avanzando en el camino del error, espuso acerca del Misterio de la Santísima Trinidad teorías absurdas y escandalosas.

CXXXIX. Hallándose Gentilis en Ginebra, en 1558, fue acusado como herege, y se libró de la cárcel firmando una completa y esplicita retractacion de sus errores contra la Santísima Trinidad. Su retractacion, sin embargo, no tuvo valor ninguno. Al poco tiempo volvió á su antigua doctrina.

CXL. El Senado de Ginebra, que, como ya hemos dicho, no era católico, y obraba por consejo del protestante Calvino, impuso á Gentilis, en 1558, una pena repugnante y monstruosa. Lo condenó á estar todo un dia completamente desnudo, de rodillas, y con una vela encendida en la mano. Horroriza este tormento, por la fria crueldad que supone en los que lo inventaron. No contento con esto el Senado ginebrino, obligó á Gen-

tilis á lanzar con su propia mano sus obras á la hoguera, y á ser paseado en señal de escarnio por las calles de la ciudad. Se le prohibió salir de Ginebra; pero él logró evadirse, refugiándose primero en Saboya, después en Lyon, y, por último, en Polonia. En Francia publicó un libelo contra el *Símbolo* de San Atanasio. Más tarde fue arrojado de Polonia, y volviendo á Suiza, fue acusado y condenado á muerte en Berna el año de 1566.

CXLI. Jorge Blandrata, discípulo también de Miguel Servet, habia nacido en el Piamonte. Era médico de profesion, y siendo perseguido en su patria, en 1553 emigró á Polonia. En la Transilvania logró hacerse médico del Rey Juan Segismundo. Tuvo una conferencia pública con los luteranos, y los confundió, aduciendo todos los argumentos que contra el absurdo principio del protestantismo emplean los católicos. Blandrata murió de una manera infeliz. Un pariente suyo lo asesinó, por apoderarse de sus ahorros.

CXLII. Bernardino Ochino perteneció también al partido de los antitrinitarios. Fue sacerdote, tenia instruccion, hablaba con facilidad y elegancia, y era bastante aplaudido por sus discursos. Entró en la Orden de los Capuchinos, y llegó á ser general en ella. Hay quien cree que fue el verdadero fundador de la Orden de Capuchinos: pero esto es completamente absurdo, porque esta Orden venerable fue fundada en 1525 por el P. Mateo de Basso, y Ochino no vistió

su hábito sino nueve años despues; es decir, en 1534, cuando ya habia 300 profesos en la Orden Capuchina. De todos modos, se cuenta que el Papa Paulo III estuvo á punto de disolver la Orden de Capuchinos; pero bien pronto se convenció de que los piadosos hijos de San Francisco que la componian permanecian firmes en la fé y en la virtud, y lejos de contaminarse, arrojaban de su seno cual inmunda escoria al presuntuoso Ochino.

Ochino permaneció en la Religión desde 1534 hasta 1542. En todo este tiempo su vida fue ejemplar; pero comenzó á engreirse con sus discursos, se mostró demasiado amigo de los aplausos, y ciego por la vanidad, fácilmente cayó en el abismo. El herege Bermigli, conocido con el nombre de Pedro Mártir, desempeñó el papel de astuta serpiente en la perversion de Ochino. Comenzó por elogiar sus talentos, y concluyó escitándolo á separarse de la Iglesia. Ochino quiso ser general de su Orden, y lo fue. No contento con esto, deseó ser Cardenal y aun Papa; pero fue conocida su vanidad, y, como era justo, bien pronto halló obstáculos insuperables en la carrera de su ambicion. Viéndose contrariado en sus ilusiones, empezó á predicar contra los Cardenales, contra el Papa y contra muchos dogmas de nuestra sacrosanta Religión. El Soberano Pontífice lo citó á Roma, y él, antes de comparecer, quiso visitar en Bolonia al legado pontificio, con el fin de implorar

su proteccion. El legado, que á la sazón era el Cardenal Contasini, nada pudo hacer por él, ni aun hablarle casi, porque se hallaba herido por la terrible enfermedad que pocos dias despues lo arrojó al sepulcro. Ochino, creyendo que la enfermedad del Cardenal era una excusa, se llenó de desesperacion, y protegido por el herege Pedro Mártir, se fue á Ginebra. Allí apostató, y para conformarse con la costumbre de los nuevos hereges, coronó su apostasia contrayendo matrimonio á la edad de sesenta años. En seguida publicó la apologia de su fuga en un libelo infamatorio, lleno de abominables calumnias contra el Papa y contra toda la Orden Franciscana.

CXLIII. Al llegar Ochino á Ginebra, Juan Calvino lo recibió con bastante afecto; pero bien pronto empezó á aborrecerle, porque siendo los dos hombres de gran presuncion y soberbia, era imposible que pudiesen vivir en buena armonia.

Calvino solo podia estimar á los que le adulaban, y Ochino, sin adular á nadie, queria ser adulado por todo el mundo. Ochino, quizá aconsejado por la vanidad, tenia grande empeño en mostrarse en disidencia con Calvino, en adherirse á la doctrina de Martin Lutero, y acaso en hacerse jefe y fundador de una nueva secta. Calvino llevó su indignacion hasta el punto de arrancar un decreto del Senado para espulsarlo de Ginebra. Ochino se refugió en Basilea; pero no juzgándose allí bastante seguro, pasó á

Strasburgo, en donde Bucero, herege y protector de todos los apóstatas, le hizo dar una cátedra de teología. Mas tarde, en el reinado de Eduardo VI, lo llevó á Inglaterra en compañía de Pedro Mártir, para sembrar en aquel país la fatal cizaña del protestantismo. Los tres fueron espulsados de Inglaterra por la Reina María. Ochino entonces se refugió en Alemania, y mas tarde pasó á Polonia. Pronto tuvo que abandonar este reino para obedecer á una orden del Rey. Murió en 1564, dejando dos hijos y una hija. Su mujer habia muerto antes. Hay quien crea que Ochino hizo penitencia, y recibió los Santos Sacramentos en los últimos instantes de su vida.

CXLIV. Lelio Socino nació en Siena en 1525. Su padre fue Mariano Socino, famoso jurisconsulto. Lelio, desde su infancia, dió muestras de grande ingenio y de satánica soberbia. Se dejó pervertir por la secta protestante, y en 1547 se vió obligado á salir de Italia. Solo tenia veinte y un años cuando en calidad de emigrado empezó á viajar por Francia, Inglaterra, Alemania y Polonia. Por último, se estableció en Zurich. Fue amigo, y sostuvo activas correspondencias con los más notables protestantes de aquel tiempo. Cuando Servet murió en Ginebra, Lelio Socino, juzgándose poco seguro, salió de Suiza, y se mantuvo algun tiempo en Polonia y en Boemia. Vuelto á Zurich, murió infelizmente en 1562, á la edad de treinta y siete años.

CXLV. Fausto Socino, sobrino de Lelio, nació también en Siena en 1539. Tenia talento é instruccion, y era tan soberbio como su tio. A la edad de 23 años se apoderó en Zurich de los manuscritos de Lelio Socino y los publicó todos, con gran daño de la Iglesia y sumo escándalo de los fieles. Fingiéndose católico, Fausto Socino volvió á Italia, y vivió nueve años en la corte del gran duque de Toscana. Pasado este tiempo, se trasladó á Basilea, donde permaneció tres años, y publicó su absurda y sacrilega obra llamada, no sabemos por qué, obra de teología. Más tarde continuó esparciendo sus errores y publicando impíos folletos en Polonia y en la Transilvania. En 1598 se refugió en Cracovia, y allí murió á los 65 años de edad, el día 3 de marzo de 1604.

CXLVI. Lelio y Fausto Socino fueron los fundadores del *Socinianismo*, es decir, de la heregia que lleva su nombre.

Los errores de estos impíos heresiarcas fueron muy numerosos; pero todos pueden reducirse á la negacion del orden sobrenatural, á prescindir de la revelacion y combatir la divinidad de Jesucristo. Los socinianos no son más que puros deístas, un tanto disfrazados.

Los errores de estos impíos heresiarcas fueron muy numerosos; pero todos pueden reducirse á la negacion del orden sobrenatural, á prescindir de la revelacion y combatir la divinidad de Jesucristo. Los socinianos no son más que puros deístas, un tanto disfrazados.

CAPITULO II.

Heregias de los siglos XVII y XVIII.

ARTICULO PRIMERO.

Los preadamistas, CXLVII.—Marco Antonio de Dominis, CXLVIII.—Guillermo Postello, CXLIX.—Benito Espinosa, CL.—Su sistema, CLI.

CXLVII. Isaac Pereira nació en la Aquitania. Fue primero discípulo de Calvino, y más tarde, convirtiéndose en jefe de secta, inventó la absurda heregia de los *preadamistas*. En 1655 publicó en Holanda un libro encaminado á probar que Adán no fue el primer hombre, y que hubo en el mundo muchos otros seres racionales antes de Adán. Esta ridícula fábula fue combatida por todo el mundo, y Pereira tuvo la fortuna de conocer su error y la honra de retractarse. Murió en el seno de la Iglesia como buen católico.

CXLVIII. Marco Antonio de Dominis entró en Verona en un convento de la Compañía de Jesus. Por su mala conducta fue con justa razón espulsado de la Compañía. Se fingió arrepentido, y el Papa Clemente VIII lo nombró Obispo de Segui. Paulo V lo trasladó al Arzobispado de Spalatro. En 1616, olvidando los beneficios que había recibido en la Iglesia, y oyendo solo el consejo de su ambicion y su soberbia, por venganza aban-

donó la fé, se retiró á Inglaterra, y publicó un libro lleno de inmundas calumnias contra el catolicismo. Se empeñó, segun decia, en refundir todas las religiones, y formar con todas ellas una aceptable, buena y verdadera. Esto es lo mismo que sacrificar la verdad para no grangearse ni aun el apoyo del error. Estas mescolanzas sacrilegas, aparte la impiedad en que se fundan, son siempre parodias de la Torre de Babel. Cansado Marco Antonio de Dóminis de vivir en Inglaterra, quiso ser perdonado por el Papa y volver á Italia. El embajador de España en Lóndres le facilitó la reconciliacion que deseaba. Escribió y publicó una completa y esplicita retractacion de todos sus errores; pero jamás abandonó sinceramente la heregia, y despues de su muerte, que fue repentina, se encontraron entre sus papeles pruebas inequívocas de la falsedad de su penitencia y su obstinacion en la culpa.

-CXLXIX. Guillermo Postello era de la Normandía. Despues de haber estudiado filosofía, viajó por Oriente y adquirió el conocimiento de muchas lenguas. Cuando volvió á Europa, entró en Roma en el noviciado de los Jesuitas. Bien pronto fue espulsado por la terquedad y estravagancia de sus opiniones. En Francia fue muy bien recibido por Carlos IX y por todos los eruditos de su tiempo. Publicó un crecido número de obras, llenas todas, más bien que de errores, de absurdos, delirios y ridiculas estravagancias. Al fin de su vida tuvo la fortuna de retractar sus er-

rores, y someter todos sus escritos al juicio infalible de la Iglesia. En los últimos años de su vida publicó una obra titulada: *De Orbis concordia*, en la cual defiende la Religión católica de los cargos que le dirigen los gentiles, los judíos, los musulmanes y todos los hereges. Murió el día 7 de setiembre de 1581, á la edad de cerca de cien años.

CL. Benito Espinosa nació en Amsterdam en 1632. Sus padres eran unos mercaderes judíos, espulsados de Portugal, que se habian refugiado en Holanda. Espinosa fue primero judío, y la Sinagoga tuvo que arrojarlo de su seno. Despues empezó á llamarse cristiano, y en la realidad no tenia fé ninguna. Por último, se declaró filósofo cartesiano para deshorrar esta filosofía, intentando hacerla cómplice del más grosero panteísmo. Publicó diferentes obras, todas llenas de estravagancias filosóficas y máximas impías contra la Religión y la moral. Su fé es la negacion de todo el órden sobrenatural, y su moral, como la del inglés Hobbes, solo se funda en la utilidad privada. Segun esta inhumana filosofía, el robo y el asesinato son cosas muy justas con tal que sean provechosas al que roba ó al que asesina. La obra principal de Espinosa es su *Tratado teológico-político*, impreso en Amburgo en 1670. En este libro se encuentra espuesto con aparente rigor lógico, como una presuntuosa ciencia, el más grosero panteísmo.

CLI. La doctrina de Espinosa es sumamente conocida. Niega la revelacion,

prescinde de la eterna justicia y rechaza la moral divina. Habla de Dios, de la creacion, de lo infinito, de lo eterno, del espíritu, de la materia, etc. Pero todas estas palabras no son para él otra cosa que medios para aumentar la confusion y encubrir su ateismo. Solo admite una sola sustancia con dos atributos, que son la estension y el pensamiento. No creemos conveniente estendernos más en esta exposicion. Bastenos decir que Benito Espinosa abrió el camino á una larga serie de panteistas alemanes, que con sus absurdas y perniciosas teorías han hecho y están haciendo mucho daño en el mundo. Murio Espinosa en Flandes el dia 23 de febrero de 1677, á la edad de cincuenta y nueve años.

El panteismo es una doctrina que afirma que Dios es todo y todo es Dios. Esta doctrina fue desarrollada por Espinosa y otros filósofos. El panteismo niega la existencia de un Dios personal y cree que la naturaleza es lo único real. Esta doctrina fue muy popular en el siglo XVIII y XIX. El panteismo fue criticado por muchos filósofos y teólogos. El panteismo es una doctrina que afirma que Dios es todo y todo es Dios. Esta doctrina fue desarrollada por Espinosa y otros filósofos. El panteismo niega la existencia de un Dios personal y cree que la naturaleza es lo único real. Esta doctrina fue muy popular en el siglo XVIII y XIX. El panteismo fue criticado por muchos filósofos y teólogos. El panteismo es una doctrina que afirma que Dios es todo y todo es Dios. Esta doctrina fue desarrollada por Espinosa y otros filósofos. El panteismo niega la existencia de un Dios personal y cree que la naturaleza es lo único real. Esta doctrina fue muy popular en el siglo XVIII y XIX. El panteismo fue criticado por muchos filósofos y teólogos.

ARTICULO II.

El jansenismo. Miguel Bayo, CLII.—San Pío V, Condénacion de Bayo, CLIII.—Retractacion de Bayo, CLIV.

CLII. Miguel Bayo nació en Malinas el año de 1513, y recibió el grado de Doctor en 1550 en la Universidad de Lovaina, de la cual llegó á ser decano. Era hombre muy sabio y de buenas costumbres; pero parecia bastante inclinado á esponer nuevas opiniones. En 1560 publicó un libro que dió origen á muy acaloradas contiendas. El gobierno necesitó intervenir con todo el peso de su autoridad en 1561 para calmar las pasiones que con tan ruidosas disputas se habian escitado en Flandes.

CLIII. Miguel Bayo, como teólogo español, fue enviado por Felipe II al Concilio de Trento. En esta venerable asamblea no fueron examinadas las doctrinas especiales de Miguel Bayo, porque no publicó hasta despues de terminado el Concilio sus opúsculos acerca del libre albedrío, de la justificacion y el sacrificio. Cuando aparecieron estos opúsculos, en los cuales están contenidos los errores del teólogo de Lovaina, al instante, en 1567, el Papa San Pío V los condenó, formulándolos antes en setenta y nueve proposiciones, en la Bula *ex omnibus affectionibus*. San Pío V condenó estas proposiciones como heréticas, erróneas, sospe-

chosas, temerarias, escandalosas y ofensivas á la piedad de los fieles.

San Pio V no quiso, sin embargo, que esta Bula se publicase, y la entregó al Cardenal Arzobispo de Malinas para que con el mayor secreto la presentase á Miguel Bayo y á la Universidad de Lovaina. La Universidad aceptó la Bula y reconoció como justa la condenacion. Miguel Bayo tambien se mostró obediente al Papa y condenó el error, aunque se quejaba de ver en la condenacion no bien inrtepretado el sentido que habia querido dar á sus palabras. Este ha sido despues un recurso sistemático en todos los jansenistas. Siempre recurren al espediente de decir que no son bien comprendidos, y que se les condena con injusticia. En 1569 Bayo dirigió al Papa una carta con el fin de probar que no eran suyos los errores que se le imputaban. Esto equivalia á decir que sus jueces no sabian ni aun leer. El Papa sin embargo le contestó en un Breve especial que su causa habia sino examinada con mucha reflexion y suma imparcialidad, y que la sentencia tenia en su favor todos los caracteres de la justicia. Bayo recibió con docilidad esta severa advertencia, y pidió perdon al Papa por su soberbia é irreverencia.

CLIV. Despues hubo muchos escritores que se empeñaron en sostener la doctrina del doctor de Lovaina. Gregorio XIII, sucesor de San Pio V, en la Bula *Provisionis nostræ* condenó esta doctrina de nuevo. La Bula citada se publicó en Roma antes que en Flan-

des. El mismo Bayo la recibió por conducto del P. Francisco de Toledo, quien logró hasta una retractación escrita de puño y letra del mismo Bayo, fecha en Lovaina el día 24 de marzo de 1580.

A consecuencia de esta Bula, los teólogos de Lovaina decretaron no dar entrada en su claustro á ningún doctor sin que antes reprobara la doctrina de Bayo. En 1641, el Papa Urbano VIII, en la Bula *In eminenti* repitió la misma condenación. Bayo había nacido en 1513, y murió en 1590, á la edad de setenta y siete años. Su muerte fue la de un verdadero cristiano. ¡Ojalá sus discípulos le hubiesen imitado todos en la humildad y en la fé! Por desgracia no sucedió así. Las doctrinas de Bayo sobre el pecado original, la gracia y el libre albedrío dieron margen á la absurda pero venenosa secta de los jansevistas, que tantos días de luto ha dado á la Iglesia.

ARTICULO III.

Jansenio, CLV.—Condénación de su obra, CLVI.—Bula de Urbano VIII.—Proposición de los Obispos de Francia, CLVII.—Bula de Inocencio X, CLVIII.—Declaración de Alejandro VIII, CLIX.—Fórmula propuesta por el Papa, CLX.—Religioso silencio, CLXI.—El caso de conciencia, CLXII.—Doctrina condenada acerca de la igualdad de San Pedro y San Pablo, CLXIII.

CLV. Ante todo debemos advertir para evitar confusión, que casi en un mismo tiempo hubo en la Universidad de Lovaina dos profesores que tuvieron el nombre de Cornelio Jansenio. El primero nació en Ulst en 1510, fue insigne teólogo, enseñó por doce años las ciencias sagradas, compuso obras religiosas de suma importancia, y representó á la Iglesia española en el Concilio de Trento. Después fue nombrado Obispo de Gante, y murió en 1576, á la edad de sesenta y seis años. El otro, Cornelio Jansenio, nació en Leerdan, en Holanda, en 1585. Hizo sus estudios en Utrecht y en Lovaina. Adelantó mucho y fue muy aplicado. A fuerza de estudiar á San Agustín, concluyó por no entenderlo. En esto, Dios ha querido humillar á la humanidad. Cuando el hombre se empeña en mirar de frente, muy de cerca y con fijeza la luz, pierde por completo la vista. Del propio modo, cuando se obstina en comprender los misterios que están muy por encima de su limitada inteligencia, se oscurece su alma hasta el punto de no com-

prender siquiera las cosas más sencillas y vulgares. Nos asombra lo acontecido á los hijos de Noé en el valle de Senñar, y, sin embargo, todos los dias estamos viendo la confusion de las lenguas como en el tremendo castigo de Babel. Jansenio consideró á San Agustin como un telescopio para alcanzar con su vista al cielo. Tanto clavó sus ojos en el instrumento óptico, que se turbó por completo, y concluyó por no ver el cielo, ni aun el cristal que tenia delante de su vista.

Viajó mucho. En Francia entabló amistad con el abad de San Ciran, hombre sin fé y lleno de soberbia, que contribuyó á su perdicion. Después de haber explicado en la cátedra y en los libros la Sagrada Escritura, Jansenio fue nombrado Obispo de Ipres en 1635.

CLXVI. Jansenio habia trabajado por el largo espacio de veinte años en un libro, que dejó de publicar en su vida quizá por remordimientos. Le llamó *Augustinus*, ya porque para escribirlo habia leído treinta veces las obras de San Agustin, ó ya porque creia haber encerrado en él la verdadera y única doctrina del santo y sabio Obispo de Hipona. En el fin del libro, cuyo epígrafe es, *De gratia Christi*, Jansenio, haciendo el epílogo de todo su trabajo, manifiesta cuánta desconfianza tenia en la hortodoxia de sus doctrinas. Murio como buen católico el día 6 de mayo de 1638, y en su testamento declaró que quería que su obra se sometiese al

juicio de la Iglesia, y que estaba dispuesto á variar ó suprimir todo lo que la Iglesia romana creyese que debia variarse ó suprimirse.

CLXVII. Apesar de lo dispuesto por Janseño, su obra se publicó en Flandes en 1640, sin el exámen y correccion de la Iglesia. Produjo su doctrina un escándalo general, y dió márgen á muy acaloradas disputas. Después de varias condenaciones particulares, la condenó el Papa Urbano VIII. Los janseñistas protestaron contra la Bula de la condenacion, declarando que ó era apócrifa, ó estaba esencialmente alterada. La Sorbona, en 1649, no atreviéndose á condenar las proposiciones contenidas en el *Augustinus*, las sometió al Episcopado francés. Los Obispos, por su parte, en 1650 se negaron á dar sentencia, sometiendo la cuestion á la Santa Sede. Dirigieron una esposicion, firmada por ochenta y cinco Obispos, á Inocencio X, en la cual manifestaban que ponian en sus manos esta cuestion, siguiendo la costumbre de la Iglesia de pedir siempre á la Santa Sede la solucion necesaria para las grandes cuestiones.

CLXVIII. El Papa Inocencio encomendó el exámen de esta cuestion á una congregacion de cinco Cardenales y trece teólogos, los cuales, en dos años de estudio y treinta y seis conferencias, las diez últimas en presencia del Padre Santo, formularon su acuerdo. Debemos advertir que los teólogos de la Congregacion, no conten-

tos con estudiar profundamente y por sí mismos la causa, admitieron en su seno, para que se esplicasen con latitud y entera libertad, á muchos partidarios y defensores de la doctrina del *Augustinus*. Inocencio X, en la Bula *Cum occasione*, fecha 31 de mayo de 1653, condenó toda la doctrina de Janse-
nio, encerrada en las cinco siguientes proposiciones:

1.^a *Alicui Dei præcepta, etiam hominibus iustis, volentibus, et conantibus, secundum præsentes quas habent vires, sunt impossibilia; deest quoque illis gratia, qua possibilia fiant.*

Esta proposicion contiene tres grandes errores, por suponer que hay algunos preceptos de Dios que no pueden ser cumplidos, por falta de gracia, ni aun por los hombres justos.

2.^a *Interiori gratiæ in statu naturæ lapsæ nunquam resistitur.*

La heregia de esta proposicion consiste en negar el libre albedrio, y suponer que el hombre, en el estado de corrupcion en que se halla, nunca puede resistir á la gracia interior.

3.^a *Ad merendum vel demerendum in statu naturæ lapsæ non requiritur in homine libertas a necessitate, sed sufficit libertas a coactione.*

El error de esta proposicion consiste en suponer, que despues del pecado original, el hombre no necesita para contraer mérito ó demérito libertad interior, ó de necesidad, sino libertad exterior ó de coaccion. Este error tiende á negar en el hombre el libre

alvedrio ó la libertad de eleccion. La experiencia misma enseña, que nosotros podemos querer ó aborrecer, sin que ninguna fuerza estraña pueda destruir el libérrimo ejercicio de nuestra voluntad.

4.^a *Semipelagiani admittebant prævenientis gratiæ interioris necessitatem ad singulos actus, etiam ad initium fidei; et in hoc erant, hæretici, quod vellent eam gratiam esse talem, cui posset humana voluntas resistere vel obtemperare.*

El error de esta proposicion consiste en suponer que la heregia de los semipelagianos solo se fundaba en admitir que el hombre, que la voluntad humana puede resistir ó cooperar á la Divina gracia. Los jansenistas olvidan por completo la doctrina y la distincion del Concilio Tridentino. En nosotros el libre alvedrio no está estinguido; solo se halla *in deterius commutatum*.

5.^a *Semipelagianum est asserere Christum pro omnibus omnino hominibus mortuum fuisse, aut sanguinem fudisse.*

Esta proposicion niega que la Redencion fue universal, ó supone que Jesus intentó redimir con su sangre á unos hombres y no á otros. Aparte la heregia, esta doctrina es tan inhumana como impía y absurda.

CLIX. La Bula de Inocencio X fue aceptada en todas partes; pero los jansenistas, insistiendo en su ya antigua costumbre, inventaron un recurso diabólico para decir que la aceptaban en teoria, mientras la despreciaban con sus hechos. Introdujeron la distincion tan tristemente célebre entre el

hecho y el *derecho*, suponiendo que el Papa era infalible cuando condenaba un error en general ó en el *derecho*; pero que podia equivocarse cuando definia acerca del *hecho*, es decir, cuando definia que tal ó cual error se encuentra en tal ó cual libro. Segun esta absurda distincion, el Papa no puede errar cuando condena la doctrina de Pelagio ó de Lutero; pero puede equivocarse cuando afirma que los errores de Pelagio están en las obras de Pelagio, ó que los errores de Lutero están en las obras de Lutero. Para hablar así, para inventar estos fútiles y miserables subterfugios, no solo se necesita haber perdido la fé, sino estar además despojados hasta de sentido comun.

El Papa Clemente XI, en la Bula *Vineam Domini*, fechada en 1705, condenó la absurda distincion entre la infalibilidad para el derecho, ó definir el error, y la falibilidad para el hecho, ó definir dónde está el error, como una distincion inventada para eludir hipócritamente las decisiones de la Iglesia. Los Obispos franceses, reunidos en 1654, declararon que Inocencio X habia condenado las cinco proposiciones como heréticas; que realmente se hallan las cinco proposiciones en el libro de Jansenio, y que sin duda alguna tienen en el original el mismo sentido que les atribuyó el Soberano Pontífice al condenarlas. El dia 16 de octubre de 1656 declaró el Papa Alejandro VII lo mismo que dos años antes, segun hemos dicho, habia declarado el episcopado francés. Por el mis-

mo tiempo la Sorbona censuró una proposición del jansenista Arnaldo, encaminada á demostrar «que dos proposiciones no se encontraban en Jansenio, ni fueron condenadas en su verdadero sentido, y que por lo tanto, en lo que á ellas atañe, la constitución apostólica solo exige un religioso silencio.»

CLX. El clero frances compuso en 1655 un formulario en el cual constaba que las cinco proposiciones eran de Jansenio, y que se habian condenado en el mismo sentido que les habia dado su autor. Algunos rechazaban esta fórmula, alegando como pretesto que no tenia en su apoyo la aprobacion de la Santa Sede. Para evitar este subterfugio, el Papa Alejandro VII, en una Bula espedita el dia 15 de febrero de 1665, dió á la citada fórmula del clero frances fuerza de ley universal y obligatoria.

CLXI. Esta declaracion de la Santa Sede suscitó grandes conflictos á los jansenistas. Querian estos no obedecer al Papa, y aparecer como humildes católicos á los ojos de la multitud. Alejandro VII los puso en la alternativa de declararse incrédulos, lo cual no querian, ó abjurar el error, lo cual era contrario á sus intenciones malévolas, y secretos y sacrílegos designios.

CLXII. En 1702 volvió á suscitarse el llamado *religioso silencio*, con pretesto del famoso caso de conciencia. Apareció un libelo, en el cual se preguntaba si era lícito negar la absolucion al penitente que se presentara

diciendo que el Papa era infalible en lo tocante al derecho ó á la definicion doctrinal; pero que en cuanto al hecho ó á la determinacion del lugar en que el error se halla, está resuelto á guardar un *religioso silencio*. Este es el *caso de conciencia* tan tristemente célebre en la historia eclesiástica. Los jansenistas sostenian que en este caso no debia ser negada la absolucion; pero el Papa los condenó, estableciendo todo lo contrario, el dia 12 de enero de 1703.

CLXIII. Por este mismo tiempo se publicó un libro anónimo, encaminado á destruir la gerarquía eclesiástica, suponiendo que San Pedro es igual á San Pablo, ó que en la Iglesia no existe el primado de honor y jurisdiccion que ejerce el Vicario de Jesucristo. Este era, en verdad, el gran secreto del jansenismo. Aparentar mucha fé y mucha virtud, y destruir al propio tiempo la divina gerarquía, sembrando la confusion en la Iglesia, era el fin único de la impia secta de los jansenistas.

ARTICULO IV.

Quesnell, CLXIV.—Libelos que publicó en Bruselas, CLXV.
 —Su prision y fuga, LXXVI.—Su obra principal, CLXVII.
 La Bula *Unigenitus*, CLVIII.—Aceptacion de esta Bula.
 Apelacion de los jansenistas, CLXIX.—Escándalos, CLXX.
 —Consulta escandalosa, CLXXI.—El sistema de Quesnell, CLXXII, CLXXIII y CLXXIV.

CLXIV. Nació Quesnell en Paris el día 14 de julio de 1634. En 1657 entró en la Congregacion del Oratorio. En 1678 fue espulsado de la Congregacion por haberse negado á protestar contra la reprobada doctrina de Bayo.

CLXV. En 1685, huyendo de Francia, Quesnell se refugió en Bélgica, y se unió en Bruselas con el jansenista Arnaldo. Escribieron juntos algunos libelos en favor del jansenismo, y por los escándalos que ocasionaban, fueron ambos espulsados del territorio belga en 1690. De aquí se originó su viaje á Holanda y á otros diversos puntos del Norte de Europa. Arnaldo murió en 1694. Quesnell lo auxilió como sacerdote en su última enfermedad, lo cual indica que el primero cayó en la impenitencia final, y que el segundo no tuvo ningun empeño en salvar su alma. Vuelto á Bruselas, Quesnell se mudó el nombre, y cambió su trage para poder permanecer oculto. Logró constituir una especie de logia ó secta secreta que lo nombró Presidente ó *Padre prior*. A pesar de vivir escondido como reo, no cesó de publicar

impíos opúsculos en favor de su heregía, y en daño de los Papas y aun de los Reyes. Esto último á nadie debe causar estrañeza, porque la heregía y la rebelion son cosas que se identifican en la teoría, y que nunca se separan en la práctica.

CLXVI. En 1703, el Arzobispo de Malinas trabajó con laudable celo por librar á Bélgica de los escándalos que en aquel desgraciado país sembraba el jansenismo. El día 30 de mayo, Quesnell y su compañero ó secretario fueron encontrados y detenidos en el Palacio Episcopal. En 1710 fue puesto en libertad su secretario por intercesion del Arzobispo de Paris, Cardenal de Noailles. Quesnell, en el mismo año de 1703, á los dos meses de arresto, se fugó de la prision, practicando por la noche una brecha en la pared del Palacio que lo encerraba. En Holanda los jansenistas, siempre aparentando una piedad hipócrita, lo llamaban el segundo Pablo, y aun decian que habia sido librado de la cárcel con el auxilio de los ángeles, como San Pedro. El día 10 de noviembre de 1704, el Arzobispo de Malinas excomulgó á Quesnell y lo condenó á vivir encerrado en un Monasterio hasta que obtuviese la absolucion del Papa. Quesnell, lejos de respetar esta sentencia, la desprecó, y en Holanda empezó á publicar muchos impíos libelos contra el Arzobispo y aun contra el Papa. El desgraciado Quesnell murió impenitente en Amsterdam, el día 2 de diciembre de 1719, á la edad de 85 años.

... como se ve en el libro sobre el catolicismo...

CLXVII. El libro principal de Quesnell se titula, *El Nuevo Testamento, con reflexiones morales*. Este libro podia compararse con la bola de nieve que, comenzando por muy poco en la cima de la montaña, va aumentando su volúmen al desprenderse por la pendiente, hasta ser una masa enorme cuando descansa en la llanura ó se estrella en lo más profundo del valle. Cuando por primera vez publicó Quesnell esta obra en 1671, solo constaba de un tomo en dozavo. En 1687, en una segunda edición que se hizo de la misma obra, se publicó ya en tres volúmenes. En 1693 ya formaba ocho gruesos volúmenes. En este libro, á medida que crecia el volúmen, se multiplicaban los errores. En la primera edición solo se encontraban cinco proposiciones dignas de censurar. En la última, dejando aparte otras muchas, se señalaron 101, que todas fueron condenadas por la Bula *Unigenitus*.

CLXVIII. En 1693 fue censurada la obra de Quesnell por muchos Obispos y teólogos franceses. En 1708, la condenó con un Breve especial el Papa Clemente XI. En 1711, los Obispos de Francia publicaron edictos repitiendo la misma condenación; pero el Cardenal de Noailles, Arzobispo de Paris, protestó contra la condenación de los Obispos, apoyándose en preteatos fútiles que lo hicieron sospechoso del jansenismo y le ocasionaron muy graves disgustos.

El Cardenal nombrado, sin haber perdido la fé, como los seides del jansenismo, con

su conducta antorizó á muchas personas para que sin caer en juicios temerarios lo reputasen como jansenista. Quizá por inadvertencia dió su aprobacion á la edicion de la obra de Quesnell, hecha en 1695, y aunque no aprobó la de 1699, con todo, siempre mostró empeño en mantener la justicia de su primitiva aprobacion. Tan cierto es que el amor propio arrastra al orgullo, el orgullo á la ceguedad y la ceguedad al escándalo de la apostasia. La conducta del nombrado Cardenal dió ocasion á grandes disturbios en el clero francés. El Papa Clemente XI, después de examinarlo muy detenidamente por medio de una Congregacion de Cardenales y teólogos, después de dos años de meditacion y estudio, el dia 8 de setiembre de 1713, en la Bula *Unigenitus* condenó el libro de Quesnell con las ciento una proposiciones falsas, capciosas, temerarias, erróneas, próximas á la heregia y aun heréticas que en él se señalan.

CLXIX. El dia 13 de enero de 1704, la asamblea del clero francés aceptó la Bula *Unigenitus*, y por consiguiente la condenacion de los errores de Quesnell. La aceptacion fue absoluta; pero los jansenistas, que siempre apelaban á subterfugios, intentaron eludirla, diciendo que el clero galicano solo habia aceptado la Bula *Unigenitus* con restricciones y de una manera condicional. Conviene aquí advertir que el juicio del Papa, cuando define *ex cathedra*, es infalible, irreformable y universalmente obligatorio. De-

cimos esto, para dejar sentado que la condenacion del Papa, por sí sola, era válida, aceptárala ó no el clero francés.

Sin embargo, á pesar de no ser necesaria, el clero francés consignó su aceptacion de la Bula *Unigenitus*, para no dejar ni aun este miserable subterfugio á la soberbia hipocresía y astuta malignidad de los jansenistas. Cuarenta Obispos firmaron la aceptacion, y únicamente ocho protestaron contra ella. Los Obispos escribieron al Papa manifestándole que el clero francés habia aceptado con júbilo la Bula *Unigenitus*. La Universidad de París la aceptó tambien solemnemente el dia 5 de marzo de 1714. Lo propio hicieron las Universidades de Salamanca, Alcalá de Henares, Lovaina, Gante y otras muchas. Esto, no obstante, los jansenistas continuaron publicando libelos contra la Bula. En 1715 fueron condenados por los Obispos de Francia, y solo por hallar pretextos para producir escándalo, apelaron del Papa al Concilio general. Inútil es advertir que esta apelacion impía y sacrílega no tenía más objeto que el de ganar tiempo y producir disturbios. Los jansenistas despreciaban la autoridad de la Iglesia, y lo mismo que el fallo del Soberano Pontífice, hubieran despreciado la sentencia del Concilio ecuménico.

CLXX. El dia 1.º de marzo de 1717 apelaron cuatro Obispos al Concilio futuro contra la Bula *Unigenitus*. Más tarde, el número de los apelantes subió hasta 18. En 1718 for-

muló también su apelación el Cardenal de Noailles. En el mismo año cincuenta Obispos franceses protestaron contra estas escandalosas apelaciones. El Papa, por su parte, las declaró nulas y de ningún valor. En 1727 se celebró un Concilio provincial en Embrun, en el cual, después de aceptar la Bula, fueron condenados los apelantes.

CLXXI. Los jansenistas, siguiendo la costumbre de todos los hereges, al verse condenados por la ciencia y la autoridad de la Iglesia, invocaron el auxilio de la ciencia y de la autoridad civil. Dirigieron una consulta á los abogados de París, los cuales, reuniéndose con maña, citando á unos y dejando de citar á otros, lograron formar una falsa mayoría, que redactó su informe en favor del jansenismo y en contra de la Iglesia católica. El día 5 de mayo de 1728, reunidos los Obispos de Francia, declararon que la contestación de los jurisconsultos era impertinente, y, por lo ménos, muy sospechosa de heregía. El Rey, conformándose, como era natural y justo, con lo acordado por los Obispos, declaró que no tenía ningún valor la respuesta de los abogados en las cuestiones eclesiásticas.

El Cardenal de Noailles, en el mismo año, retiró su apelación, aceptó sinceramente la Bula *Unigenitus*, prohibió á todos sus diocesanos la lectura del libro de Quesnell, y se reconcilió con la Santa Sede. Seis meses después de su honrosa retractación, murió como buen católico en el seno de la Iglesia.

En 1729, la Sorbona aceptó nuevamente, y con gran solemnidad, la Bula *Unigenitus*. El decreto de aceptacion fue firmado por seiscientos Doctores. En 1730 el clero francés repitió su aceptacion. En fin, por el mismo tiempo el Papa Clemente XII aprobó lo hecho, y el Rey, en público edicto, declaró que la Bula *Unigenitus* debía recibirse, no solo como ley de la Iglesia, sino ademas como ley del reino.

CLXXII. La doctrina de Quesnell encierra en sí las tres heregías de Miguel Bayo, de Cornelio Jansenio y de Edmundo Richer. Quesnell, en efecto, admite el absurdo principio de la delectacion invencible de la gracia que nos arrastra fatalmente al bien, y la delectacion invencible de la concupiscencia, que nos arrastra fatalmente al mal. Esta absurda máxima suprime por completo el libre albedrio, y establece el fatalismo, convirtiendo al hombre en un mero autómatas que se mueve sin conciencia y sin voluntad, subiendo al cielo, si lo eleva la gracia, ó descendiendo hasta el infierno, si pesa sobre él la concupiscencia. Esto no solo está condenado como una heregía por la Iglesia, sino que debe ser, y lo es, en efecto, rechazado por la filosofía como un error monstruoso, y hasta por el sentido comun, como una insigne extravagancia.

CLXXIII. El segundo principio de Quesnell es la máxima fundamental del falso sistema de Miguel Bayo, copiada al pie de la letra. Bayo, en efecto, admitia que en

nosotros no hay más que dos clases de amor: uno purísimo, la caridad perfecta, que nos lleva á Dios, y otro impuro ó amor mundano, que nos lleva al pecado. Admitir este principio equivale á negar la atrición y aun la misma contrición, y á suponer que el hombre que no sea perfectamente santo no puede salvarse. Quesnell convenia con Bayo en que todas las obras de los gentiles son pecados, y todas las virtudes de los incrédulos son vicios. Para comprender la absurdidad de esta teoria, basta observar que, segun ellas, comete un gran pecado el gentil que lleno de compasion da un poco de agua, para que no muera abrasado por la sed, al cristiano que estenuado por la fatiga y el cansacio, encuentra en un árido desierto.

CLXXIV. El tercer principio de Quesnell es copia de la impía doctrina de Richer. Como este, suponía el primero que la Iglesia, es decir, la autoridad eclesiástica, no puede imponer la pena de excomunion á los contumaces, *sin el consentimiento, al menos presunto, de todos los fieles*.—Esta doctrina niega la gerarquía eclesiástica, haciendo imposible el ejercicio de su autoridad.

ARTICULO V.

Miguel Molinos, CLXXV.—Consecuencias de su doctrina, CLXXVI.—Es descubierta su hipocresía, CLXXVII.—Su condenacion y su penitencia, CLXXVIII.—Un libro de Fenelon, CLXXIX.

CLXXV. Miguel Molinos, sacerdote español, era de la diócesis de Zaragoza. Tenia instruccion y talento, y era hombre de costumbres muy corrompidas, y de una grande y falsa apariencia de piedad. Publicó un libro titulado *Guia Espiritual*, con el fin, segun decia el mismo, de llevar el alma por el camino interior hasta la perfecta contemplacion y el rico tesoro de la paz interna. Esta obra impia, epicúrea en su fondo, por más que pareciera farisaica en su forma, fue publicada en Roma, en Madrid, en Zaragoza y en Sevilla. Como halagaba tanto las pasiones, su veneno se extendió bien pronto en muchas provincias de España, Francia é Italia.

CLXXVI. El sistema de Molinos consistia en entregarse á una especie de contemplacion ó reposo *letárgico* del alma, sin pensar para nada en reprimir las malas pasiones del cuerpo. Molinos no reprobaba el trato íntimo de los dos sexos, ni aun cuando de este trato resultasen los más abominables crímenes. Como el principio fundamental de Molinos consistia en procurar á todo trance lo que él llamaba paz del alma, santificaba todo linaje de inmundicias.

CLXXVII. Molinos permaneció en Roma por el largo espacio de veinte y dos años, desde 1665 hasta 1687. Era hombre de muy dulce conversacion y muy agradable trato. Aparentaba estar poseído por la humildad y entregado enteramente á la penitencia. Esto hacia que se le escuchara sin prevencion, y que se recibieran sus palabras cual si fuesen pronunciadas por un verdadero Santo. Su inmunda hipocresía infiltraba el veneno, como el escorpion, de una manera dulce y agradable. Empezaba hablando de Dios y de la necesidad de unirse á Dios, y concluía insinuando las más impuras, abominables y aun asquerosas máximas. Muchas personas piadosas fueron encenagadas en la corrupcion por este hipócrita y seductor heresiarca. El Cardenal D. Iñigo Caracciolo fue el primero que descubrió el mal en Nápoles, y lo denunció al Soberano Pontífice. Muchos otros Obispos denunciaron despues la misma heregia, y Molinos fue encerrado en la cárcel del Santo Oficio. Le acompañaron en la prision dos italianos, Simon Leone y Antonio María, que eran considerados como sus dos primeros discípulos.

CLXXVIII. La Inquisicion romana prohibió el dia 24 de noviembre de 1785 la *Guia espiritual* de Molinos, y poco despues, el dia 28 de agosto de 1687, prohibió todos los libros del mismo autor, y especialmente 68 proposiciones estraidas de la antes condenada *Guia*. El exámen de su causa duró 22 meses. El dia 3 de setiembre de 1687 se re-

tractó en Roma, en la iglesia de Santa María *sopra Minerva*. Un día despues renovó el Papa Inocencio XI la condenacion de las impías máximas de Miguel Molinos. Este hereciarca vivió diez años despues de su abjuración, dando hasta el último instante de su vida señales de verdadero arrepentimiento. Tambien abjuraron en el mismo día, esto es, el 4 de setiembre de 1685, sus dos nombrados discipulos Antonio María y Simon Leone.

CLXXIX. Hubo en Francia en el último tercio del siglo xvii una señora de instrucción no escasa, pero de falsa piedad. Despues de haberse pervertido ella misma, intentó estraviar á muchas otras personas. Esponiendo la teología mística, llegaba á sepultarse en el cieno asqueroso de Molinos, y en la repugnante y fatalista heregia de Quesnell. Bossuet necesito publicar su excelente obra de *Statibus orationis* contra los peligrosos errores de Mad. de Guyon. El mismo Fenelon se dejó contaminar por la falsa mística de la nombrada Señora. Su libro, titulado *Explicacion de las máximas de los Santos sobre la vida interior*, fue coudenado en Roma por el Papa Inocencio XII, el día 12 de marzo de 1699. Parece increíble que un hombre como Fenelon, como el sabio y humilde Arzobispo de Cambray, se dejara seducir por una doctrina inmunda tan parecida á la de Miguel de Molinos. Esto nos prueba cuán vigilante debe estar siempre el hombre sobre sí mismo, y cuán esca-

sa confianza debe tener en sus propias fuerzas.

Tenemos, sin embargo, el consuelo de poder advertir que el gran Fenelon se humilló ante la Santa Sede; que recibió con profundo acatamiento la sentencia del Soberano Pontífice, y él mismo, como Arzobispo, leyó á sus diocesanos desde el púlpito de la catedral de Cambray la Bula de Inocencio X, en la cual se condenaban 23 proposiciones de su libro. Fenelon parece más grande por su humildad que por su ciencia, y más brilla en la historia por su horrorísimo arrepentimiento, que por el esplendor de su erudición y su elocuencia.

ARTICULO VI.

Pascal, CLXXX. — Arnaldo, CLXXXI. — San - Ciran, CLXXXII. — Nicole, CLXXXIII. — La madre Angélica, CLXXXIV.

CLXXX. Nació Blas Pascal en Clermont, el día 19 de junio de 1623. Su padre, Presidente de la corte de Rouen, fue su primer profesor. Gracias á los esfuerzos del padre y á la actividad y clara inteligencia del hijo, fue verdaderamente portentoso el fruto de estos mútuos trabajos. Pascal es considerado como escritor de verdadero genio en todo lo que atañe á las ciencias matemáticas. Se cuentan de él adelantos é invenciones que, atendida la corta edad en que los hizo, no pueden ménos de parecer asombrosos. Descartes, sin embargo, creía que en las grandes cosas del niño habia artes no muy pequeñas del padre. Todo puede ser; mucho más si se tiene en cuenta que Pascal, como jansenista, tenia grande apoyo en la sociedad de aplausos y alabanzas, tan activa y tan fecunda siempre en todos los partidos anti-cristianos.

Pascal entró en Port-Royal, especie de asilo para la incrédula, hipócrita, obstinada y perversísima secta de los jansenistas. El fin de esta farisáica heregia era destruir la Religion, convirtiendo sus consejos en preceptos, exigiendo perfectísima santidad en

todo el mundo, y haciendo odiosas e imposibles sus prácticas.

Los jansenistas intentaron comenzar por hacer aborrecibles á los Padres de la Compañía de Jesus, y Pascal se propuso por añadidura el abrumarlos con la ignominia y el ridículo. Para alcanzar su objeto, publicó Pascal sus *Cartas provinciales*, obra de celebridad tan triste como funesta, y tan escandalosa como inmerecida. Las *Cartas provinciales* son diez y ocho, y comenzaron á publicarse en enero de 1656. En estas *Cartas*, sin reparar en los medios, solo se busca el depravado fin de despreciar la autoridad de la Iglesia y deshonorar á los Jesuitas. En ellas se exageran los hechos verdaderos con repugnante mala fé, ó se inventan hechos falsos con escandaloso cinismo.

Chateaubriand ha dicho que Pascal «es un calumniador de genio que nos ha legado una mentira inmortal.» Jamás negaremos el grande ingenio de este escritor jansenista: lo que sí podemos asegurar es que hoy sus *Cartas* no pueden leerse sin fastidio, ni recordarse sin indignacion ó desprecio. El mérito de este libro consiste casi exclusivamente en el gran valor de los Jesuitas, á quienes calumniaba. Se ha dicho que la Compañía de Jesus no pudo contestar á Blas Pascal: Si con esto quiere darse á entender que las calumnias de las *Provinciales* no fueron descubiertas y refutadas, nada hay más falso. Si, por el contrario, se quiere indicar que la refutacion de Pascal no podía tener

el mismo valor que la refutación de los Jesuitas, esto es una cosa evidente, que es honra en vez de ser mengua para la Compañía de Jesus. Port-Royal valia infinitamente menos que la Compañía, y por esto eran ménos ruidosos los cargos que se le dirigian.

Ademas de las *Provinciales*, háy otra obra titulada *Pensamientos de Pascal*, publicada despues de su muerte en Amsterdam el año de 1688. Parece que en los últimos años de su vida se ocupó Pascal en escribir una apología de la Religion cristiana contra los ateos, los libertinos y los judíos. Nada podemos decir acerca de este trabajo. Solo añadiremos que sin los elogios calculados de los enemigos del catolicismo, Pascal hubiera estado muy distante de alcanzar la inmensa reputacion que tiene, y que ciertamente no merece. Se nos figura que entre cada cien mil personas que lo encomien con admiracion, apenas podrá encontrarse una que haya tenido paciencia ni aun para hojear sus empalagosas obras. Boileau ensalzaba á Pascal como uno entre los primeros ingenios del mundo. Esto se comprenderá bien teniendo en cuenta que Boileau era un fanático janse-nista.

Pascal vivió muy atormentado por los remordimientos en los últimos años de su vida. Creía siempre estar viendo un horrible precipicio delante de sus ojos, y pavorosos fantasmas que le llenaban de terror. Murió en Paris, á los treinta y nueve años de edad, el dia 19 de agosto de 1662.

CLXXXI. Antonio Arnaldo nació en París el día 6 de febrero de 1612. Recibió el grado de doctor en la Sorbona en 1641. Dos años despues publicó un libro titulado *De la frecuente comunión*, que en vez de ser lo que su nombre significa, fue un ataque tan cruel como hipócrita contra la sagrada Comunión. Arnaldo escribió además dos cartas para demostrar que no podía negarse la absolución al que rechazara los decretos de la Santa Sede contra las proposiciones de Jansenio. La Sorbona condenó en 1656 dos proposiciones estraidas de estas cartas. Arnaldo no quiso respetar esta condenación, y fue expulsado de la Universidad. Luis XIV dió pruebas de escesiva estimación á este obstinado heresiarca. Bien pronto se convenció de que solo apreciaba á un hombre soberbio, tan rebelde en lo civil cual contumaz en la parte religiosa. En 1679 Arnaldo emigró á los Países-Bajos. Tuvo allí una célebre polémica con Malebranche, en la cual quedó completamente confundido. Murió Arnaldo en Bruselas el día 8 de agosto de 1692, á la edad de ochenta y tres años. Los jansenistas sintieron mucho su muerte, y la consideraron como una pérdida irreparable para su secta. Boileau, ensalzando, según costumbre, con ridícula exageración á los jansenistas, al hablar de Arnaldo, dice que fue «el hombre más sabio que jamás se ha conocido.» Con igual exageración se han expresado otros muchos jansenistas. Lo cierto es que Arnaldo era hombre de talento, de mu-

cha instruccion y laboriosidad incansable. En su nombre se publicaron muchas obras, tanto pertenecientes á ciencias humanas, como á las ciencias divinas. Era tan fecundo como obstinado. No tenia fé, no creia en la autoridad de la Iglesia, y pretendia infiltrar su error en el corazon de las gentes cándidas, aparentando una virtud perfecta y una moral sumamente rigurosa. Arnaldo puede considerarse como el verdadero fundador de la impia asociacion de Port-Royal. Como Pascal, era fanático é irreconciliable adversario de la Compañía de Jesus. Todas las calumnias, por más que fuesen abominables, les parecian dignas de tenerse en cuenta con tal que tuviesen por objeto la difamacion de los Jesuitas.

CLXXXII. Verger de Haurane nació en Bayona en 1581: su familia era noble y rica. Hizo sus estudios en la Universidad de Lovaina. Abrazó la carrera eclesiástica, y en 1620 fue nombrado Abad de Saint-Ciran. Aceptó la doctrina de Jansenio, y la sostuvo con teson y diabólica actividad. Saint-Ciran, muerto Jansenio, publicó, como trabajo póstumo, su célebre obra llamada *Augustinus*, y estendió por todas partes su doctrina sin sujetarla á la censura de la Iglesia, como espresamente habia determinado antes de morir su propio autor. Pero Saint-Ciran, que no habia respetado los votos hechos á Dios, no podia cumplir de ninguna manera la lealtad ofrecida á un amigo en el artículo de la muerte.

El Abad de Saint-Ciran aparentaba ser muy virtuoso, y aun escesivamente místico. Con su hipocresía farisaica logró adquirir autoridad entre cierta clase de fieles, y sembró el veneno de la impiedad en el corazón de muchas personas timoratas. Despreciaba á Santo Tomás, no tenía ningun respeto al Concilio Tridentino, y se complacia en obrar contra los decretos de la Santa Sede. Negó la eficacia de la absolucion, y espuso en público doctrinas anti-católicas, y en secreto, ante sus íntimos amigos, se mostraba francamente incrédulo y enemigo de toda Religión positiva. El Cardenal de Richelieu creyó conveniente encerrarlo en una cárcel en 1638. Los Jansenistas han querido suponer que San Vicente de Paul en esta ocasion se apartó del Cardenal, y apoyó con todo el prestigio de su virtud al obstinado jansenista. Esto es completamente falso. Saint-Ciran murió á los 62 años, el día 11 de octubre de 1643. Como todos los jansenistas, tenía el corazón lleno de odio y el alma atestada de preocupaciones contra la Compañía, de Jesus. Siguiendo la moda de su secta, publicó un libro absurdo contra lo que él llamaba *faltas y falsedades capitales contenidas en la Suma Teológica* del Padre Garassa.

CLXXXIII. Pedro Nicole nació en Chartres, el día 10 de octubre de 1625. Se dedicó al estudio de las letras humanas y de la Sagrada Teología. Estando haciendo sus estudios en Paris conoció á los llamados *Cenovitas* de Port-Royal, y se unió con lazo indis-

luble á ellos. Nicole tenia talento, era laborioso, carecia de fé, y poseia una habilidad rara para presentarse como ardiente devoto delante de los creyentes. Estas cualidades eran las únicas que convenian á los here-siarcas de Port-Royal. Nicole, sin creer en la revelacion, aparentaba una santidad perfecta. Se declaró ardiente defensor de las *cinco proposiciones*, aceptando todos los subterfugios del jansenismo.

Por no retractar sus errores, no recibió el grado de doctor ni aun el de licenciado, y se contentó con el de bachiller, que le confirió La Sorbona en 1649. Ayudó mucho á Arnaldo en sus trabajos. En 1676 quiso recibir las Ordenes Sagradas; pero su Prelado, el Obispo de Chartres, no consintió jamás en darle las necesarias dimisorias para su ordenacion. En 1677 publicó una carta contra lo que él llamaba *la Relajacion de los casuistas*. Inútil es advertir, que su execrable libelo estaba atestado de absurdas calumnias contra la Compañía de Jesus. En 1679 se mostró muy afligido por la muerte de su protectora la duquesa de Longueville, mujer fanática, y acérrima defensora del jansenismo. Murió Nicole el día 16 de noviembre de 1695, á los setenta años de edad. Los jansenistas, según costumbre, lo han elogiado muchísimo. Hoy, sin embargo, no hay nadie que pueda tener paciencia para leer ninguna de sus obras.

CLXXXIV.—La historia de la Madre Angélica es tan deplorable como ridícula. Era hermana del jansenista Arnaldo, y á pesar

de la rigida moral que en apariencia profesaba este sectario, la Madre Angélica fue nombrada Abadesa del convento de Port-Royal á la edad de *once años*. Tanto se exageraron su virtud y su talento, que á los diez y siete años se la pinta ya como reformadora de aquella Abadía. Era esta mujer tan vana como orgullosa y tan soberbia como obstinada. Escuchaba los pérfidos consejos de su hermano, y los cumplía con exactitud completa. Por su obstinacion ocasionó grandes escándalos entre las monjas. Murió impenitente en el año de 1661. Su hermana, la Madre Inés, tambien jansenista, publicó dos libros, llenos de sacrílegas necedades, uno en 1663 y otro en 1665. Murió la Madre Inés en 1671. Además hubo otras cuatro hermanas de Arnaldo, tambien jansenistas y sumamente obstinadas. Bossuet las calificó con admirable exactitud, diciendo: «Sois puras como ángeles; pero soberbias como demonios.»

ARTICULO VII.

Conciliábulo de Pistoya, CLXXXV.—Van-Espen. Eybel y Tamburini, CLXXXVI. — Ricci, CLXXXVII.—Obispos de Toscana, CLXXXVIII.—Richer y Febronio, CLXXXIX.

CLXXXV. El Conciliábulo de Pistoya se inauguró el día 18 de setiembre en 1786. Ricci, Obispo de Pistoya, y Prato, jansenista obcecado, fue quien sugirió el proyecto de esta asamblea sacrílega á Leopoldo, Gran Duque de Toscana.

Concluyó esta reunion jansenista el día 28 del propio mes y año. En ella se adoptaron medidas y se decretaron cosas que parecen más dignas de una sociedad de ateos que de una Asamblea de sacerdotes. En Pistoya se pensó únicamente en negar la autoridad del Papa, destruir la disciplina de la Iglesia, variar los dogmas, viciar la doctrina de los Sacramentos, y poner la gerarquía divina á los pies de la gerarquía civil.

En el Conciliábulo de Pistoya se intentó suprimir por completo el culto esterno; se llamó *Libro de oro* á la condenada obra de Quesnell, de la cual ya hemos hablado; se mostró grande odio á los regulares, y en todas partes se dieron pruebas de odio á la Iglesia católica, al paso que de un servilismo degradante á la potestad civil.

Esto no debe estrañarnos. Cuando el clero abandona la fé, pierde hasta su dignidad.

CLXXXVI. Como en el Conciliábulo de

Pistoya se encuentran monstruosamente reunidos los errores de los jansenistas, de los regalistas y los protestantes, creemos aquí oportuno hacer una ligera reseña biográfica de los más notables heresiarcas que figuraron en la nombrada sacrílega Asamblea, ó que le prepararon el camino.

El Conciliábulo de Pistoya puede considerarse como la consecuencia inmediata del cisma de Utrecht. Todo consistía en negar la autoridad espiritual, porque se le creía débil, para debilitar ó destruir la autoridad civil, colmándola de repugnantes adulaciones mientras conservase su fuerza. Con más ó ménos claridad, en mayor ó menor grado, con buena fé en algunas muy contadas ocasiones, el indicado es el origen, el fin y objeto únicos del regalismo anti-cristiano que tantos tormentos dió á la Iglesia en los dos últimos siglos.

No necesitamos hacer una larga exposicion de esta secta abominable, porque ya nadie puede ignorar que los mismos pérfidos *regalistas* que en tiempo de Luis XV aparentaban farisáica indignacion contra Roma, para salvar, segun decian, á los Reyes, en los tiempos de la Convencion fueron los más decididos y más violentos regicidas. Es imposible que no sean adversarios de la autoridad civil los escritores que muestran sistemáticas y desfavorables prevenciones contra la Santa Sede.

Van-Espen nació en Lovaina en 1646. En 1675 recibió el grado de Doctor en aquella

misma Universidad. Murió á la edad de ochenta y dos años, en Amersfort, el día 2 de octubre de 1728. Perdió la vista diez y siete años antes de su muerte. En Holanda fue uno de los más enérgicos y obstinados defensores del escandaloso cisma de Utrecht. Abrazó el partido jansenista, y fue una de las más fuertes columnas del sacrílego *Regalismo*. Su obra, tan tristemente célebre, titulada, *Jus Ecclesiasticum Universum*, más bien que una exposicion doctrinal del derecho canónico, es una violentísima diatriba contra la diversa gerarquía de la Iglesia. Por desgracia la citada obra de Van-Espen ha sido harto leída y harto copiada por los Regalistas.

Eybel, regalista alemán, publicó en 1782 un abominable libelo, titulado: *¿Qué es el Papa?* Para comprender cuál era el fin de este folleto, y la justicia con que fue condenado por la Santa Sede el día 28 de noviembre de 1780, basta fijarnos en las ideas del autor, en el tiempo en que fue escrito, y las circunstancias en que fue publicado. Eybel pertenecía á la escuela regalista de Utrecht, o lo que es igual, conservaba en su lenguaje las formas cristianas, y habia borrado por completo el cristianismo en su alma y en su corazón. Eybel aborrecia al Soberano Pontífice, como los fariseos á Jesucristo. Solo teniendo esto en cuenta, puede explicarse su execrable fanatismo contra la Santa Sede.

El Emperador José II de Alemania es har-

to conocido por su amistad con el incrédulo Federico de Prusia, y sus relaciones íntimas con Voltaire, el impío filósofo de Ferney. Nadie ignora que el exagerado regalismo de José II, y su manía de introducir sacrílegas reformas en lo más esencial de la disciplina eclesiástica, dieron márgen á una secta que nació en Austria, y que lleva el nombre de su inventor el Emperador José. El Papa Pio VI, para lograr la paz de la Iglesia, para ablandar con sus lágrimas el duro corazón de José II, se resolvió á emprender un viaje á Alemania. Entró en Viena el día 22 de marzo de 1782. El Emperador recibió al Papa con frialdad; lo conservó en verdadera prisión, no consintió en tratar con su Santidad de los males de la Iglesia, y lo despidió con algo más que profundo desden. En su despedida, el Emperador José acompañó á Pio VI hasta su convento, distante una legua de Viena. Al día siguiente mandó derribar, sin causa ni pretesto, aquel monasterio. Con recordar esto, y tener en cuenta que en este mismo año, en 1782, se publicó el inmundo libelo de Eybel, podrá fácilmente comprenderse cuáles serian las creencias religiosas espuestas en el folleto y profesadas por su autor. El libelo va encaminado á negar la jurisdicción suprema del Papa, y convertir en árbitro supremo de la Iglesia al Emperador.

Pedro Tamburini fue en Italia el verdadero introductor del jansenismo francés y del regalismo de los Países-Bajos, por no decir del

protestantismo alemán ó del sóctianismo holandés. Pedro Tamburini infestó con su jansenismo regalista la Universidad de Pavia, pervirtió á una parte considerable del clero italiano, y fue el fiscal y el alma, por decirlo así, del conciliábulo de Pistoya. No creemos necesario añadir nada más acerca de su doctrina, porque es la misma que antes hemos espuesto al reseñar la sacrilega asamblea Toscana que acabamos de nombrar.

Los errores de Tamburini fueron refutados con asombrosa erudicion y gran fuerza de raciocinio por muchos escritores italianos. Nos contentámos con citar únicamente á dos, por haberse dedicado casi exclusivamente á impugnar á Tamburini. Son estos: el presbítero Luis Cuccagni, en el *Jansenismo sin defensa*, publicado en Turin en 1795, y Volgeni, el célebre autor de los *Hechos dogmáticos* y de *La Verdadera Idea de la Santa Sede*, en su excelente opúsculo, titulado: *Problema sobre si los jansenistas son jacobinos*. Esta obra tiene el mismo fin que la del Padre Ceballos, célebre escritor español. Es curioso el observar la admirable coincidencia de que dos escritores tan sabios y tan ilustres como Volgeni y Ceballos se ocupen á un mismo tiempo en demostrar que los jansenistas son jacobinos, ó que la falsa filosofía es un verdadero crimen de Estado. ¡Ojalá se convencieran todos los gobiernos de que la heregia y la rebelion son cosas de todo punto inseparables!

CLXXXVII. Ricci, Obispo de Pistoia y Prato, fue quien convocó el Concilio de Pistoia, quien pervirtió con sus adulaciones á Leopoldo, Gran Duque de Toscana, quien se empenó en corromper con dádivas y lisonjas al clero italiano, quien, en fin, ocasionó más escándalos y mostró más empeño en introducir el cisma en Italia. Ricci se mostraba tan fanático adulator de la potestad civil, como encarnizado adversario de la Santa Sede. Decía que las *Reflexiones Morales* de Quesnell eran un libro de oro, y las hizo traducir al italiano para pervertir con ellas el corazón de los fieles. El pueblo, lleno de escándalo, se levantó á protestar contra su malvado Obispo, que, si en lo exterior aparecía vestido de oveja, en lo interior encerraba entrañas de hiena. El Gran Duque Leopoldo envió tropas á Prato para castigar al pueblo católico que no quería admitir la incredulidad que con el engaño y la violencia pretendía imponerle el apóstata Escipion de Ricci. Entre la multitud se escogieron unas setenta personas, y fueron enviadas á la cárcel. Entre ellas, sesenta fueron condenadas á sufrir la vergonzosa y cruel pena de azotes, tres á una larga prisión, y seis estuvieron á punto de perecer en un cadalso. El delito de estas desgraciadas víctimas consistía en haber quemado los malos libros, y el escudo de armas de un Obispo apóstata que los estaba todos los días irritando con la destrucción de sus altares, el incendio de sus imágenes y la profanación de su culto. En 1788 el mal-

vado Ricci hizo imprimir á costa del Gran Duque Leopoldo todas las actas y documentos relativos al Conciliábulo de Pistoya.

Ricci perdió completamente el respeto á la Santa Sede, y llegó á hacer públicos alardes de su cinismo y su impiedad. El gran duque Leopoldo heredó en 1789 el trono de Viena, y dejó á su hijo Leopoldo la corona del gran Ducado de Toscana. Ricci perdió entonces toda su influencia en la corte, y se quedó solo con el horror que su impiedad inspiraba á los pueblos. Todo el mundo protestaba contra él. Se retiró á Chianti, en donde intentó prolongar sus escándalos. Por fin el nuevo duque tuvo la gloria de obligarle á renunciar la mitra, y dar él mismo una gran prueba de sumision y respeto á Pio VI, comunicándole en carta escrita por el propio duque esta felicísima nueva. A pesar de esto, el Papa Pio VII tuvo el singular placer de ser testigo del arrepentimiento de Ricci en Florencia, y de poder anunciar su completa, absoluta y solemne retractacion hecha oficial y privadamente, y reiterada muchas veces por escrito y de palabra en el Consistorio celebrado el dia 26 de junio de 1805 al volver de su primer destierro á la Ciudad Eterna.

CLXXXVIII. Ricci, no contento con reunir á una parte de su clero en Pistoya, quiso congregár á todos los Prelados de Toscana. El dia 23 de abril de 1787 se inauguró esta especie de Concilio provincial. Inútil es advertir que aquellos venerables Prelados, en

su inmensa mayoría, casi en su totalidad, protestaron contra las malas doctrinas y contra los que tan ciego empeño mostraban en promover un cisma. Esta asamblea se disolvió el día 5 de junio del mismo año, después de diez y nueve sesiones, empleadas casi todas en condenar y combatir, del modo único que podía hacerse, las impías máximas que á la sazón prevalecían en el gobierno.

CLXXXIX. Richer nació en Chadurce, diócesi de Langres, el día 30 de setiembre de 1569. Recibió el grado de doctor en 1590. Fue nombrado síndico de la facultad de teología en la Sorbona el día 2 de enero de 1608. En 1611 empezó á combatir la infalibilidad del Papa, y se empeñó en sostener que era el Soberano Pontífice inferior al Concilio. En el mismo año publicó un libro, titulado: *El poder eclesiástico y político*, en el cual se mermaba la autoridad eclesiástica, casi hasta el punto de negarla, y se ensalzaba la civil, hasta el extremo escandaloso de convertirla en el centro de todo poder.

La Sorbona protestó contra su sistema, y el Cardenal Du-Perron lo condenó en 1612. Richer apeló contra esta censura. Su libro, sin embargo, fue condenado primero por cinco Obispos y después por el Papa. En 1620 firmó una especie de retractación que no satisfizo á nadie. Por último, temiendo perder la gracia del Cardenal Richelieu, firmó una retractación completa y solemne de todos sus errores en 1630. Murió poco des-

pues, á los 72 años de edad, el día 28 de noviembre de 1631. Su sistema es el mismo de los jansenistas y pistoyanos. Todo lo niega al poder eclesiástico, y todo lo concede al poder civil, cualquiera que sea su forma.

Febronio es otro de los regalistas incrédulos que mayores escándalos ocasionaron en el último siglo. Aunque su obra titulada, *Del estado de la Iglesia*, se publicó en 1763 con el nombre de Justino Febronio, este no fue más que un nombre supuesto, y su verdadero autor fue un Obispo de Holanda, cuyo nombre omitimos de intento por respeto á su honrosísima retractacion. Solo desde el día 27 de febrero hasta el día 17 de marzo del mismo año, publicó el Papa Clemente XIII diez Breves contra el impío sistema febroniano.

El principio fundamental del sistema de Febronio consiste en negar el verdadero origen de la autoridad eclesiástica, en reproducir el error de los reformadores del siglo XVI, estableciendo una especie de absurda y sacrilega soberanía nacional en la Iglesia.

ARTICULO II.

Filósofos enciclopedistas. Voltaire, CXC. — Rousseau, CXCI.—Montesquieu, CXCH.—D'Alembert, CXCH.—Diderot, CXCH.—Holvach, CXCV.—Helvecio, CXCVI.—Condorcet, CXCVII.

CXC. A la filosofía farisáica del jansenismo debia seguir, y siguió en efecto, la filosofía de la más cínica y más escandalosa incredulidad. Habiendo sido el siglo xvi siglo de la reforma, ó de la protesta contra los Papas, y el siglo xvii siglo del jansenismo, ó de la sacrílega adulacion de los Reyes, el siglo xviii debió ser, y fue en efecto, el siglo de la rebelion contra las potestades civiles que habian tenido la debilidad de creer en la adulacion, ó el impio orgullo que es indispensable para atreverse á poner la mano en el Arca Santa.

Puede considerarse como el jefe, como el porta-estandarte de esta filosofía desastrosa, el sabio y malvado Voltaire. Nació este mal llamado filósofo en Chatenay, cerca de Paris, el dia 20 de febrero de 1694.—Su padre, antiguo notario de Chatelet, se llamaba Francisco Arouet.—Su hijo, no contento con este apellido, que creia sobrado modesto, adoptó el de Voltaire, que juzgaba más sonoro. La vanidad, la envidia, el egoismo y la mordacidad fueron siempre los rasgos más notables de su carácter. Voltaire vivió ochenta y cinco años, y aunque experimentó algunas contradicciones en la vida, puede afir-

marse que, ó no anduvo por el camino de los grandes ingenios, ó tuvo la fortuna de no tropezar nunca con la desgracia. Voltaire escarnecía á los literatos, y sin embargo, se abria las puertas de las Academias de Prusia, de Paris, de Florencia, de Bolonia, de Lóndres y aun de Roma. Hacia guerra implacable al catolicismo, y sin embargo, era bastante hipócrita para lograr que el mismo Benedicto XIV aceptase la dedicatoria de una de sus tragedias. Aborrencia en su corazon á los Monarcas, y los combatia con la más ruda saña, y sin embargo, se hacia estimar por los palaciegos, y obtenia gruesísimas pensiones de muchos Monarcas. Y es que en Voltaire solo pueden compararse su maldad con su hipocresía, y su hipocresía con su maldad.

Estudió con los Jesuitas en el colegio de San Luis el Grande. Se entregó en su juventud al libertinage, hasta el punto de que su mismo padre se viese obligado á arrojarlo de su casa. Vió en 1722, en Bruselas, á Rousseau, y por envidia y vanidad riñó para siempre con él. El gobierno francés lo condenó á seis meses de prision por sus doctrinas anti-sociales; pero bien pronto lo puso en libertad con condiciones verdaderamente ridículas. Hizo un viaje á la Gran Bretaña, y en Lóndres fue recibido con grande afecto por el Rey Jorge I, y con trasportes de admiracion y entusiasmo por su hija la Princesa de Gales. Esta inconsiderada Princesa tuvo hasta la debilidad de convertirse en

público agente de Voltaire, para enriquecerlo con la espendicion de sus impías obras. El Rey Federico de Prusia llamó á Voltaire con grandes instancias á su córte; le recibió con los mismos honores que hubiera podido tributar á un Monarca, y el mismo afecto que podria profesar á su propio padre; lo hospedó en su palacio, y lo hizo dueño de su mesa, de sus jardines y de todos sus carrujes. Además le señaló una pension de 22,000 libras anuales. Esto no obstante, Voltaire, siempre ingrato y mordaz, empezó á burlarse sin consideracion ninguna de su amigo y protector, y despues de oir algunas reconvençiones muy duras, y de pasar algunas semanas en la cárcel, fue despedido, mejor dicho, espulsado con ignominia del territorio prusiano. La Emperatriz de Rusia, la célebre Catalina, no solo colmó á Voltaire de honores, sino que le hizo muchos y muy considerables regalos.

Voltaire, sin embargo, trabajaba sin cesar para destruir los tronos y los altares. Era enemigo fanático é irreconciliable, tanto de la Corona que ciñe el Rey, como de la Tiara que descansa en las sienes del Soberano Pontífice. Su drama titulado *Bruto*, no es más que la apología del regicidio. *Mahomet* es otra composicion dramática, en la cual, aparentando combatir el islamismo, procura poner en ridiculo la Religion católica. Su grito de guerra era: ¡*Aplastemos á la infame!* y la infame era, segun él, la Iglesia santa. El mismo Condorcet, su panegirista, afirma

que se habia propuesto demostrar que si doce Apóstoles habian podido propagar la Religion cristiana en todo el mundo, él solo era bastante poderoso para destruirla en toda la tierra.—Voltaire ha muerto, y la Religion vive y vivirá eternamente.—La soberbia del filósofo ha sido confundida, y la obra de Dios aparece cada dia con más pujanza y mas esplendor.

Al salir de Prusia, Voltaire, no pudiendo entrar en Francia, compró en Ginebra un pequeño territorio llamado Ferney, en el cual vivió como un gran señor feudal. Desde allí escribía á sus amigos de Paris inspirándoles odio contra el cristianismo, y alentándolos para organizar una monstruosa conspiracion contra los Reyes.

Voltaire aduló con escandalosa bajeza á la inmunda Pompadour, y á ella debió su entrada en la Academia francesa.

En 1778 entró Voltaire en Paris para ser coronado, en apariencia, como un gran literato, y en realidad como el jefe de una horrorosa conspiracion contra la Iglesia y contra la monarquía. Luis XVI cometió la enorme torpeza de permitir la coronacion de Voltaire, y al permitirla, arrojó al suelo su corona y empezó á subir las gradas del cadalso.

La misma alegría de la ovacion originó la muerte á Voltaire. El dia 30 de mayo de 1778 espiró en medio de los mas horribles remordimientos.—En sus últimos instantes se declaraba abandonado de Dios y de los hom-

bres, blasfemaba contra el cielo, maldecía á la tierra, y creía ver debajo de sus pies los abismos de horror y fuego en los cuales para siempre había de ser atormentado. Varias veces intentó reconciliarse con la Iglesia; pero ó lo detenía su vanidad, ó lo distraían sus perversos amigos. Murió en medio de la más furiosa desesperación.

Voltaire ha escrito mucho, y todo con tanta ligereza como maligna intención. En sus obras no se encuentra más que aborrecimiento á todo lo que es hijo de la Religión católica.

Sus obras más notables son el *Diccionario filosófico* y su *Correspondencia particular*. Tanto en uno como en otra, no se perdona la calumnia, ni se prescinde del sofisma. El mismo Montesquieu afirma, que «cuando Voltaire lee un libro, lo hace, y después escribe, no contra lo que ha leído, sino contra lo que él mismo ha supuesto.»

Debemos añadir aquí, que Voltaire tuvo una gran parte en la redacción de la *Enciclopedia*, obra abominable, de la cual hablaremos en otro lugar.

CXCI. Rousseau (Juan Jacobo) nació en Ginebra el día 28 de junio de 1712. Su padre fue un relojero. Él mismo asegura, «que su nacimiento fue su primera desgracia.» Cambió de Religión, según dice, solo porque se hallaba en país extranjero, y necesitaba alimentarse con el precio de su apostasía. Fue ingrato y hasta cruel con sus más decididos protectores. Su carácter era

suspicaaz y misántropo. Sospechaba mal de todo el mundo, se creía el más desgraciado entre todos los hombres, y á su decir, por todas partes veía conspiraciones contra su honra como hombre, ó contra su nombradía como escritor. Arrastrado por su misma misantropia, intentó suicidarse. Tuvo cinco hijos, y por no tomarse la pena de educarlos y alimentarlos, los encerró en un hospicio, entregándolos á la caridad pública. Sus costumbres, como las de Voltaire, fueron en extremo desenfrenadas. Nos guardaremos muy bien hasta de estampar aquí ni aun el nombre de sus concubinas. Voltaire despreciaba á Rousseau, y los ingleses lo trataron como á un mentecato.

Las doctrinas de Rousseau están llenas de repugnantes paradojas. En 1750 publicó una memoria encaminada á demostrar que el progreso de las artes y las ciencias es pernicioso para las buenas costumbres. En 1758 publicó una *Carta* dirigida á D'Alembert, en la cual combate los teatros como una institucion contraria á las buenas costumbres. En cambio su *Emilio*, condenado por el Parlamento de Paris en 1762, es un tratado para la educacion de la juventud de todo punto incompatible con la religion y la moral. Su *Contrato Social* es una fábula tan impia como absurda y tan disolyente como perniciosa. Rousseau no se detiene nunca ante la contradiccion. Con asombroso descaro insulta el catolicismo ó lo eleva hasta el cielo; blasfema contra Jesucristo, ó con-

fiesa y sostiene brillantemente su divinidad; desprecia, en fin, el Evangelio, y después de colmarlo de entusiastas encomios, declara que su sencillez y su sublimidad revelan que solo Dios puede ser su autor. Sin embargo, este filósofo era incrédulo, y su sistema se funda en la negación del orden sobrenatural. Es el protestantismo en sus últimas consecuencias.

Murió Rousseau de un ataque de apoplejía, en un lugar inmediato á Paris, el día 2 de julio de 1778, á los 66 años de edad.

CXCII. Carlos de Secondat, baron de Montesquieu, nació en un castillo de su familia, cerca de Burdeos, el día 18 de enero de 1689. En 1716 heredó el caudal y el destino de su tío paterno, Presidente del Parlamento de Burdeos. Entró en la Academia francesa el día 24 de enero de 1728, y fue como muchos otros literatos incrédulos de su época, servil y bajo adulator de la tristemente célebre marquesa de Pompadour.

En alguna ocasion imploró la protección de esta mujer escandalosa, en aquel tiempo tan influyente, para evitar que una de sus obras fuese refutada por M. Dupin. Tanta fue la eficacia de su protectora, que la refutación se inutilizó después de estar impresa y aun de haberse distribuido algunos ejemplares. Murió Montesquieu á los 66 años de edad, el día 10 de febrero de 1755. Antes de morir entregó á su confesor una esplicita y honrosa retractación de todos sus errores.

Las obras más notables de Montesquieu fueron tres. Diremos algo acerca de cada una de ellas. En 1721 empezó á publicar sus *Cartas Persianas*, obra tan abominable por su doctrina, como indigna de toda sociedad decente, por el lenguaje inmundo en que está redactada. Su autor es elocuente, no lo negamos; pero no hay elocuencia que pueda presentar como bello lo que es horrible, ni como aceptable lo que solo es digno de oprobio é indignacion. En las *Cartas Persianas*, despues de hablar como pudiera haberlo hecho Epicuro, ó como puede hablarse en los harenes de los grandes señores islamitas, se hace la apologia del suicidio; se afirma que los Obispos solo tienen facultad para dispensar las leyes, no para obligar á su cumplimiento, y se pinta á los Papas como enseñando cosas contradictorias y ridiculas. En las *Cartas Persianas* no hay más moral que la epicúrea, ni más religion que la de Sercino.

En 1734 publicó Montesquieu su obra sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos. No es necesario advertir que intentando esplicarlo todo por medios humanos, se olvida por completo, se desprecia la influencia de la Religion y de la moral, y no se tiene para nada en cuenta en la esplicacion de tan grande hecho.

En 1748 apareció *El Espiritu de las Leyes*. Esta obra, en la cual estuvo trabajando su autor más de treinta años, encierra doctrinas políticas de las cuales no hablamos;

máximas sociales, que son absurdas y perniciosas, y principios de Religion y moral, que solo puede admitir quien como su autor se complace en prescindir de la fé y no hacer caso de la moral.

Nada hablamos del talento del escritor, ni del mérito literario del libro. Solo debemos consignar aquí, que *El Espíritu de las Leyes* está lleno de unos capítulos tan cortos, y de unos epígrafes tan largos, que materialmente parecen ridículos. Son innumerables los capítulos encerrados en ménos de una docena de líneas.

CXCIII. D'Alambert fue hijo bastardo de Fontenelle, segun unos, ó del médico Astruc, segun otros. No falta sin embargo quien añada, que es tan difícil saber quién fue su padre, como contar los escándalos de su madre. Fue esta Mad. Guerin de Tencin, Monja apóstata, que abandonó la vida pura del claustro para entregarse al inmundo desenfreno de los salones de la incredulidad. Nació D'Alambert el día 16 de noviembre de 1717. Su madre lo entregó á una casa de caridad, en la cual fue criado con esmero y educado con piadoso cariño. A pesar, no obstante, D'Alambert, se unió con Voltaire para hacer impia guerra á la Iglesia.

D'Alambert era tan hipócrita como adulator, y se gloriaba de respetar la Religion en público y despedazarla en secreto. Sus cartas á Voltaire no pueden leerse sin indignación y hasta repugnancia, por el odio al cie-

lo y escandalosa hipocresía que en ellas se encuentran.

D'Alembert escribió unos cuantos versos latinos para adular, para colmar de serviles encomios al Rey Federico de Prusia por sus victorias contra los austriacos. En recompensa Federico le concedió una pensión de 1,200 libras anuales. La Emperatriz Catalina de Rusia mostró grande empeño en confiarle la educación de su hijo, llegando hasta ofrecerle cien mil libras anuales, además de la asistencia, comodidad y lujo que hallaría en una corte tan rica y de tanta ostentación como la de San Petersburgo. D'Alembert, sin embargo, no quiso aceptar este cargo tan lucrativo.

Estuvo también pensionado D'Alembert por el Rey de Francia. En 1756 le concedió una renta de mil doscientas libras anuales. No hay duda de que los Monarcas en el siglo pasado, ó estaban completamente ciegos, ó tenían empeño en cerrar los ojos, para no ver los abismos que ellos mismos entreabrían debajo de sus pies. Se entregaban sin precaución ninguna á los incrédulos, sin conocer que la filosofía anticristiana es fuego que calcina los tronos, y cieno que á torrentes cae sobre las coronas.

Murió D'Alembert en Paris el día 29 de octubre de 1783. Su muerte fue la de un ateo endurecido.

Escribió en 1765 un libro contra los Jesuitas. Basta indicar el título de la obra y el nombre del autor, para inferir cuál será su

doctrina. D'Alembert, unido con Diderot, y alentado por Voltaire, emprendió, en 1750, la obra tan grande como impía de redactar y publicar la *Enciclopedia*. El mismo compuso con sumo empeño el discurso preliminar.

La Enciclopedia debía ser un grande arsenal en el cual se reunirían todas las artes y todas las ciencias para suministrar armas contra la Religion católica. Esta obra, sin embargo, destinada á viciar las ciencias y á servir de ariete contra la Iglesia y la Monarquía, se redactó y fue publicada sin ningún verdadero obstáculo, reinando el infortunado Luis XVI. Mientras *La Enciclopedia* levantaba el cadalso en que había de perecer Luis XVI, el último nieto de San Luis se ocupaba en dar pensiones á los *enciclopedistas*, y teger guirnalda de flores para cubrir con ellas las sienes del impio y republicano Voltaire.

CXCIV. Nació Dionisio Diderot en Lagres, el año de 1713. Primero quiso ser Jesuita, y despues se arrepintió. Sus padres quisieron que obtuviese un beneficio eclesiástico, y pronto tuvo que abandonarlo. Se estableció en Paris, y entró en íntimas relaciones con los filósofos enciclopedistas. La Emperatriz de Rusia, segun su costumbre de premiar á los filósofos incrédulos, le hizo un espléndido regalo, de una manera bastante original. Le compró una gran parte de su inmensa biblioteca á precio muy subido, le entregó el dinero, y no tomó jamás sus libros.

Diderot tenía una impiedad que degene-

raba en rabiosa furia. Su exaltacion anticristiana lo mantenía en un estado de verdadera demencia. Su conducta moral no pudo ser ni más relajada ni más escandalosa. Trabajó con increíble perseverancia ayudando á D'Alambert en la redaccion de la *Enciclopedia*. Su obra titulada, *Sistema de la Naturaleza*, publicada en 1755, es la negacion de Dios y la supresion de la moral. Para comprender cuál era el carácter y cuál la impiedad de Diderot, basta advertir que «deseaba ahorcar al último Rey con las entrañas del último sacerdote.» Murió Diderot al levantarse de la mesa, de una manera repentina, el día 30 de julio de 1784, á la edad de setenta y un años. En los días que precedieron á su muerte, habia mostrado horribles remordimientos.

CXCV. Paulo Tierri, baron de Hobach, nació en el Palatinado en 1723, y murió en Paris, á la edad de sesenta y seis años, el día 21 de enero de 1789. Era muy rico, y sus salones estaban siempre abiertos para los filósofos incrédulos, y sus tesoros siempre francos para la impresion de los libros anti-religiosos. Su casa era comparada con el Japon, porque no se podia entrar en ella sin renegar de la fé ó pisar un Crucifijo. El baron de Holbach era hombre tan impío como vanidoso. Tenia gusto especial en que aparecieran con su nombre muchas obras escritas por los filósofos enciclopedistas que componian su tertulia. Rousseau lo escarnece en su libro titulado *Confesiones*.

La obra más notable, publicada con el nombre del baron de Holbach, es *La Moral Universal*, en la cual, aparte el título, nada hay que no sea profundamente inmoral y escandalosamente ateo.

CXCVI. Helvecio nació en Paris en 1715. Obtuvo á los veinte y tres años un alto empleo en hacienda, que le producía trescientas mil libras anuales. En 1758 publicó su obra titulada *Del Espíritu*, en la cual se enseña el más repugnante materialismo, y se combate toda creencia religiosa. La vida de Helvecio fue siempre tan escandalosa como su moral. Murió destruido por los vicios en 1771.

CXCVII. El marques de Condorcet nació en Ribemont, en la Picardía, el día 17 de setiembre de 1743. Entró en íntimas relaciones con Voltaire, D'Alembert y el Rey Federico de Prusia. Los elogios y la influencia de sus amigos los enciclopedistas, le abrieron á los veinte y tres años las puertas de la Academia de ciencias. En 1782 entró en la Academia francesa.

Condorcet era notable por su fanatismo contra la Religion y su odio sistemático á los Reyes. En 1789 fue nombrado Diputado para la Asamblea constituyente. En 1791 fue uno de los primeros en pedir la destitucion de Luis XVI, y el establecimiento de la república en Francia. Era tanto su fanatismo republicano, que el día 14 de julio del mismo año puso sobre las puertas de su casa un trasparente con una inscripcion que

decía: *Constitucion, ó muerte*. Fue también Diputado en la Convencion, y siempre mostró las mismas ideas y sostuvo la propia doctrina. Propuso medidas horribles contra la nobleza, y quiso que se registrasen todos los archivos para buscar y quemar todos los documentos aristocráticos que se encontrasen en ellos. Deseaba que Luis XVI fuese juzgado por un tribunal especial, y no por la Convencion. Cayó en desgracia con los jacobinos, y se enemistó con Robespierre. Esto, en aquel tiempo, equivalía á una sentencia de muerte. Fue declarado traidor, y como tal, puesto fuera de la ley el día 28 de julio de 1793. Para salvar su vida necesitó ocultarse primero, y apelar á la fuga despues. El hambre y la sed le obligaron á entrar en una poblacion, en la cual fue conocido y preso. En la cárcel se suicidó con un veneno que siempre llevaba consigo.

Condorcet escribió muchas obras, todas impías y de escaso interes. Su obra más notable es *La Vida de Voltaire*, impresa en Ginebra en 1787, y en Lóndres en 1790. En este libro se hace la apologia de todos los adversarios del catolicismo, y se muestra un odio repugnante á la Religion católica.

ARTICULO III.

Reyes y ministros enciclopedistas. Federico II de Prusia, CXCVIII.—José II de Austria, CXCIX.—Catalina de Rusia, CC.—Cristiano VII. de Dinamarca, CCI.—Gustavo de Suecia, CCII. — José I de Portugal, CCIII. — María Antonieta, CCIV. — Conde de Argenson, CCV. — Duque de Choiseul, CCVI. — Malesherbes, CCVII. — Conde de Aranda, CCVIII.—Marques de Pombal, CCIX.

CXCVIII. El Rey Federico de Prusia era llamado por los enciclopedistas el *Salomon del Norte*. Mantuvo constante correspondencia con los filósofos incrédulos, y escribió y trabajó mucho en daño de la Religión católica. Siendo todavía Príncipe real, estaba ya en correspondencias filosóficas con Voltaire. En 1738 le decía en una carta «que todo lo que atañe al Hombre-Dios le desagradaba en los labios de un filósofo.» En otra carta, fecha 6 de enero de 1740, decía á Voltaire que «era conveniente no oponerse en abierta contradicción con el fanatismo de un pueblo *fútil*, para evitar escándalos.» En 1766 decía en otra carta, «que la Religión cristiana no había producido más que yerbas venenosas.»

El día 3 de marzo de 1767 le escribía Voltaire escitándolo á perseguir con las armas el catolicismo. El Rey Federico le contestó, con fecha 24 del mismo mes y año, diciéndole, que era peligroso atacar la fé con la violencia, y que para *destruir á la infame*,

convenia adoptar medios *más prudentes*. Además le enviaba su plan de guerra al catolicismo, que consistía en comenzar por el exterminio de los regulares, para concluir por la degradacion de los Obispos y la ruina de la gerarquía eclesiástica. El día 3 de agosto de 1775, escribiendo á Voltaire decia Federico, que «para disminuir el *fanatismo*, el medio más oportuno y más eficaz era el *de minar sordamente el edificio*, para que se desplomase por sí mismo, sin producir escándalo con los preparativos para su caída.»

Aquí se ve á este desgraciado Monarca ocupado en destruir la Religion, sin tener en cuenta que sus golpes caian sobre la Iglesia, sin hierirla, y de rechazo iban á parar á los tronos, para despedazarlos. Las Coronas se destruyen por sí mismas, cuando no están sostenidas por la consagracion de la Iglesia.

CXCIX. El Emperador José II de Austria habia entrado tambien en la conjuracion anti-cristiana. El día 28 de octubre de 1769 felicitaba Voltaire á Federico por haber hecho tan *dichosa conquista*. En noviembre de 1769 decia en otra carta, tambien dirigida al Rey de Prusia: «Un ciudadano de Bohemia, hombre de nuestra confianza, me ha dicho que vos habeis iniciado al Emperador José en *nuestros santos misterios*. Esto es un gran bien para la *filosofía*.» Con fecha 18 de agosto de 1770, escribia Federico á Voltaire lo siguiente: «El Emperador José es muy amable, y está lleno de merecimientos. Estima vuestras obras y las lee con toda la constan-

cia que puede. De ningun modo puede ser considerado como un *supersticioso*.»

Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir, es cosa facilísima el comprender y explicar el origen y objeto de la secta *Josefina*, que tantos escándalos, tantas violencias y tantas espoliaciones sacrílegas ocasionó en Austria en el último tercio del pasado siglo. Mientras el Emperador José se preparaba para insultar y despreciar al Soberano Pontífice, fomentando el partido de la incredulidad, los filósofos incrédulos afilaban sus puñales para hundirlos en el corazón de los Reyes, y cargaban sus cañones para destruir los tronos.

CC. La Emperatriz Catalina de Rusia, por su falta de fé, por su escandalosa vida, por la proteccion que dispensó á los enciclopedistas, por las considerables pensiones que les concedia, por su empeño en entregarles la educacion del Príncipe, su hijo; en fin, por su conducta y sus creencias, debe ser colocada entre los Soberanos que en el último siglo cometieron el enorme crimen y la abominable torpeza de despreciar la Religion, que da esplendor á las coronas, para proteger la impiedad, que las llena de cieno. No pueden leerse sus cartas de 1773 y 1774, insertas en *la Correspondencia de Voltaire*, sin llenarse de estremecimiento, al ver cómo una Emperatriz se muestra enterada en el secreto de los filósofos anti-cristianos, y sin embargo, los protege, los apoya, y hasta les escribe con frecuencia para mostrar-

se su decidida admiradora y colmarlos de aplausos.

CCI. El Rey Cristiano VII de Dinamarca tiene por desgracia innegables títulos para ocupar un puesto en la galería de los Monarcas impíos. Aun no tenía diez y siete años, y ya osaba decir en público que «Voltaire le había enseñado á pensar.» Así lo refiere D'Alambert, en una carta fecha 12 de noviembre de 1768. En otra carta, fecha 6 de diciembre del mismo año, dirigiéndose á Voltaire, dice lo que sigue: «He visto á este Príncipe acompañado de muchos de vuestros amigos. Me ha hablado mucho de vos, de los beneficios que le han hecho vuestras obras, de las preocupaciones que le habeis disipado, y del grande afecto que os profesa.» En otra carta, fecha 17 de diciembre del mismo año, dice, hablando tambien con Voltaire, lo siguiente: «El Rey de Dinamarca casi no me ha hablado más que de vos. Os aseguro que él hubiera preferido el veros en Paris, á todos los obsequios que ha recibido y todas las fiestas que se han hecho en honra suya.» El día 5 de noviembre de 1770 anunciaba á Voltaire que «el Rey de Dinamarca, apenas tuvo noticia del monumento que se pensaba erigir al Patriarca de la filosofía, le envió una *bella* suscripcion.

CCII. El día 19 de enero de 1769 decía D'Alambert, escribiendo á Voltaire, lo que á continuación traducimos y copiamos:

«Vos amais la razon (la incredulidad) y la

libertad (la revolución). No puede amarse la una sin la otra. (Esto es, no es posible ser incrédulo sin ser demagogo, ni ser demagogo sin haber perdido la fé.) Os presento un digno filósofo republicano, quien va encargado de hablaros de filosofía y de *libertad*. Es M. Jennings, gentil-hombre del Rey de Suecia. Os lleva una visita de la Reina de Suecia y del Príncipe Real, que en el Norte protegen la filosofía tan mal-acogida por los Príncipes del Sur. M. Jennings os dirá cuánto progresa la razón en Suecia, merced á estos felices auspicios.» El día 10 de enero de 1772, escribía el mismo Rey Gustavo á Voltaire lo siguiente: «Yo ruego todos los días al Ser de los seres que prolongue vuestra vida, tan preciosa para la humanidad y tan útil para los adelantos de la razón.»

El infeliz Gustavo fue poco despues traídoramente asesinado por el jacobino Ankastrom, discípulo de Condorcet, el grande amigo y panegirista de Voltaire.

CCIII. José I de Portugal, mal aconsejado por el impio Carvalho, ó marques de Pombal, no solo se entregó en cuerpo y alma á la filosofía incrédula, sino que dió muestras, di de ser el más estúpido, ó el más cruel entre todos los hombres. Su conducta con los Jesuitas, con los Obispos, con todo el clero, llenó de escándalo al mismo Voltaire.

CCIV. Lo que vamos á decir parecerá extraño, y, sin embargo, nada hay más cierto. María Antonieta, la infortunada esposa de

Luis XVI, la Reina degollada por la impiedad y la revolucion en un cadalso, era amiga y protectora de los enciclopedistas, y estaba llena de ridículas preocupaciones contra el clero. Solia despreciar á los defensores de la Iglesia, llamándolos hasta *bárbaros*.

Cuando se encontró en la desgracia; cuando se vió abandonada por sus aduladores y atormentada por sus antiguos protegidos, pudo convencerse del grande error en que habia vivido, y la deplorable injusticia con que en cien ocasiones se habia espresado. La ingratitud y crueldad de los incrédulos, abriéndole los ojos, le permitieron ver con claridad, y del fondo del alma le arrancaron la siguiente importantísima exclamacion: «¡Oh, cuán grande era mi equivocacion! Ahora veo cómo se distinguen los sacerdotes entre los fieles súbditos del Rey.»

CCV. El conde de Argensen, en vez de servir al Rey de Francia, de quien era ministro, solo procuraba complacer á los filósofos enciclopedistas, con los cuales estaba en secreta inteligencia. Era incrédulo, y empleaba toda su autoridad en ir preparando paco á paco el descrédito de la Religion católica. En algunas ocasiones se mostró más resuelto, más fanático y más obstinado que el mismo Diderot. En público se mostraba defensor de la Religion y del Rey, y en secreto, cual miserable instrumento, se entregaba ciegamente á los jurados enemigos del trono y de la tiara.

CCVI. El duque de Choiseul, también incrédulo, hipócrita y desleal, ministro de Luis XV, hizo increíbles esfuerzos para organizar en las cortes de Europa la persecución anti-cristiana que con tanto afán y tan dañado intento habían logrado organizar Voltaire y Diderot, D'Alambert y Federico en los filósofos enciclopedistas. Choiseul, aprovechando el funesto pacto de familia, logró que en Nápoles y Portugal, y aun en España, fuesen con sacrilega violencia expulsados los Jesuitas. Con esto el pérfido ministro desprestigiaba á los Reyes é infundía poderoso aliento á los adversarios de la monarquía.

CCVII. Malesherbes, ministro de Luis XVI, creyó que su principal deber consistía en emplear toda su autoridad en daño de la Iglesia y bien de los impíos. Fue quien más trabajó para que los escritos anti-religiosos é incendiarios se considerasen como un mero objeto de comercio y circularsen con entera libertad. Malesherbes tenía tanta confianza en el liberalismo anticristiano, como prevenciones encerraba en su pecho contra la Iglesia. Bien pronto experimentó un horroroso desengaño. Al defender como abogado á Luis XVI en la Convención, pudo contemplar con inmensa amargura en el corazón, y lágrimas de despecho en los ojos, que mientras los católicos permanecían leales al Rey, los incrédulos no querían ni aun ser sus jueces, sino asesinarlo como verdugos. Y lo peor de todo es, que la espe-

riencia. suele enseñar muy poco á las personas más interesadas en aprovechar estas terribles lecciones.

CCVIII. También en España tuvimos la desgracia de contar algunos poderosos protectores de la increíble filosofía. El conde de Aranda, nuestro ministro en París, era considerado como el *favorito de la filosofía*. Así al menos lo apellidaba con tono de grande afecto el mismo Voltaire. Era amigo de D'Alambert y Marmontel, y todas las noches asistía á la tertulia de Mad. Espinace, que era el centro de reunión de los más obstinados enciclopedistas. El conde de Aranda, aprovechando su influencia en la corte de Madrid, franqueó secretos archivos y suministró muchos materiales al impío Raynal para su *Historia filosófica y política del comercio, y establecimiento de los europeos en las Indias.*»

El marques de Mora y el duque de Villahermosa pertenecían también á la secta enciclopedista, según leemos en una carta de Voltaire, con fecha 1.º de mayo de 1768. El mismo duque de Alba envió á D'Alambert una cantidad bastante considerable para erigir una estatua á Voltaire. Al remitir esta suma, según dice D'Alambert en la carta 108, fecha de 1773, el duque de Alba añadía «que, condenado á cultivar en secreto su razón, aprovechaba con entusiasmo la ocasión que se le ofrecía de dar un testimonio público de su gratitud al *grande hombre* que había sido el primero en abrir el camino.»

Teniendo los incrédulos franceses tan poderosos cómplices en España, no puede sorprendernos ni la espulsion de los Jesuitas, ni los escándalos del reinado de Carlos IV, ni la perfidia de muchos grandes señores en las cortes de Bayona, ni las horrorosas traiciones que nos trageron la invasion de 1808.

CCIX. El marqués de Pombal fue el instrumento de la incredulidad en Lisboa. Tan-
tas fueron las iniquidades de este ministro
mónstruo, que el mismo Voltaire, en *El Si-
glo de Luis XV*, cap. xxxiii, asegura «que la
conducta de Pombal llegó al extremo de lo
ridículo, junto con el extremo de lo hor-
rible.»

Lo que acabamos de decir demuestra has-
ta la evidencia cuál es la verdadera causa
del triunfo obtenido por la revolucion. Los
mismos gobiernos han querido ligarse las
manos, mientras cerraban los ojos para no
ver la conjuracion de los incrédulos.

ARTICULO II.

Marat, CCX. — Danton, CCXI. — Robespierre, CCXII. — Saint-Just, CCXIII. — Persecucion, CCXIV.

CCX. Juan Pablo Marat era suizo, del canton de Neufchatel. Nació en 1744. Era hombre de ingenio y actividad; pero tosco en sus modales, grosero en su lenguaje, repugnante en su fisonomía, cruel hasta el horror en sus hechos, y feroz hasta el escándalo en sus sentimientos.

Estudió la medicina, y convirtiéndose en un servil adulator de la nobleza, logró ser nombrado médico de la servidumbre del conde de Artois, hermano y heredero más tarde del infortunado Luis XVI.

Al estallar la revolucion, Marat empezó, no á declamar, sino á rugir como una pantera contra los sacerdotes, contra los monárquicos y aun contra todos los revolucionarios que no mostraban una furibunda exaltacion. Publicó un periódico titulado *El Amigo del Pueblo*, cuyas columnas estaban siempre llenas de amenazas y delaciones. Marat santificaba el pillage, exhortaba al incendio y predicaba el asesinato. Para él la rebelion era un deber; el atentar contra la fortuna de los ricos, una cosa justa; y el hundir un puñal aleve en el corazon de los enemigos, una patriótica é imprescindible necesidad. El fue el primero que propuso las horrosas matanzas de setiembre. El fue quien

aconsejó á Danton que desocupara las cárceles haciendo perecer en una hoguera á los prisioneros. El fue, en fin, quien con el más escandaloso y repugnante cinismo sostuvo en la Convencion que era indispensable *cor-tar doscientas cincuenta mil cabezas* para pacificar la república. Siempre se presentaba en la Convencion con dos pistolas en la cintura, y en alguna ocasion, estando hablando, se aproximaba á las sienes el cañon de sus pistolas para indicar, como decia Saint-Just, «cuán resuelto se hallaba *Bruto* á darse la muerte, si no lograba hacer perecer á muchos otros en el cadalso.»

Marat no cesaba de acusar á los *Girondinos*, es decir, á un gran número de republicanos, completamente incrédulos, que habian comenzado á mostrar horror, despues de la muerte del Rey, á los atentados de la revolucion. Carlota Corday, mujer incrédula y llena de fanatismo revolucionario, amiga hasta el entusiasmo y aun hasta el crimen de los Girondinos, quiso vengarlos asesinando al feroz Marat. Le anunció que le haria algunas revelaciones: Marat la recibió estándose bañando, y en el mismo baño le traspasó Carlota Corday el pecho con un agudo puñal. Sucedió esto el dia 14 de julio de 1793. La muerte de Marat, por las ridículas ceremonias á que dió márgen, será siempre la eterna ignominia de la revolucion francesa. Marat fue considerado como un Dios; su corazon fue públicamente adorado, y la sábana ensangrentada con que se cubrió su cadá-

ver fue venerada como una reliquia. Parece increíble que una nación tan grande como Francia se rebajara hasta el punto de *adorar* á un mónstruo tan feroz y tan inmundo.

Marat era tan corrompido en sus costumbres, como depravado en sus sentimientos y perverso en sus creencias. Marat es el tipo de lo que viene á ser el hombre cuando se aparta del cristianismo.

CCXI. Jorge Santiago Danton nació en Arcis el día 26 de octubre de 1759. Se dedicó á la jurisprudencia, y tuvo la desgracia de perder la fé. No tenia grande ingenio, ni sabia mucho; pero era ambicioso y violento, tenia grandísima osadía, y su voz alta y gruesa parecia majestuosa y terrible como el eco de un trueno.

Danton se hizo amigo de Mirabeau, cuando era poderoso, y lo abandonó para unirse á Marat y Robespierre, cuando estos dos mónstruos comenzaban á engrandecerse.

Danton fue cruel hasta un extremo repugnante. El inventó las *visitas domiciliarias*, que eran el eterno tormento de los ciudadanos honrados. Nadie podia creerse tranquilo en su casa, y todo el mundo temia siempre ver invadido su hogar por los agentes de la revolucion. Danton organizó y no quiso impedir la horrible matanza de los prisioneros. Danton aceleró el proceso de Luis XVI, diciendo que la Convencion no tenia el derecho de juzgar al Monarca, sino el deber de degollarlo en el cadalso. Danton estableció el tribunal revolucionario, que tantos miles y

miles de víctimas sacrificó en el destierro y en los cadalsos, en las cárceles y en los calabozos, en los rios y aun en las hogueras. Danton se unió á Robespierre, para poner el colmo á su crueldad é iniquidades con la estincion de los hebertistas. Esto, no obstante, el mismo Danton, acusado por Robespierre el dia 31 de marzo de 1794, fue dos dias despues degollado en el cadalso, por órden del tribunal que el mismo habia establecido.

Danton murió como habia vivido. Su soberbia le habia hecho perder la fé, y la corrupcion, llenándolo de egoismo, lo habia convertido en un tigre.

CCXII. Nació Robespierre en Arrás el año de 1759. Estudió en el colegio de Luis el Grande, y despues de haber perdido á sus padres, y quedar reducido á la más espantosa miseria, fue generosamente protegido por el Prelado de su diócesi. Conviene recordar este hecho, para que resalte su abominable ingratitud.

Fue un servil adulator de Mirabeau, aunque lo abandonó cuando el nombrado tribuno empezó á perder su prestigio. Se calcula que por lo ménos cien mil franceses perecieron en los cadalsos para apagar la sed de sangre que abrasaba el corazon de Robespierre. Como cobarde, huía siempre del peligro. Como hipócrita ambicioso, sabia siempre esplotar la victoria. En los escándalos revolucionarios del 20 de junio y 10 de agosto, nadie vió á Robespierre durante los

momentos de peligro. Cuando la debilidad del Rey fue conocida; cuando ya habia completa seguridad de que los monárquicos se habian ligado estúpidamente las manos, Robespierre apareció en medio de las turbas reclamando la palma del triunfo. No solo votó más tarde la muerte del Rey, sino que no dejó nunca de clamar pidiendo la estincion de toda la real familia.

Robespierre proyectaba hacerse Emperador, y al intento queria deshacerse de todos los herederos del trono francés. Por algun tiempo la Convencion estuvo enteramente subyugada á la voluntad despótica de Robespierre. De la conducta religiosa de este abominable tirano, nada hay que decir. Vivió como un ateo, persiguió á la Iglesia con satánica furia, y cuando ya creia realizado el objeto de su ambicion, se atrevió á presentarse como Pontífice de una religion decretada por él, cuyos únicos dogmas eran el alma y el Ser Supremo, y cuyos preceptos morales se suprimian, sin duda, porque su autor no los juzgaba compatibles con sus execrables vicios.

Los demagogos se creen obligados á ensalzar siempre las virtudes de sus héroes. Si son ciertas, las exagenran. Si no existen, las inventan. Por esto, á fuerza de oirlo repetir, muchas gentes han llegado á creer que Robespierre fue un hombre puro é incorruptible. Para que se vea cuán falso es esto, citaremos únicamente dos testimonios irrecusables. «Robespierre y sus amigos, dice

Courtois, se entregaban en la casa de Deschamps á las mayores infamias, y se permitian excesos tan escandalosos como repugnantes. Aquellas orgias se repetían con frecuencia.» (*Moniteur*, nueve de Termidor, año tercero.) «Casi todos aquellos decenviros, tan prodigios de la fortuna pública en sus casas, como de la sangre ajena en la Convención, tenían en los alrededores de París casas de recreo en las cuales se entregaban á los más inmundos desórdenes.» (*Estudios revolucionarios*, tom. II, pág. 219.)

Francia, por fin, no pudo por más tiempo soportar el desenfreno y la tiranía de Robespierre. El día 28 de julio de 1794, Robespierre y veinte y dos de sus cómplices, perecieron en la guillotina. Robespierre había intentado suicidarse en la prision, y con una pistola se habia destrozado la cara. Cuando caminaba para el cadalso, lo insultaron las familias de muchas víctimas sacrificadas por él. El día de su muerte fue un día de júbilo para París.

CXXIII. Luis Leon Saint-Just nació en Blérancourt el año de 1768. Solo tenía veinte y tres años cuando empezó á darse á conocer en la revolucion. Tenia talento y se expresaba con facilidad y energia. Era cruel y muy fanático. Se unió á Robespierre, y con él permaneció unido hasta la muerte. Acusando á Luis XVI en la Convención, más bien que como un hombre, se expresó como una máquina. No tenia límites su exaltación anti-cristiana y anti-monárquica. Decía que

nadie puede reinar inocentemente, y que solo el deseo de reinar es un crimen que por nadie puede ser perdonado. Saint-Just, como agente de la Convencion, sembró el terror y la desolacion en todas las provincias confiadas á su vigilancia. Como orador tribunico, solo sabia adular á las turbas y pedir sangre. Como miembro del tribunal revolucionario, tan tristemente célebre, solo se ocupaba en buscar víctimas para la guillotina. Por último, murió el mismo en el cadalso el dia en que pereció su inseparable amigo Robespierre.

CCXIV. No es materialmente imposible el nombrar todos los atentados sacrílegos cometidos contra la Religion católica por la revolucion francesa. Solo enumeraremos algunos.

La revolucion comenzó invocando la libertad más absoluta, y concluyó ejerciendo el despotismo más horroroso y más repugnante. Despojó al clero de todos sus bienes, y extinguió las Ordenes religiosas. Impidió la celebracion de Ordenes, prohibió la predicacion y cerró todos los Seminarios. Propuso una *Constitucion civil del Clero*, que por ser la negacion de la Gerarquia Divina, no podia ser admitida por ningun sacerdote, ni aun por nadie que no quisiera degradarse con la más afrentosa apostasia. Los sacerdotes que rehusaban prestar el juramento cívico, por ser contrario á su conciencia, eran privados de sus beneficios y arrojados de Francia. Millares de sacerdotes y muchos

Obispos fueron violentamente espulsados de Francia. Los juramentados fueron nombrados para ocupar los beneficios y aun las Sillas vacantes. Por fortuna estos fueron pocos, relativamente hablando, y entre ellos muchos se retractaron y se reconciliaron con la Iglesia. Los no retractados se declararon francamente apóstatas, é hicieron su abjuración pública y solemnemente en la Asamblea revolucionaria. La Convención declaró abolido el culto católico, y hacia perecer en el cadalso á los que mostraban reminiscencias de la antigua fé. Se estableció el culto de la soberbia y de la corrupcion, y bajo el nombre de *Diosa de la razon*, fue públicamente adorada una ramera inmunda. Se derribaron los templos y se profanaron los sepulcros, esparciendo por el viento las venerandas cenizas que contenian. El Papa Pio VI fue violentamente arrojado de Roma y llevado de cárcel en cárcel, como un reo de Estado. Murió en la prision de Valance á los ochenta y un años de edad.

Entonces se creyó que las puertas del infierno habian prevalecido contra la Iglesia, y que la impiedad habia triunfado. Por fortuna los Cardenales, en número de cuarenta y cuatro, pudieron reunirse en Venecia, y allí fue elegido el Papa Pio VII, en el primer año de este siglo. Chateaubriand publicó en el mismo año su célebre obra, titulada, *Genio del Cristianismo*, y el éxito verdaderamente espantoso que tuvo este libro demuestra hasta la evidencia cuán ardiente

era la sed de religion que devoraba al pueblo francés. Ni la hipocresia de la Asamblea constituyente, ni la crueldad de la *Legislativa*, ni el terror escandaloso de la *Convencion*, ni la muda violencia del *Directorio* pudieron arrancar la fé del corazon de los hijos de San Luis. Napoleon I alcanzó el Imperio, porque conociendo el hambre de religion que padecia Francia, teniendo fé ó sin tenerla, se declaró francamente católico y empezó á dar ó á desir que daba libertad y paz á la Iglesia.

La victoria del catolicismo en la época á que nos referimos demuestra hasta la evidencia, que cuando Dios es nuestro protector, no hay nadie que pueda destruirnos.

CAPITULO IV.

Heregias del siglo XIX.

ARTICULO PRIMERO.

Filosofía incrédula de Alemania. Kant, CCXV.—Fichte, CCXVI.—Schelling, CCXVII.—Hegel, CCXVIII.—Krause, CCXIX.

CCXV. Nació Kant en 1724, y murió en 1804. Su padre fue un pobre sillero, y el lugar de su nacimiento fue Koenisberg. Viajó muy poco. Tuvo indudablemente talento e inmensa constancia. No fue, sin embargo, lo que se llama un sabio, ni puede pasar por un verdadero erudito.

Toda su ciencia está reducida á sembrar las tinieblas donde existia la luz, é impossibilitar la entrada de la luz en los lugares dominados por las tinieblas. Kant echó los cimientos del pernicioso idealismo, que tan monstruosa confusión ha producido en Alemania. Rechaza una por una todas las pruebas legítimas de la existencia de Dios, cual si su intento fuese preparar el triunfo del panteísmo. No se fija en el orden sobrenatural, y se expresa con un escepticismo repugnante en todo lo que atañe á la religión. Quiere lo que él llama *fé pura de una religion pura*, ó lo que es igual, una religion sin altar ni sacerdotes, ó el más glacial deísmo. Niega la revelación, encerrando la fé en lo

que él llama los límites de la razón. Acepta el absurdo error de los pelagianos, proclamando que el hombre por sí solo puede perfeccionarse en la virtud y aun inventar la moral, y que esta moral, inventada como un ideal por *la razón pura*, es la base de toda *religion*. Esto equivale á decir que el hombre puede hacer lo que, según enseña la historia de todos los siglos y de todos los países, no ha hecho ni ha podido hacer jamás. *La razón pura* en las selvas del Nuevo-Mundo solo conduce á la barbarie; entre los hotentones enseña á alimentarse con carne humana; en la culta Alemania, inspira el panteísmo, que es la negación de toda fé y de toda virtud; y en Francia, en los últimos años del pasado siglo, solo supo inventar la Convención, que fue el reinado del terror y de la muerte, y el culto de la *diosa razón*, que fue el símbolo de toda crueldad y de toda inmundicia.

Esto es lo que hace *la razón pura*, ó lo que es igual, el hombre sin la revelación.

CCXVI. Fichte nació en 1762, y después de haber sido rector de la Universidad de Berlín, murió en 1814. Fue discípulo de Kant, y solo se distinguió de él en que, deduciendo las consecuencias que legítimamente se desprendían de su doctrina, avanzó por el camino del escepticismo y las tinieblas hasta sepultarse en un horroroso abismo de incredulidad en todo lo religioso, y de ridícula confusión en todo lo humano. Las obras de Fichte parecen escritas por la

demencia más exaltada de un añejo fanatismo. Sus libros no pueden leerse sin pena, al contemplar los estragos que hace la incredulidad en la razón humana, ni sin desprecio y hasta rubor al considerar cuán miserable es el hombre, cuando confiando en la luz de su inteligencia, cierra sus ojos para no ver la infalible luz con que esclarece nuestra vista la revelación divina. Fischte se encierra en sí mismo, se adora, y después de haberse adorado se llama dios, y como dios, cómo ser único, se presenta ante sí mismo, porque para él nada existe, como se suponga fuera de su propia existencia. En Fischte no hay más que su *yo*, ó todo lo que existe, y su *no yo*, que es la negación de toda existencia. Para él, el orden sobre natural, Dios, el cielo, el infierno, la revelación, la Iglesia católica, toda la fe y toda la moral, son nociones incluidas en el *no yo*, y por consiguiente, radicalmente falsas. En Fischte, portanto, bajo el punto de vista filosófico, no hay más que delirios y absurdos; y bajo el punto de vista religioso, todo se convierte en un horroroso ateísmo, y en la proclamación del más cruel, más impío y más irracional naturalismo. En Fischte no hay más que un ángel rebelde que halaga el orgullo del hombre para perderlo, diciéndole, no solo que será como Dios, sino que logrará hasta destruir al mismo Dios. La suerte de los que en el mundo siguen á Fischte, será muy parecida á la de los malos espíritus que en el cielo siguieron á Luzbel.

CCXVII. Schelling nació el día 27 de enero de 1775. Sus doctrinas, aunque tan impías y tan absurdas como las de Fische, se distinguen, no obstante, en el nombre. Fische lo encierra todo en el *yo*, mientras Schelling confunde al *yo* con el *todo*. Uno y otro convienen en rechazar completamente la revelación de Dios, y no admitir más luz en todo y para todo que la orgullosa vanidad del hombre. Schelling, no obstante, se asustó al parecer de las horrorosas consecuencias de su doctrina. El Sr. Sanz del Río, panteísta español, consigna al parecer como cosa extraña, en su *Historia Universal*, tomo iv, pág. 395, el silencio de Schelling en los últimos años de su vida. Balmes, en su *Filosofía fundamental*, tomo i, nota 8.^a, explica este silencio, indudablemente muy significativo, copiando algunos trozos del discurso pronunciado por Schelling en Berlín, el día 15 de noviembre de 1841, al inaugurar su curso de filosofía. Sentimos que su mucha extensión no nos permita copiar estos pasajes. Consúltense en Balmes, en la obra y en el lugar que acabamos de citar. Schelling era indudablemente ménos fanático y más franco que su predecesor. Por esto, en 1834, en su *Juicio sobre la filosofía de M. Cousin*, se burlaba de la oscuridad sistemática y absurda del filosofismo alemán, y en 1841 declaraba «que ninguna filosofía que se respete confesará que arrastra á la irreligión.»

CCXVIII. Hegel nació en Stugard el día

27 de agosto de 1770, y murió en 1831. Es por excelencia el filósofo de la extravagancia. No debemos ni aun mencionar aquí su absurdo panteísmo histórico. Era hombre tan vano, que se gloraba de decir que en el mundo solo había un hombre que lo hubiese comprendido, y este no del todo. Fáltanos advertir que este hombre solo era y solo podía ser el mismo Hegel. En Religión sostenía todos los errores de los filósofos incrédulos que le habían precedido, distinguiéndose únicamente en presentarlos de una manera mas nebulosa por su forma y más ridícula por su jactancia.

Para que se vea que nuestra exposicion no es exagerada, copiaremos lo que dice el panteista Sr. Sanz del Rio, en la *Historia universal*, tomo IV, pág. 396.

«Anudando, dice, su sistema al de Schelling, dividia Hegel la filosofia en tres partes: 1.ª La exposicion del punto de indiferencia ó de identidad, el desenvolvimiento de las ideas necesarias puras, que fundan toda vida natural y espiritual, ó el desenvolvimiento lógico del *absoluto*. 2.ª El desenvolvimiento conceptivo del mundo real ó de la naturaleza. 3.ª El desenvolvimiento del mundo ideal ó del espíritu, que se actualiza y concreta en el derecho, la moral, el estado, el arte, la Religión y la ciencia. El *absoluto* es, lo primero ser simple, y pensamiento simple; despues, es lo opuesto de puro pensamiento, lo contrario del pensamiento, ó el pensamiento exteriorizado en la natura-

leza: Tercero es, reflexion y regresion en si mismo, como concrecion de su propia oposicion en el pensamiento reflejo ó *espíritu*.» Advertimos que hemos copiado este párrafo con entera exactitud. Es necesario decirlo así, para que nadie crea que nos burlamos de Hegel, ó que intentamos poner en ridículo á su expositor.

Hegel sienta el principio de la identidad entre lo idéntico y lo no idéntico. Segun él, el Ser y la nada; la luz y las tinieblas; la necesidad y la libertad; el bien y el mal; es decir, todas las cosas contradictorias son completamente idénticas. El objeto de este filósofo escéntrico es combatir y negar el principio de contradiccion. Hagamos una sola aplicacion de la doctrina:

«El Ser mismo, dice, es la definicion metafísica de Dios.» (Lóg., párrafo 85, pág. 163.) El Ser, en cuanto Ser, no es más que la nada. (Lóg., pár. 86, pág. 166.)

«El Ser puro no es más que una pura abstraccion, esto es, LA NADA. (Lóg., pár. 87, pág. 169.)

Aquí tenemos que, segun Hegel, Dios es el Ser, y que, segun el propio Hegel, el Ser es lo mismo que la nada. No es posible negar á Dios de una manera más impia ni más irracional.

CCXIX. Krause nació en 1782, y murió en 1832. En Alemania nadie lo estudia, ni lo estima, ni lo conoce siquiera.

En Inglaterra todo el mundo se burla de él. En Francia es casi imposible hallar, ni

aun en los círculos más eruditos, una sola persona que haya tenido paciencia para hojear sus libros. En Bélgica, por el contrario, ha tenido dos discípulos, Ahrens y Tiberghien, que se han empeñado en darle á conocer y hacerlo popular. El primero ha escrito un tratado sobre el derecho, que solo se estudia y solo se está practicando donde únicamente puede practicarse, es decir, en las anárquicas repúblicas de la América del Sur. El segundo, rector hoy de la Universidad libre de Bruselas, ha compuesto un *Bosquejo de la moral*, un tratado sobre *el infinito*, y un libro de gran volumen sobre la *ciencia del alma*, que son la cosa mas á propósito del mundo para comprender hasta qué punto alcanza la fanisáica hipocresía del krausismo.

Esta escuela habla del alma, y solo cree en la materia; se ocupa mucho en el exámen de lo infinito, para admitir únicamente lo que es material y limitado; escribe, en fin, no poco acerca de la moral, para destruir sus fundamentos, negar su naturaleza y despojarla de su sancion. Los krausistas, cuando hablan en pueblos cristianos, suelen citar á San Pablo y á San Agustin. Ya se comprenderá el fin con que podrá hacer estas citas una secta panteísta que no cree en la revelacion divina.

En España, gracias á la proteccion del gobierno, tenemos también nuestra correspondiente representacion oficial en la secta impia y escandalosa del krausismo. El Sr. Sanz del Rio, al traducir y publicar con comentarios

El ideal de la humanidad de Krause, lo dedica, en testimonio de gratitud, al Sr. D. Pedro Gomez de la Serna, ministro de una Reina católica, que en 1848 lo envió á Alemania, á costa del Estado, para que aprendiese allí, y nos trajese aquí la ciencia de la rebelion y del panteísmo.

El ideal de la humanidad es un libro groseramente materialista, como puede verse en la segunda parte, art. iv, par. 47, págs. 92 y 93. Este libro es ademas profundamente antieristiano, como consta en la primera parte, art. i, par. 18; en el articulo ii, párrafos 22 y 26; art. iii, párrafo 32, y en la última parte, art. vi, desde el par. 120 hasta el 135. Lo ménos malo que se hace en los citados lugares, es llamar *institucion humana* é imperfecta á la Religión católica. Varios otros libros ha publicado el Sr. Sana del Rio, profesor de la Universidad, de los cuales no debemos ni aun hacer mencion. Todos son una conjuracion sistemática contra la revelacion divina.

En Francia hay tambien un filósofo, del cual debemos hacer mencion especial. Se llama Vacherot, y ha sido desde 1837 hasta 1851 Director de la Escuela Normal. Para conocer cuál será su doctrina, nos basta citar literalmente algunas entre sus muchas y muy repugnantes contradicciones. Su obra más notable es *La Historia crítica de la Escuela de Alejandría*, publicada en tres tomos, desde 1846 hasta 1851. El objeto principal de esta obra, es demostrar con citas falsas y

parejes truncados que la doctrina de la Iglesia católica no es más que una copia del filosofismo de Alejandria.

Veamos algunos de sus principios.

«El mundo, dice, ha tenido principio en cuanto al tiempo, y es limitado en cuanto al espacio.» Aquí se admite la creación y se rechaza el panteísmo. En cambio, vemos lo que dice el mismo Vacherot en este otro pasaje, que también traducimos y copiamos literalmente. «El mundo, dice, es infinito en cuanto al tiempo y al espacio.» (*Historia crítica*, tomo III, página 503.

Este pasaje es enteramente contrario al primero; pero no debe extrañarse, porque es sabido que la filosofía de Hegel admite la posibilidad de que un hombre sea grande ó pequeño, rico ó pobre, flaco ú obeso, todo á un mismo tiempo.

«Hay, continúa Vacherot, una *causa primera* en la série de los movimientos, que se suceden en el universo.»

Aquí se admite la existencia de Dios. sin que por esto se impida el negarla rotundamente á renglon seguido, como se verá en el párrafo siguiente. «No puede haber, dice, *causa primera* en una série infinita.» (*Historia crítica*, tomo III, página 506.)

Ya hemos visto que Vacherot admite y niega la creación, como admite y niega al mismo tiempo la existencia de Dios.

Ahora nos falta ver, para completar esta exposición, cómo define á Dios en la obra citada, tomo III, pág. 479. «La sustancia uni-

versal, dice, sin el individuo, no tiene ser ni realidad sino en el individuo y por el individuo. Considerada en sí, no es ni causa ni principio del ser. Solo es una abstracción del espíritu.»

Esto no es más que negar á Dios con el más repugnante cinismo.

Creemos haber dicho lo suficiente para dar á conocer la filosofía alemana, bajo el punto de vista religioso.

ARTICULO II.

Comunistas.—San-Simon, CCXX.—Leroux, CCXXI.—Fou-
rier, CCXXII.—Owen, CCXXIII.—Cabet, CCXXIV.—Louis
Blanc, CCXXV.

CCXX. San-Simon nació en Paris en 1760. Era descendiente de una familia ilustre, y emprendió en su juventud la carrera de las armas. En 1779 fue al Nuevo Mundo con la expedición francesa, mandada por Lafayette, para proteger la separación de los Estados Unidos de Inglaterra. Vuelto á Francia, abandonó el ejército al comenzar la revolución, y se dedicó al comercio. Se arruinó, quiso suicidarse, y como para librarse de la desesperación empezó á escribir libros.

San-Simon prescindía por completo de la revelación, ó mejor dicho, la combatía y aun la despreciaba. Su doctrina toda va encaminada á fundar un *nuevo cristianismo*, en el cual se excluye la fé; una *nueva moral*, en la cual se prohíbe el sacrificio y se dá rienda suelta á las pasiones; y un *nuevo orden social*, en el cual todo sea contrario á la autoridad, y con el nombre de trabajo ó reorganización del trabajo, los malvados amigos de la ociosidad puedan vivir á costa del sudor de las gentes cándidas y laboriosas.

Murió San-Simon en 1825. El echó, por decirlo así, los cimientos de la secta san-simoniana, que tanto ruido ha ocasionado y tantos escándalos ha producido en Francia. Es-

ta secta admitia el divorcio, y hasta llegó á sancionar la más inmundada promiscuidad. Suponia que el cristianismo habia muerto y que debia ser reemplazado por otra nueva institucion. *Rehabilitaba* la carne, negaba el pecado original, y condenaba la mortificacion. Rechazaba la creacion y confundia á Dios con el hombre y el universo. En 1832, varios san-simonianos fueron condenados en los tribunales de Paris por ultrages á las buenas costumbres. La secta san-simoniana puede definirse, diciendo que es la negacion de la fé, la ruina de la autoridad, la santificacion del vicio y la condenacion de la virtud.

CCXXI. Pedro Leroux nació en Paris en 1798. En 1831 se unió á los san-simonianos. Desde esta época se ha mostrado siempre enemigo radical del Evangelio y partidario acérrimo de una doctrina, atea en religion, cínica en moral, y anárquica en política. Leroux no reconoce nada más que dos principios: La autoridad, á la cual mira como causa de todo lo malo, y la libertad, á la cual ensalza como principio de todo lo bueno. Rechaza el cristianismo, despreciándolo como institucion incapaz de satisfacer las necesidades sociales en nuestro siglo. Niega la vida futura, y no admite nada que no esté dentro del mundo ó no se confunda con el mismo mundo.

Basta esta sencilla enumeracion para comprender cuán absurdo es el sistema de Leroux, cuán incompatible con la Religion ca-

tólica, y cuán contrario es á la verdad, á la moral y aun á la paz de los pueblos. Ni aun entre los salvajes pudiera practicarse la doctrina de Leroux.

CCXXII. Nació Fourier en Besanzon en 1772, y murió en Paris en 1837, á la edad de sesenta y cinco años. Se empenó en remediar los males que afligen al mundo, multiplicándolos de una manera asombrosa. Quiso organizar el trabajo, la propiedad, el Gobierno y hasta la forma en que habian de vivir los hombres en el mundo. Creyendo que el mal depende de la union del marido con su mujer, y del padre con sus hijos, intentó destruir la familia creando *grupos* de siete ó nueve personas, *séries* de veinte y cuatro á treinta y dos grupos, y *falanges* de mil ochocientas personas poco más ó ménos. El lugar en que ha de vivir cada falange, se llama *falansterio*. En estas asociaciones serán comunes los trabajos, los gastos, los productos y hasta los placeres. Este sistema supone que no hay hombres ociosos en el mundo, lo cual seria hasta absurdo intentar refutarlo.

Fourier supone que Dios, el hombre y el universo se confunden, formando una sola sustancia. Esto es panteísmo en la forma, y ateísmo y materialismo en el fondo.

Supone tambien que la voluntad de Dios, es decir, de la materia, se manifiesta por una ley ciega y fatal, por una atraccion universal, estendida en todo el mundo. Esto es el fatalismo repugnante de los islamitas.

Fourier, no contento con ser ateo y fata-

lista, habla como Profeta, y asegura con ridícula formalidad, que el mundo durará 80,000 años, espacio de tiempo que él distribuye como se le antoja en lo que quiere y para lo que primero se le ocurre.

Más aun. Fourier penetra en los abismos del tiempo, y sin ayuda de nadie descubre lo que hay en su fondo. Por esto sabe y repite con toda la seriedad de un mentecato, que Dios produjo diez y seis especies de hombres, nueve sobre el antiguo, y siete sobre el *nuevo* Continente. No es necesario preguntarle cuál es la razon de esto, porque sabido es que los *racionalistas* se burlan del mundo y no dan la razon de nada.

Pero aun nos falta mucho. Fourier, no solo sabe lo que sucedió en los tiempos pasados, sino que adivina lo que ha de acontecer en las edades futuras. Por esto afirma, que despues del mundo actual, habrá otras diez y ocho creaciones justas y cabales, sin un átomo más ni un ápice ménos. Las creaciones, por supuesto, serán el producto necesario de la union entre los fluidos austral y boreal.

Las almas humanas pasarán de unos cuerpos á otros para desempeñar en cada cual el papel que le corresponda.

Despues de haber espuesto estas ideas que podríamos llamar dogmáticas, Fourier entra de lleno en lo que podríamos apedillar sus principios morales. Niega la diferencia entre el vicio y la virtud; supone que los hombres están obligados á seguir el impulso de sus pasiones, y afirma que la verdadera fe-

licidad consiste en tener muchas pasiones y muchos medios de satisfacerlas. Según esta teoría, el hombre que tenga la pasión del robo, para ser feliz, tiene el deber moral de robar á todos los hombres pacíficos que encuentre; y el que tenga la pasión de la venganza, nunca será más dichoso, ni más justo, que cuando haya logrado asesinar á todos los hombres á quienes aborrece. Aunque parezca increíble, esto es lo que se nos ha enseñado en nuestro propio siglo, en nombre de la razón y de la libertad.

CCXXIII. Nació Owen en Newton (Inglaterra) en 1771, y murió el día 17 de noviembre de 1858.

Como los filósofos antes nombrados, se empeñó en reformar el mundo, sometiéndolo á una organización anti-cristiana. En 1817 quiso demostrar que todas las religiones deben ser suprimidas, como causas de las calamidades que afligen á la humanidad. Este hombre escéntrico, se gloriaba en 1840 de ser el inventor de una sociedad y de una religión enteramente *racionales*. Su sistema consistía en suponer que el hombre no es libre ni responsable por lo tanto de su propia conducta. El mal, según él, no es producto de la voluntad del hombre, sino del vicio de la sociedad. Según este sistema, si un hombre poderoso asesina á otro que es débil, el asesinato no es producto de la mala voluntad del hombre fuerte, sino de las leyes que prohíben atacar contra la vida de los hombres débiles.

Owen queria que se suprimiesen todas las penas y recompensas, es decir, que no hubiese premios para el bueno que trabaja, ni castigos para el malo que perturba la sociedad. Igualdad perfecta y comunidad absoluta, son las dos únicas leyes que quiere en la nueva sociedad el utopista inglés. Como era de esperar, cuando intentó realizar su sistema, se convenció de que en la práctica sus principios solo podían conducir á la corrupcion, al escándalo y la anarquia. Es indispensable que nos convenzamos de ello. La sociedad está enferma, y su único remedio se encuentra en la Religion católica. Fuera de la Iglesia, no hay ni salvacion para el alma, ni paz, ni justicia, ni felicidad para la vida.

CCXXIV. Nació Estéban Cabet en Dijon el dia 2 de enero de 1788, y murió en Paris el dia 9 de noviembre de 1856. Para comprender cuál es su sistema, solo necesitamos estractar lo que dice en su Credo comunista, publicado en 1841.

Sus máximas pueden reducirse á tres: 1.º La negacion de Dios y de toda la revelacion. 2.º La supresion de todo sacrificio en la voluntad, y de todo castigo en las leyes para refrenar los malos instintos. 3.º Destruccion de la propiedad, y adopcion del principio fundamental del comunismo, de que *toda es para todos*.

Todos los sistemas comunistas se fundan en la máxima de que el orden se obtiene dejando á las pasiones en completa libertad.

Los que así se espresan son tan prudentes como el insensato que intentara apagar un incendio arrojando sobre él sacos de pólvora. El orden social solo puede obtenerse por medio de la moral católica, es decir, por la abnegacion voluntaria en los que son buenos, ó por la represion forzosa de los que son malvados. El hombre virtuoso no robará, porque es católico y sabe que el hurto es un crimen. El hombre malvado se abstendrá de hurtar, porque aunque no tema á Dios, temerá á los gobiernos cristianos, que castigan terriblemente á los ladrones. Lo propio puede decirse de todos los vicios.

CCXXV. Luis Blanc, nació en Paris en 1814. Vive aun, aunque desterrado de Paris, á consecuencia de los acontecimientos de 1852. No ha querido reconciliarse con el imperio napoleónico. Tanto en Francia, como en la emigracion, siempre ha estado y está completamente dedicado á la defensa de la irreligion y de la anarquia. Es un furibundo demagogo, adversario por sistema de todo lo que es orden y autoridad. En 1848 se empeñó en organizar, según su sistema, á los trabajadores en Francia, y logró únicamente que con cadáveres de obreros se cubrieran las calles de Paris. Este es el único resultado de las teorías comunistas y socialistas.

ARTICULO III.

La Mennais, CCXXVI. — Quinet, CCXXVII. — Michelet, CCXXVIII. — Proudhon, CCXXIX. — Pelletan, CCXXX. — Victor Hugo, CCXXXI. — Littré, CCXXXII. — Renan, CCXXXIII. — Los espiritistas, CCXXXIV, CCXXXV, y CCXXXVI.

CCXXVI. La Mennais nació en Saint-Maló en 1780, y murió en Paris el día 27 de febrero de 1854. Tenia este escritor talento clarísimo y una erudición portentosa. Fue, sin embargo, poco humilde y demasiado adherido á sus propios juicios. Fue sacerdote, y comenzó defendiendo la doctrina católica con grande energía y admirable brillantez. Desde 1817 hasta 1823 estuvo ocupado en la composición y publicación de su excelente obra titulada: *Ensayo sobre la indiferencia en materias de Religion*. Consta de cuatro tomos, que pueden considerarse como un arsenal riquísimo, en el cual se encuentran con suma abundancia todas las armas que se necesitan para confundir á los incrédulos que aparentan despreciar las grandes cuestiones de la Religión.

En 1830 fundó La Mennais un periódico titulado *El Porvenir*, con el objeto de sostener la doctrina y la libertad de la Iglesia. Fueron sus colaboradores el P. Lacordaire y el conde de Montalembert. Este periódico sostuvo algunas doctrinas que fueron reprobadas por los fieles. Después de una acalorada y escandalosa polémica, trece Prelados

Franceses enviaron con fecha 23 de abril de 1832 una respetuosa carta al Soberano Pontífice Gregorio XVI, en la cual señalaban las cincuenta y seis proposiciones de *El Porvenir*, que ellos habian condenado. El Papa aprobó la conducta de los Prelados, condenó los errores del periódico, y mandó á sus redactores que se sometieran al fallo de los Obispos. Montalembert y Lacordaire, más humildes y más sensatos que su compañero y Director, cautivando con honra su entendimiento en obsequio de la fé, condenaron lo condenado y escucharon la voz de la Iglesia. La Mennais, lleno de vanidad y soberbia, despues de haber desoido la voz del Episcopado francés, despreció al Vicario de Jesucristo. Desde este momento, el autor del *Ensayo sobre la indiferencia* solo puede considerarse como un ángel caído. El primer producto de su despecho fue un opúsculo titulado *Palabras de un creyente*, obra tan pequeña por su volúmen, como grande y aun horrorosa por la absurda, impia y sacrílega doctrina que contiene. En vez de llamarse *Palabras de un creyente*, el único titulo que podria llevar con razon seria el de *Despecho de un apóstata*. El día 25 de junio de 1834 fue condenado este abominable libro por el Papa Gregorio XVI.

Ademas publicó La Mennais otra obra titulada, *Negocios de Roma*, en la cual, como afirma el Padre Lacordaire, testigo presencial, se alteran con maligna intencion los hechos, para desprestigiar al Jefe visible de la Iglesia. En 1833 publicó *El Libro del Pueblo*,

folleto en el cual se sostienen con la vehemencia propia de su autor todos los perniciosos principios de la más impia y más exaltada demagogia. En el bosquejo de una filosofía, obra de tres tomos, publicada en 1840, La Mennais espone doctrinas absurdas y aun contradictorias, insistiendo siempre en su sistema de encubrir con palabras cristianas una doctrina completamente irreligiosa.

El orgullo satánico no permitió á La Mennais ni aun el arrepentirse en el artículo de la muerte. Tuvo tiempo sobrado para implorar la misericordia divina, y despreciando los auxilios del cielo, quiso morir en la impenitencia final. No se pueden leer sin estremecimiento sus últimas disposiciones testamentarias. La caída de La Mennais nos enseña que los que se creen más fuertes pueden caer como Pedro, en el instante en que más confían en su propia robustez. Nada es el que planta ni el que riega, sino Dios que da el incremento. Si el espíritu está pronto, la carne es flaca, y por lo tanto conviene velar y orar para no entrar en la tentación.

CCXXVII. Quinet nació en Bourg (Francia) el día 17 de febrero de 1803. Recibió una instrucción vasta, pero muy perversa. Tiene talento claro é imaginación brillante, y parece que ha consagrado su corazón para aborrecer á Jesucristo, y su lengua para blasfemar contra el cielo.

Ha publicado varios libros y muchos artículos en periódicos y revistas, todos inspi-

rados por el fanatismo más absurdo y el odio más repugnante hacia la Iglesia católica. En *El Porvenir de la Religion* espone ideas tan escandalosas como detestables, por su ridícula impiedad. En *Ahsverus* enseña un monstruoso panteísmo. En el examen de una obra de Strauss, hecho en 1838, se complace en negar la Divinidad de Jesucristo. En 1842 publicó *El genio de las Religiones*, y en 1843 compuso, en union con Michelet, el libro titulado: *Los Jesuitas*. En el mismo año dió á luz su execrable libelo contra el Arzobispo de Paris, tomando por pretesto lo que él llama la libertad de discusion en materias religiosas. En 1844 publicó otra obra sobre la Inquisicion y las sociedades secretas en España. En 1847, en 1848, en 1849, en 1850, en 1851, en 1853, en 1855, en 1857, en 1860, en fin, cada año publica este hombre, tan impío como fanático, por lo ménos un libro contra la Religion fundada por Jesucristo. El no estudia para enseñar; inventa para calumniar, ó copia calumnias ajenas solo por tener el abominable placer de reproducirlas. Este hombre insulta la razon y desprecia la verdad. Con la más cínica desfachatez falsea la historia y se burla de la candidez de sus lectores. Llama verdad á lo que es falso; condena como perverso lo que es justo, y ensalza como principio de civilizacion y progreso lo que únicamente es corrupcion asquerosa, si no inmunda y degradante barbarie. La filosofía de Quinet no tiene más dogmas que la negacion de la revelacion, sin más moral

que el odio á la Iglesia, ni más progreso que destruir el cristianismo para retroceder á la crueldad de Marte ó á la inmundicia de Venus, resucitando los tiempos bárbaros del paganismo.

Quinet otuvo en 1842 una cátedra de literatura en el *Colegio de Francia*. En vez de limitarse al objeto de su asignatura, sus esplicaciones no eran más que violentas diatribas contra la autoridad civil y contra la autoridad eclesiástica. A tal punto llegaron los escándalos, que el mismo gobierno de Luis Felipe se vió obligado á separarlo de la cátedra en 1846. Napoleon lo espulsó además de Francia el dia 9 de enero de 1852.

CCXXVIII. Michelet nació en Paris el dia 21 de agosto de 1798. En 1830, despues de la revolucion, le dió M. Guizot una cátedra en la Sorbona. Aprovechó esta ocasion para rodearse de un auditorio tan ignorante como entusiasta, é inspirarle el ódio contra la Religion y contra la sociedad, de que él se halla poseido.

Como su colega Edgardo Quinet, Julio Michelet escribe con veneno y habla con satánico espíritu siempre que se refiere á la compañía de Jesus. Luis Felipe dejó en completa libertad á Michelet para que todos los dias espusiese en su cátedra un violentísimo programa contra el gobierno constituido. Teniendo esto en cuenta, no se puede estrañar el destronamiento de la dinastia de Orleans. Luis Napoleon privó de su cátedra á Michelet en marzo de 1851.

Este escritor demagogo ha publicado muchas obras, todas llenas de la más repugnante impiedad. Algunas de ellas no pueden ni aun ser ojeadas sin asco. Tan escandalosa es la apología que en ellas se hace de los vicios.

CCXXIX. Proudhon nació en Besançon el día 15 de julio de 1809. Su familia era pobre, y él se vió en la necesidad de dedicarse á un oficio mecánico. Trabajando durante todo el día, y estudiando por la noche, logró adquirir una instrucción que parece basta en muchos casos, y sin embargo, no puede nunca llamarse sólida. En sus primeros años se mostró católico, y escribió algunos artículos ó folletos en defensa de la Religión. En 1840 comenzó á entrar en sociedades corrompidas, y se sepultó en la corrupción. Desde esta época en Proudhon no se encuentra más que el ateo y el demagogo; el enemigo de la Religión y de la sociedad; el hombre fanático que confunde á Dios con el mal; que condena la propiedad como un robo; que en fin, odia la autoridad, y se ha declarado campeón del más grosero y disolvente individualismo.

En Proudhon, lo mismo en su doctrina que en su conducta, se hallan las más repugnantes contradicciones. Su espíritu es turbulento y amigo de producir escándalo. Desde 1848 hasta 1850 fundó tres periódicos, y todos tres, aunque republicanos, tuvieron que ser suprimidos por el gobierno de la república. Proudhon ha tenido épocas en las

cuales ha hecho todo lo posible por adular á las masas para poder dirigir las. Jamás ha podido lograr su intento.

Proudhon ha publicado muchas obras. Nosotros únicamente mencionaremos dos. En 1858 publicó *La Justicia en la revolucion y en la Iglesia*, obra insustancial é impía, en la cual su autor se propone recorrer casi uno por uno todos los dogmas de la Iglesia católica, solo por tener el placer de irlos censurando, sin meditacion y sin profundidad, con asombrosa ligereza, y casi siempre con observaciones tan vulgares como pueriles y ridiculas. El objeto de esta obra es únicamente demostrar que la Religion, que el gobierno de la Providencia solo sirve para corromper el mundo.

En cambio, en 1862 ha publicado el mismo Proudhon un libro titulado *La Federacion y la unidad de Italia*, en el cual, despues de declararse adversario de la Religion católica, aprueba lo hecho por el Papa en Roma; combate la unidad italiana, sostiene que Napoleon no puede, sin suicidarse, sin pecar contra su dinastía y aun contra Francia, apoyar á los demagogos de Italia; ataca con violencia á Garibaldi; refuta y hasta escarnece á Mazzini; trata con menosprecio á los periódicos revolucionarios de Paris, é insulta, y hace todo lo posible por deshonar á los partidos revolucionarios y á la prensa demagógica de Bélgica. Para formar cabal idea de lo que es la obra de Proudon que ahora examinamos con tanta rapidez, puede consultarse lo que

hemos dicho en *El Papa y los gobiernos populares*, tomo II, capítulo XIV.

CCXXX. Eugenio Pelletan nació en Ro-
yan (Francia) en el año de 1813. En 1839 co-
menzó á escribir en *La Presse*, periódico re-
volucionario, en el cual se hizo notable por
el desenfreno de sus ideas y la impía vio-
lencia de su pluma. En 1853 publicó *La Pro-
fesion de fé del siglo XIX*, libro escandaloso,
en el cual, con cinica audacia se rechaza la
revolucion y se supone destruida la obra
inmortal de Dios. Pelletan sostuvo en 1854
polémicas muy vivas con el célebre escritor
católico M. Veuillot, en las cuales el defen-
sor de la Iglesia llenó de confusion y espuso
á la ignominia pública al insensato apolo-
gista de la demagogia. Pelletan no tiene
nunca ociosa su pluma. Siempre está escri-
biendo artículos ó folletos en favor de lo que
él llama el progreso y contra la Iglesia ca-
tólica. Con fecha reciente ha publicado un
libro, titulado, *El Mundo marcha*, en el cual
solo se demuestran hasta la evidencia la
mala fé, la impiedad, el odio al cielo que en-
cierra en el pecho el autor de tan execrable
obra. El objeto de Pelletan es hacer creer
que la Religión muere y que el paganismo
renace. Desde Simon Mago hasta Renan,
esta es la eterna cantinela de todos los here-
siarcas. Despues de todo, ellos mueren y la
Religion aparece cada dia más llena de es-
plendor y robustez. Así se cumple la profec-
cia de Jesuista: *Porte inferi non prevalet
bunt, adventus eunt*.

CCXXXI. Victor Hugo nació en Besanzon el día 26 de febrero de 1802. Su padre fue general revolucionario, y su madre muy adicta al partido católico. Victor Hugo estuvo en 1811 al lado de su padre en España, y estudió algunos meses en el Seminario de nobles en Madrid.

En sus primeros años conservó la educación católica que había recibido de su madre. En 1822 publicó un libro de poesías, en las cuales resplandecen por todas partes una ardiente fé religiosa y un profundo amor á la monarquía. En 1826 ya Victor Hugo no era monárquico ni cristiano. Desde entonces empezó á publicar dramas, composiciones poéticas, opúsculos y novelas, todas llenas de incredulidad y espíritu demagógico. En 1848, como Diputado republicano, siempre se mostró enemigo de la Iglesia y de toda autoridad legítima. A parte otras muchas obras, todas impías, que no queremos ni aun nombrar, Victor Hugo publicó en 1862 una novela en diez tomos, titulada: *Los Misérables*, en la cual se propone destruir la autoridad de la Iglesia, deshonar la magistratura civil, denigrar á los jueces que condenan á los malvados, y ensalzar á los malvados que, en justo castigo de sus crímenes, son condenados por los jueces. *Los Misérables* solo pueden servir para pervertir á las masas ignorantes, y arrastrarlas á la sedición. Los gobiernos, sin embargo, creen que deben cruzarse de brazos y no hacer nada para impedir los estragos que por fuerza ha de pro-

ducir esta obra execrable en el corazón de las gentes sencillas.

CCXXXII. Nació Littré en París el día 1.º de febrero de 1801. Aunque se dedicó á la medicina, su incredulidad y su odio á la Iglesia le infundieron la osadía necesaria para hablar y escribir contra los dogmas fundamentales de la Religión católica. Se unió á los san-simonianos y publicó un libro sobre la *Filosofía positiva* en 1845, con el objeto de demostrar que si el catolicismo no era ya un cadáver, se hallaba en los últimos instantes de su vida. Esta es la incesante manía de los san-simonianos. Ellos no cesan de profetizar la ruina de la Iglesia, y el tiempo no cesa de confundirlos, despreciando sus ridículas y sacrílegas profecías. Littré publicó en 1840 y reimprimió en 1855 su traducción de *La Vida de Jesús*, escrita en alemán por el Doctor Straus. Esta obra es la que ha servido de modelo y la que ha suministrado materiales al impío Renan para el libro con el cual ha producido tan horrible escándalo.

CCXXXIII. Ernesto Renan nació en Treginer (Francia) el día 27 de octubre de 1823.

Sus padres lo dedicaron á la carrera eclesiástica, é hizo sus estudios de literatura, filosofía y teología, en el Seminario de San Sulpicio. Por desgracia Renan perdió la fé, y con los ojos vendados se arrojó en los brazos del racionalismo. Su vanidad ha sido la causa de su ruina. Ha escrito diferentes obras, de las cuales nosotros no podemos aquí decir nada por falta de espacio. Nos

ñjaremos únicamente en dos. Sus estudios de historia religiosa, publicados en 1857, son un conjunto de sofismas contra la Religión, contra sus dogmas, y contra su benéfica influencia en la civilización de los pueblos. La *Vida de Jesús*, publicada en 1863, en el fondo no es más ni menos que una copia servil de la obra de Straus, traducida por Littré. En la forma, sin embargo, está revestida de la sencillez y ligereza, tan propias de nuestro siglo, para alucinar á las gentes ignorantes que se creen ilustradas. Renan es un escritor que asombra por su cinismo. Cita en falso con el mayor descaro y se contradice con escandalosa frecuencia. Renan prescinde de la verdad á sabiendas, y ensalza el error por sistema. Se ha empeñado en seducir á los incautos, y al intento emplea todo género de de armas, sin esceptuar la exageración, la falsedad, la hipocresía, la mentira y la calumnia. Para comprender cuáles son las ideas de este escritor anticristiano y cómo las espone, puede leerse el opúsculo que, impugnando la *Vida de Jesús* de Mr. Renan, hemos publicado en el año último. También puede leerse la *Refutación Analítica* escrita por D. Juan Juseu y Castañera, catedrático de teología en la Universidad central.

CCXXXIV. Los espiritistas forman una secta, cuyos errores es necesario estudiar para poder evitar los estragos que hoy están produciendo en todas partes.

Entre los espiritistas hay hombres y escritores de muy distintas y aun contrarias creen-

cias. Hay algunos que son católicos y piensan y escriben como tales. Hay otros, que están sorprendidos y dominados por horribles ilusiones que no saben lo que son ni comprenden cómo piensan. No faltan, sin embargo, escritores que, inspirados por su mala fé, intentan seducir á las gentes cándidas con el *espiritismo*.

Al primero de estos grupos pertenece Gougenot des Monsseaux, autor de *La Magia en el siglo XIX*, publicada en Paris en 1860.

Este erudito escritor admite el orden sobrenatural, la existencia de los ángeles, la espiritualidad del alma humana, y confiesa y prueba, apoyándose en la doctrina católica y ejemplos de la Sagrada Biblia, que los ángeles y aun las almas humanas pueden influir, pueden ponerse en contacto con los hombres que aun viven en el mundo. Admite tambien la existencia de los malos espíritus y cree en la posibilidad de que se establezca un comercio nefando entre los hombres y el demonio. En este mismo año ha publicado en Paris el cuarto tomo de su obra, titulada: *Ensayo histórico y filosófico de las relaciones del hombre con el demonio*, el conocido escritor católico M. Bizouard.

Nosotros debemos aquí fijar las ideas. Es cierto que Dios, que los ángeles, que todos los espíritus buenos ó malos, permitiéndolo Dios, pueden influir, para bien unos, para mal otros, en la vida, en la inteligencia y aun en el corazón de los hombres. Pero lo que negamos, lo que no podemos menos de

negar, es que los espíritus estén siempre á disposicion de hipócritas y especuladores, de malvados ó fanáticos que quieran consultarles cuando se les antoje, haciendo mover una mesa ó girar una palangana.

Hay otras personas entre los *espiritistas* tan escasas de instruccion, como sobradas de candidez, que solo se fijan en las apariencias, y creen en todo lo que ven sus ojos, sin tener en cuenta que la malicia ó la perversidad tienen mil recursos para engañar á los incautos.

Pero la verdadera índole del *espiritismo* es otra muy diversa. Consiste en admitir la palabra espíritu, para negarlo, identificándolo con la materia. Los *espiritistas* designan con el nombre de *medium* á la persona que tiene la propiedad ó la virtud de atraer á los espíritus, como el iman atrae el acero. Y estas personas se denominan así porque «á causa de su fuerza atractiva, los seres invisibles entran en comercio con nosotros y los preparan para que obren y obedezcan á nuestra voluntad.» Ya se comprende que el *medium*, como en los juegos de prestidigitacion y en las comedias de magia, necesita saber lo que se hace, y estar enterado de lo que se proyecta. Tambien conviene saber que con el nombre de *espiritismo*, ó espíritus invisibles, se designa un fluido magnético universal, la llamada alma del mundo, ó cualquier otra cosa que podrá ser todo lo que se quiera, con tal que no deje de ser contrario á los dogmas del catolicismo.

Esta secta, tan ridícula como abominable, empezó en los Estados-Unidos, en el año de 1850. En 1860 contaba con más de seiscientos mil adeptos y unos treinta mil *medios* ó malvados especuladores, que se fingían en comunicacion con los espíritus para engañar y esplotar á los ignorantes.

CCXXXV. La doctrina de los *espiritistas* es enteramente contraria al catolicismo. M. Potet en *La Magie Devoilée*, pág. 147, dice lo siguiente: «La Mágia, dice, se funda en la existencia de un mundo *misto*, colocado fuera de nosotros, con el cual podemos entrar en comunicacion por medio de ciertas prácticas y determinados procedimientos.» «Yo creo, continúa Potet, que seria peligroso para la existencia del magnetismo el revelar á todo el mundo lo que únicamente deben conocer pocas personas.» «El espíritu es una emanacion de Dios, el alma una *emanacion* del espíritu, y la materia es como el anillo que enlaza *estos dos* TODOS.» (Orient, tomo III, pág. 207.) Entre los *espiritistas* norte-americanos, hay muchos que se ocupan en enseñar una especie de alquimia, con la cual, por medio de lo que llaman *fuerza mundana*, intentan convertir la *materia* en almas, en *espíritus* y aun en *dioses*. Sobre esto puede leerse lo que dice Mister Rogers en su obra titulada: *Phylosophy of Mysterious agents*. Mister Allan Kardec, en su obra titulada, *El libro de los espíritus*, página 44, confiesa «que el espíritu no es más que la quinta esencia de la materia.» Caha-

guet, en sus *Cartas*, publicadas en 1853, páginas 101 y 126, dice «que el *espiritismo* se funda en la creencia de la sustancia única, que es la luz divina y la inspiracion del Eterno.» Mister Roger, en la citada obra, sostiene que el fatalismo es una necesidad en el sistema *espiritista* (cap. *An inquiry*, página 238). «Uno de los efectos ordinarios del *espiritismo*, es el inspirar á sus adeptos la impaciencia y el disgusto de la vida, impulsándolos al suicidio, por una especie de fatalidad.» (Gauthier; *Traité pratique*, pág. 612.) «Dichosos, añade otro *espiritista*, los que sucumben por medio de una muerte reprobada por la Iglesia. Todos los hombres generosos se suicidan ó tienen deseos de suicidarse.» (Potet, *Sur l'enseignement philosophique du magnetisme*, pág. 107.) Concluamos con una sola cita de otro autor, tambien fanático partidario del *espiritismo*: «La pasion, dice, es la revelacion permanente de la voluntad de Dios.»

Basta. No queremos añadir ni una palabra más. Hemos dicho lo suficiente para que se comprenda que el *espiritismo* se funda en principios enteramente contrarios á la doctrina de la Iglesia.

CCXXXVI. Ahora deberíamos hacer una breve exposicion de los autores que más se han distinguido en la exposicion ó defensa del *espiritismo*; pero nos parece suficiente indicar únicamente cuatro ó cinco entre los más notables. Son tantos y tan ridiculos en su inmensa mayoría, que perderíamos el

tiempo si intentáramos hacer ni aun ligera mencion de todos ellos.

M. Hare publicó en inglés en 1854 un libro titulado *La verdad del mermerismo*. Aunque parezca increíble, su obra se imprimió en Londres. *La Magia revelada* es debida á M. Potet, y ha logrado venderse á cien francos cada ejemplar. Eliphas Levi tambien ha explicado el *espiritismo*, como puede hacerlo un hombre que se empeña en burlarse de sus lectores y esplotar su candidez para inspirarles odio al cristianismo. Regazzoni es un *espiritista* italiano que ha viajado por toda Europa y una gran parte del Africa, burlándose de las gentes crédulas con sus absurdas revelaciones y escandalosos prodigios. Allan-kardec publicó en 1853 un libro sobre el *espiritismo*, dictado, segun dice, por los mismos espíritus.

En España, por fortuna, la ridícula secta del espiritismo no ha tenido todavía defensores. En cambio tenemos la honra de contar escritores muy notables que la han impugnado con brillante elocuencia é incontrastables raciocinios. D. Vicente Rubio y Diaz ha publicado un *Catálogo de escritores espiritistas*, en el cual demuestra lo que es esta secta perniciosa; espone su repugnante doctrina, y llama sobre ellas toda la atencion del gobierno y de los padres de familia. El Sr. D. Antonio Flores, en el vi tomo de su célebre obra, *Ayer, hoy y mañana*, no solo impugna el espiritismo, sino que ha logrado descargar sobre él toda la ignominia del ridículo.

ARTICULO IV.

Guizot, CCXXXVII. — Thiers, CCXXXVIII. — Cousin, CCXXXIX. — Luis Bonaparte, CCXL. — El Príncipe Gerónimo, CCXLI. — Los Mormones, CCXLII.

CCXXXVII. Nació Guizot en Nimes el día 4 de noviembre de 1787. Su padre pereció en la guillotina por decreto del tribunal revolucionario, el día 8 de abril de 1794.

Guizot sirvió á los Borbones como empleado, desde 1814 hasta 1827, casi sin interrupcion. Esto, sin embargo, no fue parte á impedir el que conspirara contra la dinastía legítima, á la cual tanto debía, y se preparase á reconocer y servir á una revolucion anti-dinástica y á otra nueva dinastía. No obstante, desde 1830 hasta hoy parece que Guizot ha permanecido fiel á la casa de Orleans.

Es protestante, acaso por mero espíritu de familia. Murió su primera mujer el día 1.º de agosto de 1827, y aunque era católica, hizo circular la voz de que en los últimos instantes de su vida había abrazado el protestantismo. Aquí se descubre en Guizot un fanatismo anti-católico y un espíritu de secta que son indignos de su talento, y enteramente contrarios á la *imparcial tolerancia* de que tantas pruebas ha dado siempre cuando se trata de proteger lo que es falso y malo.

En 1828 M. Martignac, ministro *conciliador* de Luis Felipe, devolvió á M. Guizot la

plaza en el Consejo de Estado y la cátedra en la Universidad, que antes había perdido por su conducta anti-dinástica y sus opiniones revolucionarias. Esto lo hacía el ministro *conciliador* en 1828, y dos años después, en 1830, Carlos X, legítimo Rey de Francia, perdió su corona. Tanto vale confiar la enseñanza á los enemigos de una dinastía, como abrir las puertas de una fortaleza al ejército que la asedia.

Guizot fue por mucho tiempo ministro de Luis Felipe. Su *prudencia*, su *espíritu conciliador*, su *tolerancia* con los incrédulos y revolucionarios, debilitando el partido de la autoridad y dando fuerza á las falanges de la revolución, ocasionaron la ruina de Luis Felipe en 1848. Aquí conviene observar que Luis Felipe, servido por ministros *conciliadores*, cayó en 1848; que Carlos X, servido por ministros *conciliadores*, perdió su corona en 1830; que, en fin, Luis XVI, servido por ministros *conciliadores*, murió en un cadalso el día 21 de enero de 1793. Las contemplaciones con la incredulidad arrastran siempre á la anarquía.

M. Guizot ha escrito mucho, todo en sentido protestante. Su obra más notable es la *Historia general de la civilización en Europa*, publicada en 1845. En ella se propone su autor explicar la sociedad por la sociedad misma, sin ver en ella la influencia del orden sobrenatural. El defecto capital de esta obra consiste en explicar un grande efecto, que tiene varias causas, suprimiendo el influjo de

Dios, que es la causa principal. Esta obra ha sido refutada en España por Balmes y Donoso Cortés.

En estos últimos tiempos, Guizot, sin dejar de ser protestante, ha escrito algo contra la revolucion en favor del poder temporal del Papa.

CCXXXVIII. Thiers nació en Marsella el día 10 de abril de 1797. Fue muy pobre y recibió una educacion anti-cristiana en sus primeros años. En 1821 vino á Paris, y desde entonces hasta 1830 no cesó de trabajar en daño de la monarquía legítima. Ha sido despues ministro de Luis Felipe, y ha hecho en ocasiones violentísima oposicion á su gobierno. En 1848 contribuyó indudablemente mucho con sus violentísimos ataques *parlamentarios* á la ruina del trono *constitucional* de Luis Felipe. El tribuno combatia al *ministro responsable*, que quedó tranquilamente en Paris, y la historia nos cuenta la caída del Monarca *irresponsable*, que apenas pudo salvar su vida refugiándose en tierra extranjera. Esto prueba que la historia confunde muchas veces la hipocresia de las palabras. Hoy Thiers, como Diputado, se ocupa en pedir á Luis Napoleon las mismas libertades políticas que exigia en 1847 al primero y último Rey de la casa de Orleans.

Las obras más importantes de Thiers, son: *la Historia de la revolucion francesa*, publicada desde 1823 á 1827, y *la Historia del Consulado y del Imperio*, publicada desde 1845 hasta 1860. En la primera adopta M. Thiers un

sistema abominable. Elogia á todos los tiranos que triunfan, y se ensaña contra todos los tiranos que sucumben. La filosofía de Thiers, en la época á que nos referimos, no reconoce más moral que la fuerza, ni más mérito que la victoria. Respecto á ideas religiosas, no puede leerse sin estremecimiento el modo con que cuenta y encomia la muerte de Mirabeau. No queremos ni aun repetir sus palabras. Solo un ateo fanático y un materialista grosero puede espresarse en términos tan repugnantes. En la segunda obra, en *la Historia del Consulado y del Imperio*, Thiers, aunque siempre permanece incrédulo, se muestra ménos cínico y se esfuerza por hablar con más prudencia. También ha escrito Thiers un folleto, como hombre político, no como hombre de fé, en favor de la Santa Sede.

CCXXXIX. Victor Cousin nació en París el día 28 de noviembre de 1792. El día 7 de diciembre de 1815 fue nombrado profesor de filosofía en la Sorbona. En 1817, en un viaje que hizo al Norte de Europa, estudió la filosofía alemana, y desde 1819 hasta 1821 estuvo haciendo colosales esfuerzos por hacerla popular, no obstante sus errores políticos y religiosos, en la nación francesa. Por sus ideas demagógicas fue privado de la cátedra en 1822. En 1824 hizo otro viaje á Alemania, y recogió cuantos materiales halló á la mano para poder sembrar el panteísmo en Francia. En 1827, Martignac, el ministro conciliador de Carlos X, devolvió su cátedra al revolucionario Cousin, adversario sistemático del

mal servido Monarca. En 1840, M. Cousin fue nombrado ministro de Instrucción pública. En 1844 publicó un libro titulado *Defensa de la Universidad y de la filosofía*. No es necesario advertir que por filosofía entendía entonces una conjuración sistemática contra la autoridad eclesiástica y la autoridad civil, y por Universidad no entendía más que el centro ó logia de la conjuración. En 1861 Cousin ha hecho una edición de sus obras, en cuyo prólogo parece como que se ruboriza de haber sido panteísta, y empieza á comprender que ha empleado los primeros sesenta años de su vida en conspirar contra la verdad.

CCXL. Carlos Luis Bonaparte, hoy Napoleón III, nació en París, en el Palacio de las Tullerías, el día 20 de abril de 1808. Aquí nada decimos contra el Emperador, ni pensamos siquiera en el hombre político. No queremos ni aun reseñar las vicisitudes de su vida. Nos contentamos con indicar que en muchas de sus obras, escritas en su época revolucionaria, se esponen doctrinas de una demagogia absurda, de un socialismo anti-católico, y de una moral y de unas creencias enteramente opuestas á la moral y á las creencias de la Iglesia. No queremos ni aun nombrar su conducta con el Papa desde 1859, ni los folletos que desde diciembre de 1860 se están publicando en su nombre y con su apoyo. La conducta que actualmente observa con el Cardenal Arzobispo de Lyon, y aun contra el Papa, con

motivo de la cuestion última sobre la liturgia, demuestra que, en materia de *regalismo*, Luis Bonaparte está todavía en el Conciliábulo de Pistoya ó en la *Constitucion civil del clero*. Su decreto de 16 de agosto de 1863 contra siete Obispos franceses, en el cual se suponen en pleno vigor los *decretos orgánicos* añadidos por Napoleon I al Concordato de 1801, demuestra hasta la evidencia que Luis Bonaparte, en punto á Cánones, piensa hoy lo mismo que pensaban los redactores de la condenada declaracion galicana de 1682.

De esto, no obstante, nada añadimos, ni aun queremos hacer comentarios para evitar malignas interpretaciones.

CCXLI. El Príncipe Gerónimo nació en 1822. Tiene poquísima instruccion y mucho fanatismo. Aborrece á la Iglesia, y no sabe hablar sino contra el Soberano Pontífice. Sus discursos y sus folletos no son más que una coleccion absurda de ataques calumniosos contra la Santa Sede. Los escritores amigos de este Príncipe obcecado se ocupan en publicar por su encargo inmundos libelos contra el catolicismo.—La impiedad en este miembro de la rama napoleónica ha degenerado en una especie de monomania.

CCXLII. Despues de lo dicho nos parece este el lugar más oportuno para decir algo acerca de los *Mormones*. Esta secta nació y vive en los Estados Unidos. Siendo anti-social por su propia naturaleza, ha huido de las ciudades y se ha establecido en las

selvas. Los *Mormones*, ó no creen en Dios, ó rinden culto á una divinidad absurda que ellos mismos se forjan. Niegan la Religion revelada y desprecian la moral. No quieren el catolicismo porque enfrena sus pasiones; odian la reforma protestante, porque solo les parece un falso simulacro de religion, y detestan el racionalismo, porque ya que son impíos, quieren serlo viviendo como seres inmundos, sin tomarse ni aun el trabajo de pensar. Niegan la unidad del matrimonio y santifican todo linage de deshonestidad. Desconocen la autoridad civil, y solo se someten á la especie de mandarines que ellos mismos constituyen. Estos sectarios no enseñan ni escriben. Se ocupan simplemente en sostener la causa de la barbarie, destruyendo la civilizacion que debe al antiguo el nuevo Continente.

ARTICULO V.

Mazzini, CCXLIII.—Garibaldi, CCXLIV.—Ricciardi, Petrucci, CCXLV.—Cavour, CCXLVI.—Liberalismo.

CCXLIII. Nació José Mazzini en Génova, el día 28 de junio de 1808. Su padre fue un profesor de medicina, poco diligente en inspirar buenos sentimientos y dar sana enseñanza á su hijo. En 1830 ya se hallaba Mazzini afiliado á la sociedad de los *Carbonarios*. Perseguido como conspirador por la policía, se retiró á Marsella, donde fundó una sociedad secreta titulada *La Joven Italia*. Desde esta época, Mazzini no ha cesado ni un solo día de conspirar contra la Iglesia y contra los Tronos. Se ha demostrado hasta la evidencia la parte activa que toma en todas las sediciones, y su complicidad en casi todos los atentados que han tenido lugar en su tiempo, contra la vida de los Reyes. Como incrédulo, como regicida, como demagogo incansable, Mazzini ha logrado adquirir una reputacion tristemente célebre en todo el mundo. En su *Carta á los amigos de Italia*, fecha en Paris en octubre de 1846, espuso todo su programa, quizá con más claridad que en ningun otro de sus escritos. Propone que se calumnie á los Jesuitas para hacer odioso su nombre. Quiere que se introduzca la igualdad en el clero, para destruir la divina gerarquía de la Iglesia. Desea en fin que

todo se vaya preparando para la total ruina del catolicismo.

Inútil es advertir que los sacrílegos deseos de Mazzini no se han realizado ni podrán realizarse jamás.

En 1849 logró ponerse Mazzini al frente del triunvirato romano, después de haber obligado al Soberano Pontífice á huir de la ciudad eterna. Aparentó conservar todos los ritos y ceremonias de la Iglesia, y celebró la fiesta de Pascua con tanta solemnidad como si el mismo Papa se hubiese hallado en el Vaticano. Las profanaciones fueron horribles, y el clero de la iglesia de San Pedro fue tratado con sacrilega violencia y castigado con sumo rigor por su justa, natural y necesaria resistencia. El reinado de Mazzini en Roma, aunque brevísimo, por sus crímenes y asesinatos, dejó en pos de sí una horrible huella de sangre y escándalos que no se olvidarán nunca.

CCXLIV. Nació Garibaldi en Niza, el 4 de julio de 1807. Su educación fue bastante desgraciada. No logró instruirse; pero en cambio perdió completamente la fé y se llenó de abominables vicios. En 1834 tomó parte en una conspiración, fue descubierto, y por librarse de la acción de la justicia emigró á Francia, donde no pudo hallar colocación, y se retiró más tarde al Africa para ponerse, como renegado, al servicio del Rey de Tunez. Pasó luego á la América del Sur, y entró en el ejército de Uruguay. En 1848 volvió á Italia y tomó parte en la revolución

que arrojó al Padre Santo de Roma. Vencidos los demagogos en 1849, volvió Garibaldi al nuevo Continente y se estableció en Nueva-Yorck. Pasado algun tiempo, se dirigió á la California. No contento con este país, á bordo de un buque peruano hizo un viaje á China en los primeros meses de 1852. Por el estío del mismo año llegó á la República del Perú. En 1859, ya en Europa, fue nombrado general del ejército piamontés. En la primavera de 1860 desembarcó en Marsala con los mil hombres que hicieron la revolucion en Sicilia. En el mismo año, el 7 de setiembre por la noche, entró en Nápoles. El 21 de octubre hizo votar la anexion de las dos Sicilias al Piamonte. En julio de 1862 fue derrotado por las tropas de Cerdeña, y recibió una grave herida en Aspromonte. Hoy mismo, 10 de abril de 1864, se ignora cuál será el resultado de las ruidosas fiestas que en su honor se están celebrando en la Gran Bretaña.

Hemos trazado á grandes rasgos la biografía política de Garibaldi. Su biografía moral no puede esponderse fácilmente, por impedirlo la índole escandalosa de sus aventuras. Respecto á Religion, se espresa como puede hacerlo un renegado de Tunez, un protestante de Nueva-Yorck, un pirata de Montevideo ó un apóstata de Caprera. En una carta, fecha 16 de julio de 1861, dirigida á una señora *digna de él*, decia: «Que la teocracia papal es la plaga más horrenda de Italia, resto incurable de diez y ocho siglos de mentira.»

Basta este solo texto para comprender cuál será la *religion* de Garibaldi.

CCXLV. Nació el conde de Cavour en Turin, el día 14 de julio de 1810, y murió en la misma ciudad en los primeros días de junio de 1861. No necesitamos referir su historia política, porque todo el mundo la conoce. Descendía de una familia ilustre; recibió en su juventud una educación excelente, y hasta el año de 1847 no olvidó que era cristiano, y que por sus venas corría la sangre de San Francisco de Sales. Después, ciego por la ambición, sin dejar de ser católico, ó al ménos sin hacer una apostasía pública, entró en sacrílegas alianzas con los enemigos de la fé, y auxiliado por ellos hizo una espantosa guerra al catolicismo. Despojó las iglesias, persiguió encarnizadamente al clero, y encerró en lóbregas cárceles á muchos Obispos. Murió abrumado por el enorme peso de las excomuniones de la Iglesia. Cuando él se preparaba para espulsar al Papa de Roma, vino la muerte á espulsarlo para siempre del mundo. ¡Dios haya tenido compasion de su alma!

CCXLVI. Nació Ricciardi en Nápoles, el día 19 de de julio de 1808. Su madre era una pobre mujer, sin fé ni respeto á la autoridad, amiga por inclinacion natural de la *emancipacion* san-simoniana. Su padre fue un napolitano traidor á su patria, que aceptó el cargo de ministro de Joaquin Murat. Con estos precedentes puede facilmente calcularse cuál seria la educación del jóven José

Ricciardi. En 1847, mostrándose enemigo de Pio IX, declaró que quería la absoluta ruina del cristianismo. En estos últimos tiempos ha sido Diputado piamontés, y con sus hechos y con sus palabras ha mostrado siempre que el tiempo no ha ilustrado su entendimiento ni ha logrado ablandar su corazón.

Petrucelli es otro Diputado napolitano que se complace en decir que su dios no es el Dios del Papa. En este último año ha tenido valor para declarar en público parlamento, que rechaza á un Diputado, á César Cantù, solo porque era católico. A tal punto llega la exaltacion de su fanatismo.

CCXLVII. *El liberalismo* debe ocupar su lugar en la *Historia de las heregias*. Despues de la alocucion dirigida al Colegio de Cardenales por el Soberano Pontifice Pio IX, en el Consistorio de 18 de marzo de 1861, es imposible no mirar como una nueva secta la que dá nombre á este párrafo. Prescindiendo de las personas, fijándonos únicamente en las cosas, es imposible dejar de conocer que el espíritu revolucionario y el espíritu católico son dos cosas enteramente inconciliables. Comencemos por fijar las ideas.

1.^a Hay personas que se llaman *liberales*, y que son, y no puede negarse, que son verdaderos católicos. A este número perteneció el célebre Lacordaire, y pertenecen todavia Monseñor Dupanloup y el conde de Montalembert.

2.^a Hay muchos *liberales* que se llaman

católicos, y ni lo son, ni ellos mismos lo creen al proclamarlo, ni nadie puede creerlos cuando así se espresan. Pertenecen á este número los que hoy se designan con el nombre de *sinceros*, es decir, los que necesitan disimular su incredulidad para poder gobernar, engañando á las gentes en países católicos. De estos hay muchos en Francia, y *algo* y aun *algunos* en España.

3.º Hay muchos que no tienen fé ni muestran grande empeño en aparentar que la tienen. Pertenecen á este último grupo los comunistas, socialistas y casi todos los demócratas imperialistas de Francia. Son de esta especie los mazzinianos y garibaldinos en Italia. Pertenecen, por último, á este grupo los francmasones de Portugal y casi todos los jefes de los partidos progresista y demócrata en España.

4.º Es imposible no convenir en que el catolicismo es incompatible con el sistema revolucionario. La Religión exige mortificación de la carne, y el liberalismo da rienda suelta á las pasiones, ó prescinde por lo ménos de los ayunos y demás prácticas religiosas. La Iglesia nos exige que cautivemos nuestro entendimiento en obsequio de la fé, y el liberalismo pretende explicarlo todo por medio de la razón y solo de la razón. El Evangelio condena el escándalo, y el liberalismo no solo no quiere evitarlo, sino que considera como uno de sus principios fundamentales el no impedirlo y aun el fomentarlo. La libertad de discusión, la libertad de la prensa

y la libertad de cultos, son tres libertades que escluyen la represion del escándalo. La moral católica manda que se respete y venera la autoridad, y el *liberalismo* santifica el principio de la rebeldia. La fé nos enseña que el poder emana de Dios; y el *liberalismo*, sin contar para nada con Dios, solo busca la fuente del poder en los hombres. En fin, las barricadas, sin las cuales no puede triunfar nunca la revolucion, son incompatibles con el quinto precepto del Decálogo. Los principios de 1789 y la revelacion, son cosas que braman de verse juntas.

No nos estendemos más en este punto, porque nuestro ánimo no es hacer una larga disertacion, sino limitarnos á unas pocas y sencillas indicaciones para fijar las ideas. Para concluir advertimos, que entre las gentes ignorantes hay muchas personas que se llaman *liberales* y que en la realidad no lo son, porque si bien se considera, por *liberalismo* no entienden más que el desestanco de la sal ó la supresion de los derechos de puertas, sin pensar para nada en la libertad de cultos, que aborrecen, ni en la libertad de discusion, que detestan por instinto, ni en la libertad de asociacion, que cuando se emplea mal, solo conduce á criminales conjuraciones.

No formamos artículo separado acerca de la heterodoxia de ciertos escritores españoles, porque al fin ni han inventado ningun error nuevo, ni aun han dado prestigio á ningun error extraño. Son meros copistas de

los errores de Francia y Alemania, y por lo tanto entiéndase que decíamos contra estos todo lo que hemos dicho contra aquellos.

Conviene advertir, no obstante, que como plantas parásitas, en España solo sirven para secar los árboles seculares á que se apegan. No dan fuerza á nada y lo debilitan todo. Su error, su falsa filosofía, es un verdadero crimen de Estado. Más que á la Iglesia, dañan y perturban la sociedad civil.



FIN.

INDICE.

CAPITULO PRIMERO.

Heregias del siglo XVI.

ARTICULO PRIMERO.

PARRAFO PRIMERO.

Erasmus, i.—Sus doctrinas, ii.—Principios de Lutero, iii.—Entra en el convento, iv.—Sus doctrinas y sus vicios, v.—Cuestion de las indulgencias, vi.—Lutero es llamado á Roma. El Cardenal Cayetano, vii.—Entrevista de Lutero y el legado, viii.—Lutero apela al Papa, ix. y x.—Conferencias de Echio con los hereges, xi.—Bula de Leon x, xii.—Página 6.

PARRAFO II.

La Dieta de Wormes, xiii.—Edicto de Carlos v, xiv.—Dieta de Spira, xv.—Congreso de Zuñgrianos. Casamiento de Lutero, xvi.—Dieta de

Augusta, xvii.—Otro edicto del César, xviii.—Liga de Smalcalda, xix.—La Poligamia, xx.—El Concilio de Trento y Lutero, xxi.—Division de los Luteranos, xxii.—El *Interin* de Carlos v, xxiii.—Propagacion de la heregía luterana, xxiv y xxv.—Pág. 19.

PARRAFO III.

Errores de Lutero, xxvi.—Otros errores, xxvii.—Remordimientos de Lutero, xxviii.—Su lenguaje contra Enrique viii. Su traduccion del Nuevo Testamento, xxix.—Sus ceremonias para la Misa, xxx.—Su libro contra los *Sacramentarios*, xxxi.—Pág. 31.

PARRAFO IV.

Melanchton, xxxii.—Su fé y su fórmula de Augusta, xxxiii.—Matías Flaco, autor de las *Centurias*, xxxiv.—Juan Agrícola, xxxv.—Osiandro, Stancaro y Músculo, xxxvi.—Juan Brencio, xxxvii.—Gaspar de Sckuencfield, xxxviii.—Chemnicio, xxxix.—Pág. 40.

PARRAFO V.

Los Anabaptistas, xl.—Sus jefes y sediciones, xli.—Muerte de Muncer, xlii.—Juan de Leiden, xliii.—Errores de los Anabaptistas, xliv.—Sectas diferentes, xlv.—Pág. 44.

ARTICULO II.

PARRAFO PRIMERO.

Carlostadio, XLVI.—Sus desgracias y su casamiento, XLVII.—Su muerte, XLVIII.—Zuinglio, XLIX.—Sus errores, L.—El decreto del Senado de Zurich, LI.—Su matrimonio y su muerte, LII.—Ecolampadio, LIII.—Bucero, LIV.—Pedro Mártir, LV.—Pág. 50.

PARRAFO II.—Pág. 52.

PARRAFO III.—Pág. 55.

ARTICULO III.

PARRAFO PRIMERO.

Nacimiento y estudios de Calvino, LVI.—Principios de su heregía, LVII.—Sus primeros sermones en Angulema, LVIII.—Su entrevista en Alemania con varios jefes del protestantismo, LIX.—Sus viajes á Francia y Suiza, LX.—Nuevos viajes á Italia y Ginebra, LXI.—Sus disgustos, LXII.—Matrimonio en Alemania, LXIII.—Su poder político en Ginebra, LXIV.—Muerte de Servet, LXV.—Desgraciada mision de los Calvinistas al Brasil, LXVI.—Sediciones de los Calvinistas, LXVII.—Muerte de Calvino, LXVIII.—Sus costumbres, LXIX.—Pág. 59.

PARRAFO II.

Teodoro de Beza, LXX.—Sus doctrinas, sus empleos y su muerte, LXXI.—Conferencias con San Francisco de Sales, LXXII y LXXIII.—Los Hugo-

notes, LXXIV y LXXV.—La matanza de San Bartolomé, LXXVI.—Los Calvinistas en Flandes, LXXVII.—Sus hazañas en Escocia, LXXVIII.—María Stuard, LXXIX.—Sus matrimonios y su forzosa abdicacion, LXXX.—Su prision y muerte en Inglaterra, LXXXI.—Su suplicio, LXXXII.—Jacobo I y Carlos I, LXXXIII.—Carlos II y Jacobo II, LXXXIV.—Pág. 72.

PARRAFO HI.

Errores de Calvino, LXXXV.—Su doctrina sobre la Santa Escritura, LXXXVI.—Su error acerca de la Santísima Trinidad, LXXXVII.—Su error acerca de Jesucristo, LXXXVIII.—Su error acerca de la ley Divina, LXXXIX.—La justificacion, xc.—Las buenas obras y el libre albedrío, xci.—La predestinacion y la salvacion, xcii.—Los Sacramentos. El Bautismo, xciii.—La Penitencia, xciv.—La Eucaristia y la Misa, xcv.—El Purgatorio y las indulgencias, xcvi.—Pág. 91.

PARRAFO IV.

Secta, xcvi.—Los Puritanos, xcvi.—Los Independientes y Presbiterianos, xcix.—Diferencias entre unos y otros, c.—Los Cuáqueros, ci.—Los Anglicanos, cii.—Los Piscatorianos, ciii.—Los Arminianos y Gomaristas, civ.—Pág. 100.

ARTICULO IV.

PARRAFO PRIMERO.

Inglaterra antes del Cisma, cv.—Enrique viii y Ana Bolena, cvi.—Wolsey. Sus consejos, cvi.—La Reina Catalina ante el Tribunal. Muerte de Wolsey, cviii.—Despojo de los bienes del clero, y primer matrimonio sacrilego de Enrique viii, cix.—Juramento de fidelidad. Impío decreto de Crammer, cx.—Decretos del Papa, cxl.—Persecucion del Cardenal Polo. Muerte de Fischter y Tomás Moro, cxii.—Muerte de Ana Bolena. Nuevo matrimonio con Juana de Seimour, cxiii.—Los seis artículos. Son quemados los huesos de Santo Tomás de Cantorbery. Muerte de la Reina Juana, cxiv.—Obstinacion de Enrique viii, cxv.—Ana de Cleves, cxvi.—Catalina de Howard y Catalina Parray, cxvii.—Remordimiento de Enrique, cxviii.—Su testamento y muerte, cxix.—Pág. 104.

PARRAFO II.

Reinado de Eduardo vi. Su tutor, cxx.—Se declara el tutor herege y suprime la Religion católica, cxxi.—Hace morir á su hermano el Almirante Seymour, cxxii.—Muere el tutor, cxxiii.—Muerte del Rey Eduardo. Crímenes y crueldades. Horroso arrepentimiento, cxxiv.—Página 128.

PARRAFO III.

El reinado de María. Reparaciones, cxxv.—Reconciliación con la Iglesia. Matrimonio y muerte de María, cxxvi.—Pág. 133.

PARRAFO IV.

Reinado de Isabel. Ocupa el trono, cxxvii. Se apodera del Parlamento, y se declara Jefe de la Iglesia, cxxviii.—Sus disposiciones, cxxix.—Despojos y persecuciones, cxxx.—Muerte de Campiano, cxxxi.—Bula contra Isabel, cxxxii.—Su muerte, cxxxiii.—Sus sucesores, cxxxiv.—La reforma, cxxxv.—Pág. 136.

ARTICULO V.

Los Antitrinitarios y Socinianos. Miguel Servet: sus estudios, sus viajes y sus doctrinas, cxxxvi. Su disputa con Calvino en Ginebra. Su muerte cxxxvii.—Valentino Gentilis y su doctrina, cxxxviii.—Su retractacion, cxxxix.—Su caida de nuevo y su muerte, cxl.—Jorge Blandrata. Sus disputas y su muerte, cxli.—Bernardino Ochino. Su perversion y su fuga, cxlii.—Sus viajes y su muerte, cxliii.—Lelio Socino, cxliv.—Fausto Socino, sus viajes, sus libros y su muerte, cxlv.—Errores de los Socinianos, cxlvi.—Pág. 145.

CAPITULO II.

Heregias de los siglos XVII y XVIII.

ARTICULO PRIMERO.

Los Preadamistas, cxlvii.—Márco Antonio de Dominis, cxlviii.—Guillermo Postello, cxlix.—Benito Espinosa, cl.—Su sistema, cli.—Página 153.

[ARTICULO II.

El Jansenismo. Miguel Bayo, CLII.—San Pio v. :
 Condenacion de Bayo, CLIII.—Retractacion de
 Bayo, CLIV.—Pág. 157.

ARTICULO III.

Jansenio, CLV.—Condenacion de su obra, CLVI.—
 Bula de Urbano VIII. Proposicion de los Obis-
 pos de Francia, CLVII.—Bula de Inocencio x,
 CLVII.—Declaracion de Alejandro VIII, CLIX.—
 Fórmula propuesta por el Papa, CLX.—Religioso
 silencio, CLXI.—El caso de conciencia, CLXII.—
 Doctrina condenada acerca de la igualdad de
 San Pedro y San Pablo, CLXIII.—Pág. 160.

ARTICULO IV.

Quesnell, CLXIV.—Libelos que publica en Bruse-
 las, CLXV.—Su prision y fuga, CLVI.—Su obra
 principal, CLXVII.—La Bula *Unigenitus*, CLXVIII.
 —Aceptacion de esta Bula. Apelacion de los
 Jansenistas, CLXIX.—Escándalos, CLXX.—Con-
 sulta escandalosa, CLXXI.—El sistema de Ques-
 nell, CLXXII, CLXXIII, y CLXXIV.—Pág. 168.

ARTICULO V.

Miguel Molinos, CLXXV.—Consecuencias de su doo-
 trina, CLXXVI.—Es descubierta su hipocresía,
 CLXXVII.—Su condenacion y su penitencia,
 CLXXVIII.—Un libro de Fenelon, CLXXIX.—Pá-
 gina 176.

ARTÍCULO VI.

Pascal, CLXXX. — Arnaldo, CLXXXI. — San-Ciran, CLXXXII. — Nicole, CLXXXIII. — La madre Angélica, CLXXXIV. — Pág. 180.

ARTÍCULO VII.

Conciliábulo de Pistoya, CLXXXV. — Van-Espen, Eybel y Tamburini, CLXXXVI. — Ricci, CLXXXVII. — Obispos de Toscana, CLXXXVIII. — Richer y Febronio, CLXXXIX. — Pág. 188.

ARTÍCULO VIII.

Filósofos enciclopedistas. Voltaire, CXC. — Rousseau, CXCI. — Montesquieu, CXCII. — D'Alembert, CXCIII. — Diderot, CXCV. — Holvach, CXCV. — Helvecio, CXCVI. — Condorcet, CXCVII. — Pág. 197.

ARTÍCULO IX.

Reyes y ministros enciclopedistas. Federico II de Prusia, CXCVIII. — José II de Austria, CXCIV. — Catalina de Rusia, CC. — Cristiano VII de Dinamarca, CCI. — Gustavo de Suecia, CCII. — José I de Portugal, CCIII. — María Antonieta, CCIV. — Conde de Argenson, CCV. — Duque de Choiseul, CCVI. — Malesherbes, CCVII. — Conde de Aranda, CCVIII. — Marqués de Pombal, CCIX. — Pág. 211.

ARTÍCULO X.

Marat, CCX. — Danton, CCXI. — Robespierre, CCXII. — Saint-Just, CCXIII. — Persecucion, CCXIV. — Página 220.

CAPÍTULO IV.

Heregías del siglo XIX.

ARTÍCULO PRIMERO.

Filosofía incrédula de Alemania. Kant, ccxv.—Fichte, ccxvi.—Schelling, ccxvii.—Hegel, ccxviii.—Krause, ccxix.—Pág. 229.

ARTÍCULO II.

Comunistas. San-Simon, ccxx.—Leroux, ccxxi.—Furier, ccxxii.—Owen, ccxxiii.—Cabet, ccxxiv.—Luis Blanc, ccxxv.—Pág. 239.

ARTÍCULO III.

La Mennais, ccxxvi.—Quinet, ccxxvii.—Michelet, ccxxviii.—Proudhon, ccxxix.—Pelletan, ccxxx.—Victor Hugo, ccxxxi.—Littré, ccxxxii.—Renan, ccxxxiii.—Los espiritistas, ccxxxiv, ccxxxv y ccxxxvi.—Pág. 246.

ARTÍCULO IV.

Guizot, ccxxxvii.—Thiers, ccxxxviii.—Cousin, ccxxxix.—Luis Bonaparte, ccxl.—El Príncipe Gerónimo, ccxli.—Los Mormones, ccxlii.—Pág.—262.

ARTÍCULO V.

Mazzini, ccxliii.—Garibaldi, ccxliv.—Ricciardi, Petrucelli, ccxlv.—Cavour, ccxlvi.—Liberalismo, ccxlvii.—Pág. 269.

1932.

12°

273 (03) 002

Q. 144.985



BIBLIOTECA CENTRAL

A. 27-8:

-538-

BIBLIOTECA DE CATALU



1001925663

Digitized by

Google

